

# ¡NO SE DE CUÁN ENAMORARME!

Leen 10



D.J.57

**¡No sé de cuál enamorarme!**

# **Volumen uno**

**Leen iO**

© 2019 Leen iO, Álvaro Espino.  
ISBN: 9781097187423

## **¡No sé de cuál enamorarme!**

Lily Scott era una nortea que, al cumplir los veintiuno, no toleró más el frío y soledad que padecía en su pueblo. Se mudó a una ciudad del Sur donde empezó a conocer todo tipo de personas. Incluyendo cuatro pretendientes que, por primera vez, le hicieron sentir que soñar era valioso y enamorarse valdría la pena.

Su corazón le asignó la complicada tarea de escoger a un único e irremplazable huésped.

# Confeccionado con Baro 4.2

Historia y edición por Leen iO, Álvaro Espino.

**Instagram:** [Leenio.art](https://www.instagram.com/leenio.art)

**Twitter:** [@io\\_leen](https://twitter.com/@io_leen)

**Blog:** [leenio.blogspot.com](http://leenio.blogspot.com)

**Youtube:** [Leen iO Art](https://www.youtube.com/LeeniOArt)

**Email:** [leenioart@gmail.com](mailto:leenioart@gmail.com)

## **Aviso:**

Los personajes, localizaciones y eventos ocurridos en esta historia fueron sacados de la imaginación del autor. Aunque se utilicen nombre reales de lugares, su representación es ficticia, incluyendo la de los personajes. La intención de esta historia es entretener.

La modelo de portada no está asociada con Leen iO, o esta historia. La fotografía fue simplemente licenciada para su uso en la portada. © Cookie Studio/ Adobe Stock.

## **Derechos de autor:**

Esta obra está siendo protegida por los derechos de autor de los Estados Unidos de América. Se prohíbe la distribución no autorizada en sitios de descargas o que permitan su lectura. También está prohibido su reproducción física a medio de impresión u otro medio que violen los derechos, a menos que tengas permiso firmado por el autor.

Escrito en Rhode Island, Estados Unidos de América en el año 2019.

**Vi a la estrella cayendo del cielo.**



## Capítulos

1. [¡Voy a vivir mi vida!](#)
2. [Una hermosa sonrisa](#)
3. [¡Estoy tan feliz!](#)
4. [Un restaurante de ensueño](#)
5. [Mansión, piscina y unas bebidas](#)
6. [¿Cuáles son mis sueños?](#)
7. [¿Metida en problemas?](#)
8. [Promesa](#)
9. [¿Qué sientes por mí?](#)
10. [¿Somos estúpidos?](#)
11. [Campeonato](#)

## Capítulo uno:

### ¡Voy a vivir mi vida!

Era el último domingo de invierno. Me encontraba en mi habitación terminando de empacar, cuando escuché el bocinazo de la camioneta de mi padre. Él me esperaba desde hace veinte minutos para llevarme al aeropuerto.

La habitación estaba hecha un desastre. Había tirado toda la ropa sobre la cama para inspeccionarlas y llevarme las de mejor calidad. Había sacado unas revistas para despedirlas. De niña coleccionaba de moda. En la adolescencia mis intereses cambiaron a automóviles deportivos y viajes.

Solo hubo una que no pude dejar atrás. Era sobre viajes al Caribe. Tenía un montón de fotografías de playas, platillos y la naturaleza de esas islas. Mi anhelo era vacacionar en ese paraíso.

Cuando iba a analizar cuales zapatos empacaría, alguien llegó y tocó la puerta. Se trataba de mi único hermano de diecinueve años de edad.

—¡Alcahueta! —regañaba—. No te llevará si lo haces esperar dos minutos más.

—¡Julio, qué te he dicho sobre llamarme así! —protesté. Se fue sin decir otra palabra.

Mala suerte que la hora del vuelo coincidió con el partido final del campeonato de Hockey; el deporte favorito de la familia. Mi padre ya tenía planes de ir a disfrutarlo y pasar el resto de la noche bebiendo con los amigos. Como el aeropuerto quedaba a una hora conduciendo, si no me

apuraba, iba a perderse los primeros minutos.

Empaqué unos tenis y unas chanclas, y salí apresurada de la casa.

Mi madre estaba en una reunión de vecinos, por eso la había despedido hace una hora.

Mi hermano esperaba cerca de la puerta del pasajero. Tenía su mirada clavada al teléfono. Con lo rarito que era, imaginé que ni iba a despedirme, pero incluso salió afuera.

Llegué a su lado y noté que leía noticias sobre videojuegos. Mi padre bajó la ventanilla.

—¡Apúrate, muchacha! —me rogó como alguien que resistía las ganas de orinar. Mi hermano se rio un poco.

—Viejo, calculé que si manejas aunque sea diez kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad por más de treinta minutos, te perderás cinco minutos del partido. —Me quitó el equipaje para introducirlo en el maletero.

Enseguida me monté para que a mi padre no se le ocurriera gritarme. Mientras me colocaba el cinturón, mi hermano regresó y, para molestarme, también como despedida, me apretó la nariz.

—¡Qué fastidioso eres! —Casi lo golpeé.

—Te doy tres semanas para que regreses llorando.

—¡A qué no vuelvo nunca más!

—Bueno... —Se alejó de la camioneta—. Buena suerte, Alcahueta.

—¡Qué no me llames Alcahueta! —Mi padre subió la ventanilla y arrancó a gran velocidad. En pocos minutos, entramos en la carretera.

—¿Empacaste todo lo que vas a necesitar? —Sintonizaba emisoras. Encontró música relajante.

—Sí. —Recosté la cabeza sobre la ventanilla para observar los árboles mientras atardecía.

Mi nombre era Lily Scott Torres. Tenía veintiún años de edad. Similar a mi padre y hermano, era pelirroja de ojos verdes. Mi cabello en particular, era rizado como mi madre y me descendía hasta la altura del pecho. Era delgada con una estatura de ciento sesenta y dos centímetros. Nací en el estado de Maine, Estados Unidos de América. Era hija de inmigrantes. Mi padre emigró a los cinco años de edad de Dublin, Irlanda. Mi madre a los veinte años de edad de Córdoba, Argentina.

Tuve una infancia tranquila. Viajé varias veces a los países de mis padres. Durante el primer año de escuela secundaria, ocurrió algo y tuve que

continuar mi educación desde casa. Por esa razón, nunca pude forjar una valiosa amistad.

No tenía motivación de inscribirme en la universidad, mucho menos trabajar. Los días los pasaba encerrada, consumiendo vídeos, películas y todo el entretenimiento que encontraba.

Hasta que llegó el día en que no pude soportarlo más. Cuando entraba en las redes sociales, o me llegaba una revista de viaje, me entristecía porque solo veía mi vida pasar sin lograr algo de valor. En gran parte, terminé culpando al pueblo donde vivía. Es que debido al clima del Norte, nueve meses del año hacía mucho frío, y tan solo eso le mataba las ganas de salir a cualquiera.

No había un parque bonito, no realizaban conciertos para jóvenes. Aparte del Hockey, a nadie le interesaba los deportes. Los únicos lugares a donde salía era al supermercado, centro comercial y tiendas de ropa. Por cierto, ropa anticuada.

Busqué alguna manera de cambiar mi situación. Mi madre me ayudó. Convenció a su hermana que, vivía en Carolina del Norte, de permitirme hospedar con ella mientras aclaraba lo que quería hacer con mi vida.

Y ahí estaba, camino al aeropuerto. A comenzar una nueva vida alejada del insoportable frío, deprimente pueblo y la falta de inspiración.

—¿Estás segura que esto es lo que quieres?

Al principio estuvo en contra porque sabía lo aislada que siempre fui. Temía a que fuera a toparme con alguna clase de peligro que no fuera capaz de manejar. La única razón por la que me permitió ir fue porque iba a quedarme con alguien de confianza.

Me ofreció enviarme dinero semanal, pero rechacé porque lo que ganaba apenas ya alcanzaba para los gastos de la casa. Mi madre había perdido su empleo a principios de año. Lo que mi hermano ganaba con su trabajo de medio tiempo, lo invertía en sus proyectos de programación de computadoras.

—Ya estoy cansada de ser una cobarde. Esa inmensa seguridad de nuestro pueblo me hace sentir cada día más enferma. Ya ni los pasatiempos hacen latir mi corazón. Necesito conocer el mundo, relacionarme con personas que antes ni siquiera un hola les regalaría. Deseo encontrar mi verdadero lugar en esta sociedad.

—Hija mía, a pesar de todo, creo que creciste demasiado pronto. Por

favor no olvides llamarme todas las noches. Solo grita, y saldré a tomar el primer vuelo.

—No te preocupes. —Le sonreí—. Siempre los tendré presente.

Cuarenta minutos después, llegamos al aeropuerto. Había docenas de vehículos intentando desmontar pasajeros. Como mi padre estaba apurado, aceleró y se colocó frente a otra camioneta en una zona donde no se permitía estacionarse. Un policía enseguida se nos acercó para regañarnos.

—¡Apúrate!

—¡Sí, papá! —Me desmonté y saqué el equipaje del maletero. El policía perdía la paciencia; le exigía moverse porque obstaculizaba el camino para los discapacitados. Una señora en sillas de ruedas, estaba inquieta por cruzar.

Corrí hacia su puerta y él bajó la ventanilla.

—Cuídate mucho. Conduce con cuidado. —Lo despedí con un beso en la mejilla. Arrancó antes de que el policía fuera a multarlo.

La brisa estaba fría. Entré y fui a entregar el equipaje para luego ser revisada. En treinta minutos abordé el avión.

Eran las siete con veinte minutos. Había tomado asiento en medio de dos señores empresarios. Quien se sentaba en la ventanilla utilizaba una computadora portátil. Revisaba un documento titulado: “Ideas para el elenco”. Él siempre fue delgado, pero con el pasar de los años desarrolló una panza que detestaba porque le colgaba. Vestía sacos de una talla mayor para ocultarla. Se peinaba el cabello canoso hacia adelante para ocultar donde ya no le quedaba. Tenía densas cejas negras y ojos oscuros que reflejaban los constantes trasnoches. Mantenía su cara afeitada. Cuando necesitaba ver una pantalla, extraía unos pequeños lentes cuadrados.

Se percató de reojo que husmeaba. Inclino la computadora hacia la derecha para impedir que observara.

El otro era alto con grandes brazos; testimonio de sus años en el gimnasio. Su cabello era tan negro que parecía teñido. Era de ojos azules. Mantenía su barba y bigote recortados. Su perfume me pareció sofisticado.

Desde que sintió que miraba en su dirección, volteó para saludarme. Tenía una apuesta sonrisa y firme mirada. Acababa de empezar una película en la pantalla frente a su asiento. Era una clásica a blanco y negro sobre vaqueros.

—La última vez que viajé a Argentina fue hace nueve años... —pensaba

mientras extraía los audífonos del bolsillo para matar tiempo viendo vídeos —. Cuando falleció mi abuelo. Yo y otras dos primas nos pasamos un mes con nuestra abuela, brindándole nuestro apoyo. Ella luego se animó a conseguir visa y hace dos años vino por unos meses.

Cuando llegó la azafata ofreciendo comida y bebidas para comprar, el señor que veía la película, me ofreció que ordenara lo que deseara. Me causó timidez, y amablemente rechacé mintiendo que había cenado antes de abordar. Él ordenó una lata de soda de uva con una bolsa de palitos de queso.

—¿Segura qué no quieres aunque sea un bocadillo?

—No se preocupe. —Me impresionó que siendo tan sofisticado, comería algo poco saludable.

El de la computadora ni caso le hizo a la azafata y ella se marchó.

—¿Cómo te llamas? —Bebió soda.

—Mi nombre es Lily Scott.

—El mío es Mario Smith. ¿Te molestaría si veo la película sin audífonos? Estos están defectuosos. —Se refería a los proporcionados por la aerolínea.

—Con gusto te presto los de mi pantalla. —Abrí el compartimento a mi frente y se los pasé.

—Ah, pensé que esos eran los que utilizabas. Muchas gracias. Sabes, esta película siempre que la veo le encuentro un detalle nuevo, a pesar de haberla disfrutado incontables veces.

—Guau, qué fascinante. ¿Es su película favorita?

—Sí lo es.

Los vaqueros se disparaban entre ellos en las afueras de una cantina. Unos cuantos murieron. Un delincuente se escapó secuestrando a una chica en una carreta de cuatro caballos. Quien parecía el héroe, enseguida se montó en su caballo blanco para perseguirlo.

—¿Por qué lo es? —Me pareció algo sangrienta para mis gustos.

—Porque el protagonista es mi abuelo.

—¡Qué! —grité impresionada, logrando incomodar al de la computadora. Me sentí apenada. El señor Smith se rio.

—Él fue un espléndido actor en los primeros años del cine. Actuó en más de cincuenta películas y ganó más de sesenta premios. Falleció antes de que yo naciera, pero gracias a su legado siento haberlo conocido. Muchas de sus líneas han sido de gran aprendizaje para mí.

—Impresionante. ¿Usted siguió sus pasos?

—Algo similar. Nunca he actuado, pero he producido docenas de películas. Acaso, ¿ni con mi nombre me reconociste? —Reía.

Lo analicé de cerca intentando recordar si había visto su rostro o escuchado su nombre, pero nada.

—Veo películas, pero nunca me fijo en quienes las crean. —Me sentí ignorante.

—No te culpo. Las que producimos en su mayoría son esas dramáticas que solo atraen a los puristas.

—Entiendo —dije y luego pensé—. ¡Este señor debe ser millonario! Seguro vive en una mansión repleta de automóviles deportivos. Sin embargo, si es tan adinerado... —Lo miraba.

—¿Qué tanto me miras? —Reía.

—Ah... solo pensaba qué hace alguien como usted en los asientos de clase económica.

—Sinsentido, ¿cierto? —Reía—. Necesitábamos realizar un viaje de emergencia y el jet privado no estaría listo hasta la medianoche. Decidí viajar en estos para descubrir que se sentía. Hasta ahora solo me quejo de los audífonos. Ah, y la falta de mariscos en el menú.

—Es tan impresionante —pensaba mientras lo miraba—. Seguro ha viajado a todos los rincones del mundo y conocido gente importantísima. —Lo estuve imaginando de joven realizando todas clases de aventuras: yendo a playas hermosas, al Polo Norte, volcanes y ruinas de civilizaciones antiguas.

—¿Es Carolina del Norte tu destino final?

—Sí. Me voy a mudar allá.

—Qué bien. Y ¿en cuál universidad estás estudiando?

—Bueno, en estos momentos no estudio.

—¿Eso por qué?

—Asuntos personales.

—Entonces, ¿qué estarás haciendo?

—Viviré un tiempo con una tía.

Alcanzó su bolsillo y extrajo una tarjeta de contacto. Era blanca con las letras en dorado. Bastante sencilla; solo su nombre y número de teléfono en el centro.

—Si necesitas algo, no dudes en buscar mi ayuda. —Me la pasó.

—Gracias, señor Smith. En verdad aprecio su gentileza.

Continuó disfrutando la película. Sin que se percatara, fui al *Internet* y me

puse a ver sus entrevistas. Ese señor era increíblemente famoso. Había producido películas aclamadas en todo el mundo.

Continué husmeando y me topé con algo que me dejó impactada. Era un artículo donde chismeaban sobre su reciente divorcio. Al parecer, se había casado con una de veintidós años de edad; solo unos meses mayor que yo, y no duraron ni cinco meses. Ahí conocí su edad, tenía cincuenta y nueve años.

El chisme continuaba. Informaban como a “Don Mario” le apasionaba conocer chicas de bajos recursos para conquistarlas. En los últimos diez años, había salido con una cantidad incontable. Se casó tres veces siempre asegurando que firmarían un acuerdo donde si se divorciaban, no repartiría la mitad de sus bienes, sino, un cinco por ciento.

Su última esposa terminó recibiendo más de veinte millones de dólares en compensación.

—¡Cielos! —pensé. Guardé la tarjeta en mi bolsillo. En ese instante, él me miró y me puse nerviosa.

—Lily, ¿qué opinas de los caballos?

—Hmm, son bestias dóciles —respondí intentando ocultar mis nervios. Amaba a esos animales. De niña en Argentina mis tíos me ofrecían paseos en los suyos. Mientras estuve allá nació una yegua a quien tuve el honor de nombrar—. Creo que es mi animal favorito.

—¿Quieres boletas para una carrera de caballos en el próximo fin de semana? Estaré ahí con mi nieta. A ella también les fascinan. De ahí iremos a comer costillas.

—¿Su nieta? —Como que no me agradó su repentino ofrecimiento. Si lo pensaba, salir con un famoso millonario sonaba de otro mundo. Sin embargo, mi familia me mataría si apenas llegando, me involucraba con alguien incluso más viejo que mi padre.

—Sí, ella tiene ocho años de edad. Le encanta estar conmigo porque sus padres no le dedican tiempo. Cuando no trabajo, andamos de arriba para abajo, aunque sus ocurrencias me aburran.

—No puedo, ya tengo otros compromisos para esos días —mentí.

—Comprendo. Igual ya tienes mi tarjeta.

—Sí, yo me pondré en contacto con usted —dije y luego pensé—. Solamente si quiero verme tres metros bajo tierra.

El señor Smith se fue al baño. El de la computadora portátil llamó mi atención.



—Pelirroja, no seas bruta —dijo tras cerrarla. Lo miré con una cara de desagrado. Quién se creía que era para llamarme de esa manera.

—¿Quién eres?

—Trabajo con Don Mario desde hace diez años. Le he visto salir con docenas de chicas. La mayoría le saca mucho dinero. Por eso la aconsejo. Aguántelo por unos meses y sáquele miles de dólares.

—Usted qué clase de mujer piensa que soy —le regañé.

—Al parecer una bruta. —Rodó los ojos y volvió a su computadora—. La dicha no toca la puerta dos veces.

No me atreví a comentar su provocación. Cuando el señor Smith regresó, continuó disfrutando la película mientras comía palitos de queso. Pasé los minutos más incómodos en medio de esos dos.

Cuando el avión aterrizó, me despedí del señor Smith y me fui apresuradamente sin mirar atrás. Recogí el equipaje y, tras salir del aeropuerto, fui bienvenida por una cálida brisa. Al fin me encontraba lejos del Norte.

Mi tía que, vivía a treinta minutos, no tenía vehículo. Antes de llamar un taxi, saqué el teléfono y llamé a mi hermano.

—¿Ya te arrepentiste? —contestó.

—¿Llegó mamá?

—Se fue a ver el partido con el viejo. ¿Acabas de llegar?

—Sí. Ya casi llamo un taxi. Julio... a que no adivinas a quién he conocido en el avión.

—Veamos, ¿a quién conociste?

—Al productor Mario Smith.

—¿En serio?! —Se impresionó—. Mentirosa, no te creo.

—Él se sentó a mi lado. Estuvimos conversando... Ay rayos, se me olvidó pedirle una fotografía.

Se rio a carcajadas.

—Ya despierta, Alcahueta. ¿Qué hará alguien tan importante en esos asientos de clase baja? Te vieron la cara de tonta. Esas revistas te han hecho creer que el mundo es una maravilla. Verás como a nadie le vas a importar. Como te tratarán mal y te darán la espalda cuando más lo necesites.

—Tú sabes que siempre viví con ese miedo, pero no más, ya no seré como tú. ¡Voy a vivir mi vida!

—Veamos que tan animada estarás en una semana. Es más, mira, si

decides regresar te pagaré el vuelo.

—Qué lindo mi hermanito, ya tanta falta te hago. —Nunca me había ofrecido algo que le costara dinero.

—Ay no, por mí y no regresas jamás. Solo intento apoyarte. Si es para estar peor, mejor que estés aquí. Por lo menos no le causarás dolores de cabeza a nuestros padres.

—¡Ya llamaré al taxi, adiós!

—Cuídate. —Terminó la llamada.

Lo llamé y me fui hacia el apartamento de tía.

Era un edificio de apartamentos de cinco niveles. Los pasillos eran al aire libre. En el centro tenía un pequeño parque con árboles y atracciones como columpios y toboganes para niños pequeños.

Ella vivía en el quinto nivel. Mientras subía por las escaleras, escuchaba el ruido de música, televisiones, gente charlando y perros ladrando.

Llegué y toqué la puerta. Ella la abrió a los pocos segundos.

Se llamaba Patricia Torres, de cuarenta y ocho años de edad; era la hermana menor de mi madre. Era de baja estatura, gordita, con el pelo rizado a la altura de las mejillas. Antes era muy carismática, siempre se pasaba las vacaciones en mi casa, o viajaba con nosotros a Argentina, pero todo cambió cuando se divorció hace tres años. Se mudó sola en este lugar porque nunca tuvo hijos. Se convirtió en una amargada que ni a su familia ya buscaba.

—Lily, qué preciosa estás —me saludó con un abrazo—. Por favor, entra. Bienvenida a mi humilde hogar.

—Gracias, tía. —Entré—. ¿Cómo has estado?

—Pues ya sabes, luchando para sobrevivir.

Observé el pequeño apartamento. Del lado izquierdo estaba la sala de estar que finalizaba en la cocina. A la derecha, estaba un pasillo de tres puertas; dos eran habitaciones y la del fondo era el baño. Las paredes estaban pintadas de crema. Las ventanas tenían cortinas oscuras que combinaban morado con negro.

Había un sofá. Tenía un lado repleto de ropa limpia que tía parecía nunca haber terminado de doblar. Al frente había una mesa baja de donde un cigarrillo humeaba. Escuchaba el bullicio de un programa de televisión que ella veía en su pantalla de treinta pulgadas. En las paredes tenía pinturas de paisajes de otoño. Frente a la ventana, había una mesa de sofá donde vi fotografías de la familia. Observé varias de cuando yo era niña y estuve con

ella en Argentina.

Ella sujetó el equipaje y lo llevó a la que sería mi habitación mientras yo estuve ahí detenida, sin saber a donde ir o que decir.

—Perdóname que no he terminado de limpiar. —Regresó—. ¿Ya cenaste?

—No. —El apartamento estaba un poco caliente. Comencé a sudar y a sentirme incómoda. Sin embargo, no me quejé porque estaba harta del frío.

—Hmm... —Miró hacia el refrigerador—. Aquí no hay nada decente para ti. ¿Quieres que te ordene pizza o comida china?

—Pizza.

Con toda y mi extraña timidez, fui a sentarme en el rincón desocupado del sofá. Me puse a mirar la televisión aparentando interés. Era un programa escandaloso de concursos de ruletas.

Ella buscó su teléfono y ordenó la pizza. Me aseguró que llegaría en cuarenta minutos.

—¿Ya hablaste con Martina? —Era el nombre de mi madre.

—No. Ella salió con mi papá a un partido de Hockey y no sé si ha regresado.

—Entiendo. Yo la llamo en unas horas para avisarle que llegaste con bien.

—Gracias, tía.

Revisé el teléfono y vi que la batería estaba por descargarse. Fui a la habitación y cuando entré, lancé un grito de espanto al avistar algo caminando por una pared.

—¡Una cucaracha! —Era enorme. Tía llegó corriendo. Yo estaba toda espantada. Ella se quitó una chancla y la mató de un golpe contra la pared.

—¡No entiendo de dónde es que salen! —se quejaba—. Las mato y siempre aparecen.

La recogió con una bolsa de basura y se fue. En la pared quedó la mancha y hasta una patita.

La pequeña habitación tenía una cama contra la pared izquierda. Era un simple colchón sobre patas de madera. Debajo tía guardaba cajas de zapatos. Del otro lado, había un tocador de varios cajones y una tabla de planchar que ocupaba mucho espacio. En la otra pared, había un guardarropa y, en el rincón: ropa, zapatos y papeles apilados.

Fui a abrir la ventana para que se refrescara un poco. Me quedé

observando las deslumbrantes luces de los edificios del centro de la ciudad. Me emocionó tanto que no pude evitar sonreír; me motivó mucho imaginar lo lleno de vida que estaba ese lugar.

Tía regresó.

—Lily, ve dúchate antes que los vecinos se gasten el agua caliente.

—Está bien.

Abrí el equipaje y saqué la pijama; un short y camisa sin mangas, naranjas con estrellas y lunas blancas. Ella regresó con una toalla.

El baño era impresionantemente pequeño. El inodoro estaba ahí mismo de la ducha, solo la cortina los separaba. El lavabo tenía un espejo tan pequeño que solo mi cara cabía ahí.

Entré en la ducha y enseguida me percaté que el grifo no mostraba información sobre la temperatura del agua. Supuse que inicialmente caería fría y, como tenía calor, no le di importancia. Pronto me enteré de mi grave error. El agua que cayó sobre mi cuerpo, estaba tan fría que parecía venir del Polo Norte. Grité tan fuerte que seguro hasta los vecinos me escucharon.

Tía corrió a la puerta.

—Ay, discúlpame Lily —sonó apenada—. La caliente comienza a caer después de un minuto. No te tardes porque la cortan después de cinco.

—Gracias por la información. —Hasta se me había quitado las ganas de ducharme.

Al comenzar a caer caliente, me lavé el cuerpo con prisa. Salí y me vestí.

—Tía, ¿dónde está el secador de pelo?

—Se me quemó hace un mes.

Me lo estuve secando con la toalla hasta que llegó la pizza. Era mediana con una mitad de trozos de piña y la otra *pepperoni* con jalapeños. Vino acompañada por un jugo de cartón de mango. Tía fue a lavar dos vasos y nos sentamos en el sofá.

—¿Quieres ver una película?

—Hmm... —pensaba cual ver—. Póngase una producida por Mario Smith.

—¿Quién es ese? Sabes que soy bruta. —Me pasó el control remoto. Fui al buscador e introduje el nombre. Salieron diez y entre ellas resaltaba una de horror.

La sinopsis contaba que era sobre unos amigos que un fin de semana decidieron pasear en un yate. En medio de la oscuridad se toparon con una

embarcación abandonada y, en vez de avisar a las autoridades, decidieron creerse los valientes e inspeccionar. Una vez lo abordaron, comenzaron los sucesos extraños.

—¿La pongo? Solo está disponible en inglés. —Recordé que nunca aprendió ese idioma.

—Sí, no te preocupes por mí. —Ella comía una rebanada de jalapeño y yo de piña.

La película estaba emocionante. El suspenso me tenía con los pelos de punta. Los fantasmas espantaban a los hombres, haciéndoles caer sobre trampas para que perdieran la vida.

A los treinta minutos, ella me preguntó algo.

—¿Quieres qué te busque empleo donde trabajo?

—¿Dónde es?

—En una empresa donde diseñan juguetes. Me parece espléndido como tu primer paso porque conocerás a jóvenes empresarios. Te motivará a seguir adelante.

—¡Suenan interesantes!

—Sí. Ellos viven en la computadora: tecleando, dibujando, diseñando o hablando por teléfono con los clientes. Se ganan el dinero fácil, bien limpiitos sin molestar a nadie.

—Y ¿cuál es tu deber en ese lugar?

—Soy la encargada de la limpieza. Mi tanda inicia a las siete de la mañana y termina a las tres de la tarde. Barro pisos, lavo baños, preparo salas de conferencias y cualquier otro oficio que me manden a realizar.

—Suenan afanosos, tía. ¿Te pagan bien?

—Para mi nivel de educación y edad, está bien. Ya no puedo aspirar a mejor de ahí.

Me apenaba su situación. Hace muchos años ella había fundado su propia tienda de ropa. Compraba la que sobraba de cada temporada de diversos distribuidores y luego la enviaba a sus propias sucursales en Argentina. Su marido fue quien sacó ese negocio adelante gracias a su conocimiento y relaciones. Sin embargo, con la crisis financiera de hace unos años, se hizo tan difícil de mantener que llegó a la quiebra. El estrés que les causó hizo que ambos pelearan día y noche hasta terminar divorciados. Tía perdió sus propiedades y todo lo que alguna vez consiguió. Sus esperanzas se desvanecieron y se resignó a llevar un estilo de vida deprimente por el resto

de sus días.

—Entonces, ¿quieres que entre como tu ayudante?

—No, el empleo es uno de cuatro horas por las noches. Iniciarías a las seis de la tarde y terminarías a las diez de la noche. En ese se recoge basura de los cubos en las oficinas y se limpia el piso del primer nivel.

—Hmm... suena aburrido, pero no quiero que mi papá esté mandándome dinero. Habla mañana con tu jefe para que me entre a trabajar.

—Está bien.

Continuamos disfrutando de la película. Tras finalizar, me fui a dormir con temor de ser visitada por una cucaracha. El calor era insoportable. Sudé como nunca lo había hecho, pero estaba feliz porque había realizado el primer paso en mi nueva vida.

## Capítulo dos:

### Una hermosa sonrisa

Desperté a las ocho de la mañana. Tía se había ido a trabajar. Como no había nada para desayunar, calenté dos rebanadas de pizza que sobraron ayer y bebí un vaso de jugo.

Limpié la cocina, terminé de doblar la ropa sobre el sofá y la organicé dentro de su armario. Barrí el piso y lavé el baño.

Me duché. Luego me tendí en el sofá a revisar las redes sociales en el teléfono sin prestarle mucho caso a lo que veía.

Escuchaba afuera el bullicio de unos vecinos; dos hombres se enfrentaban a insultos y golpes mientras una mujer gritaba preocupada para que se detuvieran. Con sus intercambios de palabras, llegué a la conclusión de que fueron celos los que iniciaron esa disputa.

—¿Por qué no llaman a la policía?... —Cuando tuve la idea de asomarme por una ventana, recibí una videollamada de mi madre. La contesté emocionada. Ella estaba alegre mirando la pantalla. En el fondo avisté a mi hermano comiendo cereal en la mesa de la cocina.

—¡Buenos días, mi querida hija!

—¡Buenos días, mamá!

—Cuéntame, ¿cómo fue el viaje? Y ¿cómo te recibió Patricia?

—Todo bien, mamá. Me ha hecho sentir bienvenida. Estuve limpiando el apartamento para que se alegre cuando regrese del trabajo.

—Qué niña más educada, me siento orgullosa de ti. Anoche hablé con ella cuando ya dormías y me informó que te interesa trabajar.

—Así es. Aunque es un empleo de limpieza, está bien para comenzar.

Mi hermano agarró su plato y se acercó incrédulo a la pantalla.

—¿En verdad lo ocuparás? ¿qué no has escuchado las historias de lo que la gente deja en los inodoros públicos?

—Ay, santo cielo —le regañó nuestra madre—. Que cosas dices, ni te importa que estés desayunando.

Él llevó una cuchara repleta de cereal a su boca.

—Para tu sorpresa, no estaré limpiando baños. Solo recogeré basura de las oficinas y limpiaré pisos.

—No, pero que niña ésta —se quejaba Julio—. Para eso saliste de tu casa, para buscar un mendigo empleo. Aquí fácilmente hubieras conseguido uno decente en una tienda en el centro comercial.

—¡Pero ¿con qué motivación en ese frío pueblo?! Allá no se escucha ni las aves cantar. Aquí ni son las diez de la mañana y ya hubo una pelea entre vecinos. Esta calor hace brotar la energía en mi cuerpo. Me motiva a salir a caminar, sentarme bajo un árbol en un parque. No como allá, que solo quería estar bajo una cobija, desperdiciando tiempo en vídeos en la tableta electrónica.

—Mira Lily, cuidado con quien te juntas —aconsejaba seriamente mi madre—. Creo que está de más decirte que a nadie le aceptes bolsas, equipajes o cualquier objeto. Desde que salgas del apartamento, te vas directa a tu trabajo o a donde vayas. No pases del “hola” con alguien que luzca raro.

—Lo sé. ¿Cómo está papá?

—Durmiendo —contestaba Julio—. Bebió tanto porque su equipo ganó, que tuve que ir a buscarlo al bar a las tres de la madrugada.

—Yo tuve que llamar a su jefe para pedirle disculpas. —Mi madre estaba preocupada—. A él no le importa su salud. Bebe como si no hubiera un mañana.

—Por razón no me llamó anoche —dije.

—Y otro asuntito, Jovencita. No se vaya a enamorar, mucho menos de un cualquiera. Lo tienes entendido, ¿cierto?

—¿Y si él es un famoso millonario?...

—Hmm, bueno, como que ahí habría que pensarlo. —Se rio.

—¿Y si también me lleva casi treinta años de edad?—agregaba.



—Pues... yo te mato a ti y tu papá a él.

—Oh rayos. —Eso me confirmaba que meterme con Mario Smith solo me traería problemas.

—¡Qué millonario se fijaría en ella! —Se entrometía Julio—. ¡No ves que tiene la cara llena de pecas! La mayor parte del tiempo su cabello luce espantoso.

—¡Tienes la cara igual! —Si hubiera estado cerca de él, le hubiera lanzado una chancla—. Mira bien, que es solo yo querer para que algo así ocurra. —Le dejé en claro.

—Sí, cómo no, hermanita. —Solo delante de nuestra madre era que no me llamaba por sobrenombres feos—. Sal para que recibas por primera vez un trago de la realidad. ¿Piensas qué porque eres algo bonita, te caerán las oportunidades del cielo? Quieres saber algo, así como tú hay otras miles, pero esas cuentan con clase, educación y personalidad. Tú no tienes algo que te haga resaltar.

—Ay, qué amargado estás. —Mi madre se alejó de él—. Así expresa su tristeza porque te fuiste de la casa.

—Cómo que exagera, no crees.

—Sí. Solo ruego que a ti te vaya bien para que se motive. Y cuéntame, ¿cómo encontraste a Patricia emocionalmente?

—Pues intenta mantenerse positiva, pero aun así se le nota la depresión. No come saludable, fuma mucho y ve demasiada televisión.

—Intenta animarla, por favor. Cuando estén libres, salgan a alguna actividad.

—Está bien. Y cuéntame, ¿la junta de vecinos solucionó algo?

Una compañía leñadora compró terrenos del bosque. Eso ha enfurecido a toda la comunidad porque ni para informarles de la venta se les tomó en cuenta. Los vecinos se juntaron para poner una denuncia.

—Está demasiado difícil. Al gobernador solo le interesa el dinero. Él piensa que esos quinientos empleos valen más que los animales que morirán o serán desplazados. Esta semana estaré muy ocupada con esas reuniones. No pensamos rendirnos.

—Ay no, mamá, qué mal. Ojalá logren echar esa compañía del pueblo.

—Bueno, te llamo luego. Cualquier cosa, no dudes en buscarme.

—Hasta luego, mamá.

Transcurrieron las horas. Estuve viendo televisión, pegada al teléfono y

sufriendo un poco de calor.

Tía llegó a las tres y treinta de la tarde. Antes de entrar, se quedó paralizada, impresionada de como había limpiado.

—Lily... —Hasta comenzó a lagrimear de la emoción—. No debiste molestarte de esa manera.

—Tía, no digas eso, para mí es todo un placer ayudarte. —Noté que sujetaba lo que parecía un formulario de varias hojas.

—Muchas gracias, mi querida sobrina. —Se me acercó para abrazarme—. Gracias por venir a hacerme compañía en estos momentos tan difíciles.

—Para eso está la familia, para apoyarse en las buenas y en las malas.

—Sí. Mira... —Me lo mostró—. Es la aplicación del empleo. Llénalo mientras me ducho porque iremos al supermercado.

—Está bien. —Me fui a sentar en el sofá.

Lo leí. Preguntaba información personal y experiencias de trabajo. Lo completé y me preparé para salir.

—¿Te aburriste aquí sola?

—Hmm... bueno, estoy acostumbrada al encierro, así que no me quejo. Estuve viendo vídeos en el teléfono.

Salimos afuera. Hacía mucho sol. Cuando entramos en las escaleras del tercer nivel, salió de su apartamento una mujer cargando un bebé que aparentaba tener mínimo tres meses de nacido. Ella llamó a Tía.

—Ven, Lily. Vamos a presentarte con mi amiga.

Nos acercamos. Ella aparentaba tener entre veintitrés a veinticinco años de edad. Su cabello negro lo tenía muy despeinado, en el rostro se le notaba a leguas el trasnoche. Aún vestía con el pijama. Su bebé que, solo vestía un pañal, parecía estar dormido.

—¿Cómo te va, Juliana? —Fue a saludarla con un beso y abrazo.

—Pues ahí, viviendo el día a día —sonaba agotada—. Cuando no es mi marido que me causa dolores de cabeza, es mi hermana o este bebé. Ya tengo casi cuatro meses sin encontrar espacio para mí.

—Qué pena —lamentaba tía—. Pero sigue luchando que todavía eres joven.

—No tengo de otra. —Ella me miró por primera vez y le prestó su bebé a tía para venir a saludarme.

—Usted cómo que se parece un poco a doña Patricia. —Me sonrió.

—Sí, es que ella es mi adorable tía. —Le ofrecí un apretón de manos—.

Mi nombre es Lily, mucho gusto.

—Mucho gusto, Lily.

—Ella vivirá un tiempo conmigo —le contó tía.

—Eso me alegra mucho, que al fin tengas compañía. —Tía le regresó el bebé—. A propósito, ¿alguna de ustedes escuchó la pelea de esta mañana?

—¡¿Qué pelea?! —Se preocupó tía.

—La escuché —confesaba—. Pero no tengo idea de quienes fueron y como terminó.

—Acérquense... —Nos pidió para que lo que nos fuera a decir, no saliera de entre las tres—. La amante de un vecino en el quinto nivel, acostumbra a pasarse la noche aquí cuando su marido está de viaje. Pues resulta que ese marido le colocó un rastreador de localización en el teléfono y, esta mañana tras desbordar del avión, vino directo hacia acá y los enfrentó. Mala suerte para él porque el amante de su esposa es un musculoso de mal carácter. Le terminó propinando tremenda paliza. Incluso lo amenazó con arrojarlo por las escaleras. Nadie se atrevió a llamar a la policía porque eso traería problemas para todos. Ahora viene el detalle que debemos mantener entre nosotras... Cuando ese hombre salía furioso del edificio, mi marido alcanzó a escuchar cuando dijo que regresaría para matarlo.

—Ay no, tía, qué miedo. —Me asusté—. ¿Qué vamos a hacer si ese hombre viene y comienza a disparar?

—Descuida, Lily.

—No te preocupes —me consolaba la vecina—. Mientras tengamos esta información entre nosotras, no se va a alborotar el edificio. Lo primero es que necesitamos de su cooperación. Como mi marido es enemigo de ese vecino, no podemos ir a hablar con él, pero sí una de ustedes. Si le sacan el nombre del marido de su amante, mi marido irá a la comisaría a poner la denuncia. Solo así evitaremos la tragedia.

—Nos quiere involucrar en algo tan peligroso —pensé.

—No te preocupes, vamos a cooperar. —Aceptó tía. Yo la miré boquiabierta toda impresionada.

—Muchas gracias. —Se alivió Juliana.

Escuchamos cuando alguien entró en el pasillo desde las escaleras. Era una chica máximo de dieciocho años de edad. Su lacio cabello era negro y le llegaba hasta los hombros; tenía el ojo izquierdo oculto bajo él. Vestía una gorra negra. Su pantalón, blusa y tenis eran del mismo color.

Me pareció una *emo*; ese estilo donde los jóvenes se vestían con prendas oscuras y pretendían estar sufriendo de emociones tales como: tristeza, decepción, enojo y otras más...

—Hasta que al fin se calló el mocoso ese —refunfuñó cuando se nos acercó y entró en el apartamento sin siquiera saludarnos.

—Lily, ella es mi hermana —me decía apenada—. Actúa así porque está en su fase de oscura emocional.

—¡Esto no es ninguna fase! —Le escuchamos gritar molesta, pero no se atrevió a salir y dar la cara.

—Vive con nosotros, pero no nos soporta —nos explicaba—. Es la única familia que me queda.

—Bueno, tenemos que irnos antes de que se nos haga tarde. —La despidió tía.

—¿Para dónde van?

—Al supermercado.

—Hmm... ¿Serían tan amables de comprarme un paquete de pañales? No tengo tiempo para nada y mi hermana ni loca me ayuda o se queda atendiendo a su sobrino.

—No te preocupes. —Tía recibió dinero de Juliana y nos despedimos.

Cuando ya íbamos en unas aceras alejadas del edificio, tía se me acercó para hablar.

—Perdóname Lily por ponerte en esta peligrosa situación.

—Tía, no cometas la torpeza de contarle a mis padres. Lo primero que harían, sería exigirme que regrese. Hablaré con el vecino para solucionar esta situación.

—¡No, ni loca lo harás! —Se preocupó—. ¿Qué tal si ese malandro regresa en ese mismo momento y comienza a disparar?

—Pero tía... sé que tienes razón, pero me preocupa quedarme de brazos cruzados. No podré dormir sabiendo que cualquier día podría ocurrir.

—¡Hablaré con él esta noche mientras trabajas! No hablemos más de este tema, que hasta vergüenza me causa que por ser tan pobre, te exponga a ese tipo de gentuza.

Las calles estaban repletas de personas, el tránsito cada vez se hacía más pesado. Caminamos alrededor de veinte minutos hasta que llegamos a una plaza comercial. Había más de seis negocios: un salón de belleza, una tienda de teléfonos, otra de telas y alfombras, un restaurante de comida asiática, un

spa y por último, el supermercado.

—Compra todo lo que necesites. —Agarró un carrito y entramos.

—Descuida, compraré con el dinero que me regaló mi papá.

Ella compró frutas: manzanas, naranjas y peras. Compró un bizcocho de chocolate, un paquete de galletas, un galón de jugo de mango, otro de leche, una bolsa de arroz de cinco libras, un paquete de jamón y queso, una botella de aceite, un paquete de café y otro de azúcar. Y los pañales para el bebé de Juliana.

Yo compré tres cajas de cereales: una de hojuelas de maíz, otra de bolitas de chocolate y la última de chispas de colores. También compré un paquete de donas azucaradas porque mi madre ni loca me permitía comprarlas.

Terminamos de pagar y salimos con el carrito.

—Espera —dije y se detuvo—. ¿Vamos a cargar la compra por todo el camino?

—No, mi hija, y con que fuerza. —Se rio—. Siempre pido un taxi. Cuando me mandan un chófer amable, hasta me ayuda a subirla. Permíteme llamarlo. —Extrajo su teléfono.

Estábamos ahí, detenidas a un lado de las puertas del supermercado. El Sol ya estaba en esa posición que te iluminaba de frente a la cara. Lamenté no tener gafas de sol. Es que en mi pueblo ni eso fue un percance porque la mayor parte del año siempre estuvo nublado.

Mientras esperábamos, avisté a una motocicleta entrar al área de estacionamiento. Era de esas de trabajo; atrás tenía una canasta con el logotipo de una pizzería. Él se estacionó lo más cercano que pudo y cuando se quitó el casco, arregló su melena mirándose en el espejo retrovisor. Le llegaba hasta la altura de la nariz.

A pesar de estar vestido con esa anticuada ropa azul de una pieza de su trabajo, se notaba lo apuesto que lucía. Tenía un poco de barba bien cuidada.

Cuando comenzó a caminar hacia nosotras, volteé a mirar a otro lado para que no notara como curioseaba. Mientras más se acercaba, más me percataba de como no me quitaba los ojos de encima.

Sentí cuando se detuvo tras llegar a nuestro lado, y algo nerviosa, volteé a mirar. Me miraba fijamente a los ojos.

—Hola, Bonita. —Me tiró su sonrisa. Cielos, me puse tan nerviosa que comencé a sudar instantáneamente.

—Hola... —le dije entre los dientes y enseguida miré a tía—. Mira ahí

viene el taxi —mentí señalándole un carro que acababa de entrar al estacionamiento.

Agarré el carrito y tomé la delantera. Ese hombre entró al supermercado.

Me fui porque me apenaba que notara lo nerviosa que me puse. Imaginé que seguro pensó que era odiosa.

Tía estaba impresionada.

—Qué hermosa sonrisa tiene ese joven. —Sonreía—. Imagino que en Maine, nadie tuvo ese atrevimiento contigo.

—Allá que alguien te hable así sería la cosa más rara del mundo. Por eso me puse tan nerviosa porque no lo esperaba.

—Estaba bien lindo, ¿no lo crees? —Esperaba mi respuesta toda sonriente.

—Se veía atractivo. —Ya estaba sonrojada. Comencé a abanicar aire hacia mi cara con un catálogo de ofertas del supermercado que estaba en el carrito porque hasta me entró calor.

—Nunca has tenido novio, ¿cierto?

—Nada de nada. Como apenas asistí a secundaria, no llegué a forjar una relación considerable. En primaria fui muy tímida para relacionarme.

—Pues prepárate, Lily, aquí o quieres o te hacen querer. La única manera para que estés tranquila, es si tienes novio y él te defiende de los demás. En el edificio no sufrirás de acoso porque la mayoría o son unos muchachitos, o señores en la tercera edad.

—No, pero ese repartidor es todo un atrevido. —Seguía intentando disminuir mi calor.

Llegó el taxi y arrancamos. Como ya eran las cinco de la tarde, tía le pidió que nos esperara para ir a llevarnos al trabajo. Ese señor fue tan amable que hasta nos ayudó a subir las bolsas. Le regalé cinco dólares de propina.

Mientras tía fue a llevarle los pañales a Juliana, fui cambiándome con prisa.

Me vestí con una blusa blanca y pantalón jean acompañado por unos tenis blancos. Me llevé en las manos una chaqueta de tela jean por si hacía mucha brisa cuando saliera del trabajo.

Nos montamos y el taxi arrancó hacia el centro de la ciudad.

Al llegar me quedé impresionada con ese extenso edificio de seis niveles. En el frente tenía un pequeño parque donde avisté un monumento que conmemoraba a soldados caídos durante una guerra. Ese edificio en una

esquina de la azotea tenía un gran cubo giratorio azul con el logotipo brillando en blanco.

—Aquí vamos. —Respiré profundo. Cuando nos acercamos a la puerta, tía extrajo de su bolso una tarjeta de identificación que tenía su fotografía. Cuando la pasó por el lector, la puerta de cristal se abrió automáticamente y entramos.

Varios empresarios salieron de los ascensores del otro lado de una pared de cristal y comenzaron a salir del edificio mientras charlaban entre ellos.

El joven que atendía como recepcionista de la sala de espera, nos pidió que nos acercáramos.

—Doña Patricia. —Me miraba a mí mientras nos acercábamos—. ¿Quién es esta jovencita tan hermosa que te acompaña?

—¡Hola! Mi nombre es Lily Scott. —Le sonreí. Tenía en mente ser súper amable para causar una buena impresión.

—Es mi sobrina, desde hoy trabajará aquí.

—En serio... —Quedó boquiabierto—. ¿Es ella la que ocupará el empleo de limpieza?

—Sí, ¿algún problema?

—No, ninguno. —Se sentó y me pidió el formulario para procesar mis datos. Luego de unos minutos, me entregó una tarjeta para que tuviera acceso a todas las puertas.

Entramos en uno de los cuatro ascensores. Teníamos que ir al sexto nivel.

—Tía, ¿por qué él se comportó así cuando supo que ocuparía el empleo?

—Ah... Es que las personas tienen la mentalidad que este empleo solo es ocupado por latinos, otros inmigrantes o viejas como yo. Se impresionó porque luces tan gringa como cualquiera de esas que trabajan en oficinas.

—Ya veo... Ojalá eso no sea un percance para mí.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, vimos a varias mujeres charlando mientras esperaban. Nos saludaron amablemente, y cuando salimos ellas entraron.

Desde ese ancho pasillo de ascensores, observé que en el fondo estaba una hermosa cafetería. Había cubículos de oficina de cada lado de ese piso. Todo estaba decorado con juguetes para niños y niñas menores de nueve años de edad. En algunos pasillos y esquinas, había versiones gigantes de esos muñecos. Había muebles repletos de ellos.

En una de las tres mesas blancas y redondas de la cafetería, había una

estatua de una muñeca tamaño real que comía helado muy sonriente.

Caminamos hacia la izquierda. Tía se detuvo tras entrar en ese pasillo.

—Hasta aquí llego. Voy a revisar unos asuntos en el primer nivel y me iré. Estaré aquí a las diez con un taxi para recogerte.

—Gracias, tía. —Estaba algo nerviosa. Miré a los cubículos que tenía cerca y noté que casi no quedaban empresarios.

—Descuida, Lily. Solo sigue este pasillo y, después de la puerta de las escaleras, está la del armario del conserje; ahí se encuentra todo lo que vas a necesitar, incluyendo la persona que te entrenará.

—Entiendo. ¿Es esa persona amable?

—Es un joven así como tú. No lo conozco, pero nadie habla mal de él. Bueno, adiós. Buena suerte. —Se despidió con un abrazo.

—Bueno... —Miré a mi alrededor—. Llegó la hora de comenzar a ganar mi propio dinero. Mi primer paso genuino en esta sociedad.

Caminé con calma. Cuando abrí la puerta, observé todo el lugar.

Del lado izquierdo había unas cuantas escobas y trapeadores. En la pared de la puerta estaba una estantería. Los niveles de abajo estaban repletos de cajas que contenían guantes de limpieza, rollos de toallas de papel y otros utensilios. En los de arriba vi papeles, juguetes y una bolsa de almuerzo.

Al frente de la estantería había grandes cubos que imaginé eran los utilizados para recolectar basura. Eran dos: el gris para la basura, el azul para el reciclaje. Estaban encima de unas ruedas que facilitaban su movilidad. Ambos tenían atados lo que parecía un delantal con docenas de bolsillos repletos de rollos de bolsas plásticas y otros materiales.

Más adelante había dos aspiradoras de mochila y dos sillas metálicas de esas que se plegaban.

El techo estaba repleto de tuberías. En el fondo había un lavabo y, frente a éste y de espalda hacia mí, estaba el empleado que sería mi entrenador y compañero.

Lo noté comiendo. En una mano sostenía lo poco que quedaba de un sándwich, en la otra sostenía un vaso de chocolate caliente.

Entré y cerré la puerta. Él todavía no volteaba a mirarme, pero me percaté como aceleró su ritmo. Como queriendo terminar de masticar antes de darme la cara. Llevó el vaso a su boca.

—¡Hola! —le saludé mientras volteaba hacia mí. Cuando él me miró a la cara, se sorprendió tanto que escupió de repente el chocolate que no había



tragado. Casi se ahogó.

Nunca esperó que alguien como yo ocupara un empleo como ese.

## Capítulo tres:

### ¡Estoy tan feliz!

Me encontraba frente a mi compañero de trabajo. Él se ahogaba porque cuando me vio, se impresionó mucho.

—¿Necesitas ayuda?! —Me asusté porque creí que su vida corría peligro. Se sujetaba el pecho mientras tosía como si el alma se le fuera a salir por la boca.

No encontraba como ayudarlo. Miré a todas partes hasta que mi mano aterrizó en una pequeña toalla. Me le acerqué. Él ya había mejorado un poco.

—Mire, le traje una toalla. —Se la pasé. Noté como evadía mirarme a la cara. Supuse que lo evitaba porque le causaría vergüenza que lo viera en ese estado.

Se la pasó por la nariz y boca. Abrió el grifo y se lavó la cara. Luego se la secó con la toalla. Había dejado caer el sándwich y el chocolate al suelo.

Yo no sabía ni que hacer porque él estaba muy callado. Casi al minuto, se armó de valor y por fin me miró a la cara. Sin embargo, cada vez que nos mirábamos a los ojos, él no resistía ni tres segundos y miraba hacia un lado. Lo noté muy tímido.

Él era máximo de veintitrés años de edad. Vestía con el uniforme; pantalón crema con una camiseta azul marino y tenis negros. En su muñeca izquierda vestía un reloj que lucía barato; tenía una pantalla digital. Tenía su cabello recortado. De apariencia lo encontré normal. O sea, no era así que

dijera “feo”, pero tampoco “lindo” como para que me fuera a gustar.

—Seño... señorita —hablaba nervioso—. ¿Usted qué hace aquí?

—Soy la nueva. Me llamo Lily Scott. Mucho gusto. —Le sonreí y ofrecí un apretón de manos. Me la miró nervioso por cinco segundos y luego lentamente me la tomó. Su mano estaba toda sudada.

—Me llamo Luis Martes... —Me la soltó—. En serio, ¿es usted quién trabajará conmigo? —Estaba incrédulo.

—Sí. Soy sobrina de Patricia, ella fue quien me consiguió el empleo.

—Ah...

No dijo otra palabra. La atmósfera en el armario se hacía más tensa. Creí que los nervios iban a enfermarlo.

—Bueno, debo esperar a que se acostumbre a mi presencia para que deje de actuar como todo un rarito —pensé mientras lo observaba. Él me evadía mirando hacia el suelo.

—Me explicas mis labores. —Le pedí. Coloqué la chaqueta en el nivel más alto de la estantería.

—Está bien... Usted...

Al llamarme “usted”, le interrumpí porque me cayó mal.

—Luis, somos casi de la misma edad. Túteame o llámeme por mi nombre.

—Lo, lo siento, Lily... Bueno... Lily, vas a recoger la basura de las oficinas del sexto, quinto y cuarto nivel. Después vas a limpiar el piso del primero —hablaba tan bajito que tenía que esforzarme para entenderlo, a pesar de que estábamos donde no entraba ninguna clase de ruido.

—¿Solo eso haré en las cuatro horas?

—Sí.

—¿Crees que sea difícil?

—Es... es bastante fácil.

—Aún no creo que trabajaré limpiando —suspiré tras sostener uno de los trapeadores. Lo levanté y me pareció algo pesado.

—Ni yo —dijo bien bajito, pero fui capaz de entenderlo. Lo miré y se puso bien nervioso.

—¿Cuándo comenzaremos el entrenamiento?

—Ahora... —Se acercó a los grandes cubos—. En el gris vas a introducir la basura, en el azul el reciclaje.

Como estaban unidos y abajo tenían ruedas, los empujó hasta sacarlos del

armario. Regresó a colocarse guantes de color naranja. Me invitó a hacer lo mismo.

Al salir, entramos al cubículo que nos quedaba al frente. Cada uno era compartido por dos escritorios de computadoras; uno en cada extremo. Cada escritorio tenía un pequeño cubo de basura y otro de reciclaje.

Luis se agachó a recoger el de basura. Fue a depositar su contenido en los que sacamos del armario. Me incliné para revisar el tipo de basura. Vi un envase de yogur de fresa con su cuchara plástica. Cascara de banana y varias envolturas de mentas.

Luis despegó una bolsa de un rollo para cambiársela al pequeño cubo. Lo regresó a su puesto y agarró el de reciclaje. Ese solo tenía cinco hojas de papel.

—¿Así de sencillo es este oficio?

—Sí... —Los nervios aún no le permitían hablar decentemente—. Hoy vamos a trabajar juntos para mostrarte los lugares que debes visitar.

—Entiendo. Qué te parece si cuando entremos en un cubículo, yo limpio los de la izquierda y tú los de la derecha.

—Hmm... —Le pareció buena idea.

Las secciones izquierda y derecha del nivel tenían dos columnas de cubículos. Eso dividía cada sección en dos pasillos. Cada columna tenía una fila de quince cubículos. Eso significaba que cada sección tenía una cantidad de treinta cubículos y sesenta escritorios. Sumadas ambas secciones, había sesenta cubículos y ciento veinte escritorios.

Si continuaba calculando, descubriría que debía recoger dos ciento cuarenta cubos de basura y reciclaje.

—Con tanto agacharme, no tendré que hacer ejercicios —pensé. Y eso, que solo era el sexto nivel.

Eso no era todo. En las paredes de cada lado, había oficinas privadas. De cada lado de la cafetería, había una oficina de conferencias. En la parte trasera, había una enorme sala de conferencias con una mesa de más de sesenta sillas y un gran proyector.

Al entrar en la segunda columna de cubículos de la sección izquierda, nos topamos con un señor que todavía trabajaba; tecleaba a gran velocidad.

Al cruzarle por el lado, me detuve para entrar.

—¡Buenas noches, señor! —le saludé amablemente. Ahí noté que Luis continuó empujando los cubos hacia el siguiente cubículo, ignorando por

completo que me había detenido.

Cuando Luis escuchó como saludé al señor, se detuvo y me miró todo nervioso, como si yo hubiera cometido alguna imprudencia.

El señor paró de teclear y me saludó amablemente.

—¿Qué deseas, señorita? —Sonreía.

—Me llamo Lily Scott. Soy la nueva empleada de limpieza.

—¿En serio? —Se impresionó—. Pues sea bienvenida a mi cubículo.

Entré y él me pasó su cubo de basura. Luis me observaba sin atreverse a mover. El señor ni caso le hizo.

—Me imagino que usted está en la universidad —comentó.

—Así es —mentí riéndome un poco. Fui a tirar la basura. Le coloqué una bolsa limpia y se lo regresé al señor.

—Muchas gracias, señorita Scott. —Lo regresó a su puesto. No me pasó el de reciclaje porque no tenía papeles.

—¡Qué tengas una bonita noche, señor!

—Usted también. —Volvió a concentrarse en teclear. Terminé mi labor en ese cubículo y nos fuimos.

—¿Por qué lo ignoraste? —Me le acerqué a Luis.

—Por nada... —dijo nervioso. Imaginé que lo ignoró porque le causaba pena pedir permiso para entrar.

Transcurrieron los minutos. Cuando íbamos recogiendo basura en la sección derecha, donde no había ni un alma trabajando, comencé a recibir una llamada telefónica.

Al sacarlo del bolsillo y revisar, me percaté que se trataba de mi hermano.

—¿Puedo contestar?

—Sí —concedió.

Tomé la llamada.

—Alcahueta, ¿cómo estás? —me saludó. A pesar de no tenerlo en altavoz, como el lugar era tan silencioso, se escuchaba tanto que sospeché que hasta Luis iba a ser capaz de escuchar. De fondo escuchaba como mi hermano jugaba a esos videojuegos de disparos.

—Bien ¿y tú? —Me contuve. No iba a cometer la torpeza de regañarle frente a mi compañero.

—¿Por qué tan calmada? —Fue capaz de notarlo—. Ah, debes estar limpiando y recogiendo basura. Cuéntame, ¿qué tan sucias están tus manos en estos momentos?

—Bobo, visto guantes.

—Por supuesto. Oye, el viejo dijo que te va a matar si te pasas de hoy sin llamarlo.

—Ay, rayos. A mí siempre se me olvida llamar. ¿Por qué no bajas y le dices que me llame a eso de las once y media? —Imaginé que mi padre disfrutaba de los deportes en la televisión en la sala de estar.

—Llámallo, no lo provoques que soy yo quien se tragará su temperamento cuando empiece a regañar.

—Ya, prometo que no se me va a olvidar.

Luis lucía tenso; evitaba causar mayor ruido para no molestar mi llamada. Entró en un cubículo y comenzó a recoger la basura que le tocaba.

—¿Ya lloraste? ¿Cómo estuvo tu primer día?

—Después de limpiar el apartamento, estuve aburrida. Cuando tía llegó, fuimos a conocer a unas vecinas y a realizar las compras. Tú, ¿qué hiciste hoy de valor?

—He soportado los berrinches del viejo porque se pasó el día con dolor de cabeza. Vi una película y ahora juego videojuego hasta quedar dormido. ¿No te causa envidia?

—¿Envidia?

—Mientras estoy en la cama bajo una cobija bien calentito disfrutando de un fabuloso videojuego, tú estás en una ciudad que no conoces, recogiendo esa apestosa basura.

—¡Mira, Julio! —No soporté y subí la voz—. Eres el que está mal, ahí encerrado desperdiciando tu vida. Llegará el día en que te percares de tu error. Y esta basura es bien sencilla, no apesta.

Recogí un cubo y fui a tirar la basura.

—¿Estás sola?

—Hmm... no.

—¿Con quién?

—Con la persona que me entrena. Él ha escuchado lo grosero que eres.

—Ah... sí. Ponga a esa persona al teléfono —me ordenó.

—¡Eh! —Me quedé boquiabierta. Luis me miró nervioso y se lo pasé.

—Hola, me llamo Julio. ¿Quién es usted?

Luis tardó varios segundos para contestar mientras reunía el valor.

—Ho, hola... Soy Luis.

—Mira, Luis... —Supuse que mi hermano se percató que era tímido, por

lo nervioso que le contestó—. Cuidado con esa pelirroja. Si la miras mucho a los ojos te robará el alma —le bromeaba.

—¡Eh!... —Luis se asustó, no porque creyó esa tontería, pero por la manera en que él le hablaba.

—¡Julio! —gruñía.

—Ya, en serio. Trate bien a mi hermana. Ella sonríe y todo, pero por dentro sigue siendo una inocente florecita, ¿Luis, usted me comprende? Si cómete alguna torpeza, tómelo con calma, es su primera vez trabajando. Tampoco me la maltrates mandándola a hacer oficios de más.

—Es, está bien. —El pobre Luis estaba bañado en sudor.

—Fue un placer hablar con usted, pásame a mi hermana. —Me pasó el teléfono.

—Tú sabes que te pasas de la raya, ¿cierto?

—Hasta mañana, Alcahueta.

—¡Duerme bien, hermanito! —Guardé el teléfono—. Perdóname Luis por interrumpir el trabajo de esta manera. Continuemos.

En una hora y media, terminamos de limpiar el sexto nivel. Bajamos al primero y fuimos a la parte trasera. Ahí se encontraba una gran máquina compactadora que ocupaba dos cuartos, y se componía por dos grandes embudos con un panel de control.

Luis vació el contenido del cubo de basura en el primer embudo. El reciclaje en el otro. Presionó un botón rojo y la máquina comenzó a agitarse, causando ruido mientras aplastaba los materiales.

Por una ventana del otro cuarto, observé como la basura salía comprimida en rectángulos por una correa metálica. El reciclaje salía por otra y ambos terminaban en sus respectivos contenedores.

Fuimos al quinto nivel. Estuvimos recogiendo basura en la sección izquierda. El quinto era idéntico al sexto. Me encontré el empleo bastante fácil de aprender.

Después de treinta y cinco minutos, entramos en la sección derecha. Luis se puso nervioso cuando avistó que quedaba alguien en una de las oficinas privadas. Solo se notaba porque la luz estaba encendida.

Nos detuvimos al llegar al frente de esa puerta.

—¿Lo piensas ignorar?

Me contestó asintiendo con la cabeza.

—Bueno, yo entraré. —Me motivé, y noté como me miró sorprendido y asustado, como si lo que cometería fuese algo impensable.

Abrí la puerta.

—¡Buenas noches! —Entré sonriente. El hombre que tecleaba, ni siquiera tuvo la gentileza de levantar su mirada. Vestía elegante; un esmoquin gris con corbata azul y zapatos negros, complementados por un reloj plateado que brillaba contra la luz. Sus muñecas eran vellosas, así que lo imaginé como esos que tenían la mayor parte del cuerpo cubierto por vellos. Su corte de cabello era elegante y atractivo. Usaba un poco de barba bien cuidada sin una pizca de bigote. Aparentaba ya haber alcanzado los treinta años de edad.

Su encantador perfume se había adueñado de la oficina. Su aroma hacía sentir que quien lo vestía, se tomaba en serio su apariencia.

Él me ignoró por completo. Me le acerqué y fui a recoger los cubos que estaban detrás de su asiento. Miré de reojo su monitor y me percaté que escribía un correo electrónico.

En el cubo de reciclaje, había una pequeña caja de pizza. Fui a tirar la basura y regresé los cubos a sus puestos.

Cuando iba en mi camino de salida, escuché cuando paró de teclear y me detuve.

—¿Estás perdida o qué? —preguntó y volteé a mirarlo.

—No, este es mi empleo. —Sonreí tímidamente.

—¿Su empleo?... —se preguntó sin dejarse impresionar—. ¿Eres nueva?

—Sí, hoy es mi primer día.

—Hmm... —Me miró de arriba a abajo—. Puedes retirarte.

—¡Qué tengas una bonita noche! —Cerré la puerta y suspiré. La manera en que me miró, me hizo entender que no dudaría en regañarme si cometía una torpeza. Su perfume fue tan rico que, si no me hubiera visto de esa manera, me hubiera quedado un rato más. Hubiera entablado una conversación como excusa.

Observé que al lado de la puerta estaba su nombre.

—Arthur Diesel...

Luis sacó la caja de pizza del reciclaje y la introdujo en la basura. Me enseñó que ese tipo no eran aptas para ser recicladas. Fuimos a un cubículo.

—Luis, ¿alguna vez has entrado en la oficina de Arthur con él ahí?

—Nunca.

—¿Él siempre se va tarde?



—A veces.

—Supongo qué esperas a que se vaya para ir a recoger su basura.

Asintió con la cabeza.

—¿Cómo es él, me puedes contar? —Estaba curiosa.

—Hmm... —Luis estaba nervioso—. Es muy trabajador.

Me tuve que conformar con eso. Terminamos el quinto nivel, fuimos a tirar la basura y luego comenzamos a trabajar en el cuarto. Ahí casi no había cubículos. Fue sencillo. Lo terminamos en media hora.

Me acerqué a Luis y vi que en su reloj ya eran las nueve de la noche. Subimos al sexto nivel y entramos al armario. Él se ponía más nervioso que nunca cuando estábamos ahí. Supuse que era su espacio de relajación, y yo con mi llegada lo había invadido.

Me senté en una de las sillas para descansar los pies. Lo invité a que se sentara a mi lado. Lo realizó con toda la timidez del mundo.

Para evadir cualquier futura charla conmigo, extrajo su teléfono y se puso a revisar una red social. Vi que seguía perfiles de ilustradores de historietas y dibujos animados.

—¿Ahora solo queda limpiar el primer nivel?

Asintió.

—Tengo hambre... —me quejé. Él me miró.

—¿Qui, quieres chocolate caliente con galletas? —ofreció.

—Suenan apetitoso. —Sonreí.

Salió. Mientras regresaba, me puse a ver vídeos de gatitos para relajarme. El empleo podía ser sencillo, pero caminar y agacharme tanto, era algo a lo que no estaba acostumbrada.

A los cinco minutos, regresó con un vaso de chocolate en cada mano. En un bolsillo, traía un paquete de galletas saladas.

Me pasó un vaso y se sentó. Sacó las galletas y las compartimos.

Cuando terminamos de comer, agarramos trapeadores y bajamos al primer nivel con dos cubos de agua. Estuvimos limpiando ese suelo por alrededor de treinta minutos.

Regresamos al armario. Me sentía más agotada que nunca. Ese trapeador me mató la espalda. Su peso lo hizo súper incómodo de manejar. Mucho peor fue exprimirle el agua sucia.

Ya eran las nueve y cincuenta. Luis comenzó a recoger sus pertenencias. Yo me puse la chaqueta.

—¿Cómo estuve en mi primer día?

—Bien.

Salimos para bajar juntos.

—Perdona lo grosero que fue mi hermano. Le pediré que no me llame mientras trabajo. —Entramos en el ascensor.

—No importa.

Registramos nuestro tiempo de salida en el escritorio de la sala de espera y salimos afuera. La brisa estaba algo fría. Agradecí haber traído la chaqueta.

Nos detuvimos y Luis me miró, esperando a que yo dijera alguna palabra. Eso me causó gracia.

—¡Qué pases una bonita noche, compañero! —Le ofrecí un apretón de manos—. Gracias por enseñarme a trabajar.

—De, de nada. Tengo que informarte que los viernes vas a comenzar a las diez de la mañana y terminarás a las tres de la tarde.

—Y ¿eso por qué?

—Ese día alguien más te entrenará porque tendrás otros oficios. Bueno... Hasta mañana. —Me dio la espalda y continuó hasta entrar en unas aceras.

Del otro lado avisté un taxi estacionado. Cuando me le acerqué, me percaté que tía estaba en el asiento trasero sosteniendo su teléfono.

—¡Tía! —Me notó enseguida y abrió la puerta.

—Lily, ya iba a llamarte.

—¡Buenas noches! —Entré contenta.

—Buenas noches, Jovencita —me saludó el chófer. Era el mismo que me había traído—. ¿Cómo le fue en su primer día?

—De maravilla. —Me coloqué el cinturón y arrancó.

—Eso me alegra. —Sonrió tía.

El chófer sintonizó música romántica. Disfruté el camino de regreso al apartamento. Le agradecemos mucho por su servicio y, cuando fui a regalarle una propina de diez dólares, me la rechazó rotundamente.

Me duché, cené, hablé con mi padre y me fui a dormir.

Al siguiente día, lavé los platos después de desayunar. Como a las dos horas de mirar tonterías en la televisión, escuché cuando alguien comenzó a tocar la puerta.

Al principio, me puse nerviosa porque como tía trabajaba, supuse que alguien que la conociera sabría que no se encontraba.

Cuando fui a abrirla, me llevé la sorpresa de ver a la hermana de Juliana,

la chica que vestía completamente de negro.

—Hola... —la saludé. Ella sostenía con ambas manos una gran jarra plástica repleta de jugo. Me impresionó que estaba encima de una patineta. Me miraba a la cara con esa expresión de desagrado. Quizás molesta por hacerla esperar o actuaba acorde a su estilo emo.

—Lo manda la tonta de mi hermana en agradecimiento por lo de ayer. — Me la pasó—. Es jugo de naranja.

—Guau, mandó demasiado. Gracias.

Se quedó mirándome a los ojos, sin moverse o pronunciar una palabra. Hice lo mismo y, en mi mente, comencé un juego de quien se riera o retirara su mirada primero, perdería.

Me reí; no resistí ni diez segundos.

—¿A qué juegas? —preguntó fastidiada.

—A nada. —Reía—. Oye, ¿cómo lograste subir esta jarra tan pesada encima de una patineta?

—Pelirroja, usa tu cabeza.

—Hmm... La sujetaste con una mano en las escaleras y por el pasillo te impulsaste encima de la patineta —expliqué.

—Guau, qué brillante —dijo irónicamente.

—Pero aun así, ¿no se te hizo difícil porque solo ves por un ojo?

—¿Cómo por un ojo? ¿Piensas qué porque tengo el cabello sobre el otro, no veo?

—Eh... perdona mi comentario.

—Me voy. —Se impulsó. Salí a presenciar como se alejaba y, antes de que fuera a entrar en las escaleras, le grité.

—¡Espera, permíteme salir contigo! —le pedí.

—Qué fastidio. —Se detuvo.

Fui a introducir el jugo en el refrigerador, agarré las llaves y salí del apartamento.

—¿Qué quieres de mí? —No le atraía mi idea de salir juntas.

—Estoy harta de pasarme las mañanas encerrada. —Me le acerqué quejándome. —Vamos a donde quieras ir, yo solo te acompañaré.

—Cómo quieras. —Agarró la patineta y comenzamos a bajar las escaleras.

—Me llamo Lily, ¿cómo te llamas tú?

—Arya.

—¿Arya?! ¿Tus padres no te dieron un nombre latino?

No me contestó, incluso pareció molestarle esa pregunta. Ahí recordé cuando Juliana mencionó que Arya era la única familia que le quedaba. Sus padres ya no estaban en este mundo. No iba a cometer la imprudencia de hacerle preguntas sobre ese asunto.

—¿Cuál es tu edad?

—Tengo diecisiete años de edad. ¿Me estás haciendo una entrevista? Porque si es así, te puedes largar ahora mismo —me regañó.

—Ay, lo siento. Yo tengo veintiuno.

Entramos en las aceras.

—Arya, ¿a dónde vamos? —Iba a mi lado sobre la patineta.

—Cállate y sígueme.

Después de una larga caminata, llegamos a un parque de patinetas. Me impresionó lo extenso que era; apenas visualizaba a las personas en el otro extremo. No conocía ni un detalle sobre ese deporte. Solo analicé lo que me pareció un montón de “piscinas vacías” y barras donde los chicos practicaban sus trucos.

A nuestra derecha, a casi cincuenta metros, observé a unos niños con uniforme escolar. Su maestro les enseñaba como equilibrarse sobre la patineta.

—Son de la escuela del vecindario —comentaba Arya—. Vienen a practicar los lunes y jueves.

—Entiendo. —Me impresionó lo importante que era ese deporte en la ciudad. Arya me comentó que a menudo realizaban campeonatos en donde venían patinadores de otros estados.

Nosotras nos dirigíamos hacia un grupo de cinco chicos. Dos de ellos practicaban, mientras los otros estaban sentados en un banco. Tenían una bocina de esas que se conectaban al teléfono.

Mientras más nos acercábamos, más escuchaba la música. Era esa ruidosa donde cantaban gritando.

Los tres chicos sentados, se percataron de nosotras.

—¿Arya! —le saludó uno levantando la mano. Me observaron sin prestarme mayor atención. Arya llegó y los saludó con un choque de puños. Enseguida ella se fue animada a practicar con los otros dos.

Me saludaron con un apretón de manos. Me invitaron a sentarme.

El que estaba a mi lado, observaba como los otros tres practicaban. Arya

era impresionante; iba a gran velocidad hacia los bordes de esas piscinas y daba varias vueltas en el aire antes de regresar. Los otros dos chicos conmigo, estaban distraídos viendo un teléfono. Se reían con las imágenes de una red social.

—Aquí no hay donde cubrirse del sol —comenté.

—¿De dónde vienes? —Me miró el chico de al lado.

—Del estado de Maine. Me mudé aquí hace unos días.

—Algo me decía que venías del Norte. Es que se te nota en la piel.

—Sí, es que allá los inviernos son intensos. Nadie sale de la casa.

—Ni loco vivo allá, me deprime estar encerrado.

En ese mismo instante, quien cantaba en la canción lanzó un gran grito. Me sorprendí tanto, que casi salté del susto. El chico se rio.

—¿No te gusta el Heavy Metal?

—Ni sabía que así se llamaba.

—¿Cuáles géneros sueles escuchar?

—Hmm... es raro que escuche música, pero si decido, o es romántica o composiciones clásicas.

—Ay no, si ponemos una de esas los chicos nos matan —dijo y nos reímos.

—Y cuéntame, ¿todos ustedes son patinadores?

—Hmm... sí, pero solo los que practican ahora se lo toman en serio.

Me comentó que quincenal realizaban un torneo local donde todos participaban.

Arya y los dos chicos que practicaban, salieron de la piscina y se nos acercaron. Los otros dos que estaban en el teléfono, nos miraron. Todas las miradas terminaron clavadas en mí.

Entre ellos resaltaba el más alto, de delgados brazos y piernas. Vestía con el mismo estilo de Arya. Le encantaba lucir su cabello despeinado que en la parte inferior tenía recortado alrededor de su cabeza. En la oreja izquierda vestía un arete de botón negro con el símbolo de omega en blanco. Se delineaba los ojos para intensificar su intensa mirada. Se pintaba las uñas de negro.

—¿Quién es la pelirroja? —preguntó malhumorado, como si le hubiera disgustado encontrarme ahí. Algo en mí me dijo que, así como Arya, actuaba correspondiendo a su papel de emo.

—Es mi vecina, se llama Lily.

—¿Lily? —Escupió hacia un lado—. Qué asco de nombre. Mira... —Se me acercó—. Si quieres pertenecer a nuestra pandilla, deberás aceptar el sobrenombre que te ponga.

—No, por favor... —Recordé que los detestaba porque mi hermano me había puesto como cien. Él siempre saltaba con uno nuevo cada tres o cuatro meses. Me comenzó a llamar “Alcahueta” hace un mes después de que yo falté una promesa de jugar un videojuego juntos.

Me miró de arriba a abajo, concentrándose más en mi cabello.

—De ahora en adelante, serás conocida como “la Colorada”.

—¡Eh! —grité del horror al escuchar ese sobrenombre tan feo. Todos los chicos, a excepción de Arya, se rieron a carcajadas.

Arya que, no pareció nada contenta, se le acercó y lo sujetó con rudeza por el cuello de su camiseta.

—¡A mi vecina la respetas, estúpido! —le gruñó. Yo me quedé boquiabierta, toda sorprendida sin saber que decir.

—¡Ya, tampoco me golpees! —Forcejeó hasta lograr liberarse. Echó su mirada hacia un lado sintiéndose avergonzado—. Joder, ¿qué nunca será obvio que solo me hago el desagradable? —admitió y los chicos se rieron.

—Lily —me hablaba el chico a mi lado—. No te lo tomes a pecho, suele dar la bienvenida así a quienes cree que intimidará.

—Ah... qué loco. —Me reí un poco y luego pensé—. Les encanta actuar así, pero no son malas personas.

Se me acercó hasta ofrecerme un apretón de manos.

—Mucho gusto, Lily. Bienvenida a la pandilla Darklins. Soy Kevin, tengo dieciocho años de edad. Todos me llaman “Boss”, así que llámame así.

—¡No, yo a ti te llamaré Kevin! —le aseguré con firmeza y más en venganza por lo de antes. Se incomodó y los chicos se rieron.

—Ya qué importa. —Me señaló al chico que patinaba con él. Ese tenía una estatura de por lo menos ciento setenta y dos centímetros. Vestía un largo pantalón jean color caqui, acompañado por tenis marrones y camiseta roja con el estampado de una ola. Usaba el cabello recortado; unos centímetros más alto en la parte superior. Su mirada lucía desinteresada, no abrió la boca ni para saludar. En su brazo derecho tenía varias cicatrices y su pantalón estaba rasgado, no por estilo, sino, testimonio de las incontables horas de práctica con la patineta—. Se llama Rosario, de mi misma edad. Emigró del Caribe en otoño. Casi no habla fuera de Darklins porque le cuesta aprender

inglés.

—¿En serio, eres del Caribe?! —Lo miré impresionada. Mi reacción le hizo sentir incómodo, y mejor se fue a patinar.

El chico a mi lado, con quien tuve la conversación sobre música, le tomó la delantera a Kevin para presentarse él mismo. Era rubio de ojos azules y estatura similar a la mía. Vestía un pantalón corto deportivo azul, chancas y camiseta blanca.

—Soy Ethan, tengo dieciséis años de edad. Mucho gusto, Lily. —Me abrazó de lado—. Bienvenida a Darklins.

—¿Mucho gusto, Ethan!... Oye, si tienes dieciséis, ¿no deberías estar en la escuela a esta hora?

—Descuida, estoy siendo educado en casa. Que básicamente significa que hago lo que se me dé la gana.

—Pero, ¿no corres el riesgo de ser perseguido por la policía si te ven vagueando?

—Sí, pero ellos nunca me alcanzan. —Reía.

El chico al lado de Ethan, lo empujó hacia atrás y casi lo hizo caer porque ya no soportaba las ganas de presentarse.

—¿Mi nombre es Samuel! —me gritó. Era gordito. Vestía una gorra azul, jean y camiseta verde.

—¿Y yo me llamo Percy! —dijo el otro flaquito. Ese tenía el cabello largo como si fuese una niña; le llegaba hasta el abdomen. Vestía una camiseta manga larga marrón. Un pantalón jean y unos tenis blancos que lucían viejos y desgastados—. ¿Te gustaría ver imágenes divertidas conmigo? —Me invitó a sentarme a su lado. Me pareció muy tierno.

Samuel tenía catorce años de edad. Percy doce.

Supuse que esos dos se encontraban en la misma situación escolar de Ethan, pero me explicaron que solo estaban en el parque a esa hora porque su colegio fue cerrado ese día debido a una alerta de incendio en esa zona.

Me sentía contenta de conocer a tantas personas. Fui a sentarme al lado de Percy, y disfrutamos de varias imágenes de esas populares en el *Internet*.

Los demás se habían ido a practicar. Kevin se percató que el Heavy Metal me incomodaba y se llevó la bocina al otro extremo de la piscina.

—Eres como muy linda, Lily. —Me sonrió Percy—. Me encanta la textura y color de tu cabello.

—¿Gracias! —Sonreía—. Tu cabello negro es tan lacio y perfecto.

¿Cómo le haces para mantenerlo tan bonito?

—Me lo lavo todas las noches con agua y jabón.

—¿En serio? ¿no utilizas champú?!

—Hmm... no tengo dinero para esos productos. —Se rio.

—Cielos, y yo si no atiendo el mío con cuidado, se vuelve un espanto — confesé y nos reímos.

—¿Te gustaría practicar con la patineta? —La suya estaba a sus pies.

—Ah... no, está bien. Me conformo con observar. —Temía a que fuera a caerme y lastimarme.

—Está bien, cuida de mi teléfono. —Me lo pasó y se fue a practicar con los demás.

Disfrutaba del radiante sol y la refrescante brisa que se llevaba mi cabello hacia un lado.

Del rostro no se me quitaba la sonrisa porque al fin estaba alcanzando esa libertad que tanto soñé. Estar afuera me hacía sentir tan llena de vida. Respirar ese aire tan puro me refrescaba hasta el alma.

Extraje el teléfono y tomé varias fotografías para inmortalizar ese momento.

—Estoy tan feliz. —Hasta comencé a lagrimear un poco.

A las once y media, Arya y yo nos despedimos de los chicos y entramos a las aceras para regresar al edificio.

—Si se llaman Darklins... —le comentaba. Percy me había dicho que eso significaba como seres de la oscuridad—. ¿Por qué solo Kevin y tú visten de negro?

—Por falta de recursos.

—Oh, ya veo. Entonces, como ya formo parte, ¿debería vestirme de negro? —Me creí muy vieja para jugar a la emo.

—Mira, solo fuiste bienvenida en la pandilla porque te pegaste de mí como una garrapatas. No hagas nada, solo sé tú misma —me explicó malhumorada.

Estábamos a setenta pasos de alcanzar una transitada intersección.

Comencé a escuchar una motocicleta acercarse desde atrás. Cuando alcanzó mi lado, la miré y noté que era similar a la del repartidor de pizza que conocí en el supermercado. Aunque él vestía el casco, no dudé ni por un segundo que podría tratarse de él.

Él volteó a mirar directamente hacia mi cara mientras continuaba



conduciendo. Yo igual lo miraba hasta que me percaté que terminaría colisionando con la camioneta que tenía al frente y, que había disminuido su velocidad porque se colocó en la cola del semáforo.

—¡Cuidado! —le grité preocupada. Cuando él miró hacia adelante, se percató muy tarde que colisionaría. No pudo frenar por completo y colisionó levemente contra la camioneta. Arya notó lo ocurrido.

—¡No puede ser! —Me preocupé, pero antes de que fuera a correr hacia él, Arya me sujetó por el antebrazo.

—No te involucres —me aconsejó y continuamos.

El señor de la camioneta se desmontó gritándole insultos. Nosotras cruzamos y continuamos hasta detenernos en el cruce de peatones. A los pocos segundos, me comió la curiosidad y miré hacia atrás mientras esperaba a que la luz cambiara a verde para continuar.

Él se había quitado el casco y, a pesar de que el chófer le gritaba furioso, sonreía como si lo ocurrido fuese lo más gracioso del mundo. Vi cuando le regaló la pizza que llevaba para que se calmara.

La luz cambió a verde y continuamos. El repartidor se regresó por el mismo camino. Supuse que iría a la pizzería a buscar otra.

Llegué a las doce del mediodía al apartamento y enseguida me puse a preparar el almuerzo. Tenía planeado cocinar arroz con jamón frito.

Mientras limpiaba el arroz, escuché a alguien que hablaba por teléfono, pasar por el frente del apartamento. Corrí a la ventana y pendeñé por un pequeño espacio. Me percaté que era el vecino musculoso que regresaba a su apartamento.

—¿Debería ir a hablarle? —Recordé que tía me había informado que cuando fue a hablar con él anoche, no lo encontró ahí.

Puse el arroz en la estufa con el fuego bajito. Tomé un vaso de agua antes de salir a visitarlo. Toqué su puerta varias veces. El calor estaba intenso.

Repentinamente, la abrió molesto como si esperaba encontrarse con algún cobrador de impuestos.

—¿Tú quien eres? —Me miró de arriba a abajo.

Él vestía una camiseta negra sin mangas con un corto pantalón deportivo rojo. Su musculatura estrechaba la camiseta. Incluso se le notaban sus bien formados músculos abdominales.

Lucía molesto, pero cuando reconoció que era una vecina, se relajó y pidió disculpas.

—Te vi la noche en que llegaste. Perdóname por no haber ido a darte la bienvenida.

—No te preocupes. Mi nombre es Lily, mucho gusto. —Le ofrecí un apretón de manos. La suya me pareció gigante.

—Soy Nicolás. Pasa, seguro te mueres de la calor. —Notó como ya tenía la cara toda sudada.

—Así es, no estoy acostumbrada a este fuego. —Entré.

Me invitó a su sofá donde tenía un gran abanico. Lo configuró a que girara para que nos llegara brisa a ambos.

—¿De dónde vienes? Y ¿qué te trae a Carolina del Norte?

—Vengo del estado de Maine. Vine a vivir un tiempo con una tía.

—¿Doña Patricia, cierto?

—Sí.

—Buena señora, ella. No se mete con nadie.

En ese momento, comenzó a sonar su teléfono. Cuando lo extrajo y miró quien lo llamaba, se le notó el fastidio.

—Disculpa, Lily. Necesito contestarla. —Se paró del sofá.—Si necesitas agua, o algo para comer, ve al refrigerador. Puedes encender la televisión si así lo deseas.

—Gracias...

Aunque salió del apartamento cerrando la puerta para atenderla en privado, escuchaba como le gritaba con quien hablaba. Supuse que era su amante.

Nicolás parecía ser buena persona, pero atravesaba momentos estresantes en su vida. Me paré porque en la pared detrás de la televisión, había una estantería con varios trofeos y fotografías.

Me acerqué a curiosear.

—Guau... —Los trofeos eran de campeonatos sobre levantamiento de pesas. Había sido el campeón de los últimos tres años—. Me imagino la tremenda paliza que se llevó el marido de su amante —me susurré mientras admiraba una fotografía donde levantaba una gran pesa. A él le encantaba exhibir fotografías de majestuosos leones al lado de las suyas.

Nicolás regresó y me encontró husmeando. Me puse algo nerviosa.

—Me impresionan tus trofeos —le halagué tímidamente.

—Gracias. —Se fue a sentar en el sofá. Ese llamada lo dejó malhumorado. Regresé a mi puesto.

—¿Quieres un vaso de agua o algo? —Lucía bastante inquietado.

—No, gracias. Bebí hace poco.

Hubo un silencio incómodo. Me ponía más nerviosa. Cada vez la brisa del abanico se hacía más inútil. No encontraba una manera de comenzar el tema sobre su amante. Es que sentía que explotaría en ese mismo instante. Lo que menos quería era que se desquitara o desahogara conmigo.

—Entonces, ¿viniste a este estado a estudiar?

—No.

Otro silencio incómodo.

—Ay, ya no lo soporto más —pensé resignada—. ¡Santo cielo! —Me paré del sofá.

—¿Qué ocurre?

—Se me olvidó que dejé el arroz puesto. Mucho gusto conocerte, Nicolás.

—El gusto es mío, Lily. —Me acompañó a la puerta.

Pasaron los minutos. Tía regresó y nos sentamos a almorzar.

—Te quedó delicioso el arroz. —Comía contenta.

—Tía... fui a hablarle al vecino Nicolás... —confesé. Se molestó tanto, que dio un golpe contra la mesa.

—¡Pero ¿qué te había dicho, Lily?! ¿Cómo pudiste exponerte de esa manera?

—Perdóname. Pensé que era el momento adecuado, pero ni siquiera fui capaz de entablar el tema en cuestión.

—Tenemos que hablar con Juliana. —Estaba preocupada.

Al terminar de almorzar, visitamos a Juliana en el tercer nivel. Salió a recibirnos cargando a su bebé. Él estaba despierto; jugueteaba con el cabello de su madre.

—Juliana, vimos a Nicolás, pero no pudimos siquiera mencionarle una palabra sobre su amante —le informó tía.

—¿En serio? —Se preocupó—. Entonces, ¿qué vamos a hacer? No soy capaz de confiarle esta información a alguien más en el edificio.

—Es peligroso —agregaba—. Me apena encontrar a Nicolás en esta situación porque parece una buena persona.

—¿Buena persona? —preguntó Juliana incrédula—. Ese imbécil solo es “bueno” cuando la situación le favorece. ¡Ese cerebro de pollo! Solo sabe levantar hierros, meterse en problemas y salirse con las suyas.

No conocía que ocurrió entre Nicolás y la familia de Juliana, pero era más que obvio que lo odiaban.

En ese instante, su bebé le propinó tremenda halada de cabello.

—¡Ay, ya déjame en paz! —le gritó. Su bebé comenzó a chillar—. Esperen un segundo. —Se fue a llevarlo a la cuna mientras él continuaba con su berrinche.

—Pobre niño... —me susurró tía. Juliana regresó quejándose.

—¡Yo le dije al bruto de mi marido que todavía era muy joven para quedar embarazada! Pero no, para él un aborto era el insulto más grande del universo. Qué fastidio, ya quiero volver a la universidad, quiero recuperar mi vida. No quiero terminar siendo una ama de casa, doblegada a las ofrendas de su marido.

Ni tía o yo, nos atrevimos a comentar esas palabras. Juliana en verdad lucía como si necesitara con urgencia unas buenas vacaciones. No sabía que criar a un bebé fuese tan estresante.

Vimos cuando Arya salió quejándose.

—¡Qué en esta casa ya no se puede tomar una siesta en paz! —Se le acercó para enfrentarla con su malhumorada mirada—. ¡Ve a callar al mocosito!

—¡Cálmate, no estoy de humor para tus quejas!

—¡Estábamos tan bien solas, tú y yo! Pero tuviste que enamorarte de ese cualquiera.

—¡No llames a mi marido un cualquiera, gracias a él tienes un techo estable!

—¡¿Y lo sigues defendiendo?! Por lo menos, me alegra que te haya arruinado la vida, para que sufras de tu grave error.

Arya se le alejó para calmar sus gritos antes de que fuera a estallar peor de ahí. Juliana se disculpó con nosotras.

—A veces el estrés se me sube a la cabeza. —Se sentía avergonzada.

—No te preocupes, a todas nos pasa. —Tía fue a consolarla.

—Entonces, ¿qué haremos con la situación de Nicolás? —Juliana regresó al tema original.

—No sé —dijo tía. Arya se nos acercó.

—¿Qué es lo que necesitan de esa gentuza?

—El nombre del marido de la amante de Nicolás —le informé.

—Hmm... —Arya estuvo pensativa—. Una vez me encontré con esa rubia

mientras entraba al edificio. Recuerdo que tenía enganchada lo que parecía la tarjeta de su empleo.

—¿Recuerdas haber leído su nombre? —le preguntó Juliana.

—Hmm... Solo logro recordar su nombre, pero no su apellido. Se llama Lindsay. Su tarjeta era principalmente blanca. En el centro tenía su fotografía con un marco azul. Debajo su nombre. En la esquina superior derecha, recuerdo que tenía un cuadrado azul que me pareció ser el logotipo de la empresa donde trabaja.

Tía quedó sorprendida al escuchar esa descripción. Se disculpó unos segundos en los que corrió a su apartamento. Regresó con su bolso y enseguida extrajo la tarjeta del empleo.

—¡¿Era cómo ésta?! —Se la mostró a Arya.

—Hmm... son idénticas.

Descubrimos que la amante de Nicolás, trabajaba en el mismo edificio que nosotras. Como tía no sabía inglés, acordamos que sería yo la encargada de encontrarla y de alguna forma sacarle el nombre de su marido sin que sospechara de nuestras intenciones. Esa misión fue programada para el viernes porque era el único día donde trabajaba de día.

## Capítulo cuatro:

### Un restaurante de ensueño

Era viernes veintidós de marzo; tres días después de descubrir el nombre de la amante. El taxi acababa de dejarme en las aceras del edificio del trabajo.

Mientras caminaba hacia la puerta, observaba a los empleados que descansaban en el parque de enfrente. La mayoría fumaba cigarrillos. Entré y enseguida fui al tercer nivel donde tía me esperaba en el armario del conserje.

Experimenté por primera vez el horario regular. Muchos tecleaban, otros debatían asuntos de diseño de juguetes, algunos conversaban por teléfono con clientes.

Estuve pendiente a ver si avistaba a Lindsay. Fue complicado porque había demasiadas rubias. Por suerte cada cubículo tenía en el exterior los nombres de los ocupantes.

En los tres días anteriores, inspeccioné los niveles donde recojo basura. Encontré una Lindsay en la sección izquierda del quinto nivel, pero vi en sus fotografías del escritorio, que era una señora gordita pelo negro, o sea, no la Lindsay en cuestión.

Luis se encargaba del tercer y segundo nivel, pero ese nunca dejó de actuar nervioso cuando me tuvo cerca. Fue imposible entablarle una conversación.

Entré en el armario. Era similar al que utilizaba en el sexto nivel. Encontré a tía terminando de lavar un trapeador en el lavabo.

—Lily. —Se me acercó y tomamos asiento—. Te explicaré que harás los viernes. Comenzarás limpiando los refrigeradores de las cafeterías.

—¿De todos los niveles?! —Conocía que del sexto al segundo, había dos por cafetería. En el primero estaba la cafetería general, donde otra compañía se encargaba de esa.

—Sí. Tu deber será limpiarlos por fuera y desechar la comida vencida. Por ejemplo: yogures, cajas de leche y jugo, paquetes de queso, pan, platos de verduras, etcétera...

—¿Y luego?...

—Le pasarás un paño a las ventanas y cristales que encuentres sucios en el edificio. Sé que suena afanoso, pero no es la gran cosa. Solo fíjate donde los empleados hayan dejado marcadas las manos, o donde haya mucho polvo.

—¿Solo eso? ¿No recogeré basura o limpiaré pisos?

—No. Los viernes irás bien suave porque son cinco horas. Nos vamos a ir juntas.

—Qué genial, tía. Ya es solo esperar al próximo viernes para recibir mi primer cheque.

Me pagaban a once dólares la hora. Después de impuestos, estaría recibiendo un cheque quincenal de trescientos ochenta dólares. Tenía planeado ayudarle a tía con ciento cincuenta dólares. Ahorrar cuarenta y utilizar el resto para gastos de transporte y cualquier cosa que necesitara. Mi padre iba a seguir encargándose de pagar el servicio del teléfono.

—No te olvides de buscar a esa Lindsay —aconsejó tía—. Todo ha estado calmado porque seguro su marido ha tenido una agitada semana de trabajo, pero ya mañana es fin de semana.

—Lo sé, tía. Volaré en mis niveles para comenzar su búsqueda en el tercero.

—Entonces, nos vemos luego. Buena suerte. —Salió a cumplir con sus deberes. Le tocaba lavar los baños.

Fui corriendo a limpiar los refrigeradores del sexto, quinto y cuarto nivel. Después de una hora, entré en el tercero.

Eran las doce del mediodía. Muchos estaban en la cafetería, invadiendo mi área de trabajo. Tía me aconsejó que esperara a que comieran, y me invitó a almorzar en la cafetería general.

Era de un extenso mostrador con pantallas que detallaban que traían los platillos. El menú iba desde todas clases de sándwiches, hasta comida marina.

Había varias docenas de mesas que iban desde dos sillas hasta seis. La pared de la calle era principalmente de cristal.

La zona del mostrador estaba abarrotada porque muchos ordenaban impacientes. Me impresionó ver a un grupo de cinco señores, salir de la multitud con una langosta.

Compramos ensaladas de verduras con batidos de mango y melón que tenía trozos de banana flotando. Nos sentamos en una mesa cercana a la pared de cristal.

Mientras bebía el delicioso batido, conté hasta cinco empleados de esa área. Dos tomaban ordenes, otros dos sacaban los platillos de la cocina, el último servía las bandejas.

Mientras comíamos y charlábamos tonterías, el empleado que servía bandejas, se nos acercó. Sostenía una con un plato de arroz con frijoles, otro pequeño de verduras y un vaso de jugo de naranja.

—Señora Patricia, ¿serías tan amable de llevársela al recepcionista? Es que estoy muy atareado.

—Con gusto. —Se paró.

—Espera, tía. —La detuve. Sabía que estaba cansada y ese momento había sido su único tiempo de descanso—. No te preocupes, yo se la llevo. —Me paré.

—Gracias, Lily.

Tomé la bandeja y fui a la sala de esperas.

—Muchas gracias, señorita Scott. —Suspiró aliviado al verme llegar con su almuerzo—. Soy al único que no le permiten moverse de su puesto de trabajo a la hora de almorzar.

—¡Qué malos son contigo! —Nos reímos—. Espero disfrutes de tu almuerzo.

—Gracias. Y cuéntame, ¿cómo has encontrado tu empleo?

—Es fácil, repetitivo, solitario... No me quejo porque es mi primera experiencia.

—No te preocupes, eres muy linda e inteligente. Estoy seguro que continuarás avanzando puestos. Incluso podría llegar el día en que ocupes el mío.

—¿En serio? ¿Me contratarían como la recepcionista?!

—Por supuesto. El mayor requisito es recibir a los visitantes con una sonrisa, algo que nunca dejas de hacer —dijo y nos reímos—. Solo sigue



trabajando bien. En unos meses comenzaré a recomendarte para que cuando yo deje este puesto, tú lo tomes.

—¡Qué genial, gracias! Pero, ¿significa qué te irás de la empresa?

—No, para nada, amo este edificio. Lo que ocurre es que me gradúo en un año. Prometieron ascenderme a representante de ventas.

—Guau, me alegro por ti. —Le sonreí.

—¡Sí! Al fin podré comprar el vehículo de mis sueños. —Nos reímos.

Él miró en dirección hacia la puerta de entrada. Supuse que alguien acababa de llegar.

—¡Buenos días! —Escuché la voz de un hombre joven. Cuando voltee para averiguar de quien se trataba, quedé boquiabierta al reconocerlo.

—¡Eh! —Era el repartidor de pizza vestido con su uniforme. En la mano izquierda balanceaba una pequeña caja de pizza. En la otra sostenía una botella plástica de soda de piña.

Cuando me reconoció, se puso muy contento.

—No, pero el destino es una cosa seria. —Se rio y se detuvo a mirarme con su sonrisa, esperando a que yo fuera a saludarlo o algo.

—¿Se conocen?... —me preguntó el recepcionista.

—Quizás —respondí. No me atreví a moverme.

—Ven, que esta vez no te me escapas —aseguró.

—Ese tipo es un atrevido... —pensé mientras me le acercaba—. Hola... —lo saludé sin ganas.

—Estaba teniendo un mal día, pero ya se me arregló.

—En serio...

—¿Tendría el honor de conocer tu nombre?

—Me llamo Lily Scott.

—Bonito nombre, Lily. El mío es Cristian López. Es un placer conocerte. Si no fuera porque tengo las manos ocupadas, te regalara un cálido abrazo.

—Ay no, gracias.

—No iba a ser uno raro. —Se rio—. Solo el típico de cuando saludas. Entonces, ¿trabajas aquí?

—Sí.

—Ando bien atareado —se quejaba—. Debo regresar a entregar otras pizzas. Oye, ¿me acompañas a entregar ésta en el quinto nivel? Así nos conocemos un poco más.

—Hmm... está bien.

Entramos en un ascensor.

—Supe en el momento en que te vi afuera del supermercado, que no eras de por aquí. ¿Qué te trae por estos rumbos?

Lo miré al rostro y casi me perdí en su mirada. Sus ojos café eran hermosos. De cerca lucía más atractivo que nunca. Decidí relajarme para ser más amistosa con él.

—Me cansé de vivir en el Norte. Allá no salía de casa, no tenía motivación para nada. Aquí no tengo una semana y ya me conocen muchas personas, tengo empleo y amigos.

—Interesante, solo te falta el novio para completar el combo.

—¡Eh! —Me sorprendí y él se rio—. Quizás... —admití tras echar mi mirada hacia un lado algo nerviosa.

Llegamos al quinto nivel y lo perseguí hacia la sección de la derecha. Él caminaba directamente hacia la oficina con la puerta abierta de Arthur Diesel.

—¿Es esa pizza para Arthur?! —pensé impresionada—. ¿Lo conoces?... —le susurré. Ya casi llegábamos. Vi a Arthur como siempre, concentrado en su computadora.

—Vengo a cada rato a entregarle su orden.

Entramos en la oficina. Yo no tenía ni una clase de oficio en ese lugar, solo me había pegado de Cristian.

Cristian colocó la pizza y la soda sobre el escritorio. Se saludaron con un apretón de manos. Arthur no tuvo la gentileza de siquiera mirarme.

—Son diez dólares.

Arthur extrajo un billete de veinte de su billetera.

—Quédese con el cambio. —Volvió a concentrarse en su trabajo.

—¿Es que soy invisible o una sobrada?! —pensé incomodada. Jamás debí haber tenido el atrevimiento de entrar.

—Usted siempre tan generoso —agradeció—. Hasta luego.

Cristian me hizo seña para que saliéramos. Cuando íbamos de salida, escuchamos a Arthur decir “tú”; llamando a alguien con actitud. Ambos nos detuvimos, pero solo Cristian se atrevió a mirar.

—¿Algo mal con su orden?

—No a ti, a ella.

—¡A ella! —Se impresionó.

—¿A mí?! —Ni lo creí. Volteé a mirarlo. Arthur al fin me miraba, al fin existía para él.

—Quédate aquí; cierra la puerta —me ordenó y volvió a concentrarse en su computadora.

—¡Eh! —Me asusté un poco porque creí que algo andaba mal. Estuve recordando si en toda la semana, hubo un momento donde cometí una torpeza al recoger su basura. Él siempre estuvo aquí, pero ni me habló o miró. Yo solo entraba, saludaba, recogía la basura y lo despedía.

—Buena suerte. —Cristian se despidió de mí. Hasta él creyó que iba a ser regañada.

—Nos vemos luego. —Cerré la puerta. Fui a sentarme en una de las dos sillas frente a su escritorio.

—¿Qué es lo que él quiere conmigo? —pensé un poco nerviosa.

Dejó de teclear como a los veinte segundos y me miró fijamente a la cara.

—¿Qué haces aquí?

—Pero... me acabas de pedir que me quedara —contesté. Luego fue que pensé que seguro le molestó el atrevimiento de entrar con Cristian, cuando ni siquiera me tocaba recoger la basura.

—No eso, digo, ¿no siempre vienes por las noches? ¿te cambiaron el horario del empleo?

—Ah... —Me relajé un poco—. Los viernes trabajo de día.

—Ya veo... ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Lily Scott.

—¿Cuál es tu edad?

—Veintiuno. ¿Cuál es la tuya?

—Treinta. Entonces, cuéntame, ¿estás libre para esta noche?

—¿Cómo así? ¿qué si tengo algún compromiso?... Pues no, ¿por qué preguntas?

—¿No te interesa conocer más sobre mí?

—Hmm... sí —admití.

—A mí me interesa conocerte, pero no aquí. Se me hace imposible relajarme con todo el trabajo que tengo.

—¿Hablas en serio?... —Ni podía creerlo.

—Hay un restaurante italiano en el otro lado del centro de la ciudad. ¿Podemos encontrarnos ahí a las ocho de la noche?

—Sí.

—Bien, Lily, allá nos vemos. Retírese por favor. —Volvió a concentrarse en la computadora.

—Con su permiso. —Salí y cerré la puerta. Me quedé de espalda contra ella—. ¡Oh, santo cielo! —Sonreí súper contenta. Fui apresurada a la cafetería general para encontrarme con tía y continuar almorzando.

—Lily, ¿por qué tardaste tanto? —Me veía llegar. Notó como estaba alegre como si hubiera recibido la mejor noticia del mundo.

Me senté.

—¿A que no adivinas qué me acaba de suceder? —Comí un poco de ensalada.

Me miró a la cara por unos segundos. Yo no podía borrar la sonrisa, ni aunque lo intentara.

—Qué voy a saber —se resignó—. ¿Qué podría sucederte aquí, como para ponerte tan contenta?

—Ay tía, suerte que estás sentada. Pues te voy a contar, prepárate... Arthur Diesel, acaba de invitarme a salir —tras decirlo, grité de la emoción. Varios empleados me miraron, pero al segundo volvieron a sus asuntos.

—Y ¿quién rayos es ese Arthur Diesel?

—¿De verdad, tía? Tienes tanto trabajando aquí y no lo conoces.

—Es que, aparte de no saber inglés, solo vengo a cumplir mis deberes.

—Pues él es uno de los más galanes de esta empresa.

—En serio, ¿es de esos adinerados con oficinas privadas?

—Exacto, ocupa la primera en la sección derecha del quinto nivel.

—¡Eh! ¿Ese odioso es Arthur Diesel? —Cuando al fin supo de quien se trataba, no pareció muy contenta.

—¡No es odioso! —Lo defendía—. Lo que ocurre es que el trabajo lo atarea demasiado. El pobrecito siempre se va súper tarde.

—Y ¿a dónde piensa llevarte?

—Esta noche nos vamos a encontrar en un restaurante italiano.

—Hmm... bueno, Lily. Solo sé prudente. No te vayas a pasar de contenta, hasta que no tengas en claro cuales son sus intenciones contigo.

—Solo desea conocerme.

—Espero te vaya bien. —Como terminó de almorzar, se puso de pie para regresar a sus deberes.

—No le vayas a contar a mis padres —le dije mientras se alejaba. Terminé de almorzar y subí al tercer nivel para seguir con el oficio de limpiar los refrigeradores.

Cada vez que pensaba en Arthur, no podía evitar sonreír. Había algo en él

que me llamaba la atención más que otros hombres. Me atraía lo dedicado que era, su perfume y que vestía elegante.

Mi curiosidad estaba por las nubes, moría por conocer como era fuera del edificio. Y si me miraría con ojos que no reflejaran indiferencia.

Terminé de limpiar los refrigeradores de la cafetería del tercer nivel. Observé como los empresarios ya estaban concentrados en sus oficios.

—Hora de buscar a la Lindsay... —me susurré. Fui por los pasillos, leyendo los nombres en los cubículos. Me llamó la atención una oficina que tenía sobre el escritorio una colección de gatitos de porcelana de esos chinos que movían una patita.

Cuando entré en el segundo pasillo de la sección izquierda, avisté la cabeza de una rubia. Al alcanzar ese cubículo, me detuve a curiosear. El nombre era Lindsay Monroe. Era delgada de ojos azules, su cabello le llegaba por debajo de los hombros. Vestía una blusa blanca que le hacía lucir sofisticada. Aparentaba tener entre veinticinco a veintisiete años de edad.

Terminó de retocar su labial mate color rosa, y abrió una aplicación en su computadora; trabajaba en el departamento de diseño de empaques de juguetes para niñas.

Algo en mí me hizo sentir segura que era ella, y por eso me quedé hasta que mi presencia atrajo su atención.

—Querida, ¿ya te toca recoger la basura? —Le sentí actitud de presumida. Sin embargo, me contenté porque me hizo llegar una idea para inspeccionarla.

—Me enviaron a revisar si tus cubos necesitan ser limpiados —mentí. En la otra oficina del cubículo, estaba una mujer de cabello negro, media gordita y tan joven como Lindsay.

—Entra y revisa —concedió. Suerte que no tuvo la gentileza de pasármelos.

Entré y levanté su cubo. Observé que solo había un envase de yogur de banana. Aproveché y analicé su escritorio. Tenía tres fotografías suyas donde parecía posar para una revista de cosméticos. También tenía varios gatitos y otros animales de juguete.

No encontré ni un rastro sobre su marido. Regresé el cubo a su lugar.

—¿Lo dejarás sucio? —Cambió el color rosado de un empaque que diseñaba a rojo.

—Como no apesta, puede esperar hasta la noche.

—Tú eres la experta, Querida.

Me caía como patada al estómago que me llamara “Querida” porque siempre lo pronunciaba con esa actitud. Cuando salía, me percaté que la otra tenía su mirada clavada en mí, como si hubiera encontrado algo perdido.

—Lindsay, ¿no es ella perfecta para mañana?

—¿Mañana?... —pensé, quedándome curiosa afuera del cubículo.

—¿Tú crees? —Volteó a mirar a su amiga, y luego me miró de arriba a abajo.

—En vez de contratar a esa cualquiera, ¿por qué no empleamos a alguien que otros de aquí ya conocen? —propuso.

—Hmm... no suena mal —admitió y luego me miró—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Lily Scott.

—Lily —me hablaba la otra—. Mañana tenemos una fiesta de piscina donde Lindsay. Los invitados somos unos cuantos de aquí. Vas a disfrutar y a ganar algo de dinero. Tu labor será servir bocadillos. Si deseas, lleva a un ayudante para que vayas más relajada.

—¿Te interesa? —Me miraba Lindsay. Lo pensé por unos segundos.

—Por supuesto, Querida. —Lo que desconocían era que era la oportunidad perfecta para seguir investigando y encontrar quien rayos era su marido.

—Llega a las tres de la tarde. —Lindsay me entregó la dirección en una nota—. No nos hagas esperar. —Me sonrió.

—Descuida, nos vemos mañana. —Sonreí y seguí mi camino. Bajé al segundo nivel a continuar mi oficio.

A las tres de la tarde, salí con tía para regresar al apartamento. Iba toda emocionada en el taxi, pensando que no solo iba a solucionar el asunto de Nicolás, tenía una cita con el galán de Arthur Diesel.

Llegamos y enseguida fui a mi habitación a rebuscar entre la ropa que iba a ponerte.

—¡No traje algo decente! —chillaba. Como nunca en la vida imaginé que eso me ocurriría, solo empaqué ropa digna para estar en casa o salir a un parque.

Lo más decente que encontré fue una blusa rosada sin mangas.

Revisé la cuenta de banco y me percaté que solo me quedaba dinero suficiente para cubrir los gastos de comida y taxi para la próxima semana.

No iba a llamar a mi padre porque él iba a preguntarme para que necesitaba y, no le iba a contar, mucho menos mentir. Mi hermano nunca me prestaría para comprar ropa. No iba a cometer la falta de corazón de pedirle a tía.

—Bien. —Planeé vestirme con esa blusa, la chaqueta azul, un pantalón jean ajustado y unos tenis negro.

Estuve contenta conversando con tía, viendo televisión y tonterías en las redes sociales. Cuando esperaba cierta hora emocionada, era cuando al reloj le daba la gana de avanzar lo más lento posible.

Fui a ducharme a las seis y media de la noche. Me vestí y, estuve casi veinticinco minutos, tratando de peinarme lo más decente posible. Antes de salir, me apliqué el perfume más rico que traje.

A las siete y media, tomé un taxi.

Llegué cinco minutos antes de las ocho al frente del restaurante italiano. La ciudad lucía hermosa por esa zona. Había decoraciones lumínicas, un montón de personas caminando por las aceras y negocios de todo tipo.

—Ten una linda noche. —Le pagué al chófer. Fui a esperar a Arthur en la entrada del restaurante.

A los cinco minutos, vi ese elegante vehículo negro tipo sedán, tan reluciente que brillaba con las luces, entrar hasta estacionarse. Cuando ese hombre se desmontó, reconocí que era él. Vestía estupendo: pantalón negro con rasgados, camisa roja con una chaqueta negra.

Cuando cerró la puerta, miró en mi dirección y me notó. Comenzó a caminar hacia mí. Fui saludada por su perfume. Vestía uno distinto, pero igual de sofisticado.

—¡Buenas noches, Arthur! —le saludé animada.

—¿Qué haces afuera? —Llegó a mi lado.

—Te esperaba.

—Debiste esperarme en una mesa. —Entramos.

Al entrar, quedé impresionada. Era muy elegante. Tenía un diseño clásico, cada mesa estaba separada por finas paredes con muchos orificios. Había un montón de plantas y flores blancas. Se escuchaba una leve y elegante melodía de arpa.

—Aw, qué romántico —le comenté sonriente. Fuimos a tomar asiento en la mesa que creyó ser la más privada. En medio de ella, había un arreglo floral que desprendía un agradable aroma—. ¿Acabo de entrar en un sueño?

—Hasta creí estar en otro país y época. Después de tocar las flores, lo miré —. ¿Frecuentas este lugar? —Él ya tenía el menú entre las manos. Ni le veía la cara de tan alto que era.

—Tenía más de un año sin venir.

—En serio... —Eso me hizo imaginar que, a pesar de ser atractivo, casi no salía con chicas. La única razón que se me vino a la mente, fue porque siempre estuvo ocupado con el empleo.

Fue bastante, pero bastante difícil moderar mi emoción.

—Toma. —Me pasó el menú. Vi que cada platillo tenía su nombre, fotografía, parte de su historia y describía sus ingredientes.

No sabía que escoger, todo lucía delicioso.

—Cielos, se me hace agua la boca. —Había docenas de platillos de pasta, comida marina, pollo... Como sus nombres eran en italiano, no me atreví a pronunciarlos.

Al no querer impacientarlo, escogí un platillo que combinaba pollo, camarones y pasta, acompañado de una canasta de pequeñas barras de pan.

Llamó al camarero.

—Buenas noches, ¿qué desean ordenar?

—Lasaña clásica —ordenó Arthur.

Tras ordenar, él nos trajo una botella de vino acompañada de dos copas. Nos sirvió un poco y se retiró.

Lo probé y no me gustó.

—Lily Scott, cuéntame, ¿cuáles son tus aficiones?

—Pues... veo vídeos en el *Internet*. Me gustan de automóviles deportivos, turismo, playas, de viajeros y esas cosas. Cuando no encuentro que hacer, me gusta limpiar la casa.

No se impresionó ni un poco. No lo culpé, mi vida era bastante ordinaria.

—Y ¿qué me cuentas de ti? ¿cuál es tu función en la empresa?

—Soy el presidente de ventas. Cuando terminé la secundaria, entré directamente a la universidad y luego a la empresa. Nunca he tenido unas verdaderas vacaciones.

—Ni yo, al menos no desde que entré en la adolescencia. Por eso me ilusiona tanto. Pero en serio, ¿te pasaste tus veintes solo estudiando y trabajando?

—Así es. Y a diferencia de otros, en la universidad los fines de semana los pasaba estudiando en vez de festejar, coquetear y consumir alcohol. En



ese entonces veía ese tiempo como una inversión, pero al pasar los años empecé a cuestionarme si en realidad no fue un desperdicio.

—No lo veas así. Gracias a esa dedicación, hoy tienes esta vida exitosa.

—Siempre me pregunté: ¿para qué tanto sacrificio? ¿por qué soy incapaz de relajarme y ser como los demás? Solo tenía ese enfoque de que necesitaba ser el mejor, que me odiaría si no mantenía el puesto número uno en las clases.

Echó más vino en su copa.

—¿Por qué no has vuelto a tomar?

—Es que no me gustó —admití.

—¿Quieres agua?

—Sí, por favor.

Se paró. Regresó con una botella plástica.

—Entonces —seguía contando—. Entré en la empresa y a los pocos días adquirí esa misma mentalidad. Siento que no tengo derecho al descanso hasta que no ocupe la silla más importante.

—Veo que exiges demasiado de ti mismo. Ya tienes un empleo que deja a muchos con envidia. Deberías tomar unas largas vacaciones en el Caribe, o a donde desees, para que tengas perspectiva y aclares tus ideas —le aconsejé pensando que si en verdad se iba al Caribe, que me llevara consigo.

—No puedo vacacionar en estos momentos. Necesito seguir esforzándome para que cuando la persona encima de mí se retire, estar lo suficientemente capacitado para tomar su puesto. Todavía me falta un largo camino por recorrer.

—Comprendo...

Se quedó mirándome sin pronunciar una palabra.

—¿Por qué haces ese empleo? Cuéntame tu historia. ¿Estás en la universidad?

—No.

—¿Por qué?

—Porque... —Me costaba contar porque era algo muy personal—. No me siento motivada.

—Qué rara eres.

—Es que cuando estaba en secundaria, ocurrió algo y... mi, mi vida... cambió.

—¿Perdiste tus sueños y ambiciones?

No supe ni como reaccionar. Estuve mirando la botella entre mis manos. Me inquietaba siquiera intentar recordar el pasado que, con mucho esfuerzo, había enterrado en lo más profundo de mí.

—Hmm... —Por eso hasta pena me causó enfrentarlo.

Después de unos segundos, sentí que estrechó su brazo hacia mí y me sostuvo por el mentón para levantar mi mirada. Se había acercado para apreciar cada detalle en mi rostro. Lucía curioso, deseoso, no pronunció una palabra. Con gentileza, me acarició el cabello. Terminó moviéndolo hacia atrás para mantener su mano en el lado derecho de mi cabeza.

No resistía la manera en que me miraba, ni el calor de su palma. Me estaba derritiendo por dentro. Comencé a sentir un leve calor en mi pecho. Mi respiración se hacía pesada.

—Qué hermosa eres —confesó tras retirar su mano.

—Gra, gracias. —Se me agitó el corazón.

Se entorpecieron mis habilidades para entablar una conversación. Cada vez que fijábamos nuestros ojos, o yo retiraba mi mirada, o me sonrojaba aún más.

Los nervios me hacían tomar agua a cada rato. Él ya se había bebido otra media copa de vino.

—Entonces, ¿te volviste muda? —Bebía aún más.

—Santo cielo, qué calor hace en este lugar —me quejé abanicando aire hacia mi cara—. ¿Tu familia es de este estado?

—No. Soy el único que vive aquí.

Me contó que nació y se crió en el estado de New Jersey. Cuando le conté que era de Maine, me dijo que cuando era niño, su padre lo llevó una vez allá a esquiar.

El camarero regresó con los platillos. Disfrutamos de la cena. El pollo estaba exquisito, los camarones más o menos, pero la pasta, oh cielos, la mejor que había probado. Los panes vinieron con una salsa blanca sabor a ajo.

Terminamos de cenar en veinte minutos.

—Vámonos —dijo tras pagar y se levantó.

—Tan pronto... —dije entre los dientes y me levanté.

Salimos afuera y lo seguí hasta su vehículo.

—Móntate —me pidió.

—¿Qué me monte?...

—Vamos a mi apartamento.

—¡Eh!... —Me puse nerviosa—. ¿A qué iré a ese lugar?

—¿Por qué preguntas? —Abrió la puerta y se detuvo a mirarme.

—No sé... ¿tú qué opinas?

—Continuaremos nuestra charla mientras vemos una película. De ahí no ocurrirá algo más que no desees.

—Sí, porque con esta atmósfera entre los dos, seguro no ocurrirá algo más. Mejor llamaré a un taxi. —Lo había seguido porque creí que ofrecería llevarme a mi edificio.

—¿Es lo que deseas?

—Sí.

—Cómo quieras. —Se montó, lo encendió y se fue sin pensarlo dos veces. La manera brusca en que arrancó, me hizo entender que se había molestado. Yo en todo momento estuve boquiabierta, incrédula de lo ocurrido.

—¿Qué pensaba? ¿que le iba a ser tan fácil o qué? —refunfuñé. Llamé un taxi y me fui al apartamento.

Su atrevimiento no logró quitarme la contentura. En el viaje de regreso, estuve recordando todo lo ocurrido. Como me miraba, cuando me acarició el cabello y me dijo que era hermosa. Hasta pensé tonterías como si mientras venía en el avión, atravesé un portal que me llevó a otra dimensión porque emociones como esas no vivía ni en sueños en mi pueblo.

Le dije a tía que me fue de maravilla. Cuando mi hermano llamó, no le mencioné ni una palabra sobre la cita. Solo hablamos sobre mi empleo y unos vídeos que nos habíamos compartido. Luego hice una videollamada con mis padres. Les alegraba que había hecho amistades y me iba bien en el empleo. Mi padre hasta lloró porque ya sí era verdad, que no regresaría en mucho tiempo.

Llegó el sábado. Eran las once de la mañana y estaba en el parque de patinetas. Llevé el paquete de donas que había comprado el lunes.

El parque estaba repleto; había docenas de pandillas practicando, caminando y conversando. Me avisaron que la razón era que en dos semanas se llevaría a cabo un campeonato importante.

Compartía un banco con Ethan y Arya. Ethan me decía que cada pandilla tenía su territorio marcado en un mapa en el centro del parque. Arya estaba distraída con el teléfono. Analizaba vídeos de patinadores profesionales para

mejorar sus trucos avanzados.

Kevin y Rosario tenían tiempo practicando. A los diez minutos, llegaron Samuel y Percy. Samuel cargaba un gran y pesado termo. Percy dos paquetes de vasos plásticos medianos.

—¿Qué traes ahí? —le pregunté a Samuel. Lucía agotado. Lo colocó a mis pies y se sentó a mi lado.

—Es limonada. —Tomó un gran suspiro de alivio. Luego sujetó el paquete de donas para comer una.

—¿Limonada?

—¿Quieres probarla? —me ofreció Percy.

Sirvió vasos para todos. Me la encontré refrescante, pero de calidad cuestionable.

—¿Cómo que trajeron demasiada, no creen? —No creí posible que nuestra pandilla se tomara todo eso.

—Es que ellos los sábados salen a vender —me informó Ethan.

Rosario y Kevin se nos acercaron para tomar un vaso y descansar.

—Bien, ya nos vamos. —Samuel tomó otra dona, se levantó y sujetó el termo.

—Lily —me hablaba Percy—. Nosotros vendemos un vaso por veinticinco centavos. Es divertido y a veces reunimos hasta diez dólares.

—Oh... entiendo —le ofrecí una dona y la tomó contento—. ¡Buena suerte!

—¡Gracias! —Se fueron.

Cuando estaban lejos, Ethan se rio un poco.

—A esos solo les compran esa cosa por el porte de niña de Percy.

Se refería a su estilo de caminar y comportamiento.

—Sí —admitía Kevin—. Su amabilidad y vocecita, te hacen sentir mal negarle algo.

—Ojalá se quedara congelado en ese cuerpo —comentaba Ethan—. Ya se dañará en unos meses cuando le entre la pubertad. ¿Se lo imaginan con la cara llena de granitos y la voz rajada?

—A ese en mi país se lo comerían vivo a puras burlas —comentó Rosario. Yo lo miré toda impactada porque ese no hablaba por nada en la vida.

—Ah, y ¿de cuál país eres del Caribe? —le pregunté sonriente. Lució indispuesto a seguir conversando.

—Es de Puerto Plata, República Dominicana —me informó Ethan.

—¡En serio! —grité emocionada—. Me imagino qué vivías cerca de esas hermosas playas. Qué envidia. —Recordé que en una revista aprendí un montón sobre esa provincia. El clima, comida y playas, eran dignos de un paraíso tropical.

Como a Rosario le desagradaba hablar, decidí dejarlo en paz.

Desde el martes, no nos habíamos reunidos todos porque los más jóvenes tenían clases. Kevin decía que hasta el próximo año no entraría en la universidad. A Rosario no le gustaba estudiar. Arya siempre evitó esas preguntas.

—Chicos, necesito que uno de ustedes me acompañe a un empleo que tengo en la tarde —les avisé.

—¿Qué clase de empleo? —me preguntó Kevin.

—Bueno... —Los miré a todos—. En realidad, solo Arya o Kevin pueden acompañarme.

Creí a Ethan muy joven y, como Rosario no sabía inglés, seguro no iba a querer.

—Ya cuenta —exigió Arya.

—Una empresaria de donde trabajo, tiene hoy una fiesta de piscina. Necesita dos empleados para servir bocadillos.

—¿Ser empleada de esos creídos? Ni loca. —Arya sujetó su patineta y se lanzó a practicar. Rosario la persiguió.

—Por favor, Kevin. —Lo miré a la cara para rogarle—. No rechaces.

—Por supuesto que no. —Se motivó—. Me interesa conocer el estilo de vida de empresarios. Ver como se divierten. Además, imagino que habrá hermosas mujeres en bikini.

—Y creía que a los “oscuros” no les interesaba esas cosas. —Reí.

—¿Ah? Usted como que es una ignorante de mi estilo —se quejó. Ethan y yo nos reímos.

—Rayos, ¿es en serio que pasaste de mí por mi edad? —me preguntó Ethan.

—Lo siento. Si no fuera por eso, te hubiera preferido a ti que eres normal. —Me reía. Había cierta gracia en molestar a Kevin de esa manera.

—¡Ya párale con tu acoso! Actuaré “normal” en ese lugar.

—Eso iba a aconsejarte. No vayas con los ojos delineados que seguro ni te dejan entrar.

—¿Tú lo que quieres es que abandone quien soy?

—Solo allá. Tampoco te vistas solo de negro. ¿Comprendes? No me hagas sentir avergonzada.

—Descuida, Lily. ¿A qué hora es?

—Llega a las dos de la tarde a mi edificio.

—Está bien, ahí estaré. —Se fue a practicar con los demás.

Estuve charlando con Ethan sobre lo que había aprendido del proceso de diseño de juguetes en mi empleo. Hasta fui capaz de contarle que anoche tuve una cita con un empresario de ese lugar.

Al regresar al edificio, avisté a Nicolás, caminando de un lado a otro en el pasillo de nuestro nivel. Lucía tenso, tenía el teléfono en la mano.

—¡Esa estúpida no toma mi llamada! —Lo escuché gruñir.

Entré al apartamento sin que me viera. Ese hombre estaba a pocos segundos de estallar. Sin lugar a dudas, si el marido de Lindsay regresaba, ocurriría una desgracia. Estaba en mí buscarle solución a ese problema.

Fui a ducharme a las una de la tarde. No tenía ganas de bañarme en la piscina, ni siquiera tenía bikini. Solo iba a concentrarme en mis objetivos: conseguir el nombre del marido y servir bocadillos.

Me vestí con un short azul, una blusa rosado pastel con el estampado en blanco de una barquilla de helado. Una gorra blanca y mis cómodos tenis blancos.

Al bajar al primer nivel, me encontré con Kevin. Vestía un pantalón jean azul, zapatos negros, camiseta blanca y una chaqueta negra. Se peinó decentemente. Hasta se había removido el esmalte de las uñas y el arete.

—Guau, ¿quién es ese? —Me le acerqué riéndome. Él estaba tenso.

—¡Qué incómodo estoy! Ojalá nos paguen bien porque me siento otro.

—Luces estupendo —lo halagué. Mientras más lo miraba al rostro, más bonito lo encontraba—. No, pero qué decente. Unos años más y serás todo un galán.

—¡Cállate! Guárdate esos comentarios. No negaré que el no hacerte quedar mal y las mujeres de clase alta, me motivó a lucir de esta manera. Sin embargo, con mi estilo busco lucir intimidante, no bonito. Que mi presencia atemorice, no que derrita.

—Ojalá que cuando llegues a los veinte, hayas superado esta fase.

Salimos a las aceras.

—¿Te vas a bañar en la piscina? Yo llevo mi traje de baño debajo de esta

ropa —me reveló.

—No.

—Qué bueno, así nadie se espantará con tu pálido color de piel.

—¡Ey, no te pases de grosero!

Aunque tenía razón. Me iba a ver rara porque con el sol que tomaba en el parque, se me había bronceado un poco los brazos y piernas. Si me vestía con bikini, todos notarían lo pálida que estaba donde no me daba el sol gracias a esos intensos inviernos del Norte.

Llamamos un taxi y salimos en dirección a la casa de Lindsay Monroe. Como quedaba en un pueblo lejano, el chófer no tuvo más remedio que entrar en la súper transitada autopista.

El tránsito fue tan pesado, que nos demoramos veinte minutos. Estaba inquietada porque imaginé que Lindsay no iba a permitirnos ni entrar por llegar tan tarde.

Entramos en un vecindario de mansiones. Kevin, el chofer y yo, mirábamos súper impresionados.

—Lily, te amo —dijo Kevin boquiabierto—. Siempre fue mi sueño conocer una mansión.

—Aw, no sabía que esa Lindsay era tan rica.

No ella, que era una simple empleada de cubículo. El millonario sería el cornudo de su marido.

El taxi nos dejó frente a las grandes puertas de barrotes dorados. A lo lejos se veía esa lujosa mansión.

Kevin salió impresionado.

—Guau, qué bonita. —Levantó sus manos hacia ella—. Hasta el aire es de mayor calidad. Los ricos viven de maravilla.

—Lo del aire es obvio. —Su impresión me causaba gracia—. Nosotros vivimos en la ciudad y esto es un campo.

Un agente de seguridad, confirmó mi invitación y nos permitió entrar.

En el camino hacia la mansión, vimos los vehículos de los invitados, estacionados de ambos lados. El jardín era hermoso. Había árboles podados en formas circulares. Muchos arbustos florales por todas partes. Hasta fuentes en donde estatuas de ángeles con gatos, dejaban caer agua de varias jarras.

Al acercarnos a las puertas de la mansión, ya éramos capaces de escuchar música electrónica provenir del patio trasero.

—¡Ya no puedo esperar! —Se emocionó Kevin.

El viejo mayordomo nos dio la bienvenida. Cuando le dije que era quien serviría bocadillos, nos pidió seguirlo hacia la cocina.

—¡Llegaste tarde, señorita! —Caminaba apresurado. Iba detrás de él y Kevin detrás de mí, dejándose impresionar por todo el lujo.

Se desbordaba la elegancia de los muebles. Todo lo dorado creímos que era oro puro. Los pasillos estaban decorados con cuadros preciosos, muchos de felinos. Me morí de la ternura con uno sobre una familia de gatitos que jugaban mientras su madre los observaba recostada. Le cruzamos a una sala de estar que nos dejó boquiabiertos. El sofá era de esos tan largos que se curveaban. La televisión era de cien pulgadas, tan delgada como el grosor de un lápiz. A los lados tenía estatuas de ángeles vestidos como gladiadores del antiguo imperio romano. En la pared detrás de la televisión, había una repisa con la estatua de un puma.

Llegamos a la cocina y encontramos a Lindsay regañando a la cocinera. Nos acercamos a una mesa repleta de bocadillos. Había una gran variedad. Desde los de tuna, hasta los de carne de res.

Las bandejas eran decoradas elegantemente; hasta seis bocadillos en una, rodeados por uvas, fresas y lechuga.

—¡Hasta qué al fin llegan! —Lindsay se nos acercó—. Los invitados esperan, vayan a servirles.

—Está bien. —Me preparé para sostener una bandeja. Me cayó mal que ni siquiera tuvo la gentileza de saludar.

Kevin y yo, sosteniendo una bandeja cada uno, seguimos a Lindsay por un pasillo hasta salir en el ruidoso patio trasero.

La piscina era enorme; mínimo veinticinco metros de larga. Su diseño era cercano al símbolo que representaba el infinito. De cada extremo tenía un jacuzzi.

Había alrededor de setenta invitados. La mayoría eran mujeres y estaban vestidas con bikinis. Muchos charlaban animados. Sostenían copas de cóctel, cervezas y otras bebidas.

A pesar de lo elevado que estaba el volumen de la música, se escuchaba de gran calidad. Unos cuantos bailaban cerca del equipo musical; dos grandes bocinas y, en una mesa, estaba un micrófono y la tableta electrónica en donde estaba la lista de canciones.

Había como quince personas en la piscina, pero eran los jacuzzis los que estaban abarrotados.



—Tú te vas por ahí y tú por allá. —Lindsay nos dio instrucciones. Me señaló un grupo de tres hombres que charlaban cerca de una pared. Era incapaz de verles el rostro porque la rama de un árbol obstaculizaba mi vista. Kevin se fue contento a atender a un grupo de mujeres.

—Qué emocionante está la fiesta. —Sonreí mientras caminaba hacia esos hombres—. Pero no olvides tu deber, Lily —me susurraba—. Estoy aquí para evitar esa desgracia.

Al llegar con bandeja en mano a ese grupo, los miré a la cara y quedé paralizada del asombro al reconocer quien estaba en medio.

Vestía con unas chanclas, pantalón corto marrón pastel, camiseta azul marino y gafas de sol.

—¡Ar, Arthur!... —Me quedé boquiabierta.

Jamás me cruzó por la mente que lo encontraría en ese lugar.

## Capítulo cinco:

### Mansión, piscina y unas bebidas

Estaba en la fiesta de piscina de Lindsay Monroe, la amante de mi vecino Nicolás. Mi objetivo era conseguir el nombre del marido para entregárselo a Juliana y que ellos se encargaran de colocar la denuncia en la comisaría. Si no lo conseguía, se corría el riesgo de tragedia en el edificio.

Cuando iba a servir bocadillos a un grupo de tres hombres, descubrí que el del centro, era nada más y nada menos que Arthur Diesel, con quien tuve una cita la noche anterior en un restaurante italiano.

—¡Arthur! —grité su nombre sin pensarlo de la sorpresa. Sus amigos me observaron. Uno se acercó a tomar un bocadillo. Arthur ni siquiera se movió. No me enteré si me miraba a los ojos porque sus gafas eran oscuras.

A pesar de que me quedé mirándolo, me ignoró por completo.

—¿Por qué la recoge basura te mira así? —Un amigo se rio al notar mi comportamiento. Él era uno de esos que, con tan solo mirarle la expresión de engreído, ya te caía mal.

Arthur levantó uno mano, tomó un bocadillo de doble queso y se alejó. Ni siquiera a su amigo le respondió.

—¡Así qué de esta manera piensas tratarme! —pensé inquietada. Antes de irme, me aseguré de mirarlo molesta.

Continué por unos minutos mi oficio de visitar a los invitados para ofrecerles bocadillos. Unos cuantos me reconocieron y saludaron. Dos

amistosas me invitaron a ignorar a Lindsay y lanzarme con ellas en la piscina.

Me reía mucho, la música estaba divertida. Kevin aún no había cometido algo para hacerme sentir avergonzada. Lo único que me arruinaba la tarde era la insoportable actitud de la jefa Lindsay y recordar como Arthur me trató.

Al acabármeme los bocadillos, decidí regresar a la cocina por más. Cuando iba a entrar en un pasillo, me detuve de repente al escuchar como Lindsay se quejaba. Estaba conversando con la mujer que compartía el cubículo de trabajo.

—El desgraciado de Nicolás no para de llamarme —refunfuñaba—. Él sabe que no puedo verlo hasta que mi marido se vaya de viaje. Desde que se enfrentaron, piensa que ya tiene el derecho de verme cuando se le pegue la gana.

—Ay, santo cielo, Lindsay. Te aconsejé tantas veces que dejaras de ver a ese bruto. Ahora mira la situación en la que estás metida.

—¿Cómo iba a soportar las ganas, con lo musculoso y bueno que está? La adrenalina de escaparme a ese mugriento edificio con ese salvaje, me hace sentir tan viva por dentro. Me regresa a mis años de adolescencia.

—Él es como tu Tarzan —dijo su amiga y se rieron. Se refirió a un personaje literario de dominio público, que era conocido por no tener modales debido a que fue criado por monos.

—Nada como el bueno para nada de mi marido, eso te puedo asegurar. — Se rieron aún más.

—Y por cierto, ¿dónde se encuentra? La última vez que hicimos esta fiesta, por lo menos fue a saludar.

—Ha estado con el temperamento por las nubes después de la paliza que le propinó Nicolás. Dudo que siquiera se asome.

—Entonces, ¿dónde se esconde?

—Está con un amigo en su estudio del segundo nivel. Vamos. — Comenzaron a caminar en mi dirección—. Aseguremos que todos estén pasando una maravillosa tarde.

Para que no creyeran que husmeaba, entré en ese pasillo haciéndome creer la atareada que venía de afuera.

—Buen trabajo, Lily —me agradeció la amiga—. Sigue así.

—Gracias.

—No vayas a hacer quedar mal a los invitados —me aconsejó Lindsay con su actitud.

—Descuida, los atiendo con amabilidad. —Le sonreí. Continué hasta la cocina.

La cocinera terminó de preparar los últimos bocadillos. Fue a colocarlos en la mesa.

Observé como dos cocineros terminaban de decorar un hermoso pastel de tres niveles. Me le acerqué boquiabierto. Su suspiro combinaba blanco con dorado. Tenía decoraciones de ángeles y flores. En la base, habían diseñado un jardín.

—Se nota que está riquísimo —comenté casi babeando de las ganas por probarlo.

—Solo espera... —me decía uno—. A que lo saquemos afuera para que te sirvamos un gran pedazo.

Me alegré muchísimo. La cocinera se nos acercó.

—¡Niña! —Me exigió disciplina—. Deje de holgazanear, vaya a atender a la gente.

—Está bien. —Me acompañó a la mesa y vigiló que tomara bocadillos de diferentes contenidos—. ¿Solo seis por bandeja?

—Sí, pero vi que tomaste dos de chuleta. —Cambió uno por otro de guacamole—. Preste más atención a lo que hace.

—Lo siento. Es mi primera vez sirviendo alimentos. —Intenté irme, pero obstaculizó mi camino.

—Como ya terminé de prepararlos —me informaba—. Buscaré a otros empleados para sacarlos a la mesa de afuera. Ya solo vas a tener que entrar para buscar cervezas en el refrigerador.

—Entiendo...

En ese momento, entró Kevin apresurado. Vestía solo el pantalón corto deportivo que trajo bajo su ropa. Era tan lampiño que en su pecho y estómago, no tenía ni un solo vello. Al ser tan delgado, se le notaban sus músculos abdominales.

—¡Necesito bocadillos! —exigió a gritos. Noté como estaba mojando el piso.

—¿Cómo pudiste entrar en la piscina cuando apenas comenzamos a trabajar? —le protesté.

—¡Esas mujeres me tienen loco, Lily! Me están tratando como a un bebé. Vine porque la rubia fue a regañarme. —Fue colocando bocadillos en su bandeja—. ¿Dónde están las cervezas? Una de ellas me pidió una.

—En el refrigerador —le informé y fue por ella. Regresó con su sonrisota.

—Espero que este sueño sea largo. —Se fue lo más rápido que pudo. Yo me quedé mirándolo.

—Anda en las nubes. Me alegra que la esté pasando bien.

Regresé a la fiesta. Estuve atendiendo, evitando ir a la zona donde estaba Arthur. A pesar de todo, lo miraba cada vez que podía. Él en ningún instante, ni por curiosidad, vi que tuvo su mirada en mi dirección. Lo vi varias veces sosteniendo una cerveza.

Presencí cuando la cocinera, acompañada de otros tres empleados, comenzaron a sacar todos los bocadillos para colocarlos en la mesa de afuera. Aseguraron dejar el centro libre porque ahí colocarían el pastel.

A los pocos minutos, los dos cocineros salieron cargando el pastel. Me les acerqué contenta, incluso varios invitados. Ahí escuché un comentario que uno de ellos, era tan famoso que tenía su propio programa de televisión. Se me subieron los ánimos porque eso significaba que iba a saber a algo de otro mundo.

Lindsay por el micrófono invitó a comer pastel, y unos cuantos más se acercaron.

Los cocineros fueron sirviendo a cada uno en pequeños platos de cerámica. Lindsay me ordenó llevarles en la bandeja a los que fueron muy vagos para venir. Les llevé a unas mujeres y regresé a la mesa.

—Y ¿si le llevo a su marido con la excusa de que ella se lo envió? — Tuve esa idea y le pedí tres pedazos a los cocineros. Esperé a que Lindsay estuviera distraída y entré en la mansión.

Mientras iba por un pasillo, agarré una cuchara y comí un poco del mío.

—¡Mmmm! ¡Oh cielos, qué delicia! —Jamás en la vida había probado uno tan delicioso. La masa era un poco similar a los postres llamados Tres Leches.

Con cautela, entré en las escaleras. Lamenté tener un asunto tan importante que no me permitió admirar todo ese lujo.

—Por favor, que todo salga bien —me susurré un poco asustada. Por lo menos tenía una buena excusa si era encontrada.

Al entrar al primer pasillo a la derecha, avisté dos grandes puertas que imaginé eran las del estudio. Mientras más me acercaba, más escuchaba las voces de dos hombres conversar.

Caminé despacio, de puntitas, para que no me detectaran. Llegué a las puertas y levanté una oreja para husmear.

—¡Ese maldito amante me las pagará bien caro! —Le escuchaba refunfuñar.

—Te he aconsejado que te olvides de esa estupidez. —Su amigo sonaba preocupado.

—¡Cállate, a ese sucio lo voy a matar! —gruñía—. Mañana mismo voy a enfrentarlo.

—¿No te importa terminar preso?

—Descuida, lo tengo planeado. Al enfrentarlo, no dudará en volverme a golpear. Cuando lo haga, sacaré el revólver y le dispararé justo en el corazón, para que conozca el dolor que me ha causado.

—Por favor, amigo, reconsidera. No arriesgues lo que has construido solo por los engaños de tu esposa.

—¡Qué me importa a mí lo que tengo! Esta riqueza nunca me hizo feliz. Antes de conocer a Lindsay, mi vida era miserable. Aún no comprendo como pudo caer en sus sucios brazos. Yo le he dado todo: cariño, dinero, una posición en esta sociedad.

—Ya para de beber tanto.

—¡Maldición, me duele el corazón! —Comenzó a toser como si se fuera a ahogar. Eso me estremeció un poco—. ¡A ese maldito lo mato yo!

—Espera... —dijo su amigo.

—¿Qué ocurre?

—Creo que escuché a alguien llegar.

—¡Oh, santo cielo! —Mis pelos se pusieron de punta. Enseguida toqué la puerta para que no creyeran que husmeaba desde hace tiempo.

—Pase —concedieron. Antes de abrirla, tomé un gran suspiro.

—¡Buenas tardes, señores! —Entré con una gran sonrisa, mas para que no sospecharan.

Ambos lucían estar en la mitad de sus cuarentas. Supe cual era él porque, además de tener la cara roja de la irritación, tenía varios moretones.

—¿Quién es usted? —preguntó el cornudo.

—Soy la señorita Lily Scott. —Me les acerqué—. Y ¿ustedes quiénes son?

El amigo se presentó. El cornudo solo me miró de arriba a abajo.

—¿Qué haces aquí? —Bebió alcohol.

—Lindsay me envió a entregarles un pedazo del delicioso pastel.

—Pues sírvale y retírese.

—No puede ser —pensaba inquieta. —De alguna forma debo sacarle el nombre.

Debía pensar algo rápido.

—Señor, yo trabajo en la misma empresa que su esposa. ¿Es usted Nicolás? —Me atreví a tanto—. Ella no para de hablar de usted.

Para que fue eso, ese señor lució como si fuese a estallar.

—¡El nombre de su marido es Bartolomé, no ese tan asqueroso que mencionó!! —me gritó a todo pulmón tras arrojar su vaso.

—Ay, lo siento. Yo no sé nada —me disculpé.

—¡Fuera de aquí!

Su amigo se paró avergonzado y me acompañó a las puertas.

—Perdone sus modales, señorita Scott. Él es bastante educado. Lo que ocurre es que el alcohol se le ha subido a la cabeza.

—No se preocupe. Tome. —Le acerqué la bandeja y tomó los dos pedazos de pastel—. Regresaré a la fiesta.

—Gracias. —Cerró las puertas.

Una vez alcancé las escaleras, salté de la alegría porque al fin conseguí su nombre.

Regresé a la fiesta y terminé de comerme el pedazo de pastel mientras disfrutaba ver como Kevin se divertía. Habían inflado una gran pelota de playa, y él jugaba voleibol en la piscina con tres mujeres.

Cerca del equipo musical, bailaban hasta diez personas como locos con esa extravagante música electrónica. Los amigos de Arthur se habían metido en un jacuzzi a compartirlo con los demás. Él estaba sentado. En una mano sostenía el teléfono, en la otra una cerveza.

A esa hora y, menos tras comer pastel, nadie parecía ya estar interesado en bocadillos. Fui a colocar la bandeja sobre la mesa.

Estuve atenta a que nadie tuviera los ojos encima de mí antes de regresar a la mansión. Mi objetivo era encontrar un baño lejano para hablarle a Juliana. Al cabo de dos minutos, encontré uno cerca de las habitaciones del área de servicio.

Entré, aseguré cerrar bien la puerta y me fui a sentar en el inodoro. Extraje el teléfono y enseguida la llamé.

—¡Buenas noticias! —grité desde que lo contestó.

—No me digas, ¿al fin conseguiste el nombre?!

—Así es —dije y lanzó un grito de alegría.

—No que me importe ese animal de Nicolás —enfaticó—. Pero no quiero que ocurra una desgracia. Solo nos empeoraría la vida.

Uno de los temores era que, tras ser reportado en los noticieros que hubo un asesinato en el edificio, bajaría el valor de las rentas. Terminaría atrayendo a gente todavía peor.

—Se llama Bartolomé Monroe —también le dije la dirección.

—Gracias, Lily.

—Apúrate, ese señor anda refunfuñando que lo piensa matar mañana con su revólver. Está es rojo como ají del odio tan grande que le tiene a Nicolás.

—Descuida, ahora mismo llamaré a mi marido para que vaya a poner la denuncia.

—Gracias. —Terminé la llamada. Tomé un gran y profundo suspiro de alivio.

Fui a la solitaria cocina. Busqué un vaso y me acerqué al grifo del fregadero para tomar un poco de agua. Mientras lo llenaba, escuché como se me acercaba alguien que había entrado en la cocina.

—¿Lindsay?... —pensé que era ella que me había descubierto entrando en la mansión y venía a regañarme, pero al girarme descubrí de quien en realidad se trataba—. ¡Arthur!

—¡Lily! —Se me acercó hasta aprisionarme contra el fregadero.

—¿Qué haces?! —Intenté escaparme, pero no me permitió ni mover. Se removió las gafas.

—Deseaba contemplar tu rostro. Esa gorra te queda horrible. —Tuvo el atrevimiento de quitármela.

—Oh guau... ¿ya no soy invisible?

—¿A qué te refieres?

—Cuando nos encontramos afuera me ignoraste como todo un imbécil. ¿Crees qué te hizo lucir genial? ¿crees qué tener conmigo el cliché del adinerado que ignora a la pobre, te llevará a algún lado? —le protesté.

Mis quejas solo le molestaron. Me presionó aún más contra el fregadero. Me observaba de cerca sin decir una palabra, como si hubiera encontrado algo en mi rostro.

—Cuando te enojas, tu cara comienza a ponerse roja —comentó.

—Y ¿eso qué tiene de bonito o especial? ¿Estás borracho?



Su aliento apestaba a alcohol.

—Quizás me desagraden tus pecas, pero esos ojos tuyos, la manera deseosa en que me miran, siempre logra acelerar el ritmo de mi corazón.

No sé a que vino ese comentario hacia mis pecas, pero lo otro sí que logró ponerme nerviosa.

—Sí, pero anoche cometiste el error de creerme fácil. Eso como que me ha desmotivado un poco.

Logré inquietarlo.

—Bueno... solo fue una prueba.

—¿Una prueba?

—Necesitaba comprobar si en verdad valía la pena interesarme en ti. Por eso tuve la imprudencia de invitarte al apartamento.

—Como que me estás mintiendo, ¿no crees?

—¡No miento! En verdad te deseo...

—Hmm... —No supe que más decirle.

Me sostuvo la cabeza con ambas manos. Estuvo jugueteando con mi cabello, acariciando mi cara. Lentamente, acercaba su cara a la mía. El corazón me latía a mil. A pesar de mi enojo, estaba embobada ante sus encantos.

Continuó acercándose hasta besarme. No abrí la boca, ni siquiera moví mis labios. Él se retiró a los tres segundos.

—A pesar de todo, no puedes negar que te gustó —se burló porque vio como me sonrojé. Hasta él se había sonrojado un poco.

—¿Serías tan amable de dejarme ir?... —No soportaba un segundo más.

—En serio, ¿me vas a rechazar?

—Arthur... me siento muy incómoda. —Agarré su mano derecha y la retiré de mi cara. Él retiró la otra. En ese momento, escuchamos como alguien casi entraba en la cocina. Él enseguida se me despegó y fue al refrigerador a aparentar que buscaba algo. Yo agarré el vaso y bebí un poco de agua.

Nos percatamos que quien venía era Lindsay.

—¡Querida, ¿dónde es que te metes?! —me regañaba—. Ven a ayudar a servir el pastel.

Arthur extrajo una cerveza y cerró el refrigerador. Miró directamente hacia el camino de salida, se puso las gafas y comenzó a caminar.

—¿Estás disfrutando la fiesta? —le preguntó Lindsay al verlo cruzar por

su lado.

—Mejor que la última —le halagó y continuó. Lindsay se me acercó para sujetarme por un antebrazo para apurarme a salir.

—Oye, yo puedo sola —protesté. Me soltó y continuamos.

—El necio de tu ayudante solo anda coqueteando. Por lo menos esfuérzate tú en hacer algo bien.

—Discúlpame, no sabía que se comportaría así.

—Si no me haces regañarte otra vez, en vez de pagarte cien dólares, te pagaré trescientos.

—Daré lo mejor de mí. —Eso me motivó.

Cuando salimos a la fiesta, recordé que había olvidado la gorra en la cocina. Los cocineros enseguida me entregaron una bandeja con cinco pedazos de pastel. Visité uno de los jacuzzis y, de las nueve personas metidas ahí, solo dos tomaron un pedazo. Se sentaron en el borde para disfrutarlo.

En mi camino de regreso, una mujer tomó otro. Observé como Arthur estaba solitario, bebiendo cerveza.

—Hmm... ¿cómo me tratará después de lo ocurrido? —La curiosidad me venció. Antes de ir a verlo con la excusa de brindarle pastel, fui a llevarle un pedazo a un hombre que me había hecho señas de que quería.

Fui a donde Arthur y me detuve a su frente. Él estaba distraído observando como sus amigos se divertían en la piscina, pero tan pronto llegué, acaparé toda su atención.

—¿Quieres pastel?

—Lo único que deseo es volver a probar tus labios —admitió y me puse nerviosa. Coloqué el pedazo sobre su regazo.

—Qué lo disfrutes... —Me fui—. Ese pobrecito está borracho. —Me reía—. Sobrio ni loco me hablaría así de cursi.

Miré hacia atrás curiosa por saber si seguía mirándome. Lo encontré con la mirada clavada en el teléfono.

Llegué a la mesa y un cocinero comenzó a colocar pedazos de pastel en mi bandeja para que fuera a atender al otro jacuzzi. En ese momento, me percaté cuando Kevin salió de la piscina. Se fue corriendo a la mesa del equipo musical y sostuvo el micrófono.

Disminuyó el volumen de la música. Muchos miraron en esa dirección. Los que bailaban comenzaron a quejarse. Lindsay que, charlaba con unas

amigas, enseguida lució fastidiada.

—¿No les tiene hartos ese género musical? —preguntó por el micrófono. Muchos gritaron a favor.

—¿Qué tendrá en mente?... —Lo miraba atenta.

—Entonces, les pondré música que sin lugar a dudas llevará esta fiesta a otro nivel. —Agarró la tableta electrónica. Las mujeres de su grupo estaban bastante animadas. Muchos esperaban curiosos cual sería esa música que podría ser más emocionante que electrónica.

Cuando Kevin puso la canción que buscaba, caminó varios pasos hacia adelante con el micrófono en mano. Esa canción a cada segundo ascendía su volumen.

—Señoras y señores, tengo el honor de introducirlos a la mejor banda de nuestros tiempos.

Y en ese mismo instante, estalló esa canción. Fue súper ruidosa, quien cantaba gritaba como desquiciado.

—¡Heavy Metal! —grité sorprendida. Vi como muchos se cubrieron las orejas. Enseguida miré en dirección hacia Lindsay. Ella ya caminaba enfadada hacia él.

Kevin comenzó a cabecear como loco al ritmo de ese ruido. Nunca antes había disfrutado de ese género a ese volumen y calidad.

—Ay no... —Me sentí súper avergonzada—. Le había advertido que se comportara.

Lindsay le arrebató el micrófono y enseguida fue a disminuir el volumen.

—Perdonen, ese invitado tiene problemas mentales —se disculpó por el micrófono.

Kevin se lanzó en la piscina como todo un héroe. Esas mujeres le chocaron la mano y le abrazaron contentas y muertas de la risa. Al parecer, solo fue un reto con ellas de que si sería capaz de fastidiar a la anfitriona.

Lindsay se me acercó, me miraba con un fastidio.

—¡A ese imbécil no pienso pagarle ni un centavo! —Vino a desquitarse conmigo.

—Se pasó de la raya. —Comprendí su enojo. Luego tuve la idea de compartir lo que me pagarían con él.

—Sigue sirviendo pastel, luego quiero que estés atenta a cual invitado le falte una cerveza o quiera comer bocadillos.

—¿Cuándo me dejarás descansar? —La enfrenté.

—Cuando anochezca. Mientras, estaré muy atenta a ti.

Esa rubia tan mala volvió a colocar música electrónica. Estuve trabajando sin descanso. Transcurrieron los minutos y ya eran las cinco de la tarde.

Estaba cerca de la mesa, atenta a que alguien fuera a hacerme señas para llevarle algo. Unos empleados habían sacado una nevera con cervezas, por lo que no hubo necesidad de ir a la cocina por más.

Mientras comía un bocadillo de verduras, me percaté que una sirvienta salió alterada y con prisa de la mansión. Fue directamente hacia Lindsay.

—Ay, señora Monroe. —Sonó preocupada.

—Y ¿a ti qué te ocurre? —No le hizo mucho caso.

—¡La policía! Hasta cinco patrullas acaban de llegar. Están detrás de su marido.

—¡Eh! —Quedó boquiabierta—. ¿Estás segura?

—Sí. En este momento lo están interrogando.

Lindsay entró muy preocupada a la mansión.

Como husmear sería una gran imprudencia, comencé a imaginar en mi cabeza como iría esa conversación.

La policía llegó y comenzaron a interrogarle sobre lo sucedido en el edificio. Le pusieron una orden de restricción hacia Nicolás. Lo despidieron con la amenaza de que si algo le ocurría, irían directamente hacia él.

—Oh santo cielo, ahí es que Bartolomé explotará.

Y justo como lo imaginé, ese cornudo salió a la fiesta súper alterado. Lindsay que, lo perseguía intentando detenerlo, parecía haber llorado. Él se acercó al equipo musical, empujando rudamente a los que bailaban para abrirse paso. Sujetó el cable del toma corriente y lo desconectó de un tirón.

—¡¡Fuera de mi propiedad!! —comenzó a gruñir. Muchos se quedaron con cara de “¿qué demonios?”. Lindsay le rogaba que se detuviera, que si continuaba, no le perdonaría esa clase de vergüenza.

Continuó como desquiciado, echando a todo el mundo. Se acercaba a las sillas, las agarraba y arrojaba violentamente. Agarró una botella y la arrojó contra una pared.

Los invitados corrían por todos lados. Era un caos total. Algunos recogieron sus pertenencias, otros se fueron justo como salieron de la piscina. Lindsay sentía que se moría de la vergüenza. Aún le gritaba a su marido que se comportara, pero él estaba más que ido.

—¡¡No quiero ver a ninguno de ustedes, fuera!! —Hasta creí que sufriría

de un infarto si continuaba con esa ira.

De cierto modo no lo culpaba. Para él, su esposa le había puesto una orden de restricción para proteger a su amante.

Encima de descubrir que lo engañaban con lo que para él era un cualquiera, esa misma persona le humilló con tremenda paliza. La policía se encargó de introducir la gota que derramó el vaso.

Todos escapaban apurados. Kevin salió de la piscina, agarró su ropa y se me acercó.

—¿Se ha vuelto loco?! —Temía a que nos fuera a arrojar una botella.

—Vámonos, Kevin. —Entramos en la mansión entre la multitud. Antes de salir, fui a la cocina a recoger mi gorra.

Salimos al frente de la mansión y continuamos el camino. Los invitados se montaban en sus vehículos. Muchos habían venido en grupos, por eso en algunos se montaban hasta cinco.

Kevin fue a despedirse de las mujeres. Ellas estaban ya montadas en la camioneta con las ventanillas abajo.

—Saquen el teléfono para que agreguen mi número. —Les pidió y ellas se rieron.

—Ay, por favor, Bebé. Aquí muere lo nuestro. —Reía la del asiento trasero.

—Así es, Cariño. ¡Adiós! —La que conducía le tiró un beso y arrancó.

Kevin se quedó detenido mientras miraba al suelo. Como supuse que le habían roto el corazón, me le acerqué para consolarlo. Cuando coloqué mi mano sobre su hombro, se la despegó groseramente.

—Guárdate tu lástima, Lily. A mí no me interesa ninguna de esas viejas, solo actuaba amable. —Había regresado a su papel de emo.

—Sí, te la voy a creer, Kevin. No resisto las ganas de contarle a los chicos como andabas con tu sonrisota cuando compartías con esas presumidas. Se te olvidó completamente que eres odioso.

—Rayos, en verdad se acabó el sueño —lamentó. A pesar de que lo intentó, no pudo ocultar que se había entristecido.

Mientras caminábamos de salida de esa residencia, los vehículos iban saliendo. Al salir a las aceras, ya casi todos se habían marchado. Extraje el teléfono y llamé a la agencia de taxis.

—Necesito que nos vengán a recoger.

—Lo sentimos señorita, en estos momentos no tenemos un chófer

disponible para esa zona.

—¿Cómo que no tienen?

Me pidió un minuto para investigar el estado de su flotilla.

—En una hora uno irá a recogerlos.

—¡¿En una hora?!

—Lo sentimos. —Terminó la llamada.

—Rayos... —lamentó Kevin—. ¿De verdad esperaremos una hora?

—Veamos si alguien se apiada de nosotros. —Tuve la idea de hacer autostop para los que aún salían, pero o nos ignoraban o iban repletos. Una amistosa se detuvo, pero lamentablemente ella iba hacia el otro lado del estado.

—¿Y si vamos a la carretera? Allí tendremos más suerte —propuso Kevin.

—Ni lo pienses, queda como a cuarenta minutos caminando.

Nos sentamos en el bordillo a esperar el taxi.

—¿Sabes qué enloqueció a ese viejo? Alcancé a ver cuando una botella casi se le pegó a la cocinera.

—Tu música de Heavy Metal. Eres el culpable.

—Sí cómo no, Lily. Debido a la conmoción, salimos sin que esa rubia nos pagara.

—Cierto.

—Ya había agregado al carrito las camisetas oscuras que quiero comprar. ¿Regresamos?

—Hmm, mejor dejemos a esa gente en paz.

—En serio fue una grandiosa tarde... —Recordaba como se divirtió en la piscina—. Ha aumentado mi motivación para los estudios. Compraré una mansión similar para tener ese tipo de fiesta todos los fines de semana.

—Guau, no olvides invitarme cuando eso suceda.

En ese momento, escuchamos cuando un vehículo entraba en la calle.

—Hmm... —Lo analicé. Era un elegante sedán negro tan reluciente que parecía recién sacado del concesionario—. ¡Es Arthur! —grité su nombre.

—¿Quién?

—Alguien del trabajo.

Venía en nuestra dirección a treinta kilómetros por hora. Ahí recordé que siempre lo vi en la fiesta con una cerveza en mano.

—¡Está borracho! Es un peligro que conduzca así. —Sin pensarlo, me

puse de pie y entré en la calle para forzarlo a detenerse. Frenó a dos metros de distancia.

Tocó la bocina. Kevin estaba impresionado.

—¿Cómo tienes agallas para meterte al frente de un borracho?

—Ven a obstaculizarlo por mí —le ordené. Arthur continuaba tocando.

—¡Estás loca! —Se asustó Kevin.

—¡No seas gallina! Ven antes de que se desespere y se vaya por la otra vía.

Con temor, se acercó hasta detenerse a mi lado. Fui a la ventanilla de Arthur y comencé a tocarla. La bajó cuando supo que no me cansaría.

—Oye, dile que se mueva. —Lucía de malhumor.

—¿Cómo te atreves a conducir tomado sabiendo lo peligroso que es?

—¡¿Quién te crees? ¿mi madre?! Hago lo que se me venga en gana.

Supuse que su irritación se debía a la manera en que fuimos echados de la mansión.

—Sal —le exigía—. Permíteme conducir por ti.

—¡Cállate! —Tocó la bocina—. ¡Fuera del camino, estúpido! —De repente, aceleró por un metro. Kevin lanzó un grito.

—¡No te muevas, Kevin! —le grité.

—¡Lily! —gruñía Arthur—. No me fastidies.

—¡Párate ahora mismo si no quieres que te vaya terrible! —Le subí la voz.

Me miró con esa expresión de “en serio, ¿te atreviste a hablarme con ese tono?”. Suspiró y lo pensó por unos segundos. Estacionó el vehículo y se desmontó.

—Todo tuyo, pelirroja tan linda. —Abrió la puerta trasera y, en vez de sentarse, se tendió adentro.

—Mira mira, no pero que gruñón. —Tuve que ayudarlo a terminar de entrar las piernas para cerrar la puerta—. ¿Qué no se quiere cuando se emborracha? —refunfuñé. Kevin se me acercó.

—¿Ese estúpido se encuentra bien? —Se alivió.

—Ve, móntate en el asiento del pasajero.

Nos montamos. Miré hacia atrás y me percaté que Arthur se había quedado dormido.

—¿Pensaba conducir así? —Kevin estaba impresionado—. No creo que hubiera llegado sano y salvo a su casa.

—No entiendo como alguien tan inteligente, comete una burrada tan grande. —Me coloqué el cinturón de seguridad.

El vehículo era cómodo, moderno y elegante. El tablero de instrumentos era de fibra de carbono. Casi no tenía botones. Las opciones: temperatura, música, navegación, etcétera..., se ajustaban en una gran pantalla.

Como olía a su agradable perfume, me sentí súper a gusto. Kevin estuvo sobando sus manos sobre el tablero y el asiento, admirando su calidad.

—Cuánto lujo. —Ajustó la altura de su asiento—. Mínimo pagó alrededor de ochenta mil dólares por esto.

—Imagino que más, la fibra de carbono es súper costosa. —Gracias a la revistas, sabía mucho sobre vehículos.

—¿Segura qué sabes conducir?

—Mi papá me enseñó a los dieciséis años de edad. Cuando salía al supermercado o a las tiendas con mi mamá, era yo quien conducía.

—Entiendo. Ve despacio para que el borracho no se vaya a caer o despertar. No soportaría su berrinche.

Ya íbamos a mitad del camino hacia la ciudad. Llegamos a una zona donde, debido a reparaciones de un puente, el tráfico era detenido cada dos minutos.

—Por eso odio la carretera —se quejó Kevin al ver que una mujer policía, detuvo el tráfico justo cuando íbamos a salir de esa zona.

—Qué más da. —No me importó porque disfrutaba conducir.

Sentimos a Arthur moverse, intentando encontrar una nueva posición. Comenzó a hablar mientras dormía.

—Por favor, Lily, no me rechaces —pronunció.

—¡Eh! —Me puse nerviosa. Kevin lo miró sorprendido y luego me miró a mí.

—¿Ese tipo está detrás de ti?

—Algo así.

Al llegar a la ciudad, Kevin me pidió estacionarme.

—Yo puedo llegar a mi casa en un taxi.

—Entiendo...

—Supongo que llevarás al borracho a la suya...

—Sí, eso tengo en mente.

—Está bien. —Se desmontó—. Gracias por la maravillosa tarde.

—De nada. —Le sonreí y arranqué. En el sistema de navegación del



vehículo, había encontrado una dirección con el nombre “hogar”. La activé para seguir esas instrucciones. A los pocos minutos, Arthur comenzó a despertarse.

—Ah, me duele la cabeza... —se quejó. Se levantó un poco y cuando captó que estaba en el asiento trasero de su vehículo, se sorprendió y enseguida miró a ver quien conducía—. ¡Lily!

—Hola, Dormilón.

—¿Qué haces aquí?

—Como te vi borracho, me ofrecí a llevarte.

—Entiendo. —Se relajó. Luego notó que íbamos a su apartamento. De un compartimento, extrajo una botella de agua y bebió un poco.

—¿Estás demente? ¿cómo se te ocurre beber si sabes que vas a conducir?

—No sé, no sabía que regresaría tan pronto. La última vez hasta amanecí en esa mansión.

—Cierto, cómo culparte. Fue por ese cornudo que la fiesta terminó abruptamente.

—¿Cornudo?

—El marido de Lindsay.

—Espera, ¿Lindsay lo engaña? Cómo se atreve a tal bajeza después de todo lo que ha conseguido gracias a él. Por razón esta semana tuve más trabajo que nunca. Ya entiendo su razón.

—¿Esto qué tiene que ver con tu empleo?

—El señor Monroe es mi jefe. Ha estado ausente, por eso mi trabajo está más atareado que nunca.

—En serio... ¿en cuál nivel está su oficina?

—Está en otro edificio.

Él se inclinó hacia adelante para observarme mientras conducía. Tuve que rebasarlo a un camión que iba demasiado lento.

—Me encanta lo rápido y fluido que conduce tu vehículo —le comentaba—. ¿Cuántos caballos de fuerza tiene?

—Yo que sé. ¿No te había dicho que esa gorra te queda horrible?

—¡Ey, esa es solo tu opinión!

—Rayos, tampoco me subas la voz. —Se echó para atrás. Como le dolía la cabeza, decidió relajarse por el resto del camino.

Llegamos al lujoso edificio de veinte niveles donde vivía. Fui a estacionarme donde él me indicó. Nos desmontamos.

—Subamos. —Me invitó a seguirlo.

—Me tengo que ir. —No estaba dispuesta a entrar.

—Es temprano. ¿Qué tiene de malo que pasemos unas horas juntos?

—Hmm... otro día.

—En serio... —Se me acercó.

—Me gustas sobrio, no borracho —le confesaba—. No me agrada que digas cursilerías, no va contigo.

—Por favor, no me rechaces —rogó.

—Cielos, él en serio actúa como otro bajo esos efectos —pensé.

—Lily... —Se me acercó hasta abrazarme—. Por favor...

—No. Ve toma un buen baño caliente y acuéstate temprano. Mañana descansa todo el día, te lo mereces después de tanto trabajar.

Me abrazó por alrededor de diez segundos sin decir una palabra.

—Cómo digas... —Le costó aceptarlo. Cuando intentó besarme de despedida, lo detuve con una mano.

—No con ese aliento, Querido. —A pesar de todo me puse algo nerviosa. Lo besé en la mejilla—. Hasta el lunes.

Me fui. Él se quedó detenido. Incluso cuando ya me había alejado y miré hacia atrás, lo vi ahí todavía mirando en mi dirección.

—Pobrecito. —No soporté reírme.

Fui a las aceras, llamé un taxi y me fui al apartamento.

## Capítulo seis:

### ¿Cuáles son mis sueños?

Eran las dos de la tarde. Tía y yo nos habíamos preparado para ir a la tienda de telas en la plaza. Ella se había motivado a confeccionar nuevas cortinas.

—¿Cuáles colores quieres que combine? —Salimos a las aceras.

—¿Rosado con blanco? —le aconsejé. Las que tenía el apartamento, combinaban morado con negro.

—Buena idea, Lily. Acabo de pensar que le quedaría bonito un estampado floral.

—Oh, se verá aún mejor.

Estuvimos en la tienda como por veinticinco minutos, inspeccionando y escogiendo telas. Encontré una cortina para la ducha que simplemente no resistí comprar. Era muy bonita; celeste con estampado de patitos amarillos.

Me alegraba que con mi presencia, los ánimos de tía iban mejorando. Por ejemplo, llegué a contar que el miércoles fumó hasta cuatro cigarrillos tras llegar del trabajo. Hoy solo fumó uno en la mañana y todavía no le he sentido las ganas de otro.

Fuimos a pagar y salimos. El día estaba reluciente. El estacionamiento estaba repleto. Muchas personas salían y entraban en las diferentes tiendas.

—¿Quieres galletas horneadas? —me preguntó tras haber mirado el supermercado—. También compremos un molde bonito.

—¡Me parece excelente! Compremos uno de corazones. —Yo contenta de verla feliz. Íbamos tranquilas charlando sobre las telas camino al supermercado, cuando vimos a un hombre salir de la tienda de teléfonos. Me paré impresionada. Era Cristian López, el apuesto repartidor de pizza.

Vestía estupendo; pantalón jean con rasgados, zapatos negros, camiseta blanca y una chaqueta negra de cuero. Su cabello lacio le hacía lucir tan lindo.

—Santo cielo... —Tía casi perdió el aliento—. ¿Quién es ese ángel? Parece sacado de una película.

—Tía, es el repartidor de pizza. —La miré impresionada con su reacción.

—¿El qué te saludó el otro día?!

Cristian volteó hacia nuestra dirección y sonrió desde que me reconoció.

—¡Lily! —Hasta me hizo reír un poco porque gritó mi nombre como un niño alegre. Apresuró sus pasos para venirme a saludar. Tía lo miraba boquiabierta.

—¡Hola Cristian, ¿cómo estás?! —le saludé riéndome. Llegó y me saludó con un abrazo y beso en la mejilla. Saludó a tía de la misma manera. Ella estaba en las nubes.

—Señora... —Le sostuvo la mano—. Le agradezco de todo corazón el haber creado a tan hermosa criatura. —Le sonrió. Tía casi se desmayó de tanta dulzura. A mí me pareció encantador y algo cursi.

—Ay joven, yo solo soy su tía.

—Pues igual, gracias por cuidarla. —Notó las bolsas—. ¿Les gusta coser?

—Es solo un pasatiempo. —Se rio tía—. No soy muy buena.

—Mi mamá es costurera. Si deseas, le puedo pedir que le aconseje.

—Qué bueno eres, pero está bien, solo voy a confeccionar unas cortinas para el apartamento.

Me miró a los ojos.

—¿Te gustó Carolina del Norte?

—¡Me encanta! En una semana he vivido lo de un año en Maine.

—Y eso que ni siquiera es verano. —Se rio.

—En pocos días ha conocido a tantas personas encantadoras. —Tía estaba impresionada.

—Y ¿para dónde van? Yo vengo de pagar el servicio del teléfono.

—Vamos al supermercado —le respondí.

—Oh... ya veo. Yo iré un rato al festival de primavera. Deberías

acompañarme.

—¡Eh, ¿festival de primavera?! —No conocía ese evento—. Hmm... no sé, tengo que ayudarle a tía.

—Lily, dame las bolsas. —Me las quitó de las manos—. Vaya a disfrutar con el joven.

—¡Pero son pesadas! Además, quería ayudarte a hornear las galletas.

—No te preocupes, llamaré un taxi. Espero disfruten la tarde. Joven, cuídela por favor.

—Por supuesto, señora.

Tía nos despidió.

—¿Quieres que llame un taxi? No creo que andar en motocicleta sea tu estilo.

—En realidad me interesa montarme porque nunca lo he hecho. Solo no vayas a chocar por andar de pependenciero como el otro día.

—Descuida. —Se rio.

Nos acercamos a su motocicleta en el estacionamiento. Como no trabajaba los domingos, le había removido la canasta donde colocaba las ordenes.

—Espera, Lily. —Me pasó el casco para que me lo vaya poniendo y extrajo su teléfono—. Necesito realizar una llamada.

Se alejó para conversar en privado. Regresó a los dos minutos.

—Le pedía permiso a mi mamá.

—Aw, qué bonito. —Le sonreí. Como que algo en mí me dijo que fue mentira, pero no le di mayor importancia—. ¿Cuál es tu edad?

—Tengo veintiuno, ¿y tú?

—La misma edad.

Se montó y me invitó a montarme detrás de él.

—No tengas pena, sujétate bien de mí.

—Está bien. —Me monté. La encendió y enseguida arrancó. Me sostuve de su cintura. Sin embargo, como conducía rápido y bruscamente rebasaba otros vehículos, lo abracé por su abdomen para sentirme más segura.

La motocicleta era ruidosa. Conducía como loco. Hasta se fue en rojo en varios semáforos solo porque no había mucho tráfico.

Yo temía a que nos fuéramos a meter en problemas con la policía, pero él fue astuto cuando estuvimos cerca de una patrulla. Conducía como anciano para no llamar la atención. Algo que me hacía reír mucho porque tan pronto

entraba en otra calle, arrancaba como loco.

Entramos en una extensa y ancha calle donde casi no había vehículos.

—¡Voy a hacer un caballito, agárrate fuerte! —me avisó emocionado. Se refería a andar con la rueda delantera levantada. Grité súper asustada y lo apreté.

—¡No lo hagas! —chillé y tan solo se rio.

—Lo guardamos para la próxima. —Desistió.

Unos minutos después, llegamos a una calle súper transitada. Ni siquiera entre los vehículos se podía avanzar de tan estrecha que era.

—Todos vienen al festival —me contó—. Se me había olvidado lo insoportable que se pone.

Intentamos avanzar por otro minuto, pero fue imposible. Estuvo analizando que hacer. A unos metros del otro lado de la calle, había un estacionamiento de motocicletas.

—Dejémosla ahí. Lo malo es que caminaremos por alrededor de veinte minutos.

—No hay problema.

Fuimos en esa dirección y nos desmontamos. Me quité el casco. Había una multitud increíble. Un grupo de niños y niñas cruzó por nuestro frente. Ellos iban con globos de todos los colores.

—¿Qué clase de festival es el de primavera? —Del otro lado de la calle, avisté a un hombre vestido de payaso.

—Celebramos la llegada de la estación con eventos para todas las edades. Hay fiestas de payasos, conciertos juveniles, charlas, y más... En la mañana fue el desfile de carrozas florales.

—¡Qué! Yo me perdí ese espectáculo. —Recordé que una vez disfruté de uno por televisión.

Del lado donde nos estacionamos, había toda clase de negocios, pero por el festival, solo los que vendían comida estaban en servicio. Del otro lado había un gran parque.

Fuimos a las aceras del lado del parque y continuamos entre la multitud. Cuando pasamos por un puesto de perros calientes, nos detuvimos a comprar.

—Hmm... Está rico. —Comía contenta. Le había puesto ketchup y un poco de mostaza. Cristian le echó salsa picante al suyo.

—Sí, hmmm... —Le propinó tremenda mordida—. Había olvidado lo delicioso que son los de esta calle.

El bullicio era intenso; personas conversando, niños jugando, el tránsito y música de diferentes géneros a todo volumen.

Íbamos disfrutando de todo lo que veíamos. Había un señor que tenía a los niños muertos de la risa. Estaba pintado completamente de dorado y actuaba creyéndose ser una estatua. Los niños disfrutaban haciéndole monerías para hacerlo reír o mover. Yo le dejé cinco dólares en su sombrero.

—Y cuéntame Lily, ¿qué se siente ser tan bonita?

—¡Ay! —Como no esperaba esa pregunta, me puse algo nerviosa—. No, pero mira quien habla. Seguro tienes a media ciudad detrás de ti. Me imagino tus redes sociales, repletas de chicas babeando.

Se rio a carcajadas.

—En mi perfil solo tengo fotos de la motocicleta. —Reía—. No te molestes en husmear, que solo la familia me sigue. Y bueno, ¿qué señorita decente se fijaría en un muchacho repartidor? Ni lo bonito me ayuda.

—¡Hablador! Como si esas mujeres se van a fijar en eso, tú con lo dulce que eres.

—Dulce contigo, Bonita.

—Ya me imagino que a cualquiera vas y te le acercas con tu “hola, Bonita”.

Él tan solo se reía.

—Por aquí no hay muchas pelirrojas, mucho menos con esa cara.

—¿Qué cara? ¿qué tengo yo de especial?

—Esa donde no existen los malos deseos o la malicia. Hasta puedo deducir que nunca te has enamorado. Una persona que haya pasado por el sufrimiento de un amor perdido, no sonrío de esa manera tan inocente.

—Cielos... —No sabía ni que decirle.

—Una mujer que a los veintiuno, aún no haya sido decepcionada... Qué rareza. Me siento afortunado de que el destino haya cruzado nuestros caminos porque yo siempre sabré valorarte.

Como me sintió nerviosa, decidió no decir otra palabra y únicamente disfrutamos del paisaje mientras caminábamos.

A veces contemplaba su cara y me ponía a pensar que antes de llegar a Carolina del Norte, nunca me creí atractiva, incluso fui bastante insegura de adolescente. Nunca imaginé que escucharía ese tipo de palabras, mucho menos de alguien que físicamente consideraba ser un diez de diez.

—¿Es esto la realidad o solo un sueño del cual despertaré? —pensaba

contenta—. Quién diría que me esperaba una vida como ésta.

Cruzamos por una zona del parque donde había un acto de payasos sobre una colorida tarima. Inflaban globos y luego los utilizaban para formar animales. Otros divertían a los niños y padres, con chistes y payasadas.

En una esquina de la tarima vendían los globos, del otro algodón de azúcar y caramelos. Cristian me ofreció uno de los dos, pero no quise. Continuamos por otros minutos. Alcanzamos una zona donde casi no había árboles. A lo lejos se alcanzaba a ver una multitud frente a una gran tarima en donde varios cantantes realizaban un concierto.

El ritmo de esas canciones era emocionante. El bajo te hacía vibrar todo el cuerpo. No reconocía ese género, solo me lo encontraba refrescante y llamativo.

Alcanzamos unos kioscos donde vendían todo tipo de bebidas alcohólicas. Estábamos rodeados por otros que iban o venían de comprar, o charlaban.

—¿Cómo se llama el género que cantan? Como que me suena, pero no estoy segura... —Creí haberlo escuchado en Argentina.

—¿Vivías en una cueva o bajo una roca? —Se rio Cristian—. Se llama reguetón.

En ese mismísimo instante, un chico que cruzaba por nuestro lado, se vomitó encima. Yo salté de un grito hacia el otro lado. A Cristian le cayó un poco en los zapatos.

—¡Ey, Pana! —Cristian no pareció nada contento—. Tenga cuidado papá, así no se hace.

—Lo, lo siento, lo siento —se disculpó súper nervioso. Se le notaba a kilómetros la intensa borrachera. Incluso se le dificultaba mantener el equilibrio.

—Mira te salvas que no le cayó a mi acompañante. Sino, te hubiera pegado el puño en la cara para que te fijes donde botas tu porquería.

—Por favor, perdóname. —Se fue con su cabeza bajada. Se tambaleó hasta colisionar contra un hombre. Ese lo empujó bruscamente de un insulto y se cayó al suelo. Yo estuve boquiabierta con la ruda manera en que Cristian lo trató. Él enseguida me miró con su sonrisa.

—Si no te das a respetar, te pasan por encima —me explicó.

—Ah... entiendo. —Observé que nadie se motivó a brindarle una mano al borracho. Él se levantó a los cinco segundos y, en vez de alejarse del



concierto e irse a relajar, fue a un kiosco a comprar más bebidas.

Cristian revisó el estado de sus zapatos.

—¿Quieres ir por servilletas o algo? —le propuse. Había visto un kiosco de comida rápida.

—Está bien. Vamos antes de que comiencen a apestar. Ahí sí es verdad que voy y lo parto.

—¡¿En serio?!

—Solo exagero. —Se rio—. Lily, vamos.

Mientras íbamos hacia el kiosco, le cruzamos a una pareja besándose como si quisieran comerse vivos. Me sentí súper incómoda con esos dos. Cristian me confesó que eso no era nada, que más tarde seríamos capaces de presenciar escenas mucho más atrevidas.

—No puedes negar que vienes del campo. —Reía.

Con esa pareja recordé cuando Arthur tuvo el atrevimiento de besarme. En ese entonces, me puse tan nerviosa que ni supe como responderle. Solo me quedé congelada.

Llegamos y el vendedor nos regaló varias servilletas. Nos ofreció hamburguesas a mitad de precio, pero negamos comprar porque hasta asco nos daba comer por el vómito de hace poco.

Nos acercamos por primera vez al concierto. Muchos bailaban. Los cantantes se aseguraban de que el público estuviera entretenido a cada segundo. Mi corazón vibraba.

—¿Alguna vez has por lo menos bailado? —me hablaba cerca de la oreja para que fuera capaz de escucharlo. Observé como bailaban. No me pareció que fuera un baile de pasos coordinados. Se bailaba muy de cerca moviendo los brazos hacia arriba o los lados. Noté que las chicas hacían énfasis en los movimientos de la cadera. Una gordita llamó la atención porque de espalda hacia su pareja, movía el trasero a gran velocidad cerca de su pelvis.

—Cuando era niña intenté aprender a bailar tango junta a unas primas en Argentina. —Recordé que mis tíos nos pagaron unas clases de dos semanas.

—Ni sé que es, niña fina. —Se rio—. Bueno, de aquí no te vas sin bailar hasta la última gota.

—¡Eh!... pero, ¿qué tal si hago el ridículo?

—No te preocupes. —Reía—. Eso se baila como sea. Solo mueve tu cadera con el ritmo. Ah... y pégate de mí para que ninguno de estos cabeza de pollo, decida pasarse de contento.

Los movimientos de ese baile me parecieron provocativos. Cierto que el tango era sensual, pero tenía su clase. Éste por el contrario, era muy explícito.

—Pero ni loca lo bailo... —pensé nerviosa y le dije—. Me avergüenza, lo siento.

—Descuida, solo pasemos un buen rato.

Estuvo bailando consigo mismo, disfrutando de la música. Yo estaba ahí como un árbol, atenta a que nadie fuera a pegárseme mucho. No era capaz de ver a los cantantes de tantas personas altas que había a mi frente.

Cristian me pidió relajarme y, para no hacerlo sentir más avergonzado, comencé a mover un poco mis brazos.

La verdad, sudaba. No por la calor de la multitud, pero porque sentía una vergüenza intensa. Jamás creí que bailar en público iba a ser tan dificultoso. Creí que cada movimiento que realizaba, era juzgado minuciosamente por las personas a mi espalda.

Dos hombres se le acercaron riendo a Cristian mientras me miraban.

—Es gringa, papá. —Él los echó y siguieron su camino.

—Me quiero morir —suspiré.

Estuvimos ahí unos minutos más. Comenzó a salir un chico de entre la multitud. Al detenerse a mi frente y reconocerlo, me quedé boquiabierta de la sorpresa.

—¡Rosario! —Sin pensarlo, fui a saludarlo con un abrazo. Él se impresionó de encontrarme ahí—. ¿Viniste con los chicos?

Negó con la cabeza. En ese momento, vi cuando miró por primera vez a Cristian a la cara. Le noté como su expresión cambió de sonreírme a mí, a esa mirada de detesto y odio.

Lo miraba mal, sin atreverse a pronunciar una palabra. Eso inquietó a Cristian.

—¡Ey, Pana ¿y yo qué te hice para merecerme esa carota?! —Se rio. Rosario mantuvo firme su postura. Cristian me sujetó por un antebrazo y me forzó a abandonarlo lo antes posible. Regresamos a la zona de kioscos.

—¡Oye, ¿por qué mi amigo te miró así? ¿qué le has hecho?!

—¡¿Qué insinúas?! A ese nunca lo había visto en la vida.

—¿Me dices la verdad?

—Obvio. Fíjate, seguro me miró con ese odio porque se muere de los celos. ¿No lo crees? Tú le gustas y como es un cobarde, se lo traga.

—¿Yo gustarle a Rosario?... —Era cierto que Rosario siempre actuó

tímido en el parque de patinetas, pero tenía entendido que así era su personalidad. Era una persona de pocas palabras.

Cristian me notó pensativa.

—¿Ya lo notaste? Bueno, no le des mente. Ven. —Me sujetó la mano—. Vamos a donde no nos vomiten o miren como si quisieran hacernos daño.

—Bueno... —Lo solté. Nos adentramos en el parque. Fuimos a una zona solitaria cerca de unos árboles. Por lo menos, me sentí aliviada de estar al fin fuera de la presión del concierto.

La tarde estaba hermosa y refrescante.

—Entonces, ¿te interesa aprender a bailar reguetón? Aquí no te causará pena. —Extrajo su teléfono con la intención de poner esa música.

—Hmm... no quiero. No creo que pueda mover mi cuerpo de esa manera.

Él se rio y se sentó en la grama. Me senté a su lado. Ni recordaba la última vez que me había sentado en un lugar de tanta naturaleza donde el aire se sentía tan fresco y puro.

—Si te sientes aburrido, podemos regresar al festival. —Sentí pena porque él sí lo estaba disfrutando.

—Descuida... —Se relajó—. Tuve una afanosa semana. —Tomó un profundo suspiro.

Hubo un silencio prolongado donde solo estábamos disfrutando de la naturaleza.

—¿Cuánto tiempo tienes trabajando en la pizzería?

—Casi un año... Ni lo puedo creer, el tiempo vuela.

—Y yo me he encontrado esta semana súper larga.

—Eso es porque estás viviendo nuevas experiencias.

—Supongo.

—Y ¿qué clase de aspiraciones tienes en la vida? ¿qué más te motivó a salir de tu pueblo natal?

—Es que ese lugar era muy aburrido. Allá a pesar de tener todas las comodidades y seguridad, no era feliz. No salía a ningún lado, no tenía amistades. Ni aunque lo intentara. Allá las personas nunca valoraron mi ofrecimiento de amistad.

—Qué triste. Imagino que son tan fríos como el clima.

—Eso mismo digo. Y bueno... no soy una soñadora. No tengo motivación de entrar en la universidad, ni sé que me gusta.

—Entonces, ¿eres una persona sin sueños?

—Soy rara, ¿cierto?

—Hmm, no sé, cada quien vive en su mundo. Si te encuentras bien con no tener sueños, entonces no le veo el problema.

—Gracias. Y tú, ¿tienes sueños?

—Por supuesto. Son tan privados que siento que si los revelo, perdería una parte de mí.

—Por lo menos, ¿estás muy lejos de hacerlos realidad?

—Si te contara, pensarías que podría lograrlos con tan solo una decisión, pero en realidad, no es tan sencillo. Solo te revelaré que mi objetivo final es alcanzar la felicidad.

—Ya veo...

Estuvimos ahí casi una hora. Charlamos sobre la ciudad, el edificio donde trabajo y las ocurrencias de su empleo. Me hizo reír un montón cuando me contó de una vez que fue a entregar una orden y la pareja salió a recibirla desnudos con máscaras de cabeza de caballo.

Ya eran las seis de la tarde. Fuimos a la motocicleta y arrancamos de regreso.

Se detuvo en una luz roja. Atardecía.

—¿Puedo tomar otra ruta? Hay algo que quisiera mostrarte.

—No hay problema. —Iba abrazándolo. Arrancó hacia la calle de la derecha.

Después de unos minutos conduciendo, llegamos a una avenida donde a lo largo, avisté estacionadas las carrozas del desfile.

—¡Yay! —grité emocionada. Estaban una delante de la otra. Al alcanzarlas, Cristian disminuyó la velocidad para que las pudiera apreciar.

La temática de la primera carroza era sobre un palacio de princesas de cuentos de hadas. Combinaba blanco con dorado, acompañado de decoraciones rosado pastel. Su jardín me pareció hermoso. Una pelirroja desde la ventana más alta, miraba feliz con una mano levantada, que supuse se movía durante el desfile para saludar a las personas.

La próxima era sobre una granja. Tenía curiosos animales antropomórficos como: vacas, cerdos, gallinas y demás... Uno de los cerditos que vestía lentes circulares con montura roja, leía un libro de cubierta amarilla. En el techo había una gata blanca que intentaba alcanzar la estatua de un león. Cristián me informó que, por medio de control remoto, algunos animales caminaban y producían ruido. Reveló que si la dicha te tocaba, salía

un hermoso caballo blanco del establo.

La siguiente era sobre un islote con un viejo castillo. El terrero tenía libros que parecían arrojados violentamente. Sentada bajo un parasol y, de frente hacia el océano, estaba una chica que lucía afligida, como si esperara a quien quizás jamás llegará. Debatí sobre si su largo cabello era negro y hace meses se lo había teñido de verde, o si era verde y comenzaba a volverse negro.

—¿Qué te van pareciendo?

—¡Son tan hermosas!

Continuamos disfrutando. Había una de un gran barco pirata donde los tripulantes eran versiones cómicas de famosos cantantes. El capitán era un cantante de rock electrónico que falleció hace unos años.

Otra colorida carroza era sobre una niña de cabello morado que se había perdido en un mundo de golosinas. Me pareció encantadora; había diseños de dulces por todas partes. Esa niña conducía un pequeño vehículo sin techo con diseños de barquillas de helado.

Alcanzamos una romántica. Era inmensamente preciosa. Sus decoraciones florales eran elegantes. Se le notaba a cada centímetro que sus creadores dedicaron mucha atención a cada detalle. Tenía grandes corazones. En la cima, había una pareja besándose de pico.

—Mira, esos somos nosotros. —Me señaló.

—Ay sí, igualitos. —Me reía.

Continuamos hasta llegar a la última carroza. Esa era sobre un campesino que trabajaba en la tierra. Cerca de una choza estaba una niña que creí era su hija. Ella jugaba con una muñeca de trapo.

—¿Qué te parecieron? —Se detuvo.

—¡Preciosas! Gracias por traerme.

—¿No crees qué me gané algo, Señorita?

—Sí... —Tuve el atrevimiento de ir contenta a pellizcarle una mejilla—.

Eso por bonito. —Me reía.

—Ay, qué ruda. —Se rio.

Arrancamos hasta que llegamos a mi edificio y me desmonté.

—Cristian, gracias por la maravillosa tarde. —Le sonreí.

—Gracias a ti por compartirla conmigo.

—Sabes, me alegra mucho conocerte.

—A mí tu llegada a mi vida me ha inspirado. Bueno, hora de aterrizar en

la realidad. Mañana me espera una agitada semana en la pizzería.

—Hasta luego. —Lo besé en la mejilla.

—Espera, ¿por qué no compartimos el número de teléfono? Así ya no estaremos a merced del destino.

—Cierto. —Extraje el mío y los compartimos.

—No importa si es a mitad de la madrugada, o en medio de un agitado día, si llamas, estaré ahí para ti.

—Gracias.

Arrancó. Entré al apartamento sintiéndome en las nubes. Estaba que no podía borrar mi sonrisa.

Tía había horneado las galletas en un molde de corazones que compró cuando estuvo en el supermercado. Me senté a disfrutarlas frente a la televisión con un vaso de jugo de mango.

En tan solo una semana, conocí a muchas personas encantadoras. Nunca imaginé, ni en mis más coloridos sueños, que en tan poco tiempo viviría tantas emociones.

No importaba que tantos años pasaran, nunca iba a olvidar la primera semana en donde comencé a vivir mi vida.

## Capítulo siete:

### ¿Metida en problemas?

Me levanté a las nueve y media de la mañana. Desayuné cereal. Mientras lavaba los platos, escuché al teléfono comenzar a sonar. Lo había dejado cargando sobre el sofá.

Me sequé las manos y fui a atenderlo. Al ver la pantalla, me percaté que quien llamaba era mi hermano.

—¡Hola, hermanito! ¿Cómo amaneciste? —lo saludé animada.

—Rayos... ¿y esos ánimos tan temprano? Ni que hoy fuera el estreno de una serie.

—Ven para acá, Julio. ¡Aquí sí hay vida!

—Ni loco. No soporto el bullicio de esos barrios. Tampoco saber que si salgo, existe la posibilidad de ser asaltado.

—No, tú quédate ahí en tu castillo. Te advierto que llegará el día en que te arrepentirás.

Recordé que él evitaba ir al centro comercial porque detestaba estar rodeado de muchas personas. Se quejaba de hacerlo sentir mareado y poco energético.

—Eso ya lo veremos.

—Sé sincero, te hago mucha falta. ¿No te atemoriza estar solo por horas cuando mamá sale? —De niño fue muy miedoso. Cualquier ruido extraño le hacía saltar a gritos. No dormía sin una lámpara encendida.

—Ya me da igual. Como quiera aunque esté aquí me la paso encerrado en la habitación. Te llamé porque necesito aclarar algo. Ayer cuando mamá llamó a tía, la encontró emocionada porque tú habías salido con un tipo que encontraron en una plaza.

—Ah... sí, es cierto. —Desconocía que tía les había contado.

—¿A dónde te llevó?

—A un festival. Ahí te hubieras muerto porque había una gran y ruidosa multitud.

—¿Un festival? ¿Qué hicieron? ¿te brindó alcohol?

—Y esas preguntas, ¿a qué vienen?

—Mamá me describió la manera en que tía babeaba por él. Hasta le llamó “ángel caído del cielo”.

—Cielos, tía se pasó de la raya. —Me reí.

—¿Cómo te atreviste a salir con un desconocido? ¿qué nunca viste esos programas sobre secuestros?

—Qué ridículo eres. Ya estoy bien grande como para saber con quien me junto. No necesito andar de paranoica, dejándome manipular por esos programas dramáticos.

—¿Qué intenciones tiene ese contigo? —Sonó bien serio.

—¿Qué? ¿Me prohibirás verlo si te digo que está interesado en mí?

—Qué fastidiosa eres. —Le cayó mal mi pregunta—. No te pases de contenta con esa gentuza. No sabes nada de la calle y la malicia de la gente.

—¡Mira, cállate! Eres la peor persona para dar estos sermones. Tú sí que no sabes nada. Nunca te has relacionado con alguien fuera de la familia.

—Seguro se acercó a ti porque te vio la cara de boba.

—¡Hablamos luego! —Le cerré la llamada—. ¡Rayos! Qué se cree, ni siquiera lo conoce y ya piensa lo peor de él. Pero no, no es que piense que Cristian sea mala persona, sino, que me subestima a mí. Piensa que soy incapaz de encontrar a alguien que me pueda querer tal y como soy.

Lamentablemente, mi hermano me había hecho enfadar. Despegué el teléfono del cable del cargador y me lo llevé a la cocina. Busqué música romántica y lo coloqué sobre el refrigerador, para relajarme en lo que terminaba de lavar los platos.

A la media hora, bajé al tercer nivel y fui a tocar la puerta de Juliana. Deseaba saber si Arya iría al parque para irme con ella.

Fui recibida por Juliana. Me impresioné porque no la encontré con su



típico atuendo: el pijama y despeinada. Estaba vestida con un pantalón jean y una blusa roja. Se había peinado decentemente.

—Buenos días —me saludó de lejos—. Seguro te preguntas: “¿qué ha ocurrido con ella?”.

—Algo así —admití riéndome un poco. Ella lucía seria y preocupada.

—Se enfermó mi bebé. Voy a llevarlo a la clínica.

—¿En serio? ¿qué tiene?! —Me preocupé.

—Anoche le comenzó la gripe y hoy despertó con tos seca. Gracias a la medicina ha mejorado, pero igual lo llevaré.

—Espero que sane pronto. ¿Quieres qué te acompañe?

—No te preocupes. ¿Viniste por Arya?

—Sí.

—También se enfermó. Está en su habitación.

—¿Hasta ella! ¿Es una epidemia o qué?

—Se contagió en el parque donde vaguea y vino a contagiar a mi bebé —refunfuñó—. Bueno, ya lo peor pasó. ¿Quieres entrar a verla?

—Si no es una molestia...

—Pasa... —Me invitó por primera vez a su apartamento.

Era idéntico al de tía; una sala de estar que terminaba en la cocina, un pasillo con dos habitaciones y un baño.

En la sala de estar noté lo pobre que eran. De asiento, solo tenían un sofá para dos personas. La cuna estaba al lado. Una vieja televisión de donde se escuchaba una canción infantil. En la mesa baja había fotografías y figuras de porcelana: una familia de ciervos, árboles y un niño tocando una flauta. En la mesa de sofá, había un equipo musical de dos bocinas. En una pared estaba el diploma de su marido. Se había graduado de un curso técnico como electricista. Debajo y a los lados, estaban los diplomas de secundaria de Arya y Juliana. En otra pared, había una gran fotografía familiar que conmemoraba el nacimiento de su primogénito.

Su marido era casi de treinta años de edad. Alto, calvo, con cejas alborotadas y una panza que le colgaba. A pesar de no tener los dientes perfectos, le encantaba sonreír en las fotografías.

En la cocina, la estufa estaba repleta de platos y ollas sucias, incluyendo el fregadero. Las paredes estaban pintadas de un azul pálido y las ventanas tenían cortinas anticuadas color crema.

—Ve, su habitación es la de la izquierda. —Me invitó a tomar la

delantera. La habitación de Arya era la equivalente a la mía.

Al entrar al pasillo, miré hacia la habitación de Juliana. Su bebé estaba en la cama. Observé la puerta de Arya. Tenía pegada una hoja de cuaderno que autorizaba: “NO MOLESTAR bajo ninguna circunstancia”.

—Ignora eso. —Juliana cruzó por mi lado y fue a atender al bebé. Toqué la puerta varias veces sin recibir respuesta alguna por parte de Arya. Por lo que me tomé la libertad de entrar.

Sus paredes estaban decoradas con dibujos en hojas de papel. Eran personajes masculinos en el estilo utilizado en los dibujos animados de Japón. Lucían atractivos y algunos no vestían camisetas. Arya me pareció muy talentosa. También tenía un póster de un patinador profesional conocido como el Halcón.

Realicé varios pasos. Arya estaba acostada cubierta de los pies a la cabeza. Del otro lado había una cajonera con espejo. Encima tenía la ropa negra que siempre vestía. Su gorra estaba enganchada en una esquina del espejo. En el fondo de la habitación, había un tendedero de ropa con blusas de diferentes colores y varios pantalones. Detrás tenía colgando varias medallas de campeonatos de patinetas. Identifiqué del séptimo y quinto lugar. La más valiosa fue una del cuarto lugar.

—Buenos días, Arya. —Ni siquiera se movió. Me acerqué a la cajonera. Vi varios cuadernos, lápices de colores y su teléfono conectado al cargador. En la pantalla vi una notificación de llamada perdida de Kevin.

—¿Qué haces aquí? —Le escuché preguntarme. Enseguida miré por el espejo y la vi aún cubierta.

—¿Es en serio qué estás enferma? —Volteé.

—Sí, lárgate antes de que te contagie la peste.

—No digas tonterías. —Me acerqué a la cama. Ella se descubrió la cabeza y retiró su cabello de la cara. Fue la primera vez que la vi así. Me pareció lucir más joven y tierna.

Me observó con esa expresión de estar pasándola muy mal. Me causó preocupación. Me senté y coloqué mi mano sobre su frente para sentir su temperatura. Estaba ardiendo.

—Me duele la cabeza... —se quejó.

—¿Tienen un termómetro? Tu temperatura es preocupante.

—Tomé medicina hace poco. Supongo que mejoraré...

Se descubrió completamente para quedarse sentada a mi lado. A pesar de

todo, disfruté verla con ese pijama amarillo pastel con estampado de abejas. Se veía tan diferente que parecía otra persona.

—Pásame el teléfono. —Me pidió y fui por él. Vio que tenía una llamada de Kevin—. Qué fastidio... —Lo soltó en la cama—. No podré practicar. Joder, se aproxima el campeonato...

Era en dos semanas.

—¿No le dirás que estás enferma?

—Y ¿hacer qué venga a molestarme? Descuida, ya mañana estaré como nueva.

—Ese pijama te hace lucir tan tierna. —Le sonreí—. No sabes las ganas que tengo de tomarte una fotografía.

—Te cortaré las manos antes de que puedas tomarla —me amenazó y me reí—. No digas payasadas, no me siento bien...

Se cayó hacia mí como algo mareada y la sostuve.

—¡Arya! ¿Qué te ocurre?

—No sé, de repente me sentí peor.

—Relájate. Seguro como te duele la cabeza, te hizo daño mirar el teléfono.

—Quizás.

—¿Sueles enfermarte con facilidad?

—No. Odio esto, sentirme tan vulnerable. Estar tendida en la cama a merced de un estúpido virus.

—Te comprendo. A nadie le gusta enfermarse.

—Me cae mal que hayas entrado. ¿Viste mis dibujos? Si le cuentas a alguien, ya no seremos amigas.

—Descuida, a mí me puedes confiar lo que sea. Para que te sientas mejor, en dos años de mi adolescencia decoré la habitación con hojas de revistas con fotografías de automóviles deportivos.

—Qué asco. ¿Qué eso no es un pasatiempo de hombres? —Se me despegó.

—Cómo crees, a mí me apasionan.

Noté cuando Juliana cerró la puerta de su habitación. Había salido cargando al bebé y sosteniendo su bolso. Se nos acercó y, cuando colocó su mano sobre la frente de Arya para sentir si le había bajado la temperatura, ella se la golpeó.

—¡Aléjate!

—Por favor, toma más medicina y descansa. Como la clínica se llena de personas, seguro regresaré en dos horas. Lily, nos vemos luego. Siéntete como en casa.

—Buena suerte.

—Gracias. —Se fue.

—¿Ya desayunaste? —le pregunté a Arya.

—Comí un emparedado con mantequilla de maní.

—En serio, ¿solo eso?...

Estuve recordando cuando me enfermé hace muchos años. Mi madre me atendió con mucha atención. Se aseguró de que comiera mucha comida saludable.

—¿Te gustan las sopas? —Recordé una de verduras que mi madre me obligó a tragar.

—Sí.

—¿Te puedo preparar una?

—Haz lo que quieras.

—No te preocupes. —Me levanté. Ella volvió a acostarse—. No vayas a cubrirte de los pies a la cabeza —le aconsejé y me fui.

Entré en las escaleras.

—Pobre amiga mía —iba pensando—. Solo tiene a su hermana y ni siquiera se llevan bien. Me imagino lo triste que debe sentirse saber que estás sola en el mundo. No permitiré que la gripe la siga derrotando. Le demostraré que aprecio mucho su amistad.

Al llegar al quinto nivel, me encontré con Nicolás terminando de fumar un cigarro.

—Buenos días, Lily —me saludó.

—Buenos días... —lamenté que me prestó atención.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—El otro día te vi interesada en mis trofeos. Perdóname por tratarte con esa frialdad. No estaba pasando por un buen momento.

—No te preocupes, Nicolás.

—¿Serías tan amable de escuchar mi historia? Me causa vergüenza contigo porque seguro tienes la versión de mí que estas chismosas andan pregonando.

—Hmm... está bien. —Ahí como que me dio pena no ser amable con él.

Lo que él desconocía, era que aún vivía gracias a nuestro esfuerzo.

—Vamos. —Me invitó a su apartamento.

—Solo diez minutos —pensé preocupada por ir a preparar la sopa. Antes de ir, miré hacia abajo porque los maullidos de dos gatos llamaron nuestra atención; se estaban peleando cerca de los columpios de los niños.

Entramos. Su abanico estaba apagado. Me invitó a sentarme en el sofá. Fue a su estantería y me trajo un gran trofeo donde un musculoso sostenía una pesa.

—Guau, es pesado. —Lo sostuve impresionada. Brillaba elegantemente —. ¿Es de oro puro?

—Por supuesto. Es el trofeo del campeonato de levantamiento de pesas. He sido el campeón en los últimos tres años.

—¡Qué genial, felicidades! Me imagino tu alegría y lo orgullosa que debe estar tu familia.

—Ese día nada pudo quitarme la sonrisa —confesaba contento—. Cada vez que triunfo, es el mejor día de mi vida.

—Ya me imagino. —Sonreí y se lo pasé. Lo regresó a su puesto.

—Entonces... —Se sentó a mi lado.

—¿Qué ocurre contigo? —pregunté de irónica porque como husmeadora, me sabía toda la película.

—Es sobre mi novia. Ella...

En ese mismo instante, escuchamos como comenzaron a tocar la puerta como si se tratase del administrador del edificio que llegaba a cobrar la renta atrasada de varios meses.

—Qué molestia... —Se levantó—. Disculpa, Lily.

—No te preocupes.

Pensé esperarlo ahí tranquila en lo que resolvía, pero cuando abrió la puerta y vi ese cabello rubio, el corazón se me cayó al suelo.

—¡Lindsay! —pensé impactada. Lo primero que realicé, fue rápidamente irme a esconder detrás del extremo derecho del sofá.

—¡Salvaje estúpido! —Entró insultando—. ¿Cómo te atreviste a meterte con mi marido?

Nicolás tardó varios segundos para contestar. Imaginé que al no verme en el sofá, estuvo preguntándose dónde rayos me había metido. Yo rezaba que no fuera a delatarme porque si Lindsay me encontraba ahí, corría el riesgo de que sospechara que estaba involucrada en el asunto de la orden de restricción.

—¿De qué demonios me hablas?! —la enfrentó—. En todo el fin de semana, no te dignaste a tomar mi llamada.

—Ah claro, y creíste que eso te dio el derecho de arruinarme la vida.

—¿A qué te refieres?

—Querido, no te me hagas el imbécil. No te va a funcionar conmigo. Sé que fuiste tú quien mandó la policía a mi mansión.

—¿La policía?... ¿por qué haría eso?

—¡Gracias por humillarme ante mis amigos! —Le cacheteó bien fuerte—. Ahora estoy en las bocas de todos en esa empresa.

—¡Cielos! —Me latía el corazón.

—¡Mujer, ¿has perdido la cabeza?! —le gruñó.

—Me lo merezco por meterme con tan poca cosa.

—¿Poca cosa? ¿Te has atrevido a venir a mi hogar a ofenderme de esta manera? —Cada segundo se enfurecía más. A pesar de la tensa situación, no lo imaginaba como alguien capaz de levantarle la mano a una mujer.

—¡Eres una basura! ¡Lo peor qué me ha pasado en la vida! Ojalá nunca te hubiera conocido.

Se estaba propasando con sus insultos.

—¡Joder, Lindsay! No fui yo, te lo juro.

—Entonces, ¿quién? ¿Quién más sería tan descarado como para meterse conmigo con la vil intención de arruinarme la vida?

—Oh cielos... —pensaba temblando un poco—. Si me descubre, sospechará de mí.

—No tengo idea, pero ¿qué ganaría yo con enviar a la policía a tu hogar?

—Pues ellos le pusieron una orden de restricción a mi marido. Lo amenazaron con que si te pasa algo, irían directos hacia él.

Eso fastidió tanto a Nicolás, que dio un golpe contra la pared. Todo el apartamento vibró.

—¡Maldición, Lindsay! ¿En serio me creíste un cobarde, cómo para cometer la niñada de ir a la policía? ¿me visualizas cómo un desgraciado que teme por su vida? Yo a ese maldito de tu marido, aunque tenga armas y un ejército detrás, iría con toda mi ira a romperle la cabeza.

Esas palabras lograron calmarla.

—Entonces, ¿quién demonios pudo haber sido?... Sin dudas alguien que me odia... pero ¿quién? —Estuvo pensativa.

—¡No te odio! —pensaba alterada—. ¡Solo quería protegerlo, nada más!

—Espera que ponga las manos sobre esa rata —decía Nicolás—. Le haré sentir en cada centímetro de su cuerpo, el potencial de mi ira.

—Uy, qué salvaje. —Se contentó—. Me alivia saber que no descendiste a un nivel más bajo. Nuestra reputación puede estar arruinada, pero esa persona que se entrometió, deseará nunca haber nacido.

—Ya verás. Bueno, ¿qué haces aquí a esta hora? ¿se fue de viaje tu marido?

—No. Solo aproveché el descanso del trabajo. Bueno, Querido, como llegué toda irritada, te toca...

—Ven aquí, Cariño —le llamó. Ella se le acercó y comenzaron a besarse apasionadamente.

Comencé a escuchar esas pisadas acercarse hacia donde estaba. Al levantar mi cabeza con el mayor temor del mundo, vi que Nicolás la llevaba cargada mientras se besaban. Iban directos a la habitación.

Aproveché y, despacio, fui gateando del otro lado del sofá mientras ellos cruzaban.

Pensé que todo marcharía bien, pero en ese instante, mi corazón se detuvo al escuchar a Nicolás.

—Espera... —Se detuvo—. Lily, ¿dónde estás? —me llamó. Me quedé paralizada. Estaba a un metro de distancia del sofá, mirando a la puerta como si fuese la salida al paraíso.

—¿Lily?... —preguntó Lindsay.

—Una vecina. Estaba conversando con ella... Ah... —Ahí supuse que me encontró. Yo ahí de ridícula creyendo que si no me movía, iba a ser invisible. Estaba temblando y sudando de los nervios.

—Rayos, rayos, rayos... van a sospechar de mí —pensé alterada.

—Hmm, cómo que conozco ese cabello anaranjado... —Lindsay se despegó de Nicolás y comenzó a caminar hacia mí. Llegó hasta detenerse en mi frente—. ¿Ah? ¿Tú qué haces aquí? —Quedó boquiabierta.

—Te, tengo que irme —pronuncié nerviosa y me levanté mientras seguía mirando la puerta. Nicolás se nos acercó.

—Discúlpame, Lily. Me apena que hayas escuchado nuestra pelea.

—¿Qué demonios hace la recoge basura en tu apartamento? —le cuestionó Lindsay.

—Vi, vivo en este nivel —le respondí.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Acercó su cara a la mía.

No supe que contestarle. Solo estuve ahí, temblando como cachorro.

—Es obvio —decía Nicolás—. Déjala ir por favor. Me causa vergüenza hacerla pasar por esta situación.

—Adiós... —Comencé a caminar de salida, pero Lindsay me sujetó por un antebrazo para forzarme a enfrentar su mirada.

—¿Sabías de la pelea de hace unos días entre Nicolás y mi marido?

—No... ¿Qué pelea? —Me hice la tonta.

—Hmm... —Supe en su expresión que no me creyó—. Así qué ya sabías que tengo un amante. Me imagino allá en la mansión, te moriste de la risa cuando viste a mi marido actuar como desquiciado.

No le dije una palabra.

—¡No te quedes callada! —Me apretó y haló el antebrazo con rudeza.

—¡Por favor, Lindsay! —Se preocupó Nicolás—. Déjala ir. Ella apenas se mudó aquí hace unos días. No sabe nada de nosotros.

Tras pensarlo unos segundos, me soltó.

—Ella estaba en mi mansión cuando todo sucedió.

—¿Es eso cierto, Lily?

—Pe, pero solo fui contratada por ella. No sé nada. —Intenté resistirlo, pero no pude, mis ojos se aguaron.

—Perdón, Lily. Puedes irte. —Agarró a Lindsay y la alejó de mí. Salí sin mirar atrás.

Entré al apartamento y dejé caer todas las lágrimas que pude retener ante ella.

—Esa estúpida... —Aún sentía su mano de tan fuerte que me apretó el antebrazo—. Estoy acabada si sospecha de mí.

A pesar de como me sentía, intenté poner ese asunto a un lado para darle importancia a la situación de Arya.

Fui a la cocina y, en mi teléfono, busqué un vídeo tutorial de como preparar una sopa.

Antes de comenzar el vídeo, leí la lista de ingredientes. De ella solo encontré en la cocina: papas, zanahorias, un sobre de fideos, ajos, huevos, sal y, obviamente, agua. Todo gracias a que tía decidió hacer una conveniente compra cuando fue a comprar el molde para las galletas.

Terminé la sopa a los veinte minutos de seguir el tutorial paso por paso. Apagué la estufa y fui al sofá con el teléfono en mano.

A pesar de haberme distraído, en el momento en que pensé en pisar



afuera, me regresaron los nervios. En verdad me impresioné como mis manos temblaban. Temía volver a toparme con esas personas. Por eso tomé la decisión de llamar a Arya.

—¿Puedes subir? —rogaba a que aceptara.

—¿Eso por qué?

—Es que... ocurrió algo con un vecino y no puedo salir. Lo siento, sé que te duele la cabeza.

—Descuida, he mejorado un poco. —Terminó la llamada.

A los cinco minutos, ella tocó la puerta. La encontré vestida con una blusa naranja, shorts y chanclas. Ella que, se sostenía la frente con una mano, lucía como si sufriera.

—Se me incrementó el dolor al terminar de subir las escaleras.

—Lo siento mucho. —Me sentí súper apenada. Le ayudé a caminar hasta el sofá y regresé a cerrar la puerta.

—Nunca debí hacerte caso —se quejó—. Por lo menos está algo fresco.

Como era el quinto nivel entraba más aire por las ventanas. Había abierto la de la cocina antes de comenzar a preparar la sopa.

Fui a servir dos platos. Con cuidado, los coloqué en la mesa baja frente al sofá.

—Por favor, come. —Le pasé una cuchara. La había probado y me pareció... tragable; estaba un poco pasada de sal. Yo no tenía hambre, pero iba a comer a su lado porque pensé que sola le daría pena.

Observó como el plato humeaba; lo había servido con una gran porción de fideos, trozos de zanahorias en las orillas, papas en los alrededores y, en el centro, el huevo hervido dividido por la mitad.

—Se ve rara. Bueno... —Cuando llevaba la primera cuchara a su boca, cerré los ojos temerosa a que fuera a encontrársela mala. Me llevé la sorpresa de verla continuar comiendo sin decir una palabra sobre su calidad. Yo apenas comía dos cucharadas por minuto. Arya terminó el suyo.

—¿Quieres más?

—Sí.

—¿Se te mejoró el dolor de cabeza?

—Un poco. Aquí es genial.

Fui por otro. Esa vez aseguré incluir todos los trozos de papa y zanahoria que quedaban en la olla. Regresé y contemplé como comía.

Me apenó imaginar que llevaba una mala alimentación. Por eso comía

con ganas y sin queja alguna, la sopa de una cocinera principiante.

Le busqué una almohada y sábana de mi cama para que se recostara en el sofá. Le permití dormir. Yo estuve limpiando los platos y preparando el almuerzo; arroz con pollo acompañado por ensalada de verduras.

Como Arya estaba conmigo, decidí no esperar a que tía llegara del trabajo, y nos sentamos en la mesa de la cocina para almorzar. A Arya le encantó. Después nos fuimos a sentar en el sofá. Su temperatura había mejorado un poco, pero aún se sentía mal.

—¿Quieres que te compre medicina?... —le pregunté. Ella estaba aburrida, ni siquiera me respondió. Alguien comenzó a tocar la puerta. Fui a abrir y me encontré con Juliana cargando a su bebé.

—¡Arya! —gritó preocupada desde que abrí. Enseguida Arya miró en esa dirección. Juliana miró hacia la sala de estar y se percató que estaba ahí—. Hermanita...

—Hermana... —Arya se puso de pie. Contemplé como lucía apenada, deseando correr a los brazos de su hermana y ser consolada por ella.

En ese momento, el bebé comenzó a moverse y quejarse un poco. Eso acaparó la atención de Juliana.

—Ya, descuida, todo estará bien —lo consoló.

Arya al presenciar eso, cerró sus ojos y apretó sus puños. Al abrirlos, lució molesta. Comenzó a salir con prisa sin pronunciar una palabra o mirar a alguien a la cara. Al cruzarle a Juliana, colisionó contra ella un poco de lado y continuó.

Juliana se quedó mirándola apenada.

—¿Cómo está tu bebé? —La invité a sentarse.

—Ya está mejor. Quien me preocupa es Arya. Me afligí mucho al imaginar que se había ido a ese parque con lo mal que estaba.

—Descuida, estuvo aquí en todo momento —le aseguré.

—¿Viste cómo se comportó? En verdad nos detesta. —Se le aguaron los ojos—. Ya no sé que hacer con ella.

—¿Por qué se comporta así con ustedes?

—Porque me casé. Bueno, para que comprendas mejor, te contaré un poco de nuestra historia.

Me acomodé para escuchar con atención.

—Fue cuando tenía diez años de edad y Arya tres, que nos quedamos solas en el mundo. Me había convertido en más que su hermana, sus padres.

Mientras que yo fui pateada a madurar lo antes posible porque en esos días necesitábamos fortaleza. Vivíamos huyendo de la policía y agentes de protección infantil porque estaban tras nuestro paso para separarnos y llevarnos a vivir con desconocidos. Eso significaba que nos perderíamos quizás para toda la vida.

—Estuvimos sin rumbo fijo durante semanas hasta que nos topamos con un señor que, no solo nos brindó protección, también una nueva identidad para que pudiéramos estudiar. En su lecho de muerte, nos aconsejó mudarnos a este estado para quedarnos con una familia.

—Como ellos eran pobres, desde que pude trabajar, alquilé una habitación. De ahí anduvimos de lugar a lugar cada ciertos meses. Siempre unidas, sosteniéndonos la una de la otra. En ese entonces, hubo una noche donde prometimos que nadie se interpondría entre nosotras, que permaneceríamos juntas hasta el final.

—Transcurrieron años y comencé a tener novios. Ella siempre los odió. Nunca lo pronunció, pero su motivo eran celos. Detestaba que compartiera tiempo con alguien más, que permitiera que entraran en mi corazón solo para terminar rompiéndolo. Su gran temor era que por uno de ellos, llegaría el día en que le diera la espalda.

—Para mi mala suerte, al que más odió fue precisamente con quien contraí matrimonio. Se lo encontraba horrible. Todo de él le molestaba, incluso su risa. A menudo le gritaba groserías. Nunca valoró los esfuerzos que él realizó para ganarse por lo menos su respeto. El día de la boda, me hizo un berrinche que jamás olvidaré. Me gritó tantas veces que me odiaba, deseándome lo peor. Me enojé, le cacheteé y terminamos peleando como nunca lo habíamos hecho. Desde entonces, no hemos tenido una conversación decente.

—En casa no comparte ni una película en la televisión. Desde que terminó la secundaria, invierte su tiempo vagueando en ese parque. No lo ha mencionado, pero estoy segura que a la primera oportunidad, se mudará para nunca regresar.

—Ella no comprende que mi amor sigue igual al primer día en que nos quedamos solas. Mientras que yo veo a mi marido e hijo como expansión de mi felicidad, ella solo como intrusos.

—Pensé lograrlo, pero me equivoqué. Es difícil ser una buena hermana, esposa y madre, cuando cada quien demanda tiempo y comprensión de ti. Y

ni siquiera hablemos del tema de mi propia vida, que es lo que más me tiene frustrada, el no poder regresar a la universidad. Siempre fue mi sueño graduarme y conseguir un buen empleo para brindarle todo lo que no pude.

—No quiero que Arya nos abandone, pero qué puedo hacer. Si ya no consigue ser feliz a mi lado, quién soy para retenerla.

Terminó de contarme. Me apené mucho.

Se fue a los pocos minutos. Estuve sin palabras. Solo la pude despedir asegurándole que siempre contarían con mi apoyo.

Transcurrieron las horas. Llegué a las seis de la tarde al edificio del trabajo.

Mientras subía el ascensor, todo lo ocurrido con Lindsay regresó a mi mente.

No podía evitar imaginar qué me haría si descubría que estaba involucrada. ¿Provocaría a Nicolás para hacerme daño? ¿ella misma pelearía conmigo? ¿me haría perder el empleo?

No llegué a un acuerdo, pero sí comprendí que una clase de persona como ella, no se conformaría hasta verme destruida.

Iba recogiendo las basuras de los cubículos. Ese empleo siempre fue solitario, pero esa noche me sentí más sola que nunca. Mi único compañero era Luis, pero solo nos veíamos los primeros minutos al llegar y los últimos al salir.

A cada cubículo que entraba, me sentía más y más inquieta. Intenté pensar en otra cosa, pero esa rubia no salía de mis pensamientos.

A las ocho y media, llegué a la oficina de Arthur. Era el único empresario a esa hora en el quinto nivel.

Abrí su puerta. Él estaba como siempre, tecleando con la mirada clavada en el monitor.

—Arthur, ¿cómo estás? —En vez de ir directamente a recoger los cubos como acostumbraba, me detuve frente a su escritorio. Mi comportamiento llamó su atención.

—¿Qué ocurre? —Suspiró de agotamiento. A pesar de todo lo que había ocurrido entre los dos, no dudó darme esa mirada donde exigía que hiciera mi oficio y me largara. Por alguna razón, pensé que en ese momento tan difícil, tendría su apoyo, pero...

—Pensaba que... —luego pensé que no se merecía ser molestado de esa manera. Que seguro trabajaba a gran velocidad para irse a descansar lo antes

posible—. Discúlpame...

Decidí recoger su basura y continuar mi camino. Sin embargo, al cruzarle por el lado, me detuvo sosteniéndome por un antebrazo.

—Te pregunté: ¿qué ocurre?

Miré hacia un lado, indispuesta a contestar. Pude haber forzado a que me soltara, hacer mi oficio y retirarme, pero me quedé ahí detenida, siendo observada por él.

—¿Te encuentras bien, Lily? —Sonó preocupado. No lo pude soportar más y mis ojos se aguaron al mirarlo a la cara.

—Tengo mucho miedo —suspiré.

—¿Miedo a qué?

—Hay alguien que podría hacerme mucho daño.

No cometería la torpeza de involucrarlo al revelarle que se trataba de Lindsay.

Descendió su mano hasta sujetar la mía.

—Lily... —Le preocupaba—. Estás temblando. Relájate.

Se levantó de su silla y me sentó ahí. Tomó asiento sobre su escritorio. Me comenzó a consolar acariciándome la cabeza.

—¿En qué lío estás metida?

—Solo buscaba evitar una desgracia, no arruinarle la vida a nadie.

—¿Qué clase de peligro corres?

—Uno inimaginable porque esa persona es de mucho poder, capaz de cumplir cualquier capricho que se le ocurra.

—¿Trabaja aquí?

—No —mentí.

—Me preocupa como luces. —Se paró—. ¿Te traigo un vaso de agua?

Asentí apenada con la cabeza. Se fue a la cafetería. En lo que regresaba, miré de reojo el monitor y vi que escribía un correo electrónico para su jefe el marido de Lindsay. Era un reporte de las ventas en el fin de semana.

Regresó. Bebí un poco.

—¿Te falta mucho para terminar? —me preguntó.

—Aún tengo que recoger la basura de este nivel y el cuarto. También limpiar el piso del primero.

—¿Dónde está el tipo que suele trabajar contigo?

—Seguro recoge basura en el segundo. ¿Por qué preguntas?

—Le ofreceré dinero para que termine tus labores.

—Espera... —Eso me inquietó e intenté pararme, pero me detuvo—. No hagas eso, no me parece justo.

—Por eso le pagaré.

—Pero... me da mucha pena con ambos. Permíteme relajarme unos minutos para continuar.

—Descuida. —Me sujetó las manos para removerme los guantes de limpieza—. Ya no recogerás una basura más —aseguró con firmeza.

Se fue a tirarlos en los grandes cubos.

—¿Viste si quedaba algún empresario?

—A esta hora solo quedas tú.

—Bien. Espera aquí. —Se fue empujando los cubos. Iba a visitar a Luis y entregarle dinero para terminar mis labores.

Estuve en su silla, muriéndome de la pena. Él regresó a los cinco minutos.

—Vamos a mi apartamento. —Se acercó hasta apagar el monitor.

—¿Qué pasará con tu trabajo?

—Mañana vendré más temprano.

—Pero... ¿por qué tengo que ir a tu hogar?...

—Solo mírate, estás pálida como si esa persona te fuese a secuestrar o asesinar. ¿Crees qué estaré tranquilo dejándote así donde vives? En serio me preocupas. Y no te sientas incómoda, allá hay más de una habitación.

—Hmm...

Salimos y, por el ascensor, descendimos al estacionamiento subterráneo que era exclusivo para ejecutivos. Nos montamos y salimos del lugar.

Al salir del centro de la ciudad, lo miré a la cara.

—Gracias, pero no puedo. Es que tengo que llamar a mi papá a eso de las once y siempre me pide que le ponga a mi tía.

—Entiendo, te meterías en problemas. —Comprendió. Me molestó sacar esa excusa, pero ya tuve un agitado día como para permitir que mi familia se siguiera alborotando. Mi madre me llamó tras tía llegar del trabajo. Me sermoneó peor que mi hermano por salir con Cristian al festival. Tuve que soportarle una charla sobre los peligros de andar de confianzuda. Al final, me avisó que no le contaría a mi padre, si le prometía “no volverlo a hacer”. Como si yo salí del Norte para continuar siendo una cobarde. Por suerte, tía comprendió mi situación y decidió no volver a soltar la lengua.

—Otro día, ¿sí? —A pesar de todo, me apenó volverlo a rechazar.

No pronunciamos una palabra por varios minutos.

—En verdad lo siento por interrumpir tu trabajo. ¿Cuánto le pagaste a Luis? —Tuve la idea de reponerle ese dinero.

—Cuando fui a hablarle, me preguntó nervioso y preocupado qué te había sucedido. Al ofrecerle dinero, se negó rotundamente tomarlo.

—¿En serio?... Luis hizo eso por mí... —Estuve sorprendida.

Llegamos frente al edificio. Él lució incómodo con el lugar porque hombres de baja confianza, charlaban y fumaban en las aceras. Uno de ellos era acompañado por un perro de la raza *pitbull*, que no dudó comenzarle a ladrar al vehículo.

Yo no le temía ni al perro o esos vecinos que ya conocía.

—¿En verdad estarás segura?

—Sí, descuida. —Abrí la puerta—. Gracias a ti me siento mejor. —Con la brisa que entró, recordé que se me olvidó la chaqueta en el trabajo.

—Por favor, descansa.

—Gracias. —Le sonreí. Pensé que sería descortés no despedirlo con un beso en la mejilla y me le acerqué.

Lo realicé. Justo en el momento en que decidí alejarme, él levantó su mano y me sostuvo por detrás del cuello. Me miró a los ojos y descendió su deseosa mirada hasta caer en mis labios. Me puse nerviosa. Si él hubiera tenido la iniciativa, no lo hubiera rechazado, pero desistió tras considerarlo inapropiado.

—Gracias por todo. —Salí y cerré la puerta. Arrancó a los pocos segundos.

Su apoyo en verdad me sirvió de mucho. Me demostró ser una persona capaz de preocuparse por quienes quiere.

Subí. Me duché. Llamé a Arya para averiguar como seguía, pero no respondió la llamada. Supuse que dormía y decidí dejarla descansar. Más tarde hablé solo un minuto con mi padre porque no estaba de ánimos y me fui a dormir.

Tuve una pesadilla con Lindsay donde estábamos en el tercer nivel. Me culpaba de arruinarle la vida. Todos me miraban molestos. Estuvieron arrojándome todo lo que pudieron sujetar de sus escritorios. Yo corrí al armario del conserje. Me persiguieron y acorralaron como una oleada de zombis. Justo en el momento donde Lindsay intentaría ahorcarme con ambas manos, desperté gritando.

Eran las tres de la madrugada. Tuve que preparar té y relajarme por media

hora para volver a quedar dormida.



## Capítulo ocho:

### Promesa

Debido a la pesadilla, me desperté más tarde que nunca; a las diez y media de la mañana. Desayuné. Estuve cambiando canales en la televisión, intentando encontrar algo con que distraerme. Lo dejé donde presentaban una isla de Japón habitada por gatos.

Aún vestía el pijama. Mi hermano llamó, pero no le contesté. Desactivé las notificaciones para que no molestara.

Justo cuando el programa cambió a un corte de comerciales, comenzaron a tocar la puerta.

—¿Quién podría ser? —me susurré. Estaba indispuesta porque ni había lavado los platos, pero su insistencia me motivó a levantarme del sofá.

Al abrirla e identificar a esa persona, mi corazón se detuvo. Se trataba de ella, Lindsay Monroe.

Vestía su atuendo casual; una blusa blanca con una falda y zapatillas de tacones oscuros. Llevaba enganchada la tarjeta del trabajo. Sostenía su elegante bolso marrón con diseños dorados de una marca llamada “Postín”. Se le notaba a kilómetros que costó mínimo mil dólares.

Como persona me caía mal, pero debía reconocer que el maquillaje de sus ojos y su labial rojo le quedaban de maravilla. Sin dudas de apariencia se llevaba un cien.

Sin pensarlo, intenté cerrarle la puerta en la cara, pero la empujó y entró

al apartamento. Me sentía súper incómoda, pero mi temor hacia ella no me permitió gritarle ni una palabra.

De todos los días, tuvo que ir la reina de las presumidas en el peor de todos. Tía tenía un desorden. En la mesa baja había colocado las telas que compramos. En un lado del sofá estaba una revista de ofertas del supermercado que estuvo analizando. Había despegado todas las hojas donde encontró que comprar.

Lindsay observó todo el lugar. Actuaba como si fuera a contagiarse de una bacteria si tocaba el sofá.

—Vives como toda una gentuza —comentó.

—¿Qué buscas? —Me moría del miedo. Mi comportamiento le causó gracia, y se me acercó.

—Calma, Querida, no vine a cobrarte la renta.

Comprendió con mi mirada que no disfrutaba ni un poquito su compañía. Caminó hasta la mesa sofá para observar las fotografías. Estaba de espalda hacia mí.

—Debo admitir que estabas bien alta en mi lista de sospechas. Sin embargo, ayer me pasé el día investigando. Quien puso la orden hacia mi marido, fue un hombre. Supongo que un idiota de esta pocilga que presencié la pelea y decidió pasarse de listo.

Volteó a mirarme. Sostenía una fotografía mía en donde un tío me había montado por primera vez en su caballo. Lucía temerosa porque temía a que fuera a cabalgar solo conmigo.

—¿Por qué te molestaste en venirme a contar?

—Eras menos fea de niña. —La regresó a su puesto y se me acercó—. Porque descubrí en las cámaras de la mansión que visitaste a mi marido. ¿Cómo te enteraste que estaba en su estudio? ¿por qué te tomaste esa libertad?

—Cuando iba por bocadillos, te escuché hablar con tu amiga en un pasillo. Ahí aprendí que tenías un amante y que era mi vecino. Me apené con tu pobre marido, y le llevé pastel para consolarlo un poco. Perdona mi atrevimiento.

—Hmm... —Entró una mano en su bolso. Yo lancé un grito y enseguida corrí a esconderme detrás del refrigerador.

—¡No me dispaes, por favor! —gritaba—. ¡No fue mi intención, solo quería evitar una desgracia! —Comencé a lagrimear.

—¿Dispararte? ¿evitar una desgracia?... —se preguntó curiosa. Miré como se acercaba por un costado del refrigerador—. ¿A qué se deben tus lágrimas?

No respondí, solo estuve ahí asustada. En el instante en que extrajo su mano, lancé otro grito tras cerrar los ojos.

—¡No me hagas daño!

—¿Hacerte daño? ¿estás demente? —Reía. Al abrir los ojos lentamente, identifiqué que lo que había extraído era un paquete de billetes de veinte dólares que lucían recién sacados del banco.

Los colocó sobre la mesa.

—Los trescientos que te debía. Otros doscientos, ¿sabes para qué?

Se me acercó y, rudamente, me sujetó del cabello para sacarme del escondite. Me forzó a enfrentar su mirada. Me lastimó y no fui capaz de hacer algo en su contra.

—Para que no te atrevas a abrir la boca. Ya tengo la reputación por los suelos porque el imbécil de mi marido echó a mis compañeros. Una de ellas fue con el chisme a la prensa y somos el hazme reír del centro de negocios. Si llegan a enterarse que tengo un amante, ahí sí es verdad que nos joden.

—De mis labios no saldrá una palabra —le aseguré y me soltó. Se limpió la mano con un pañuelo que extrajo del bolso, haciéndome entender que mi cabello era un asco.

—Es que si alguien se entera, vendré por ti, y esa vez te aseguro que lo que extraeré del bolso no será dinero. Solo mi amiga, tú y ese hombre entrometido, conocen la verdad.

—¿Qué ocurrirá con él? —Era el marido de Juliana.

—¡No es tu problema! Métete otra jodida vez conmigo y te juro que te arrepentirás —amenazó seriamente—. Trabajé muy duro para tener la posición que tengo, no permitiré que mugrientos me arruinen.

Se iba. Mientras se alejaba, la estuve mirando molesta tragándome todo lo que deseaba gritarle. Le quería gruñir: “engreída, tanto que te la das, y aún viviendo en una mansión vienes a revolcarte como una cerda en donde llamas pocilga”.

Se detuvo a mitad de camino como si hubiera escuchado mis pensamientos y regresó con una extraña sonrisa.

—Ah... También presencié en las cámaras como tú y Arthur estuvieron juntitos en la cocina.

—¡Eh! —Me puse nerviosa.

—Y pensar que alguien que se cree tan increíble, va y se fija en una tipa sin educación, pobretona, que viste como muchacha de barrio. ¡Antes de salir, mírate ante un espejo! ¿Es tan complicado usar un poco de maquillaje? ¿cuándo fue la última vez que fuiste a un salón de belleza, si es que siquiera has ido a uno?

—No le obligué a que se fijara en mí.

—Me impresiona que te haya hecho caso con lo odioso que puede llegar a ser. Solo le importa quedar bien con sus superiores. Por cierto, adivina quién es uno de ellos...

—Tu marido.

—Exacto. Estás como muy informada, Querida.

—Pues Arthur se merece hasta el cielo. No sabes lo mucho que se esfuerza. Todos los días se va súper tarde.

Se rio a carcajadas.

—Ay no, qué gracioso es esto. —Reía—. Ya me imagino, vas a su oficina bien tarde de la noche dizque a recoger basura, y te quedas coqueteando. Le masajeas los hombros, te le sientas encima ofreciéndotele como toda una cualquiera. Por razón lo traes loco. Tú ahí toda sonriente, ya pensando que solucionará sus problemas financieros.

—Mira quien habla —le insinué porque ella no se había casado con ese viejo desquiciado precisamente porque lo amaba. Eso la inquietó.

—Así qué la gatita comienza a sacar las uñas, ¿uh? Te aviso que las mías son garras y, una vez que salen, no retraen hasta lastimar a su presa.

—Bueno... no soy esa clase de mujer. —Me molestó mucho su comentario—. Te aseguro que todo ha sido de su parte.

—Claro, te creo. Que al grandioso Arthur Diesel, se le ablandó el corazón al conocer a una pecosa, ignorante, mal arreglada, que solo sabe recoger basura.

Disfrutaba ofenderme. No lo soporté un segundo más.

—¡Ya lárgate! No vengas a ofenderme a mi hogar. —La saqué afuera. Cuando intenté cerrar la puerta, la detuvo con una mano.

—Me cae como patada al estómago que se fije en ti.

—¡No tenemos nada que ver contigo! Déjanos en paz. Ni es tu hermano o amigo cercano. Si decidió fijarse en mí, es su problema.

—¿Es qué no comprendes que me cae mal? —Reía.

—Nada más falta que te creas villana de película de acción.

—¿Cómo así?

—Mala por ser mala, o sea, una persona vacía que su único fin es interferir en las vidas de los demás.

Se rio a carcajadas.

—Te recuerdo que quien vino a interferir, fuiste tú. Bueno, haré algo bonito. Te demostraré que al final, nunca pasarás de ser una cualquiera para él. Te desechará así como la basura que recoges.

Le cerré la puerta en la cara.

—Esa estúpida, no la soporto, no la soporto. —Me acerqué al sofá y lo golpeé varias veces para sacar todo lo que había acumulado por dentro—. Estúpida, engreída, qué piensa que el mundo es suyo para jugar con él. Se cree la gran cosa, rubia estúpida empleada de cubículo, que solo consiguió valor en la sociedad por casarse con un viejo desquiciado.

Cuando me calmé, me tendí en el sofá, cerré los ojos y me relajé por unos minutos.

Fui a la cocina y, cuando vi ese dinero sobre la mesa, corrí a agarrarlo para arrojarlo violentamente contra el refrigerador.

—Pero qué rayos hago... —Me impresionó que todavía me quedaba algo de ira. Me agaché para recogerlo—. La mitad será para Kevin.

Busqué el teléfono. Ahí me enteré de una llamada perdida de Arya de hace veinte minutos. Enseguida intenté llamarla, pero no contestó.

—¿Cómo habrá amanecido?

Fui a cambiarme y bajé al tercer nivel. Mientras caminaba por ese pasillo, avisté la puerta abierta de su apartamento y al lado a un vecino que esperaba preocupado.

—¿Ocurrió algo?... —Llegué. Miré hacia adentro. Encontré a Juliana vistiendo a su bebé sobre el sofá.

—Lily, ven —me llamó tras notarme—. Arya está grave.

—¡En serio, ¿le empeoró la gripe?! —Me le acerqué preocupada. Me percaté en su rostro que había estado llorando. Lucía como si hubiera tenido una pésima mañana.

—Ayer cuando salió de tu apartamento —me explicaba—. Vino a encerrarse en su habitación. No respondía o abría la puerta. Ni siquiera quiso cenar. Esta mañana como no respondió por nada en la vida, molesté a un vecino para que tumbara la puerta. La encontramos peor que nunca de la

fiebre, ni abría los ojos de tanto que le dolía la cabeza. Vomitó lo que le obligué tragar. Y a pesar de todo, estuvo de malcriada. Tuve que forzarla a ducharse para que corramos a la clínica.

—Ay no... Arya. —Me afligió pensar que cuando llamó, seguro fue buscando mi apoyo y no estuve ahí para ella.

—Ahora se está vistiendo. Por favor, mantente a su lado para que colabore.

—Claro qué lo haré.

La vimos salir de la habitación. Vestía una blusa roja con pantalón negro. Estaba tan débil que se tambaleó hasta colisionar contra la puerta de su hermana.

—¡Arya! —Corrí hacia ella. Lucía pálida; sus labios habían perdido un poco su color.

Juliana se paró a colocar a su bebé en la cuna y se le acercó al vecino. Él entró y se nos acercó. Arya lo miró como si lo odiara mientras se aferraba de mí.

—¡Aléjate! —Reunió fuerzas para gruñirle.

—Arya... —Me preocupaba por ella.

—Por favor hermana, colabora. —Juliana se sentía avergonzada.

Arya lloraba porque odiaba como se sentía y la situación en la que estaba. Se quejó de dolor de cabeza. Susurró que sus ojos le ardían. El vecino intentó tomarse la libertad de sujetarla.

—¡Muérete! —Le escupió la mano. Su comportamiento fastidió a Juliana.

—¡Mira, malcriada! —Se nos acercó—. Te vas a comportar en este mismo instante. ¡Tienes diecisiete, no siete años de edad! Deja a un lado tu actitud y piensa que en verdad necesitas nuestra ayuda.

—Por favor, Arya —le rogué cooperar. Juliana me miró.

—Debido a su débil estado, me preocupa que baje las escaleras. No puedo con ella, por eso el buen vecino aún ocupado, vino, y esta malcriada viene a pagarle de esa manera.

—Arya por favor, necesitas ser atendida. —Nuevamente, él le ofreció su mano. Ella la observó por varios segundos mientras lagrimeaba, intentando recuperar las fuerzas para salir por sí misma. Fue incapaz. Su lenguaje corporal le hizo entender que aceptaba. Él no solo la sujetó, sino, que la cargó entre sus brazos—. Vamos, rápido. —Comenzó a salir con prisa. Juliana enseguida sujetó su bolso y fue a la cuna a cargar al bebé.

—Acompáñanos, Lily. —Sujetó las llaves.

—Por supuesto. —Salí tras ella.

Mientras bajábamos, las atenciones de los vecinos caían sobre nosotros. Preguntaban que sucedía o se limitaban a observar con curiosidad.

En las aceras nos esperaba el vehículo del vecino. Juliana se montó en el asiento del pasajero. El vecino recostó a Arya atrás. Yo me monté y coloqué su cabeza sobre mi regazo para ir la consolando. Ella había empeorado tanto que apenas respondía. Tosía. A veces daba señales como si fuera a vomitar.

—Sé fuerte, amiga. —Casi me hizo llorar el verla tan mal.

El vecino conducía velozmente. Juliana comenzó a recibir una llamada de su marido y la contestó.

—Está peor que nunca —le comunicaba—. Antes de ducharse, vomitó dos veces. Ahora mismo estamos camino a la clínica. Sal temprano, necesitamos de tu apoyo. —Terminó la llamada.

Llegamos a la clínica y enseguida el vecino la sacó para volverla a cargar. Corrimos a la sala de emergencias.

Dos enfermeras se nos acercaron. Una ordenó sentarla en una silla de ruedas. Le realizaron una rápida revisión, y decidieron hospedarla en una sala privada para realizarle los análisis necesarios.

Una se la llevó, la otra se nos acercó.

—¿Hoy ha ingerido alimentos?

—Sí, pero los vomitó —le informó Juliana.

—¿Qué medicamento le has dado?

—El recomendado por el farmacéutico del vecindario.

—Hmm... debiste traerla ayer junta a tu bebé —le regañó.

—Fui una torpe por no tomarla en cuenta. —Juliana se sintió apenada.

La enfermera nos pidió acompañarla al escritorio de la sala de espera donde nos esperaba la recepcionista para procesar los datos de Arya.

—¿Y la tarjeta del seguro médico de la señorita Wright?

Wright fue el apellido que adoptaron, perteneciente al señor que les brindó apoyo cuando de niñas eran perseguidas por agentes de protección infantil.

—Ah... —Juliana estuvo pensativa. Luego lució preocupada y nos miró a los dos a la cara antes de volver a enfrentar a la recepcionista—. Como nunca se enferma, tiene años sin renovarla —reveló avergonzada por su descuido.

—Esto es grave... —La recepcionista se preocupó—. Veré que puedo

hacer por ustedes. —Se concentró en el monitor de su computadora. Informó que, gracias a que Arya seguía siendo menor de edad, podíamos aplicar a unos cuantos seguros médicos. Se tomó la libertad de ir rellenando esos formularios.

Nosotros nos alejamos.

—Rayos... —nos susurró Juliana—. Si ella no encuentra uno bueno, nos cobrarán medio riñón por atenderla.

—¿Qué tanto crees que cobrarán? —le pregunté.

—Dependerá de las atenciones que reciba.

—Juliana, descuida —le alentó el vecino—. Puedo prestarles hasta trescientos dólares.

—Qué pena contigo, ya te hemos molestado lo suficiente.

Como Juliana estaba inquieta, le aconsejé sentarse y tomamos asiento. A los pocos minutos, él recibió una llamada telefónica donde su jefe le exigió regresar a su puesto de trabajo. Extrajo los trescientos de su billetera y se los prestó a Juliana. Se fue recordando que si necesitaban su ayuda no dudaran en buscarlo.

Transcurrían los minutos. Cada vez que salía alguien, observábamos atentas por si traía noticias.

Cuando extraje el teléfono para ver la hora, me llegó la idea de avisarle a Kevin. Fui a un pasillo para llamarle.

—¿Hoy tampoco piensan venir al parque? —preguntó malhumorado tras contestar—. Arya sabe que dos semanas es poco tiempo para dominar su nuevo truco. ¿Me la estás mal influenciando? No veo otra razón para que ni conteste mis llamadas.

—Arya está grave. —Ignoré su reproche.

—¿Cómo así? ¿qué le ocurre?

—Se enfermó, estamos en la clínica.

—Joder no relajés, enseguida voy. —Terminó la llamada.

Regresé al lado de Juliana. Salió una enfermera y se nos acercó. Nos explicó que le estaban suministrando medicamentos y realizándole los análisis necesarios.

Indicó que era una chica anémica. Su déficit nutritivo intensificó los efectos negativos de la gripe. Sin embargo, el catalizador de su gravedad fue su estado de deshidratación.

Le regañó a Juliana por su falta de atención hacia su hermana. Aseguró



que muchos se duermen porque es una gripe y no toman en cuenta otros factores.

Se fue a atender pacientes.

—Es que ella ni enferma deja su odio a un lado. —Juliana comenzó a llorar—. Se hizo este daño a propósito para hacerme sufrir.

—Ay, amiga... —No sabía como consolarla. Ambas nos moríamos de la preocupación. Le llamé a tía para informarle de la situación.

Llegaron Kevin y Ethan. Ambos cargaban sus patinetas.

—¿Y Rosario?... —les saludé. Tenía pendiente preguntarle porqué trató a Cristian de esa manera en el festival.

—No fue al parque por un asunto familiar —me dijo Ethan.

—¿Qué tiene Arya? —preguntó Kevin.

—Una mala gripe mezclada con dolor de cabeza —le respondió Juliana. Luego observó raramente su vestimenta oscura y maquillaje de los ojos—. ¿Así que fuiste tú quién la incitó a creerse emo?

—Algunos muestran la luz, yo le mostré la oscuridad —respondió Kevin y se sentó a mi lado. Juliana me miró con cara de “¿y este payaso de dónde salió?”. Yo rodé los ojos y ella mejor decidió mantener el silencio. No soportaba que Arya vagueara en ese parque, mucho menos iba a querer a las personas que la mantenían motivada a seguir yendo.

Transcurrieron treinta minutos. Ethan estaba encantado con el bebé. Se lo había llevado para jugar con él haciéndole monerías para hacerlo reír. Luego Juliana extrajo un biberón de su bolso para que Ethan le diera a beber leche.

Nosotros tres estuvimos impacientes por saber noticias. Nos paramos tras ver a un doctor salir acompañado por la enfermera.

—La paciente se ha estabilizado —informó desde que llegó a nuestro frente—. Su fiebre comienza a bajar.

—Muchas gracias. —Se alivió Juliana.

—Buen trabajo, doctor. —Kevin le ofreció un apretón de manos.

—Qué alegría. —Me contenté.

En ese momento, vimos como entraba en la clínica el marido de Juliana. Se llamaba Gabino. Vestía un uniforme azul de una pieza, acompañado por botas naranjas, correa de utilidad y casco amarillo. La suciedad de su vestimenta relataba la afanosa mañana que había tenido. También lucía agotado como si hubiera llegado caminando con prisa.

No entró bien y preguntó por Arya. Juliana corrió a sus brazos. El doctor

antes de retirarse, fue ante él para explicarle la situación.

La enfermera regresó con un tablero para mostrarles la lista de los medicamentos suministrados a Arya, incluyendo las atenciones recibidas. En la parte inferior estaba el precio en total. Cuando Juliana lo leyó, casi se desmayó.

—¡Mil quinientos dólares! —Se impactó Gabino—. ¿Leí bien o estoy enloqueciendo?

—¡Oh cielos, es demasiado! —pensé asombrada. Kevin y Ethan quedaron igual.

—Parece imposible salir de los líos... —Juliana temblaba del estrés que le provocó el precio. La enfermera le pidió tomar asiento para que intentara relajarse.

—Ese bajo precio es gracias —explicaba—. A que fue aceptada por una compañía de seguro médico.

—¡¿Bajo precio?! ¿Acaso se burla de nosotros? —le gruñó Gabino. Ella se incomodó. Prefirió no contestarle para que la situación no siguiera escalando. Luego notamos como la recepcionista corría hacia nosotros.

—¡Otra compañía acaba de aceptar a la señorita Wright! —Llegó con la buena noticia.

—Santo cielo, qué alivio. —Juliana tomó un gran suspiro y se limpió las lágrimas que había derramado.

—Dime que no tendremos que pagar esa barbaridad. —Gabino esperaba con el corazón en la mano.

—Bueno... realmente es la misma cantidad, pero a diferencia, esta compañía les permitirá pagar una porción mensualmente. O sea, hoy tendrán que pagar mil dólares, y los quinientos restantes los pagarán cincuenta dólares mensuales.

Regresó a su puesto y la enfermera se fue a atender pacientes.

—Esa oferta es considerable, pero... —Gabino se sentó al lado de Juliana. Ella enseguida se recostó de él y le sujetó una mano—. Ni esos mil tenemos. ¿Qué demonios haremos?

—¿Cuántos tenemos ahorrado? —le preguntó Juliana.

—Cuatrocientos dólares. Tengo cien en el bolsillo que se supone son para pagar la electricidad y el gas.

—Entonces, gracias a que el vecino nos prestó trescientos, solo nos vendrían faltando doscientos. Le puedo llamar a mis amigas de universidad

para esos...

—¿En serio, cómo pudiste pedirle prestado?! —Se alteró. Le soltó la mano y ella se despegó de él—. Escúchame, no usaremos su dinero. Quién sabe cuando seremos capaces de regresárselo.

—No seas bruto, ¿de dónde más sacaremos esa cantidad? Y ni siquiera se los pedí, él de buena fe los ofreció.

—¡No! —Negó rotundamente; lo pronunció tan fuerte que atrajo la atención de varias personas—. Seguro son la mensualidad de su vehículo. No podemos hacerle esto.

En ese estresante momento, decidí colocarme justo a sus frentes para acaparar sus atenciones.

—Descuiden, tengo quinientos dólares. Con gusto se los regalaré.

Me miraron boquiabiertos. Luego Juliana miró a su marido y él le hizo el gesto de negación con la cabeza. O sea, que no cometiera esa inconsciencia conmigo.

—Cómo crees, Lily. No vayas a descuidar tus necesidades por nosotros —rechazó Juliana.

—No le des mente, ese dinero está fuera de mi presupuesto. Me lo regalaron el fin de semana por hacer una tontería en una fiesta.

Ahí Kevin se enteró que Lindsay nos había pagado, y me ayudó a convencerlos. A Gabino le costó tanto que solo aceptó bajo la condición de que era prestado.

Como los había dejado en el apartamento, le entregué mi tarjeta de débito. Salió a extraer los novecientos dólares en un cajero automático.

Me senté al lado de Juliana y Kevin al lado mío. Estuvimos conversando sobre lo costoso que salía una visita al médico si no contabas con un buen seguro. Kevin contó que hace cinco años, su madre tuvo que ser operada de emergencia, y su familia pasó tres años pagando esa deuda. Su padre se deprimió porque lo que ganaban no alcanzaba para nada más.

Gabino regresó a los treinta minutos, refunfuñando sobre la larga fila que tuvo que soportar. Fue a pagarle a la recepcionista.

Eran las una y media. Como el bebé estaba inquieto, Juliana le aconsejó a Gabino que se fuera con él al apartamento.

A la media hora, una enfermera salió informando que Arya había despertado y que ya podíamos visitarla. Ella nos guió a los cuatro hacia ese pasillo y se colocó frente a la puerta de la sala donde estaba Arya.

—La señorita ordenó solo permitir entrar a su amiga Lily y si se encontraba un muchacho rubio... con cara de tonto.

—¿Cómo que cara de tonto?! —protestó Ethan. Yo miré sorprendida a Juliana, interesada en descubrir su reacción tras ser rechazada de esa manera. Ella se entristeció.

—Lo importante es que mejore. —Se fue a sentar.

—¿Por qué demonios me rechazó a mí también? —protestó Kevin. Ninguno comprendimos las razones de Arya. Me le acerqué a Juliana y le sostuve las manos para intentar consolarla.

—Hablaré con ella. Me apena mucho que te trate así, aún sabiendo lo mucho que la quieres.

—No Lily, ni se lo menciones. Ya luego me las arreglaré con ella.

—Pero... —Me dieron ganas de forzarla a entrar porque yo sí nunca aceptaría ese trato de mi hermano.

—Esperaré aquí tranquila, no te preocupes. —Me soltó para buscar su teléfono e informarle a Gabino sobre el estado de Arya.

Regresé a la puerta. La enfermera permitió que Ethan y yo entráramos.

En esa sala había grandes ventanas con vista a un parque de altos árboles. Frente a la cama, había una televisión de cuarenta pulgadas en una montadura con ruedas que facilitaba su movilidad, ángulo y altura. En un lado estaban todos los instrumentos médicos de los doctores.

Arya estaba sentada sobre la cama, mirando la televisión con un tazón entre las piernas de donde llevaba a su boca, uvas y trozos de manzana.

Lucía mejorada. La medicina le había calmado el dolor de cabeza y ardor de los ojos.

—¿Qué fastidio! —refunfuñó tras vernos cerrar la puerta—. Odio ser la protagonista de sus atenciones.

Nos reímos. Al acercarnos, vimos que disfrutaba la repetición de un campeonato de patinetas.

—¿No te hace daño a la vista ver televisión? —Me preocupé a que le volviera el ardor.

—¿Alguna otra forma de tolerar esto? —Ni me miró. Me contentó verla mejor.

—¿Ey, ¿cómo pudiste avergonzarme con la enfermera diciéndole que tenía cara de tonto?! —reprochó Ethan. Se le acercó y rápidamente introdujo su mano en el tazón para sacar una uva.

—¿Dije algo incierto? —No le prestó mucho caso.

—Ajá, ya verás... —Estuvo pensativo—. Me la pagarás con un besito...

—¡Eh! —Ella enseguida lo miró sorprendida—. ¡Te me acercas y te mato!

—Vamos... —Se inclinó hacia su cara preparando sus labios. Ella se sintió horrorizada. Yo miraba curiosa, al borde de reírme—. Solo uno pequeñito. Me tenías muy preocupado.

—¡Maldito! —Le pegó el control remoto en la cabeza—. Te he advertido mil veces que no juegues así conmigo.

Fue la primera vez que vi a Arya nerviosa.

—Ay, eso dolió. —Se le alejó y me reí un poco.

Fue imposible imaginarlos juntos. No solo porque Ethan era más joven, pero porque gracias a los dibujos de Arya, conocía cual era su tipo. Le atraían apuestos, altos con músculos abdominales bien formados. Nada original, pensé, pero ninguno de los chicos poseían completamente todas esas características.

Kevin era alto, y apuesto fuera de sus locuras, pero fue complicado imaginarlos como pareja. Igual él demostró en la fiesta que tipo de mujeres le atraían.

—Y ¿qué tal si le presento a mi hermano? —lo pensé. Era tan alto como Kevin y si se arreglaba el cabello se vería bonito. Si ambos tenían algo en común, era la dedicación y disciplina hacia sus aficiones. Ah, y que no toleraban mis tonterías. Unos meses en el gimnasio y obtendría los músculos que a ella le derretían—. Sin embargo, ¿qué se podría lograr con su espíritu antisociable? ¿se motivaría a salir de casa si sabe que podría conquistar a una chica como Arya? Hmm, intentarlo no costará nada, solo que no lo haré hasta que no se me pase el enfado que tengo con él.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Hmm... débil. —Le costó admitirlo.

—Comprendo.

—¡Quiero largarme cuánto antes! —pataleó.

—Ni pienses en la locura de escapar de la clínica —le advertí.

—Oye, ¿por qué rechazaste ver a Kevin? —le cuestionó Ethan.

—Solo entraste porque necesito algo.

—¿Para qué es bueno este cara de tonto?

—¿Crees qué pueda quedarme en tu casa por unos días?

—Por supuesto. Como mi hermana se fue a estudiar en otro estado, podrás dormir en su habitación.

—Gracias, Ethan.

—Arya, ¿por qué tomaste esa decisión? —le pregunté apenada por Juliana.

Evadió contestarme, elevando el volumen de la televisión para distraerse con el campeonato. Ellos comenzaron a charlar sobre ese deporte. Decidí no cometer la imprudencia de presionarla.

Mi teléfono comenzó a sonar y me percaté que era tía. Me disculpé y salí para contestar. Le informé que Arya había mejorado.

Me senté al lado de Juliana. Kevin estaba distraído con su teléfono. A los tres minutos, salió Ethan junto a Arya de la sala.

—Arya. —Juliana enseguida se paró y caminó hacia ella para abrazarla, contenta de verla mejor. Arya ni siquiera se motivó a mover un músculo—. ¿Qué haces afuera? La enfermera no te ha dado permiso.

—Qué me importa, me iré de aquí.

—Pero...

La enfermera entró al pasillo y le molestó ver a Arya ahí. Al final, después de una leve discusión, decidió dejarla ir.

—Ten en mente que los síntomas de tu gripe volverán a agravarse si no tomas la medicina, comes saludable o te mantienes hidratada. Considera mantener la higiene, y reposa por lo menos tres días más.

La desinteresada mirada que Arya le dio, me hizo entender que no le haría mucho caso al asunto de reposar. Como se acercaba el campeonato, moría de ganas por practicar en el parque.

—¿En verdad puede irse, enfermera? —le preguntó Juliana.

—Solo necesitas firmar un papel donde autorizas que le den de alta sin finalizar su tratamiento.

—Entonces, ¿nos devolverán algo de lo que pagamos?

—Claro qué no. Ella se va por su cuenta, que asuma su responsabilidad.

Firmó y salimos de la clínica. Llamé un taxi.

Kevin se despidió porque necesitaba recoger a su hermanita de la escuela. Llegó el taxi y nos montamos; Juliana en el asiento del pasajero, nosotros atrás con Arya en el centro.

Cuando íbamos en una transitada avenida, comenzamos a escuchar las sirenas de policías que se acercaban exigiendo a los vehículos que les

abrieran paso. El chófer orilló el taxi y las patrullas avanzaron a gran velocidad.

Continuamos. A los treinta segundos, comenzamos a escuchar otra sirena, pero esa vez de una ambulancia. Otra vez el chófer se orilló.

—Santo cielo, ese ruido me volverá loca —se quejó Juliana cubriendo sus orejas con ambas manos.

—Imagino que un accidente de tránsito —comentaba el chófer mientras regresaba a la vía—. Ocurren a menudo por estas horas.

Transcurrieron unos minutos. Al entrar en nuestra calle, nos percatamos que las patrullas y ambulancia, estaban estacionados frente al edificio. Eso nos inquietó a todos.

—¿Qué pudo haber ocurrido? —Juliana se puso nerviosa. El chófer aceleró para llegar lo antes posible.

—Por favor, que no haya sido una tragedia —rogaba.

—Esta zona es media rara —comentaba Ethan—. Seguro le intentaron robar a alguien y se armó una disputa.

Al llegar, Juliana y yo nos desmontamos corriendo, preocupadas por averiguar lo sucedido lo antes posible. Visualizamos una gran multitud cerca de las escaleras. Ethan le ayudaba a caminar a Arya porque el bullicio le hizo sentir mareada. Se quejó de que podría regresarle el dolor de cabeza.

—Así no podrás participar en el campeonato —le comentó Ethan.

—No seas ridículo, en un día volveré a la normalidad.

—¿Qué no escuchaste a la enfermera? Necesitas reposo.

—¡Ay, ya cállate! No le haré caso a esa tonta.

—Bueno, como vivirás conmigo, le exigiré a mi madre que te atienda con cuidado.

Estábamos a varios metros de distancia de alcanzar la multitud y averiguar lo ocurrido, pero Juliana se detuvo tras escuchar esas palabras. Se volteó y nos detuvimos.

—¿Cómo que vivirás con él? —Enfrentó a su hermana. Arya indisputada a contestar, miró hacia un lado. Juliana le sujetó la cabeza para que la mirara a los ojos. Ahí Arya se percató que se les habían agitado—. ¿Pi, piensas abandonarme?...

Una lágrima descendió de su ojo izquierdo. Se lo veía venir desde que contrajo matrimonio, pero no lo deseaba tan abruptamente. El momento en que una de las personas que más amaba, por quien había dado todo y era

protagonista de la mayoría de sus sueños, decidió que era hora de dejarla atrás.

Arya odió que su hermana le obligara a contemplar de tan cerca como se había entristecido. Poco a poco, también se le fueron aguando los ojos porque no lo soportó.

El bullicio de la multitud se intensificó y miramos en esa dirección. Empezamos a escuchar todas clases de insultos.

De entre ellos, salía esposado y resguardado por dos policías, el vecino Nicolás. Lucía furioso, como si no soportara las ganas de desatar su furia golpeando a todos los que le insultaban si los policías no lo estuvieran sujetando con fuerza.

Nosotros estuvimos detenidos ahí, fuera del camino. Yo y Juliana lo observábamos boquiabiertas.

Unos hombres le arrojaron naranjas en la cara mientras le escupían insultos.

—¡Cálmense! —les gruñó un policía, molestó porque una se le pegó a él. Los hombres huyeron de la escena en el momento en que él pidió refuerzos por su intercomunicador.

—Pero, ¿qué fechoría cometió ese imbécil?... —se preguntó Juliana.

En ese instante, mi corazón se detuvo. Recordé que Lindsay había descubierto que quien estuvo detrás de la orden de restricción, fue Gabino.

—¡No puede ser! —grité. Comencé a temblar y Juliana enseguida me miró—. Tengo miedo. La amante esta mañana me informó que descubrió la verdad.

Nicolás cruzaba por nuestro lado. Le dio una mirada de odio a Juliana tan intensa que quedó congelada. A los pocos segundos, ella miró hacia la multitud con ganas de correr a averiguar el estado de su familia. Justo cuando dio el primer paso, de entre la multitud comenzaron a salir paramédicos trayendo en medio una camilla con un hombre malherido.

Enseguida nos percatamos quien era.

—¡Gabino! —Juliana corrió hacia ellos. Se aferró de la camilla, obstaculizando el paso para los paramédicos—. ¡¿Qué te ocurrió? Contesta, por favor! —le gritó. Gabino estaba inconsciente.

—¡Compórtese! Necesitamos llevarlo con urgencia al hospital. —Un paramédico la echó a un lado y continuaron.

—¡¿Qué le hizo ese animal a mi marido?!



Yo estaba temblando, congelada al lado del camino con Arya y Ethan. Al verlos cruzar por nuestro frente, notamos lo ensangrentado que estaba Gabino. Su cara estaba muy golpeada. Lo llevaban con prisa, como si temieran a que perdiera la vida en cualquier momento.

Juliana perseguía la camilla dando gritos.

—¡Gabino, por favor responde! Dime qué estás bien.

Arya estaba boquiabierta, incrédula de lo que acontecía. Una vecina se nos acercó.

—Ese malandro discutía con Gabino en el pasillo. Le golpeó sin piedad, terminó arrojándolo por las escaleras. No hubo más remedio que llamar a las autoridades; había que ponerle un alto a los abusos de ese animal. Ojalá lo arrojen en la celda más oscura. Si Gabino se salva, será un milagro.

—¿Y el bebé?! —le pregunté.

—Por suerte estaba en su cuna cuando todo sucedió. Una vecina se está encargando de él.

Los paramédicos lo entraron en la ambulancia. No permitieron que Juliana los acompañara debido a la gravedad de Gabino.

Nos acercamos a ella.

—¿Qué delito cometimos para merecer esto? —lloraba. Miró a su hermana, quien no se atrevía a pronunciar una palabra.

Un vecino corrió hacia Juliana y le ofreció llevarla tras la ambulancia.

—Arya... —Esperaba a que dijera algo antes de marcharse. Una palabra de apoyo, lo que fuera.

Arya, al reunir coraje, comenzó a lagrimear.

—¿En verdad permitirás que nuestra promesa se rompa?

Comprendí que en el fondo deseaba ser detenida. Que Juliana le reprochara, que incluso le halara del cabello si era necesario. Que simplemente, no la dejara marcharse sin antes desahogar todo lo que ambas habían guardado por tantos meses.

Juliana no supo que contestarle.

—Si me das la espalda, me iré para nunca regresar —le amenazó.

Demostró indiferencia ante el estado de Gabino. Solo demandaba a su hermana de regreso. Esa que volvió a sentir por un instante en el momento en que Juliana le llamó “hermanita”, cuando la fue a buscar preocupada a mi apartamento. Pensó que, si se hacía daño, Juliana se preocuparía tanto que volvería a ser como antes, a colocarla en el centro de su vida. Sin embargo,

sus esfuerzos fueron tirados en la basura por Gabino, como si fuese un castigo del destino.

—Sabes algo Arya, ¡jódete! ¿Me odias, cierto? Pues ¡vete lejos! Me fastidia lo egoísta que eres.

Le dio la espalda. Ni cuando pelearon en la boda, la distancia entre ambas se amplificó tanto. Arya comenzó a llorar.

—No te vayas, hermana... no me dejes sola, te necesito mucho.

Juliana se había alejado lo suficiente como para escuchar el llanto de su hermana. Se montó en el vehículo del vecino y arrancaron para perseguir la ambulancia.

Intenté consolarla, hacerle entender que Juliana pasaba por un mal momento, pero cuando intenté abrazarla, ella rudamente me alejó.

—¡Me voy de este maldito lugar! —gruñó y se limpió las lágrimas.—  
Vamos a recoger mis cosas, Ethan.

Lo sujetó y se fueron a las escaleras.

Le quise gritar: “¡idiota, ¿no tienes corazón? ¿Qué no te percatas que la persona que dio todo su dinero por ti, está entre la vida y la muerte?!”.  
Me tragué las ganas porque temí perder su confianza como amiga por entrometerme demasiado.

Me aturdía todo lo sucedido. Fui al apartamento y llamé a tía. Me avisó que del trabajo, iría al hospital a brindarle apoyo a Juliana. Me tendí en la cama hasta que llegó la hora de prepararme para ir al trabajo.

Llegué a tiempo al edificio. No tenía ánimos de realizar mis labores, pero era imposible escapar de esa responsabilidad.

Al entrar al armario del conserje en el sexto nivel, me encontré con Luis terminando de comer yogur de melón de un pequeño envase. Enseguida se puso de pie y se quedó mirándome como si algo le preocupara.

—¿Es, estás bien?...

Su pregunta me hizo recordar que, gracias a los nervios que Lindsay me provocó ayer, hice que él trabajara de más.

Me le acerqué apenada y, sin previo aviso, lo abracé.

—Muchas gracias. —Perduré casi diez segundos porque en verdad lo necesitaba. Al mirarlo al rostro, lo noté incomodado como si abrazarlo hubiese sido ir muy lejos—. Lo siento...

Se puso tan nervioso que le costó mantener el contacto visual. Tomé asiento en una de las dos sillas plegables. Observé el lavabo y luego los

trapeadores. Suspiré porque de todos los oficios, ese era el que me caía mal. A veces dejaban el suelo del primer nivel tan sucio, que tenía que subir a cambiar el agua varias veces. El trapeador era pesado e incómodo de exprimir. Siempre terminaba con dolor en los brazos y espalda.

Miré a Luis a la cara sin ninguna razón. Me observaba como con ganas de decirme algo, pero no tuvo suficiente valor, ni yo las ganas para animarlo.

A mí me tenía algo harta que ya conociéndome de tantos días, siguiera actuando de esa manera. Pero como no estaba de humor para presionarlo, salí a buscar un vaso de agua fría en la cafetería. Cuando regresé, ya se había ido a comenzar sus oficios en el tercer nivel.

—Hora de limpiar oficinas. —Me coloqué los guantes. Saqué los cubos y empecé a entrar en cubículos.

Como no cociné almuerzo, tenía hambre. A las siete, tomé una pausa de cinco minutos para apaciguar mi estómago con yogur de piña que encontré en un refrigerador.

Transcurrieron los minutos. Había entrado en la sección izquierda del quinto nivel, cuando comencé a escuchar una llamada telefónica.

—¿Tía? ¿Noticias sobre Gabino? —Antes de extraerlo, rogué que fueran buenas.

Pensaba que era ella, pero al ver la pantalla, me llevé la sorpresa de enterarme que era Cristián López.

—¡Buenas noches, Lily bonita! —saludó animado.

—Buenas noches.

—¿Cómo estás? ¿Recordabas qué yo existía? —Reía.

—Lo siento, es que siempre se me olvida llamar.

—Ajá, qué buena excusa.

—No te relajo, Querido. —Había configurado una alarma a las once de la noche para nunca olvidar llamar a mi padre. No era que me molestara, pero quería llamarlo más porque lo sintiera que por responsabilidad. Pero qué podía hacer, él era muy afectivo; no podía conciliar el sueño sin que antes su amada hija les diera las buenas noches—. Cuéntame, ¿cómo te ha tratado esta semana?

—¡Uf! Te cuento que la gente ya solo come pizza. Cada día tenemos más ordenes. Ahora mismo entregué una en un vecindario del otro lado de la ciudad. Y ¿a ti cómo te ha ido?

—Ando afanada porque tengo que revisar muchas oficinas. Me cansa

tener que agacharme a recoger cubos.

—Y yo aquí de desconsiderado quitándote tiempo. Espera, te hablo en un segundo...

Escuché cuando encendió la motocicleta. Aproveché y recogí un cubo para depositar su basura y cambiarle la bolsa.

—Hola, ¿se escucha bien? —me preguntó. Por el ruido de la motocicleta, supe que había arrancado.

—¿Estás sujetando el teléfono?! —Me preocupé.

—No. Mi casco tiene conexión inalámbrica. Puedo hablar sin problemas mientras conduzco.

—Ah...

—Voy camino a la pizzería. ¿Te puedo llamar mientras trabajas?

—Sí puedes, me aburro mucho aquí. Son cuatro horas como una muda. A veces cuando no encuentro en que pensar, siento que me volveré loca.

—Me imagino. Una vez entré a esta hora y era un desierto.

—Ya ves, por lo menos me harás compañía con tu voz. —Continué recogiendo la basura del otro escritorio.

—Lo que sí me alegraría en este momento es escuchar tu sonrisa.

—Ay no, qué cursi. —Reía—. Veamos, ¿cómo se escucha eso?

—De eso, a eso me refería. —Quiso decir mi risa.

—Bobo, son cosas muy distintas. —Reímos.

—Sabes qué lamentaba hace unas horas... el no habernos tomados fotografías la primera vez que salimos. No sé cómo fui tan torpe. Claro, tu mirada me tenía todo embobado.

—Entonces, salir conmigo no te conviene. —Reí—. Pero igual ni lo pensé por lo distraída que estuve. Hubiera quedado bonita una en el puesto de los payasos o con las carrozas.

—La próxima vez tomaremos tantas que será delito no imprimirlas en un álbum.

—O mejor, la subirás a tus redes sociales para que enloquezcas a tus seguidoras. Se pondrán celosas. —Lo hice reír con eso último que dije.

—Lo único que lograré, será enorgullecer a mis padres por haber encontrado a tan hermosa y educada señorita.

—Ay, ya no vengas a exagerar. Me permites un segundo... —El cubo de reciclaje que intenté recoger, tenía tantos papeles que se me fue imposible levantarlo con una mano. Coloqué el teléfono sobre el escritorio y, con

esfuerzo, lo llevé hacia mis cubos y vacié su contenido.

Respiré por unos segundos para recuperar el aliento antes de retomar la llamada.

—Ya regresé. —Lo llevé a mi oreja.

—Ahora cuando escucho reguetón, me recuerdo de ti. Como que me pica el orgullo el no haberte hecho bailar.

—Con tantas cosas malas en el mundo y mira con que te vienes a martirizar.

—¿Sabes qué es bueno para curar este malestar?

—Quizás me motive a ir a un club. ¿Podemos ir donde pongan música electrónica?

—¿Te desagrada el reguetón? Porque esa que mencionas es mucho más alocada y sinsentido.

—Hmmm... está bien, vamos al que quieras. —En ese momento, comencé a escuchar un sonido constante de timbre venir de su casco a un diminuto volumen.

—Te llevaré a donde conozco. Bueno, Bonita, no te quito más tiempo.

Imaginé que recibía una llamada. Sin embargo, pudo ser cualquier cosa: se le descargaba el teléfono, una alarma, una orden, o incluso esa aplicación de radar que avisaba si había un policía cerca.

—Buena suerte, Cristian. Amé hablar contigo. —Terminé la llamada.

Continué trabajando. Luego de unos minutos, tras observar hacia la sección derecha, me percaté que la luz de la oficina de Arthur estaba encendida.

—Pobrecito, ¿qué nunca se irá temprano? —Orillé los cubos tras decidir visitarlo. Mientras caminaba, recordé las viles acusaciones de Lindsay. Me enfurecía que me acusara de perseguirlo para resolver mis problemas financieros. Si fuera ese tipo de mujer, hace mucho hubiera llamado al señor Mario Smith, y seguro estuviera viviendo una gran aventura, y no haciendo un trabajo donde tengo que soportar que personas como ella me humillen.

Abrí la puerta y lo encontré como siempre.

—Buenas noches... —Me acerqué al frente del escritorio para hacerle entender que no había entrado a recoger la basura. Dejó de teclear para prestarme atención.

—Entonces, ¿me dirás quién es esa persona poderosa que busca hacerte daño?

Estuve tan indispuesta a contestar, que miré hacia un lado. Mi mirada cayó sobre una caja de pizza y una botella de soda de naranja que tenía sobre el escritorio.

—Tengo hambre... —me gruñó el estómago.

—Se te está haciendo costumbre interrumpirme, ¿uh? —Se paró y me sentí apenada—. Toma asiento, Lily, ahora regreso. —Sujetó la caja y salió de la oficina.

Me senté en una de las dos sillas frente al escritorio.

—No puedo decirle, no debo involucrarlo —me rogaba a mí misma. No sabía a donde rayos había ido, pero mientras regresaba, le llamé a tía. Me informó que Gabino continuaba en cuidados intensivos. Le dije que cuando terminara de trabajar, iría a apoyar a Juliana. Me mortificó imaginar sus lágrimas y desesperación. Tía me informó que la familia de Gabino, aparte de que no se llevaban bien, vivían en Colombia.

Cuando Arthur regresó, ya tenía el teléfono bien guardado en mi bolsillo. Lo vi con la caja en mano. Encima de ella traía dos vasos con cubos de hielo. De la caja salía el aroma de la pizza.

—¿Qué hiciste? —le pregunté tras verlo tomar asiento.

Sirvió soda para ambos. Finalizó empujando la caja hacia mí, indicando que no quería.

Bebió un poco y concentró su atención en teclear. Abrí la caja y me percaté que quedaban dos pedazos. Eran de tocinos con extra queso. Los había calentado en un microondas.

—¡Gracias, Arthur! —Me contentó que me trajera comida.

Comía feliz mientras él se concentraba en lo suyo. En ningún momento se descuidó para mirarme o hablarme. Me impresionaba lo disciplinado que era.

Agarré el vaso y llevé soda a mi boca. Justo en ese instante, noté cuando me miró.

—Es Lindsay, ¿cierto?

Me sorprendí tanto que, rápidamente, volteé la cabeza hacia un lado para no escupirle la soda encima y arruinarle la computadora.

—¿Lo tenías planeado?! —protesté tosiendo porque casi me ahogué.

—¿A qué te refieres? —Se hizo el tonto.

—¿De dónde sacaste que es ella?

—De “una persona poderosa que busca hacerte daño”... Comenzaste a trabajar aquí en tu primera semana en este estado. Luego apareciste en su

mansión y, en esa tarde, me revelaste que tenía un amante. Un dato poco conocido porque de lo contrario, ya se hubiera formado un escándalo. Aparte, porque sigues viva.

—¿Según tú debería estar muerta?

—Si una persona poderosa busca hacerte daño, créeme que no vacilará. Quien te amenaza es puro chisme y cotorreo, o sea, Lindsay Monroe.

—Correcto, Cariño. Te pasaste de listillo. ¿Quieres una medalla? —A pesar de todo, me preocupó que se enterara.

—Ni que fuese tan complicado. Espera...

Volvió a concentrarse en su trabajo, como si tuviera que resolver algo con urgencia. Observé mientras bebía soda, como su expresión cambió a sorprendido y estresado, como si se hubiese topado con un error en el sistema.

—¡Demonios! —Dio un golpe contra el escritorio.

—¿Qué ocurrió? —Me asusté. Se inclinó hacia atrás en su silla y tomó un gran suspiro para relajarse.

No me contestó o miró. Regresó para seguir tecleando por otros segundos hasta que volvió a prestarme caso. Me quedó suponer que algo andaba mal con los reportes a su jefe.

—¿Lindsay te amenaza con echarte?

—Hmm... sí —mentí. No iba a informarle que el asunto de ayer se había de alguna forma resuelto porque ella pensó que el único involucrado era Gabino. La amenaza que se mantenía vigente era sobre “hacer algo bonito” con mi relación con Arthur. Quién rayos iba a saber a que se refería. Solo reconocía que viniendo de ella, sería grave tomarlo a la ligera.

—¿Perder un empleo de limpieza en verdad te puso tan nerviosa?

Tenía que pensar una buena excusa.

—Somos muy pobres. Luego no tendremos con que comer —mentí con la intención de detener su indagación.

—Sabes que no puedo hacer algo por ti con ese asunto.

—Lo sé, no buscaba involucrarte.

—Si el señor Monroe se entera que ando con los chismes de su esposa, jamás me moveré de esta silla.

—¿Eso por qué?

—En las posiciones avanzadas se necesita más que educación y experiencia. Si siquiera un miembro de la directiva de ejecutivos desconfía o

está en tu contra, se dificulta adquirirlos. Y hoy en día cualquier persona es reemplazable. Si él me llama a la atención o pone dudas sobre mí, con lo desquiciado que está, provocará que nunca avance.

—Pero existen otras empresas.

—Si salgo por la puerta trasera, será el fin del objetivo de mi carrera. Además, ya me establecí aquí. Me pertenece el cero punto cinco por ciento de las acciones.

—Entonces, ¿tu meta es terminar siendo el accionista mayoritario?

—Conquistaré este castillo. No descansaré hasta sentarme en el trono y colocarme la corona.

—Me impresionas. Admiro tu determinación.

Me comentó que Bartolomé Monroe era dueño de veinticinco por ciento de las acciones. También que después del escándalo, los inversionistas andaban irritados porque cayeron el valor de las acciones. A menudo le llegaban correos de quejas, como si él fuera la nana de Bartolomé. Eso le tenía tan estresado que a veces miraba con detesto a su monitor. Ha tenido que resolver muchos errores por el bienestar de la empresa.

Lindsay que, advirtió no querernos juntos, amenazó con hacer algo para alejarnos. Temí a que su idea terminara perjudicando a Arthur. Eso elevó mi preocupación. Intenté pensar que hacer, pero no me llegó algo que sirviera.

—Si me alejo de ti, no tendrás problemas —le sugerí.

—Solo no abras la boca, que imagino fue lo que Lindsay te exigió.

—Hmm... —Recordé que él desconocía que Lindsay nos había descubierto—. Bueno, dejemos en claro que la mujer que te interesa es empleada de limpieza. Y ambos estamos en tierras de chismosas y presumidos. Cielos, es cómo una comedia romántica. Es raro que el presidente de ventas se fije en la que trapea el suelo.

—Lo inaudito es alguien de tu porte con ese empleo. Si estudiaras, por lo menos te serviría de excusa. ¿Qué ocurrió en la escuela para que tu vida tomara este rumbo? ¿por qué careces de sueños y ambiciones?

Estuve indispuesta a contestar.

—Lo siento, Arthur.

—Mira, yo puedo con todo, no tienes que alejarte. Solo usa tu cabeza. Piensa cuando es adecuado y cuando no, que estemos cerca. —Con eso me quiso decir que conociera mi lugar cuando estuviera cerca de sus amigos o ejecutivos.



Me quedé pensando. Bebí un poco de soda antes de armarme de valor con mis próximas preguntas.

—¿Cuáles son tus intenciones conmigo? ¿por qué de todas las mujeres, me invitaste a mí a salir?

—Quería salir esa noche que tenía libre y te invité para conocerte fuera de aquí. ¿Sobre intenciones? No sé por qué preguntas. Permite que mis acciones respondan por mí.

—Hmm, entiendo por lo que pasas y que tan importante es tu meta. Sin embargo, y a pesar de como me haces sentir, mi orgullo me prohíbe aceptar. Si salir significará que tendrás momentos donde te sentirás avergonzado, entonces, no estamos hechos para estar juntos.

Mis palabras le inquietaron. Lo pensó por unos segundos e intentó relajarse antes de contestarme.

—Sé que es desconsiderado porque me fijé en ti aún sabiendo lo que eras. Será incómodo porque seguirás entrando a realizar tu oficio, pero vamos a ponerle un alto a esto. Lo prefiero antes de volverte hacer sentir humillada.

—Me hiciste sentir muy mal en esa tarde. —Lo miraba mientras recordaba esa vez cuando me ignoró ante sus amistades—. ¿Así quedará lo poco que hemos construido? ¿cómo si nunca tuvo valor? ¿nuestro único beso será ese forzado cuando andabas borracho?

—Piensa con cuidado que podrías hacer. —Sus palabras me dejaron pensativa hasta recordar la oferta del recepcionista.

—Y ¿si pongo de mi parte? ¿si llego a conseguir un mejor empleo?

—Incluso así no puedo garantizar que nunca ocurrirá.

—Permíteme esforzarme. Comprenderé tu posición, me mantendré al margen cuando lo crea prudente. Pero a cambio espero tu respeto. Que jamás me vuelvas a mirar con indiferencia.

—Comprendo. Podrías retirarte por favor, necesito concentrarme.

Cada quien continuó realizando sus labores. Terminé y pedí un taxi directo al hospital para pasar por lo menos una hora apoyando a Juliana.

## **Capítulo nueve:**

### **¿Qué sientes por mí?**

Era viernes veintinueve de marzo; tres días después del incidente donde Nicolás le propinó una paliza a Gabino y lo terminó lanzando por las escaleras.

Gabino estuvo entre la vida y la muerte. Se había fracturado varias costillas, la quijada, el hombro izquierdo. Se golpeó bruscamente el cráneo mientras rodaba por las escaleras. El peor daño fue una lesión a la médula espinal, que amenazaba con dejarlo parálítico.

En la mañana del miércoles, salió de cuidados intensivos. Los médicos admitieron que vivía de milagro. Lo mantenían con ventilación mecánica y, durante las operaciones, en coma inducido. Su seguro médico y de trabajo, cubrieron la mayoría de los gastos, a excepción del tratamiento para la médula espinal que costaba alrededor de diez mil dólares. Sin eso corría el riesgo de jamás volver a caminar y, de así lograrlo, sería bajo intenso dolor en la espalda.

Juliana estaba destrozada, no salía del hospital. Tía y yo pasábamos todo el tiempo que se nos era posible a su lado.

Para minimizar los gastos, Juliana tomó la dura decisión de mudarse del edificio e irse a donde una amiga de universidad para que le ayudara a cuidar al bebé. Esa amiga también se encargó de resolver los asuntos con el administrador del edificio para que no fuera a cobrarle otro mes de renta y los

demás servicios.

Arya ni se asomó por el hospital. Y Juliana, al estar molesta, ni siquiera la llamó.

Yo no había regresado al parque de patinetas, pero sí le llamé varias veces donde no me atreví a mencionarle a su hermana. Ella debido a las insistencias de la madre de Ethan, se pasó el miércoles descansando. El jueves regresó al parque para practicar para el campeonato.

Estaba en el trabajo, eran las una y media de la tarde. Tía limpiaba los baños del segundo nivel. Yo terminaba de limpiar ventanas y cristales en el tercero. Cuando anduve por los pasillos de la sección izquierda, avisté a Lindsay, pero por suerte nos ignoramos.

Fui a limpiar en el quinto nivel. A esa hora todos trabajaban arduamente: respondiendo llamadas, tecleando, dialogando entre cubículos, etcétera...

Al entrar al pasillo en donde estaba la oficina de Arthur, noté cuando abrieron su puerta. Salió su amigo ese que me caía mal y me llamó “la recoge basura” cuando fui a brindarles bocadillos en la fiesta. Se marchó dejando la puerta abierta.

Continué y, mientras cruzaba por el lado de un cubículo, observé cuando la señora gordita de cabello corto, paró de teclear y volteó a mirarme; era de esas amistosas que siempre me saludaban. Ella sudaba; lucía estresada como si le faltara el aire.

—Señorita... —me llamó—. ¿Cómo estás?

—Bien. Y ¿a usted cómo le va? —Me detuve frente a la entrada del cubículo. El señor en la otra oficina, tecleaba con audífonos puestos. En una esquina de su monitor, visualicé una ventana de donde se veía a alguien hablar. Él estaba en medio de una videollamada donde le instruían sobre que debía escribir.

—Horrible —confesaba moderadamente para no molestar a su compañero—. Esta mañana un cliente importante amenazó con terminar los negocios debido a un cargamento de juguetes que llegaron defectuosos. Nos ha tocado a los de esta sección, ganárnoslo de regreso. Nuestro jefe nos tiene al límite de nuestras facultades.

—En serio... ya comprendo el porqué la atmósfera se siente pesada.

—Sí, andamos ajetreados —me aconsejó acercarme para contarme algo en privado—. Está mañana el jefe me gritó a la cara. Todavía tiemblo, derramé muchas lágrimas. Sus gritos fueron como gruñidos de leones; cada

palabra aceleró mis latidos. Ni siquiera mi padre llegó a tratarme de esa manera.

—Qué terrible. Suerte que como es viernes, descansarás de esto.

—Por lo menos. Bendito sea este empleo. Si sigue así terminaré enfermándome de los nervios. —Se secó el sudor de la frente con una toalla roja. Vi en una esquina del escritorio, una colección de botellas plásticas vacías.

—¿Quieres un vaso de agua o algo para comer? —le ofrecí.

—Hmm, ¿serías tan amable de traerme agua?

—Por supuesto, señora. —Le sonreí.

—Tráeme un vaso a mí también. —Pidió el señor del otro escritorio que en ese momento estaba a mi espalda.

—Con mucho gusto. —Volteé y nos saludamos con un apretón de manos.

Antes de salir les escuché charlar que el problema no se resolvería por computadora o teléfono. Explicó que la persona que le hablaba por videollamada, le ayudaba a traducir el informe que llegó de las fábricas en China. Si no tomaban medidas ese mismo día, el cliente que, era una tienda importante, se iría a la competencia.

Salí del cubículo. Mientras caminaba hacia la cafetería, veía como alguien rebuscaba en un refrigerador. No identificaba quien era porque la puerta estaba abierta hacia mi lado.

Al llegar y cruzarle por el frente pidiendo disculpas, vi que era el amigo de Arthur que salió hace unos minutos de su oficina. Decidí ignorarlo y busqué dos vasos.

—¿Dónde demonios está mi sándwich? —refunfuñó, y enseguida miré boquiabierto porque recordé que más temprano cuando limpié ese refrigerador, tiré a la basura varios sándwiches que lucían tener varios días ahí.

Antes de que él fuera a notar que lo miraba, me concentré en llenar los vasos con agua del grifo.

—¡Maldición! —Cerró la puerta de golpe y abrió el otro.

—Pero qué animal... —pensé incomodada. Se llenó el primer vaso y coloqué el otro.

Lo cerró extrayendo un paquete de rebanada de queso junto a un envase de mantequilla.

Al lado del fregadero, sobre el mostrador, había una estantería pequeña

que contenía sobres de azúcar, café, chocolate, té y sal. A la derecha había envases de mayonesa, ketchup, mostaza y salsa picante. Más adelante estaba un paquete de pan integral. Era el único que quedaba porque la gente se comía el dulce y el regular por la mañana con café.

Se colocó a mi lado para preparar sándwiches. Tras sacar cuatro rebanadas de pan, noté cuando su mirada cayó sobre mí.

—Encontré polvo en mi escritorio. Haga bien su trabajo —se quejó.

Lo miré mal. Sujetó un cuchillo de mesa para untar el pan de mantequilla. El segundo vaso se llenó y cerré el grifo.

—¿Eres quién los viernes bota la comida ajena?

—Solo hago mi trabajo. —Sujeté ambos vasos y decidí irme enseguida.

—¡No vuelvas a tocar mis sándwiches! —Obstaculizó mi camino para mirarme como un ogro—. Pago diez dólares por ellos. Por tu culpa comeré este pan que tanto odio. Dizque saludable y sabe a cartón.

—Discúlpeme... —Me eché a un lado y continué. Sentí que se quedó mirándome.

—Tan bruta. Por razón se dedica a recoger basura —me insultó mientras me alejaba. Sus palabras me hicieron detener, sentí ganas de regresárselas, de lanzarle el agua en la cara, pero si caía en su provocación, sería la única afectada.

—Es tan detestable —gruñí y continué. Regresé al cubículo y les entregué los vasos.

—¡Muchas gracias! Me salvaste la vida. —La señora enseguida se bebió la mitad.

—Gracias, Jovencita. —El señor bebió un poco.

—De nada, señores. Bueno, seguiré limpiando ventanas.

—Espera... —Ya me había volteado para salir, pero me detuve tras ser llamada por el señor—. ¿Serías tan amable de entregarle este folleto al jefe? Es que me atemoriza enfrentarlo.

—Uy, ¿y si me muerde? —Me reí—. Descuide, yo se lo llevo.

—Otra vez, gracias. Eres la mejor. —Me lo pasó tras suspirar aliviado.

—¿Quién es? —pregunté aunque ya imaginaba quien era.

—Está en este mismo pasillo —contestaba la señora—. Su nombre es Arthur Diesel.

—¡Ese odioso! —Actué asombro. Luego me reí un poco porque hasta sus empleados le temían.

—¿Lo conoces? —me preguntó el señor—. No vayas si no quieres ir. No te sientas obligada.

—Descuiden que ese ni me mira. Me trata como un ser invisible.

—Típico de él —lamentaba la señora—. A todos nos mira por encima.

Me fui a entregárselo. Al llegar al frente de la puerta abierta, miré y, para mi sorpresa, lo encontré mirando en mi dirección.

—¿Lily? Qué bueno que viniste. —Enseguida me invitó a entrar.

—¿Me esperabas?

—Cierra la puerta y acércate.

Me estuve preguntando sobre qué rayos quería hablarme en una hora tan agitada. Tras acercarme, iba a tomarme la libertad de sentarme, pero me dijo que no era necesario, que iba a ser rápido.

Apagó el monitor y, de un cajón del escritorio, extrajo una computadora portátil.

—Mira, te traje el reporte de las fábricas en China. —Coloqué el folleto sobre el escritorio y enseguida lo tomó. De un armario, donde tenía colgadas varias chaquetas, blazers y corbatas, extrajo un maletín. Introdujo ahí el folleto junto a la computadora portátil.

—¿Está bien qué esté aquí? Tu amigo insoportable anda rondando por la zona.

—Saldré con él. Iremos al otro edificio —me informó. Supuse que tenían una reunión con su jefe y otros ejecutivos.

—Entonces, ¿para qué soy buena?

—¿Tienes planes para el domingo?

—Hmm... no. ¿A dónde piensas invitarme? —No pude evitar sonreír.

—Me llamó mi hermana esta mañana. Viene con mi sobrino a pasarse el fin de semana. —No lució muy animado, y pude entenderlo; necesitaba reposo. En su cara era evidente el estrés y trasnoche—. El domingo quieren que los lleve al parque de atracciones llamado Wisney.

—¿A Wisney?! —grité del asombro—. Oye, nunca he ido. ¿Fue Wisney qué escuché o estoy soñando?

Era un hermoso y grandioso parque de atracciones conocido y amado en todo el mundo. Sus atracciones estaban creadas con las temáticas de sus más populares películas. Nunca tuve el sueño de ir porque era bastante costoso: el viaje, hotel y las boletas. Pero sí había disfrutado muchos vídeos de ese lugar.

—En serio, ¿me estás invitando a salir con tu familia? —Lo miraba

emocionada.

—Sí.

—¿Qué hay con lo que acordamos la otra noche?

—Entiéndelo de una vez. —Escuchar esa pregunta le estresó un poco—. A mí solo me preocupa cuando está en juego el bienestar de mi carrera. Si te he humillado es por los imbéciles de la directiva de ejecutivos, que solo saben echarle la culpa a los demás por sus burradas. Ese tipo que salió de aquí hace unos minutos y que tú crees ser mi amigo, es tan imbécil que si nos ve juntos se atrevería a mencionar que los problemas actuales se deben a mis descuidos por andar de coqueteo en la oficina.

—Honestamente, es absurdo ver a un adulto con un comportamiento tan inmaduro. Ese tipo sin yo hacerle nada, me trató mal en la cafetería.

—Ese payaso así cubre sus inseguridades. —Le sentí que le cayó mal saber eso.

—Entonces, ¿no le incomodará a tu hermana que los acompañe?

—No creo. Solo hay un asunto. Me habías dicho que le pondrías esfuerzo. ¿Sabes a qué me refiero?

—Me quieres ver bonita, ¿eh? —Le sonreí.

—Mira... —De su billetera, extrajo una tarjeta de débito dorada. Me la pasó—. Para los gastos asociados con la salida del domingo.

—Estás loco, no puedo aceptarla. —Quise regresársela, pero rechazó.

—No seas terca, tú misma admitiste que apenas tienes para comer.

—Pero... —Me causaba vergüenza.

—Compra ropa y accesorios. En realidad, utilízala para todo lo que necesites. No me tengas pena.

—¿Puedo comprar un yate e irme al Caribe? —esa pregunta casi logró por un poquito hacerlo reír.

—El límite es de cinco mil dólares. —Agarró el maletín.

—Hmm... me hace sentir incómoda. —La coloqué sobre el escritorio.

—No la vayas a dejar. —Iba de salida—. El domingo te contactaré para decirte a que hora iremos. Ahora me toca dar la cara ante esa junta de burros. —Salió de la oficina.

—Buena suerte. —Introduje la tarjeta en mi bolsillo y salí.

Terminé mis labores. A las tres de la tarde, tía y yo nos fuimos a pasar unas horas con Juliana. Antes de llegar, fuimos a un restaurante mexicano para llevarle comida deliciosa pagada con mi primer cheque.

Llegó el sábado. Eran las diez y media de la mañana. Me había preparado para ir al parque a pasar un rato con los chicos. Dejé a tía cortando las telas a medida para empezar a confeccionar las cortinas.

Al llegar me encontré con Ethan en el banco donde siempre nos juntábamos. Kevin, Rosario y Arya andaban practicando. Samuel y Percy todavía no llegaban.

—Si te ofrecen limonada, no la tomes —me aconsejó Ethan—. La del sábado pasado me hizo doler el estómago. Esos niños se meterán en problemas si no mejoran la calidad.

—Cómo crees, no tengo el corazón para rechazarlos.

—Descuida, pensaré como vamos a evadirlos.

Observamos cuando Arya se deslizó en su patineta sobre una barandilla. Al final cuando regresó al suelo, casi perdió el equilibrio.

—Oye, ¿cómo se ha comportado en tu casa? —Vimos que fue a conversar con Kevin. Rosario realizaba trucos detrás de ellos.

—Se pasa de tímida, no sale de la habitación. A pesar de los esfuerzos de mi mamá por hacerla sentir bienvenida, no se anima a desempacar su ropa. Hasta comer en la mesa le da pena.

—¿Te ha mencionado algo sobre Juliana o el edificio?

—El miércoles me golpeó la cabeza porque toqué esos temas. Odia que alguien se entrometa. Lo que sí puedo contarte es que he observado lo atenta que anda a su teléfono. Desde que lo escucha sonar, corre a averiguar quien llama. Supongo qué sabemos con quien desea hablar...

—Sí... Su orgullo es tan inmenso que le prohíbe llamarla o ir al hospital. Sabes, tengo ganas de hacerla entender que es injusto como trata a Juliana, pero temo a que me llame entrometida.

—No le temas, Lily. Entiendo que su actitud de bravucona espanta a cualquiera, pero necesita de alguien que le muestre lo que evita ver. A mí nunca me escuchará, Rosario vive en su mundo y Kevin solo piensa en el campeonato.

—Juliana la necesita mucho en estos momentos, y mírala, practicando como si nada más importara —me mortificaba—. Pero no puedo, no tengo el valor para sermonearla.

—Eso vino a ocurrir a mala hora. Siempre que se avecina un campeonato, Arya cambia a ese modo enfocada.

—¿Crees qué obtendrán buenos resultados?



—Lo dudo porque vendrán profesionales de todo el país. En esos nacionales, Kevin es quien ha logrado la mejor posición. La cuadri... ¿cuadragésima quinta? ¿lo pronuncié bien?

—No sé. Apenas sé los números ordinales hasta el décimo noveno.

—Pues te cuento, los campeonatos se dividen en dos segmentos: individual y equipos. Las partidas se basan en la cantidad de puntos que logres acumular. Debes realizar todas clases de trucos avanzados en cinco minutos. Pierdes puntos si te caes, tienes intentos fallidos o tu velocidad es baja. Los nacionales duran tres días. Desde el viernes, comienzan los grupos de clasificaciones. Por ejemplo y, según tus habilidades, te asignan a un grupo para competir. Solo quien obtenga la mayor puntuación, sobrevive y avanza a uno con sobrevivientes de otros. Y así continúa hasta el domingo, donde se enfrentan los veinte finalistas.

—Ya veo... y ¿qué tan lejos has llegado?

—Nunca sobrevivo a los viernes.

—Entonces, si es tan difícil, ¿por qué les tiene tan obsesionado?

—¿No te has enterado del premio?

—Ni idea.

—El ganador del individual recibirá la increíble suma de cincuenta mil dólares. El de equipo veinticinco mil.

—¡Eh! —Me impresionó mucho—. ¡Por razón esto está repleto! Y hasta las escuelas sacan a los niños a practicar. Desconocía que un patinador podría soñar con un estilo de vida decente.

—Lamentablemente, solo el cinco por ciento alcanza esa dicha. Son seguidos por miles, tienen patrocinadores, automóviles deportivos, casas lujosas, etcétera...

—¿La pandilla tiene red social?

—Claro, soy el administrador.

Me envió la dirección al teléfono. Encontré muchos mensajes y fotografías. Los que más la utilizaban eran Ethan y “Boss”; el nombre de Kevin en las redes sociales.

Ethan publicaba información sobre si participarían en los campeonatos. Kevin mensajes raritos, que parecían citas de libros o personalidades de su estilo oscuro. También me percaté como se peleaba con integrantes de otras pandillas. Leí una discusión de hace más de un año donde estuvieron en desacuerdo sobre las puntuaciones de un campeonato local.

Ethan me susurró que hace meses Kevin los metió en problemas por hablarle mal a un famoso patinador. Corrieron el riesgo de ser echados del parque. También me explicó que una de las mañas de Kevin era publicar con la cabeza caliente.

Fui a las fotografías. La que había acumulado más corazones era una donde Percy sonreía. Revisé sus comentarios. La mayoría de niñas que lucían de doce años de edad. Le comentaron sobre lo lindo que era y esas cosas.

—Son sus compañeras de aula. —Ethan veía mi pantalla—. La subimos para que él nos promocionara. Conseguimos como quince seguidoras que, al final, solo prestan caso a lo que él publica.

—Oh... Solo tenemos treinta y cinco. —Le dí a seguir. Agregó mi cuenta en una lista especial para que pudiera publicar. Luego tomamos una fotografía juntos para presentarme. La subió con el título: “Lily, la nueva integrante de Darklins”.

—¿Qué opinarán de mí?

—No mucho, ellos es de milagro que comentan. Pero si alguno lo hace y es para andar de pervertido, lo bloquearé al instante.

—No toleraría ese trato, gracias.

—A propósito, ¿has vuelto a salir con el empresario que te llevó a comer pasta? —Recordé que le había comentado de mi salida al restaurante italiano.

—Este domingo me invitó al parque de Wisney —le dije contenta y quedó boquiabierto—. Iremos con su hermana y sobrino.

—¡Qué envidia! Esas boletas son carísimas.

—Me lo imagino. Ese lugar siempre ha sido imán de turistas.

—La más barata cuesta trescientos dólares y está restringida a unas cuantas atracciones. Y no hablemos de las filas. Las que soporté hace años fueron de casi una hora por atracción. Aun así fue emocionante.

—Aumenta mi emoción. —Sonreía.

—Me imagino que al ser rico, comprará vip.

—Qué alegría, no haré filas.

—Y ¿él cómo te trata?

—Se está portando bien.

—¿Te ha pedido qué seas su novia?

—No. El pobrecito anda estresado con el trabajo. Apenas tiene tiempo para pensar en otra cosa. Hmm... solo por curiosidad, ¿qué opinas sobre un presidente de ventas que se fija en la que limpia?

—Hmm... —Estuvo pensativo—. Cualquiera hubiera pensado y, perdóneme por esto, que buscaba algo fácil. Sin embargo, hasta te presentará con sus seres queridos...

—Eso me pone algo nerviosa.

—Opino que encontró en ti una cualidad que las mujeres de su círculo social no poseen.

—Y ¿qué podría ser? Esas mujeres de la empresa son muy educadas, se visten súper bien y muchas son genuinamente amables.

—Eso te tocará descubrirlo. Yo solo te aconsejo que si te pide ser su novia, te lo pienses seriamente. Ustedes es cierto que van bien, pero solo se conocen por dos semanas. Como dicen por ahí, nada bueno viene con apresurar las cosas.

Los chicos se nos acercaron para tomar un receso. Me saludaron. Arya estaba evidentemente fría conmigo; apenas me miraba porque temía a que le mencionara el asunto de Juliana. Eso destruyó el poco valor que Ethan me ayudó reunir.

—¿Cuál es tu problema, Kevin? —Arya se sentó al lado de Ethan. Abanicaba aire hacia su cara mientras recuperaba el aliento. Se había caído incontables veces intentando dominar su nuevo truco. Se provocó un rasponazo en el antebrazo derecho, de donde comenzaba a sangrar un poco.

—Perdóneme —le respondía Kevin—. Pero no importa que tanto te esfuerces, una semana es poco tiempo. Dudo que sobrevivamos los primeros grupos del sábado sin ahogarnos.

Ahogar era un verbo que entre patinadores, significaba ser derrotado.

—¡Demonios! —Arya pateó molesta su patineta. Rodó hasta entrar en la piscina y avanzar hasta una pandilla de niños. Uno de ellos la agarró contento y se fue a practicar en ella. Arya enseguida miró a Ethan a la cara.

—No me mires así, se la quito en un minuto. —Rodó los ojos.

—Relájate Arya, todavía nos queda el de equipos —avisó Kevin. Se le acercó para revisarle la herida. Dijo que lo mejor sería ir al centro del parque. Ahí había un kiosco en donde vendían que comer, incluyendo utensilios de primeros auxilios.

—En ese somos pésimos —protestó Ethan—. Samuel y Percy son una vergüenza, y yo ando oxidado.

El segmento de equipos consistía en la participación de cinco integrantes por pandilla. Cada uno tenía tres minutos para demostrar sus habilidades. Al

final se sumaban todos los puntos para determinar a la pandilla ganadora.

Ethan me explicó que Percy y Samuel eran tan malos que solo lograban disminuir puntos.

Ellos solo participaban en ese para calentarse para el individual.

—Por eso he decidido —informaba Kevin—. Buscar la ayuda de otra pandilla. Solo alcanzaremos la victoria si reclutamos a dos que sean tan talentosos como nosotros.

Todos lo miraron boquiabiertos. Fue la primera vez que saltó con una idea de esa magnitud.

—¿A quiénes tienes en mente? —le preguntó Ethan. Rosario se había sentado sobre su patineta, Arya se fijaba a que la poca sangre que se le salía, no fuera a manchar su ropa.

Kevin los miró a los tres a los ojos antes de suspirar y atreverse a responder esa pregunta.

—A la pandilla... Darkasfuk.

—¡Eh! —Ethan y Arya se impactaron.

—¡Pero ¿has perdido la cabeza, Kevin?! —Ethan se paró de la sorpresa. Dio varias vueltas alrededor del banco—. ¡Esto es una locura!

—¡Ni loca me doblegaré ante esos lacayos! ¡¡Los odio!! —pataleó Arya. Casi perdió la voz de tan fuerte que gritó “los odio”.

—¿Uh? Qué barbaridad... —Hasta Rosario quedó asombrado.

Yo estaba toda impresionada. Esos Darkasfuk absolutamente debían ser despreciables para ponerlos así.

Ethan se detuvo al frente de Kevin para enfrentarlo.

—¿¿Dónde quedó tu orgullo?! ¿qué ocurrió con tu gran detesto hacia esos imbéciles que lo único que han hecho es burlarse de nosotros?

—A veces la oscuridad se siente acorralada, sin más remedio que aferrarse a la profundidad —dijo su loquera—. Arya pasa por un mal momento. ¿Qué no te percatas que no tiene un techo donde vivir?

—¡Ella se puede quedar en mi casa todo el tiempo que desee!

—No es lo mismo. Ella se siente incómoda con extraños.

—¡No necesitas hacer esto por mí! —le reprochaba Arya—. No seas metiche.

—No te he pedido tu opinión, así que cállate. Ganaremos el de equipos para conseguir esos veinticinco mil dólares. Iremos ahora mismo a hablarles del asunto. —Se le acercó a Arya.

—¡Qué ni loca acepto tu idea! —le chilló.

—¡Ven conmigo! —La sujetó por una mano para forzarla a ponerse de pie e irse con él. Rosario se fue detrás de ellos sobre la patineta.

—Rayos... —Ethan se sentó a mi lado tras suspirar—. Hace tiempo que no veía esa determinación en su mirada. Pero, ¿asociarse con Darkasfuk?... Guau...

—¿Me explicas quiénes son?

—Mejor acompáñalos, Lily —me aconsejó—. Yo iré por la patineta para luego esperar a los vendedores de limonada.

—Está bien. —Me paré y corrí para alcanzarlos. Me moría de curiosidad por conocer a esos que tenían a Arya de esa manera. Kevin le sujetaba la mano con firmeza porque ella estaba que si él se descuidaba, saldría corriendo a otro lado.

Estuvimos de camino al centro del parque, cruzando por otras pandillas que practicaban, escuchaban música o charlaban.

Arya, fastidiada con Kevin, le propinó tremenda mordida en el antebrazo para que la soltara.

—¡Ay! —gritó Kevin tras liberarla. Ella enseguida emprendió la huida—. ¡Espera, no te vayas! —le gritó logrando detenerla.

Arya lo miraba atenta a correr en el momento en que él siquiera realizara un paso hacia ella.

—Tanta baba que has escrito sobre ellos en las redes sociales y mírate como vas directo, muy contento a arrodillarte —le criticaba—. ¿Qué tipo de contrariedad es ésta?

—¡¿Qué otra alternativa tenemos si buscamos la victoria?! —le reprochaba Kevin mientras se sobaba el antebrazo—. Acaso, ¿deseas pasarte tus días en la casa de Ethan?

—Hmm... Pues no, pero...

—Con ese dinero podrás pagar la renta de hasta cuatro años. Es solo soportar a esos imbéciles por un fin de semana.

—Pero entiende como me siento. Aún recuerdo como se burlaron de mí en aquel campeonato local de hace unas semanas. Se ríen de nosotros porque no tenemos dinero para participar en campeonatos fuera de la ciudad.

—Vamos, Arya. No me hagas perder tiempo. —Le ofreció una mano.

—¡Rayos!... —lo pensó por unos segundos—. Está bien, pero puedo sola. Continuamos hasta llegar al kiosco en el centro del parque.

Tenía un mostrador de cinco metros de largo, donde había frascos repletos de golosinas. En las paredes, había estanterías de comida chatarra: bolsas de papas fritas, paquetes de galletas, etcétera... Había una nevera con bebidas no alcohólicas.

El señor que atendía era alto, delgado, calvo, con un bigote que ocultaba su labio superior. Era uno de los primeros patinadores del estado. También de los que luchó con el gobernador para la construcción del parque. Por eso las pandillas lo respetaban. A menudo, los principiantes iban más a pedirle consejos que a comprarle. Vendía de lunes a viernes desde las dos de la tarde. Los sábados y domingos desde las diez de la mañana. Decían que en verano, vendía las empanadas más deliciosas de la ciudad.

—¿Qué le ocurrió a Arya? —Sonreía mientras la observaba. Ella miraba hacia un lado toda molesta.

—Lo habitual, un rasponazo —le contestó Kevin. Extrajo un billete de cinco dólares y lo colocó sobre el mostrador.

Él señor lo tomó. Fue a buscar unas cosas, y salió por la puerta del kiosco que quedaba en la parte trasera. Se nos acercó. En una mano sostenía una pequeña botella de alcohol puro. En la otra un estuche médico que combinaba blanco con rojo.

—Permíteme revisarte... —Se detuvo a su frente. Ella levantó su brazo hacia él para que observara su herida—. Arya, ten más cuidado. Tan joven, y ya con los brazos marcados de tanto caerse.

—¡Oiga, cállece y haga su oficio! —le habló mal. Él destapó el alcohol y le echó un poco por encima de la herida para limpiarla y evitar alguna infección. Arya gritó un poquito por eso. Luego él abrió el estuche y extrajo un rollo de venda médica. La cortó con una tijera y luego la ajustó con un clip metálico, cubriéndole bien la herida.

—Muchas gracias. —Kevin le ofreció un apretón de manos.

—¿Están preparados para el campeonato? —Esperaba contento sus respuestas.

—Dentro de poco —contestaba Kevin—. Vamos a hacer algo que dejará boquiabiertos a todos en el parque.

Se alegró y, en ese momento, me miró por primera vez. Me presenté amablemente y continuamos.

—Hablas cómo si los lacayos aceptaran... —decía Arya—. Joder, lo que me faltaba, tener que tolerar sus estúpidas risas.

—No tendrán de otra si quieren alguna vez alcanzar la victoria en un nacional —aseguró Kevin.

Mi teléfono comenzó a sonar. Quien me llamaba era Cristian. Disminuí el ritmo de mis pasos para hablar en privado.

—Hola Bonita, ¿cómo te va en este radiante día?

—Pues aquí soportando calor en un parque.

—Bronceándote, ¿eh? —Se rio—. Y yo aquí en la pizzería.

—¿Tan temprano y ya andas afanado?

—Aún no salgo a entregar ordenes. Ayudo al jefe a resolver un papeleo. Estamos cocinando una exquisitez. —Se rio.

—¿Cómo así?

—No creo que pueda contarte ahora mismo. Solo te puedo comentar que si todo sale bien, estaré súper feliz.

—Aw, eso me alegra mucho.

—Sí, ya verás que te sentirás orgullosa. Bueno, te llamé porque quería celebrarlo invitándote a salir mañana.

—En serio, ¿a qué hora?

—Desde las doce del mediodía. Te llevaré a un lugar especial.

—Ay, qué pena, pero no puedo. Ya tengo otro compromiso.

—Ay no, Lily, no me hagas esto. Vamos, si es por tu tía, ella puede ir con nosotros.

—Es que saldré, pero no con ella —tras informarle, estuvo en silencio total por cinco segundos.

—No puede ser, ¿se me adelantó alguien? —Se rio.

—Sí.

—¿Ese pana anda detrás de ti?

—Por favor, no lo veas de ese modo. —Evité ser directa porque recordé sus sonrisas y lo feliz que estaba por haberme conocido. Sentía que si era sincera en ese momento, cambiaría su manera de ser conmigo, y aún sentía que había muchas cosas que deseaba conocer de él—. Es una amiga del trabajo que me invitó al parque de Wisney con su hijo y hermano.

—Ah... bueno, ese lugar es chulísimo. —Se rio—. No olvides tomarte fotografías.

—Descuida. —En ese momento escuché a un señor que, supuse era su jefe, llamando su nombre.

—Hasta luego, Lily bonita. Quisiera verte más, pero nuestros horarios lo

complica. No olvides que estoy aquí para ti. Qué disfrutes mucho.

—Lo sé, es una lástima. Bueno, prometo que la próxima vez seré yo quien llame. Cuídate y buena suerte. —Terminé la llamada y tomé un gran suspiro—. Cielos, me puso algo nerviosa cuando cambió su tono desde que pronunció “pana”.

Apresuré mis pasos para alcanzar a los chicos. Recordé la manera en que Rosario miró a Cristian en el festival, y me le acerqué hasta sujetarlo por un brazo para que no fuera a escapárseme.

Lució nervioso y los otros dos miraron.

—Necesito preguntarle algo, ustedes sigan. —Sonreí y continuaron.

—¿Qué quieres? —Se sentía incómodo.

—Explícame, ¿por qué trataste a Cristian de esa manera?

—¿Christian?... —se preguntó. Se quedó callado mirando hacia los chicos con ganas de acompañarlos, hasta que forcejeó un poco y no tuve más remedio que dejarlo escapar.

—¿No lo conoce?... —Me quedé asombrada. Al alcanzarlos, estuve pensativa; su reacción me hizo reflexionar sobre lo que dijo Christian. No le sentía que le gustara, pero como bien Christian señaló, “se lo traga”. Ay, no sabía que pensar.

Comenzamos a llegar a una piscina alejada de las demás donde cinco chicos vestían de negro. Había un gordito sentado en el canto de la piscina, con un brazo encima de una bocina de donde disfrutaba de Heavy Metal. Del otro lado tenía un gran vaso con soda. Vestía una gruesa cadena que le colgaba por debajo del pecho. Cabeceaba al ritmo de la música mientras miraba en nuestra dirección.

Una pareja en la piscina, compartía una botella plástica de dos litros de soda de uva. La chica tenía un peinado extravagante de rizos puntiagudos. El chico vestía un abrigo con la capucha puesta, como si fuera inmune al calor de ese día.

Los únicos que practicaban, un chico y una chica, al vernos llegar se detuvieron impresionados. Salieron para recibirnos.

Eris era un chico de diecinueve años de edad. De la misma estatura de Kevin. Delgado, pero con buena figura; el desarrollo de los músculos de sus brazos relatava la hora diaria invertida en el gimnasio. Su cabello corto lo tenía teñido de un radiante rojo. Sus uñas estaban pintadas de negro. En el brazo derecho, tenía un gran tatuaje de un dragón que se extendía desde la



muñeca hasta el hombro. Su camiseta negra tenía estampada a la altura del pecho el nombre de su pandilla “Darkasfuk” en blanco con tipografía cursiva de diseño sangrante. La manga del brazo del tatuaje estaba rota. Cualquiera pensaría que era para lucir mejor el tatuaje, pero era porque él mismo no se cansaba de admirarlo. Se le había hecho hábito observarlo cuando no encontraba que hacer.

Anastasia era de dieciocho años de edad. Cuando tenía diez, emigró con su familia de Rusia. Dominaba el inglés como cualquiera del país, pero con un leve acento de su lengua nativa. Era de tres a cinco centímetros más alta que yo. Su largo y lacio cabello que le descendía hasta el abdomen era rubio, pero lo mantenía teñido de negro. Tenía densas cejas castañas y ojos azules delineados como Kevin. Vestía labial negro. Sus uñas estaban pintadas del mismo color. Vestía la misma camiseta que Eris, acompañada por unos shorts y tenis.

Nos detuvimos detrás de Kevin. Arya lucía inquieta.

—Pero miren a quién tenemos el honor de ver por estos rumbos... —Eris se nos acercaba sin quitarle los ojos de encima. Anastasia venía a su lado—. Al payaso ofensivo de las redes sociales.

—Eres merecedor de todos mis insultos —le respondió Kevin. Llegaron hasta detenerse a su frente. Anastasia le dio una sonrisa de menosprecio a Arya.

—Ven, escúpemelos ahora en la cara —le sugirió Eris tras acercársele aún más manteniendo el firme contacto visual—. Averigüemos que tanto coraje tienes cuando no te ocultas detrás de una pantalla.

Rosario mantenía la guardia, atento a reaccionar en un instante si era necesitado. Yo estaba algo alejada, incómoda con esos extraños. Arya no le quitaba la mala mirada de encima a Anastasia, dispuesta a entrarle a golpes en el momento en que Kevin o Eris tomaran la iniciativa.

A pesar del físico de Eris, Kevin no se dejó intimidar.

—Solo ustedes son tan despreciables como para burlarse de los principiantes en los campeonatos locales. No saben la cantidad de niños que han desmotivado. Quién sabe si uno de ellos hubiera llegado a ser un gran patinador.

Eris no lo soportó y se rio a carcajadas.

—Nunca cambias, siempre preocupado por la basura. Mientras más rápido conozcan su lugar, más rápido encontrarán su verdadera pasión. ¿O

me equivoco?

—¿Por qué crees que es tu responsabilidad escoger por ellos?

—Como el mejor del parque, es mi deber crear espacio para los que sí tomarán en serio el deporte.

—¿Es de verdad qué esto ocurre? —Reía Anastasia—. Se han arrastrado para defender a los perdedores. Aún recuerdo como gocé la tarde que reclutaron al niño de Percy.

—¡Ya verás, maldita! —Arya no lo pudo soportar más, pero Rosario corrió para retenerla con ambos brazos—. ¡Suéltame, joder!

Anastasia se le alejó antes de que tuviera la idea de patearla.

—Tan fea. —Le sacó la lengua.

—¡Te la cortaré, la cocinaré para los perros! —Le propinó un codazo en un costado a Rosario y ni así logró liberarse.

—Amárrala con una correa. —La observaba Eris—. Será un error si nos maltrata.

—¡Arya, cálmate! —le exigió Kevin—. No arruines nuestro esfuerzo.

Kevin le ordenó a Rosario mantenerla inmóvil hasta que se calmara. Nosotros nos alejamos. Me presenté ante ellos sin siquiera atreverme a ofrecerles un apretón de manos. Se burlaron porque Darklins continuaba la tendencia de reclutar a pésimos deportistas. Eris preguntó a qué rayos habíamos ido, y Kevin le informó que tenía una propuesta.

—¿Qué locura viniste a proponer? —Esperaba Eris.

—Te necesito a ti y a Anastasia para el campeonato.

Quedaron incrédulos; su desafiante rival se arrodillaba ante ellos pidiendo colaboración. Arya se había tranquilizado y ambos se nos acercaron. Kevin le advirtió seriamente que no toleraría otro berrinche. Eris le exigió a Anastasia que no la provocara.

—¿Qué gravedad ocurre para que te muerdas la lengua? —le preguntó Eris.

—Arya está sin hogar.

Eris la miró, y ella volteó hacia un lado llevándose una mano a la cara; ese intenso sentimiento de humillación le hacía sentir mal.

—¿Qué sucedió con tu hermana Juliana? Aún recuerdo cuando trabajaba en la lavandería de mi viejo.

—Supongo qué no soportaba las ganas —comentaba Anastasia—. De que cumpliera los dieciocho para echarla a la calle, que lo realizó antes. Es que

nadie soportaría por siempre a una arrimada.

Arya estaba tan harta, que ni siquiera la miró.

—Necesito discutir esto en privado —avisó Eris y se fue junto a Anastasia. Regresaron antes de cinco minutos.

—¿Qué decidiste? —le preguntó Kevin.

—Está bien, los veinticinco mil dólares se irán al bolsillo de Arya. Sin embargo, nosotros nos quedaremos con el trofeo y participaremos todos bajo el estandarte de Darkasfuk.

—Entiendo que te propongo algo inaudito, pero no permitiremos ser humillados en el proceso.

—Piénsalo bien, solo así aceptaremos.

Kevin nos observaba mientras pensaba que decidir. Sabía el historial de burlas, como ellos habían humillado a Percy. Como Anastasia miraba por encima a Arya y como Eris aprovecharía la ocasión para llevarse toda la gloria.

Sin embargo, no intentarlo por el orgullo, sería un arrepentimiento que se llevaría a la tumba.

—Trato hecho —le ofreció un apretón de manos. Anastasia les tomó una fotografía para anunciar nuestra alianza en las redes sociales.

—¡Pero ¿cómo pudiste, Kevin?! —Arya estaba decepcionada.

Kevin y Eris crecieron asistiendo a las mismas escuelas. Fueron desconocidos, compañeros de aula, amigos, enemigos y rivales. Al encontrar el amor por el deporte, fundaron sus propias pandillas.

Hace dos años, Kevin fundó Darklins con tres compañeros de aula, pero esos lo abandonaron a los pocos meses. Hace más de un año, Ethan conoció a Kevin y fue quien lo motivó a revivir a Darklins.

Arya había sido introducida al parque hace cinco años por una amiga que iba detrás de un chico que le gustaba. Pronto se enamoró del deporte. Kevin la reclutó un mes después de Ethan. Samuel fue reclutado en el verano pasado tras ser rechazado por otra pandilla debido a su sobrepeso.

Rosario ya era admirado en República Dominicana. La semana en que emigró, visitó el parque y Kevin tuvo la dicha de reclutarlo porque cuando él entraba, Ethan comenzó a hablarle. Percy se había motivado a participar en un campeonato local. Demostró no solo ser el gran novato que era, sino, temerle a las caídas. Eso provocó las burlas de Darkasfuk. Samuel le pidió a Kevin que le permitiera entrar a Darklins.

Arya se hartó de Darkasfuk y se fue sin mirar atrás a sentarse en un alejado banco. Después de unos segundos, decidí acompañarla.

Me senté un poco alejada. Observábamos una pandilla de chicas que parecían solo ir a tomarse secciones fotográficas con sus coloridas patinetas para lucirlas en las redes sociales.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó sin mirarme—. Es obvio que nunca agarrarás una patineta. No hace falta que estés viniendo a soportar el sol y las ocurrencias de Kevin.

—No digas eso, a mí me agrada cada uno de ustedes y aquí es donde compartimos más.

Una gran nube ocultó el Sol. La brisa nos refrescó. Sentí cuando Arya se quedó mirándome.

—Arya... ¿puedo darte mi opinión sobre el asunto de Juliana?

Se quedó callada.

—Pienso que estás siendo injusta. —Reuní el valor para enfrentarla.

—¿Y ella acaso no lo es?

—Ella te sigue queriendo como siempre. Tienes que comprender que cuando Gabino llegó a su vida, descubrió una clase de amor que no reemplaza el que siente por ti.

—¿Qué sabes sobre el amor?

—Pues bueno... nunca me he enamorado.

—Entonces, ¿para qué demonios lo mencionas? Lo único que veo es a un ogro que aprendió a recitar poemas y chistes baratos para engatusar a mi hermana. Ella permitió que él colocara su cosa en su cosa, el mocoso comenzó a crecerle en el vientre y se casaron. Éramos realmente felices únicamente las dos. Ella pasaba los días en la universidad y el trabajo. Yo en la secundaria y con mis amistades. Llegábamos a nuestro hogar a las siete de la noche y charlábamos sobre cualquier tontería, sin nunca aburrirnos. Disfrutábamos series de televisión, cuando cobraba visitábamos restaurantes de comida extranjera. Ahora no sabe ni donde poner la cabeza. Ha descendido la calidad de todo lo que hace. Ese hombre es detestable. No le importa aventarse pedos y se ríe de ellos como si fuera un chiste. No puedo compartir una película con mi hermana porque él siempre está ahí y sus pies apestan. Ella lo soporta toda contenta porque es sumisa. Junta a él comenzó a adorar ser mantenida.

—Tienes que verlo de esta manera... —pensaba con cuidado que iba a

decirle—. Ella atraviesa una nueva etapa en su vida donde navega sin nunca haber aprendido sobre el mar. Necesita a alguien que le muestre el camino para mantenerlo a flote.

—Se lo advertí muchas veces y nunca me escuchó. Ella misma se metió en medio del océano. Sabes lo que más me duele, que mis palabras en vez de despertarla, mataron lo poco que quedaba de ella. La prueba está en que ni siquiera me ha llamado. La perdí para siempre.

—Es cierto... a quien quieres jamás regresará, no como solía ser. Pero, ¿no te causa curiosidad qué nuevos aspectos de tu hermana descubrirás ahora que es madre?

Llegaron Kevin y Rosario. Arya estuvo pensativa mientras regresábamos a nuestro territorio. Me perdí saludar a Samuel y Percy porque ya habían comenzado a trabajar.

—Lily, Percy insistió e insistió a que te guardara tu vaso de limonada. Así que tendrás que tomártela. —Reía Ethan mientras me la pasaba.

—Ay, mi pancita... —Me la bebí para no hacerlo sentir mal.

Como había cobrado, a las doce y media les ofrecí pizza para el almuerzo. A las dos de la tarde, regresé al apartamento.

Tía descansaba de confeccionar las cortinas, disfrutando un programa de televisión mientras fumaba un cigarrillo. Le pregunté si necesitaba ayuda con algo en el apartamento, y me envió al cuarto de lavandería en el primer nivel para que lavara nuestro uniforme de trabajo, sábanas y demás ropa. Como estaba repleto de vecinos, regresé a las tres y media.

—Lily... —Tía acababa de endulzar dos tazas de café—. ¿Qué vas a vestir en Wisney? —Me pasó una. Intenté tomar, pero como estaba muy caliente, la coloqué sobre la mesa.

—Un pantalón jean que lavé con una blusa que pienso salir a comprar en una tienda cercana.

—Pero ¿estás loca? Él te presentará a su familia. Si te entregó su tarjeta fue por algo. No pienses que se avergüenza de ti, sino, que desea dejar boquiabierta a su hermana.

—Pero tía, me apena usar su dinero. Además, si voy cómoda, disfrutaré mejor las atracciones.

—Ay por favor, no pienses como niña. La única atracción aquí eres tú para él. Ya que decidiste darle una oportunidad a él en vez de a Cristian, al menos complácelo. Me desagrada un poco su manera de ser, pero lo

importante es que te quiera y trate bien.

—Bueno, ¿qué me recomiendas?

—Ve a comprar un vestido en el centro comercial. Te recomiendo las tiendas en el tercer nivel.

—¿Me acompañarás?

—No puedo. Llamé a Juliana antes de que llegaras. Le prometí llevarle su ropa al apartamento de su amiga. —Terminó el café y fue a colocar la taza en el fregadero—. ¿Quieres que alguien te acompañe? —sugirió hablar con alguna chica del edificio.

—Descuida, puedo ir sola.

Me lo bebí con unas galletas. Me duché. A las cinco llamé un taxi y salí camino al centro comercial.

Quedaba en la zona Este del centro de la ciudad. Era inmenso, sus paredes eran utilizadas para promocionar productos en grandes pantallas. En una de las más pequeñas, alcancé a ver una de la empresa donde trabajaba; promocionaban un set de cocina para niñas.

Al lado del centro comercial, había un gran edificio utilizado exclusivamente como estacionamiento. Avisté dos largas filas de vehículos; una saliendo y otra entrando.

El ancho camino hacia las puertas, tenía palmas de ambos lados decoradas con luces doradas al estilo navideño.

Mientras caminaba, veía la multitud entrando y saliendo. La mayoría eran chicos y adultos jóvenes.

Entré. Había tiendas de ambos lados de todos los tipos. En el centro había kioscos. Vi de teléfonos, gafas, servicio al cliente, incluso uno donde imprimían fotografías a gran calidad.

Era mucho más hermoso, acogedor y lleno de vida que el de Maine.

Antes de ir por la ropa en el tercer nivel, estuve andando para conocerlo. Cuando subí al segundo nivel y me estaba acercando a la zona de comidas, vi una espalda que me pareció conocida.

—¿Luis?... —A pesar de caminar entre personas, se notaba a leguas que andaba solo; era tan lento que desesperaba a las personas a su espalda. Lucía tenso, su mirada estaba entremedio del suelo y hacia adelante. Evitaba mirar a las personas a la cara, mucho más si eran de nuestras edades, para que sus nervios no aumentaran.

Vestía un pantalón jean, tenis negros y una camisa manga larga verde

oscuro.

—Es la misma cabeza y caminan parecido, pero... —Apresuré mis pasos porque me comía la curiosidad.

Al alcanzarlo y ver su rostro, me alegró estar en lo cierto.

—¡Hola, Luis! —Enseguida lo saludé con un abrazo.

—¡¿Li, Lily?! —Se espantó de la sorpresa.

—¡¿Estás perdido? ¿qué haces aquí?! —Reía—. Porque te juro que este es el último lugar del mundo donde te hubiera imaginado.

Alguien como él realizaría sus compras por *Internet*. La comida la compraría en un supermercado donde no vaya nadie conocido para evitar ser saludado.

Me miraba muriéndose de los nervios; incrédulo de habernos encontrado. Le inquietaba que por estar detenidos en medio del pasillo, molestábamos a quienes cruzaban.

—Vi, vine a ver una película. —Apenas pude escucharlo.

—Ven, vamos a una zona más tranquila. —Le di una palmada en la espalda para despertarlo.

Continuamos hasta detenernos al frente de una tienda de artículos deportivos después de la zona de comidas.

—¿En qué nivel está el cine?

—En el cuarto.

—Guau, pensaba que solo eran tres.

—Ahí solo está el cine.

—¿Qué película vas a ver?

—Ah... —Miró hacia un lado todo nervioso—. U, una que esperaba desde hace tiempo... se trata de... de... —Sudaba como nunca.

Se rindió.

—¡Oye, aquí no toleraré tu timidez cómo lo hago en el trabajo! O me dices o me enojo contigo. —Me hice la grosera para avivarlo.

—Es, es una película de... —Tomó una gran pausa—. Ro, romance...

Lo pronunció tan bajito y nervioso que apenas logré deducirlo.

—Guau, quién diría que te atraía ese género. —Me reí—. Quiero verla contigo, ¿puedo?

—¿Ah? ¿Co, conmigo?

—Ajá.

—Sí... vamos.

Recordé algo cuando le cruzamos a una tienda de ropa para bebés.

—Espera, yo vine a comprar ropa. —Me detuve—. ¿Cuánto dura la película?

—Dos horas y media.

Eran las seis con veinte minutos. Me preocupaba que a la hora de la película terminar, las tiendas de ropa iban a estar cerradas. Me dijo que yo podría venir a verla otro día, pero le insistí que deseaba verla juntos. Al final, buscó en su teléfono y descubrió que había otra función a las ocho de la noche. Decidimos esperar y lo invité a acompañarme al tercer nivel.

Ibamos subiendo en las escaleras mecánicas.

—Ahora que lo pienso... —Iba a su lado—. ¿No se preocupará alguien por ti si llegas tarde a casa? —La película terminaría a las diez y media.

—No.

—Comprendo. Entonces, ¿siempre vienes a ver películas?

—No.

Algo que me desagradaba eran sus cortas respuestas. Le llamé a tía para avisarle a que hora regresaría.

Llegamos al tercer nivel. Entramos en una tienda de ropa para todo público. Estuve revisando los vestidos y zapatos. Luis andaba callado detrás de mí, sin fijarse en los artículos. Cuando empleadas nos atendían u otras personas andaban cerca, sacaba el teléfono para aparentar estar distraído.

—¿No vas a comprar algo para ti? Me apena hacerte estar tanto rato en la sección de damas. —Realmente lo estaba echando porque quería revisar la sección de ropa interior.

—Hmm... no.

—Vamos, ve a ver gorras, quizás una te agrade. —Lo animé.

Se lo pensó varios segundos hasta que se marchó todo tenso.

Los vestidos que vi me parecieron anticuados y de mala calidad. Solo compré ropa interior y dos shorts. Fui a pagar con un billete de veinte dólares.

Cuando la señorita me entregó la bolsa, miré directamente hacia la sección de caballeros para avistar a Luis, pero había desaparecido. Estuve revisando ese lugar y no pude encontrarlo hasta que pasé por la parte delantera y lo encontré afuera, sentado en un banco con la mirada clavada al teléfono.

—No, pero este tipo es peor que mi hermano. —Tomé un suspiro



profundo antes de salir.

Notó como caminaba hacia él, y se paró guardando el teléfono en su bolsillo.

—Luis, vamos por unas zapatillas.

Me alcanzó y continuamos. La zapatería quedaba del otro lado del nivel. Al llegar a su frente, nos detuvimos a observar la gran variedad de calzado para mujeres. Entraban y salían muchas chicas, la mayoría charlaban animadas entre ellas.

Luis lucía muy nervioso. Incluso me señaló qué si podría esperarme sentado en un banco. Imaginé que la razón era la cantidad de chicas en ese local. Los pocos hombres eran empleados o andaban con sus parejas.

—Bueno, si es lo que deseas... —Entré sola.

En el taxi estuve pensando que clase de vestido comprar. Uno que no fuera tan descubierto en la zona del pecho, blanco o color pastel, que luciera veraniego, que no aparentara que me lo tomaba en serio. Acompañarlo con un bolso y unas zapatillas cremas sin tacones.

La zapatería era de cuatro pasillos de ocho metros de largo. La cantidad de clientes hacía incómodo caminar. Los empleados eran hombres, altos y apuestos, que lucían estar en la mitad de sus veintes. Vestían camiseta negra, pantalón caqui y zapatos negros.

Cuando anduve por el último pasillo del lado izquierdo, uno de ellos obstaculizó mi camino.

—¿Me concedes el honor de servirte, hermosa señorita? —Sonreía.

—Por supuesto.

—¿En qué estás interesada?

Le expliqué y me ayudó a buscar como por veinte minutos porque dos que me llamaron la atención, solo las tenían en el almacén de mi tamaño de calzado que era número seis y medio. Él regresó cargando cuatro cajas.

—Gracias. —Intenté tomarlas, pero las echó hacia un lado.

—Vamos a ver como te quedan.

Me invitó a tomar asiento en un mueble cercano a una estantería. Colocó las cajas en el suelo. Desaté el cordón de mi tenis izquierdo. Cuando fui al otro, no pude de tan mal que lo había atado.

—Yo te ayudo. —Enseguida se agachó.

—No, espera. —Intenté detenerlo. Ya había tenido la idea de quitármelo sin desamarrar el cordón, pero él fue bastante rápido.

Mientras él intentaba desatarlo aplicando fuerza con ambas manos, miré hacia el fondo y observé a unas chicas charlando animadas con un empleado, como si al final le fueran a sacar el número o invitar a algún lado. Más adelante había una pareja; la novia le señalaba que cajas alcanzar.

Logró desatarlos.

—¿Los ató un gladiador? —Se rio.

—No sé cómo rayos se apretó tanto.

Se tomó la libertad de quitarme ese tenis. Siendo honesta, su amabilidad me tenía incómoda. Hubiera deseado que me dejara sola, pero no tenía el coraje de pedirselo. Me quité el otro antes de que se ofreciera. Él extrajo las primeras zapatillas de la caja. Insistió en ayudarme a ponérmelas.

—Como que no te lucen las de suelas delgadas —opinó.

—Sí, tampoco me atrae como me quedaron.

Probamos con otras que eran más gruesas con un poco de tacón.

—Camina para ver cómo las sientes —me aconsejó.

Di varios pasos y fui frente a un espejo para apreciar como me lucían. Eran bonitas y cómodas, así que me decidí por ellas ahí mismo para no tener que molestarlo más. Como costaban cien dólares, no tuve más remedio que pagarlas con la tarjeta de Arthur.

Al mirar afuera mientras el cajero introducía la caja en una bolsa, observé a Luis solitario en un banco concentrado en su teléfono.

Me notó en el momento en que me senté a su lado. Él jugaba un juego de naipes.

—Oye, ¿te incómoda estar conmigo?

Apagó la pantalla y me miró un poco.

—No... es que...

—¿Mueres por ver la película y vine a molestarte?

—No...

Me paré.

—Entonces, no me dejes sola —protesté sin mirarlo y continué por el pasillo. Me alcanzó apenado sin atreverse a enfrentarme.

Llegamos al frente de una famosa tienda que vendía artículos de alto prestigio. Comprar ahí era el máximo estado de fanfarronería en las redes sociales. Si querías llamar la atención de miles, solo debías tomarte fotografías o realizar vídeos. Esa marca se llamaba “Guxxi”.

—Ven, Luis. Quiero ver los bolsos de Guxxi.

Se detuvo impresionado.

—Aquí venden muy caro... —me advirtió.

—Tienes razón, pero de donde vengo no hay sucursal y muero por conocerla.

Al entrar, estuvimos boquiabiertos viendo pantalones con precios de trescientos dólares. Vimos unos tenis blancos bien curiosos porque tenían pelaje de animal. Costaba ochocientos dólares.

Observamos una chaqueta que nos pareció estupenda. Su tela era estilo jean. Atrás tenía el estampado de un tigre de bengala rodeado por rosas y dos revólveres en la parte inferior. Cuando vimos su precio en la etiqueta, casi se me bajó la presión.

—¡Santo cielo! —Costaba cuatro mil dólares.

—Qué robo... —Luis ni se atrevió a tocarla, temeroso a ser regañado o mal visto por un empleado. Buscó la calculadora y descubrió que con nuestro salario, tardaríamos cinco meses y una quincena ahorrar esa cantidad.

Fuimos a la sección de bolsos. Había una estantería diseñada como pirámide donde en la cima estaba un bolso marrón de cremallera dorada; era el más popular de la marca. Costaba tres mil dólares.

Todos eran hermosos y elegantes. Fui a ver los del primer nivel de esa estantería.

—Ay no, qué torpe soy. —Lamentaba haber entrado porque ya me encontraría feos los de otras tiendas—. Deseo uno de estos...

Encontré uno que desde que lo sostuve, me hizo sentir sofisticada. Era blanco con la correa y cremallera dorada. Tenía una placa de oro de un lado con el nombre de la marca. Lo abrí, por dentro era dorado y tenía dos bolsillos. Era de un tamaño perfecto para mí. Tan precioso que no paraba de admirarlo.

—¿Me veo bien con él? —le pregunté y asintió con la cabeza. Cuando tuve el coraje de revisar su etiqueta porque temía desilusionarme, me percaté que costaba novecientos dólares—. Qué hago Luis, me fascina, pero... —Me lo estaba pensando mucho. Arthur me había dado hasta cinco mil dólares, pero gastarle esa cantidad me mataría de la pena.

—Es muy caro... —sugirió regresarlo a su puesto.

—Pero lo quiero. Quién sabe si vuelva a tener esta oportunidad.

Lo pensé y pensé hasta que me decidí.

—¿En serio?...

—Sé que es una locura, pero me tiene enamorada. Lo pagaré con la tarjeta de, hmm, que me prestó mi papá. —Casi solté la lengua—. Me regaló dinero suficiente para que no me preocupara si no encontraba empleo.

Pagamos. Al salir, se me acercó con ganas de decirme algo.

—¿Qué ocurre? ¿quieres ir al baño o comer algo?

—No...

—¿Entonces?

—Pensaba si podría... bueno...

—¿Qué intentas decirme? —A ese había que sacarle las palabras a cucharitas.

—Las bolsas... —Las señaló.

—Ah... —Comprendí que quería y se las pasé—. Gracias.

Continuamos el pasillo.

—Bien, Luis, me hace falta un vestido, y ya podremos ir a ver la película.

—Revisé que eran las siete con veinte minutos. Fuimos a una tienda de ropa donde solo había atuendos para adultos.

Mientras caminábamos en los relucientes pasillos, avisté una sección de cosméticos.

—Hmm, quiero labiales.

Luis venía detrás de mí. Una señorita se me acercó y le dio una mirada a la bolsa de Gucci, que me hizo sonreír un poco porque seguro pensó que era rica.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarle?

Miró a Luis medio raro porque él como siempre, evitaba mirar a las personas al rostro. Algo que evitó que ella lo saludara.

—Buenas noches. Quiero comprar varias cositas.

Me acompañó a la estantería de labiales donde conversamos sobre ellos por unos minutos. Terminé comprando tres rojos de diferentes materiales y tonalidades. También me convenció comprar un set de maquillaje.

—¿Algo más en que pueda ayudarle?

—Me hace falta un vestido y estamos cortos de tiempo. ¿Serías tan amable de aconsejarme uno perfecto para mí? —Me daba pena con Luis porque podría perderse los primeros minutos de algo que le motivó a ir donde se sentía incómodo.

—Por supuesto. —Me sonrió—. Vamos.

Fuimos hacia el otro lado de la tienda. Estuvimos revisando vestidos

como le había explicado que quería. Al final debatíamos sobre tres.

El primero era verde menta con una fina correa marrón pastel a la altura del abdomen. Sin mangas de cuello redondo y doble volante. De frente llegaba hasta la mitad de los muslos. Por atrás por debajo de las rodillas.

El segundo era blanco con flores que combinaban rojo con crema. De botones, con un cuello más descubierto y falda más ancha que el primero. Llegaba a la altura de las rodillas.

El tercero era el más sencillo y corto. Era un rosado pastel con flores y hojas en blanco, de tirantes delgados.

—Vamos a que te los pruebes. —La seguíamos—. Voto por el blanco.

—Uy, qué complicado es esto. —Suspiré. Personalmente, no me gustaron ninguno. Pero a falta de tiempo, necesitaba escoger el que menos me desagradaba.

Llegamos a los solitarios vestidores. Había carritos repletos de ropa que los clientes desechaban. La única persona ahí, era una empleada que estaba sentada, distraída con el teléfono. Tan pronto nos sintió llegar, lo guardó y se paró.

—¿Encontró lo que buscaba? —le preguntó a su compañera.

—Necesita escoger uno de entre tres.

La señorita me los pasó y entré en un vestidor. Luis se había quedado a sus espaldas, evidentemente incómodo con lo que acontecía. En el vestidor había un espejo que llegaba hasta el suelo. Coloqué los vestidos en un tendedero.

—Creo que me decidiré por el verde —pensé mientras me quitaba la blusa.

Como estaba tan silencioso, les escuchaba charlar sobre lo hermosos que eran y lo dificultoso que sería escoger.

—¿Eres su novio? —le preguntó la que atendía ahí.

—¡Cielos! —Me inquietó que lo molestaran con esa pregunta.

—Ah, bueno... —dijo la otra. Supuse que les negó nervioso con la cabeza.

—Pobrecito, todas las que le he hecho pasar... —Recordaba mientras me vestía con el verde cuando casi se ahogó cuando nos conocimos, la noche en que tuvo que realizar mis oficios y todo lo que ha sudado hoy por hacerlo andar de arriba a abajo detrás de mí.

Me ajustaba el cabello mientras observaba como me quedó.

No era un color que vistiera a menudo, ni siquiera había traído una blusa de ese color. En la zona del pecho me quedaba algo ajustado, pero no me hacía sentir incómoda. Me agradaba la sensación de su tela. Me hacía sentir segura, coqueta, alguien que a donde fuera robaría la mayoría de las miradas. Solo me encontré que no luciría sin un dije o pulsera. A pesar de que tenía, los olvidé en casa de mis padres.

Salí del vestidor.

—¿Qué les parece?

Me pidieron dar una vuelta completa. Una de ellas se me acercó para terminar de ajustar la cremallera en mi espalda.

—Sencillo, pero sofisticado —opinó la que atendía ahí.

—Quizás no sea el mejor color para tu tipo de cabello —opinaba la otra—. Pero no te queda mal.

—¿Qué opinará el caballero?... —cuestionó la que atendía ahí y las tres lo miramos.

Al ser enfrentado, no pudo tolerar el contacto visual y miró hacia el suelo muy nervioso.

—¿Luis, me veo bonita? —Le sonreí.

Su actitud ante otras personas me daba un poquito de vergüenza. Él asintió con la cabeza tras mirar un poco. Las otras no pudieron evitar reírse.

—Calma, que lo estás derritiendo. —Reía la que atendía ahí.

—Ah, no, él siempre es así. Todo le pone nervioso.

—Entonces, ¿cómo te hace sentir?

—Es agradable. Oye, compré un bolso blanco en Guxxi. ¿Crees que luzca bien con éste?

—Ay, por favor. —Reía la otra—. Ese bolso lucirá glamuroso hasta con ropa anticuada, así que por eso no te preocupes.

—Ve a probarte el blanco para que comience el debate. —Me invitó la otra y regresé al vestidor.

Me vestí con él y me miré ante el espejo.

—Oh cielos, qué bonito. —Fue imposible no sonreír; me hacía lucir muy linda. Las flores eran un complemento al color de mi cabello. Me encantaba que era más suelto que el verde. Aunque de tela era más sencillo, no se veía barato. Un punto en contra eran sus botones, pero al menos se camuflaban con las flores.

Me hizo sentir algo de nervios imaginar como iban a diferenciarse las

opiniones una vez saliera. Respiré un poco para relajarme y salí. La que había votado por ese se contentó mucho.

—Mi intuición no falla, sabía que te quedaría hermoso.

La otra asentía sonriente.

—El verde combina con tus ojos y luce más de tu posición. —En verdad creían que por el bolso de Guxxi era rica—. Pero éste va más acorde con tu edad. Se nota que a donde vas, irás a divertirte. Y la verdad, la textura de tu cabello anaranjado como que no va con el otro. Ya solo queda descubrir la opinión del caballero...

Otra vez le caímos encima con nuestras miradas.

Me impresionó que su timidez le permitió escapar un poquito de impresión y el diminuto asomo de una sonrisa. Asintió con mayor firmeza y nos reímos.

Como nos gustó más el blanco, me decidí por ese sin probar el último. Fuimos a pagar. Los labiales costaron veinte dólares, el set de maquillaje setenta y cinco, el vestido ciento veinticinco. Le agradecí a la tarjeta de Arthur por esos doscientos veinte dólares.

Salimos de la tienda.

—¡Misión completada! —Me alegré—. Vamos a disfrutar la película de romance.

Caminábamos por el pasillo hacia las escaleras de la zona Norte. Yo sostenía la bolsa del vestido, él las demás. A nuestro alrededor, caminaban menos de una docena de personas porque las tiendas de esa zona no eran tan visitadas, mucho menos a esas horas.

Mientras caminaba a su lado imaginando cómo me vería mañana, sentí cuando se detuvo. Observé lo impresionado que miraba la tienda a nuestro frente.

Era de artículos de arte. Vi lienzos, pinceles, sets de pinturas. En el escaparate, exponían cuadros de paisajes, animales y frutas. Me acerqué intrigada a analizar uno oscuro donde una chica rubia con alas como si fuera un ángel, le ayudaba a ponerse de pie a otra que tenía su rostro cubierto por su cabello naranja; lucía muy delgada y debilitada. La chica ángel sostenía una escopeta y vigilaba temerosa como si algo horroroso se acercara.

Luis se acercó mientras observaba deseoso una colección de pinceles.

—¿Quieres qué entremos? —Eran las siete con cuarenta minutos.

—Pero...

—Recuerda que los primeros cinco minutos muestran comerciales de otras películas, así que todavía hay tiempo.

—Cierto. Desconocía que esta tienda tenía sucursal aquí.

Entramos a revisar lienzos. La tienda era pequeña, pero acogedora. Su interés y conocimiento me habían convertido en la perseguidora. Me encantó que tenían música clásica. La que sonaba era una que conocía titulada *Lento E Molto Espressivo* del compositor francés *Claude Debussy*.

—¿Buscas algo para ti?

—Yo pinto.

—Guau, en serio.

Él quería sacar varios lienzos de la estantería, pero como tenía las manos llenas, fui a pedirle ayuda al único empleado. Luis, tímido como siempre, le pidió dos lienzos de diecinueve por diecinueve pulgadas y uno de dieciséis por dieciséis.

Él era tan amable que intentaba entablar una conversación con Luis sobre los pinceles y tipos de pinturas. Incluso le preguntó cuál era su estilo y si tenía una red social donde podría encontrarlo. Luis o contestaba con la cabeza, o se limitaba a respuestas de una palabra. Negó compartir su arte en las redes sociales.

Yo nada más lo observaba, preocupada que con ese comportamiento, nunca forjaría una valiosa amistad.

Invirtió ochenta dólares en lienzos, pinturas y pinceles.

—Qué tengan una linda noche. —Nos despidió sonriente—. Vuelvan pronto.

—Adiós. —Lo despidió Luis.

—Tú también ten una linda noche. —Salimos.

Continuamos el camino.

—Siempre suelo comprar por *Internet...* —me explicaba—. Hacía muchos años que no pisaba una tienda de arte.

—Sí, se te notó en el rostro lo feliz que te puso. Tengo ganas de ver lo que pintarás con esos colores. —Compró un naranja, color zapote, dorado y marrón claro.

—¿Ha, hablas en serio? —Sonrió un poco.

—Por supuesto.

Cuando alcanzamos la zona de las escaleras, nos topamos con una solitaria instalación artística que acaparó mi atención. Estaba compuesta por



una colección de nubes grises con estrellas en el interior de diferentes tamaños que parpadeaban a diferentes ritmos y tonalidades.

—Guau, mira Luis. —Le pedí que le echáramos un vistazo para tomarnos fotografías.

Coloqué las bolsas en el suelo y le pasé el teléfono. Me tomó cinco fotografías.

—¿Así está bien?... —Se me acercó pasándomelo.

—Sí, ven ahora tomemos una juntos. —Lo tomé y activé la cámara frontal.

—¿Es en serio? —Se puso nervioso.

—No tengas pena. —Me reí. Lo sujeté por un brazo para que posara a mi lado y la tomé. Salí sonriendo y él algo serio, nervioso, mirando directamente a la cámara con esa expresión como si lo hubiera tomado desprevenido.

—¿Sa, salí feo?...

Su pregunta me hizo reír.

—No te preocupes, quedamos bien. —Lo guardé. Mientras recogía las bolsas, noté que la instalación artística tenía una placa metálica en el suelo.

“Creada por Álvaro”, estaba escrito en la parte superior. Lo que decía debajo me dejó pensativa.

—¿Qué descansa en paz?... —Usualmente, esas palabras precedían las fechas de nacimiento y fallecimiento. Sin embargo, el espacio donde estaría la de nacimiento estaba vacío. Su muerte fue hace seis años—. ¿De qué murió? —le pregunté a Luis. La instalación artística se titulaba “Nubes y estrellas”. Me llamó la atención su buen estado a pesar de estar disponible al público y haber sido creada hace tantos años.

—De irrelevancia —contestó. Enseguida lo miré con cara de “¿qué tontería dijiste?”.

—No relajés, ¿cómo puede alguien morir de eso?

—Es la declaración oficial. —Recogía las bolsas—. Yo siempre pensaré que su muerte se debió a la falta de talento, pero esa es solo mi opinión.

—¿Qué tontadas dices? Me encuentro cautivador a Nubes y estrellas. El ritmo en que parpadean una detrás de otra, te invita a observarlas y pensar si existe algo más de lo que se ve a simple vista. —Cada ciertos segundos, las estrellas se iluminaban al mismo tiempo y luego parpadeaban a un ritmo que me pareció simular los latidos de un corazón.

—¿Cautivador? Todas esas estrellas son falsas. —Mi observación pareció

caerle mal.

Pensé que como era una ignorante del arte, no era debido cuestionar sus palabras. Subimos al cuarto nivel.

Llegamos al cine. El gran letrero de entrada era uno arqueado que daba la bienvenida al Cinema Pino. Cuando íbamos a las filas para las taquillas, un empleado se nos acercó para impedirnos el paso.

—Está prohibido entrar con tantas bolsas —nos informaba con mala cara como si nosotros ya sabíamos esa regla—. Tendrán que pagar un casillero.

Lo acompañamos a un oscuro pasillo para introducir las en uno. Tras Luis pagarle diez dólares, le entregó la llave.

—Qué ladrones —le cuchicheé mientras caminábamos detrás del gruñón para ir por las taquillas. Luis me asintió con la cabeza.

En la fila observé las pantallas donde informaban sobre las películas. Ese fin de semana se estrenaba una muy popular donde súper héroes formaron una alianza para derrotar a un malévolo villano morado que amenazó con convertir en polvo a la mitad de la población del universo.

Le pregunté a Luis si quería verla. Confesó que ese género no le llamaba a la atención. Pensé, no solo era tímido, sino, algo aburrido porque esas eran las emocionantes.

La que fuimos a ver se titulaba “Joven y estúpido”.

Tras pagar las taquillas, nos permitieron entrar.

De un lado había largos mostradores, estanterías y neveras de alimentos. Del otro había entretenimiento; máquinas donde introducías monedas, y con una grúa, intentabas agarrar y extraer peluches y otros objetos. También había videojuegos clásicos y de gafas de realidad virtual.

El pasillo continuaba hacia las salas. La nuestra era la ocho.

—¿Qui, quieres palomitas?... —me ofreció nervioso.

—Sí, vamos a comprar.

Hicimos una fila de cinco minutos. Al llegar nuestro turno, el chico explicó que las bolsas costaban diez dólares. Luis pensaba pagar por dos, pero lo detuve, insistiéndole que una bastaba; ya había gastado treinta y seis dólares en las taquillas y casillero. Ofreció que comprara algo más y tomé una caja de chocolate de bolitas coloridas.

—¿Se van sin algo para tomar? —Esperaba el chico.

—No me apetece —negué porque me desagradaba tomar pausas para el baño en medio de las películas. Luis asintió con la cabeza.

Salimos de esa multitud y nos dirigimos hacia la sala.

—¡Hora de la película! —dije contenta—. Joven y estúpido suena a que será comedia romántica. A mí me encanta reír.

—Hmm... —Abrió la puerta y la sostuvo para permitirme entrar.

Lo primero que llamó mi atención, fue la gran pantalla que llegaba de un extremo de la pared al otro. Mostraba publicidad de otras películas. El audio era envolvente.

Las pocas personas que vi eran parejas. Conté hasta seis distribuidas de una manera que cada una tenía su rincón de privacidad. A lo lejos del otro lado en la oscuridad, avisté a un pobre solitario. Pensé que así de penoso se vería Luis si yo no hubiera aparecido de repente a su frente.

Luis analizó cuales asientos estarían más alejados de los demás y ahí nos fuimos a sentar. Eran en el centro, tres filas más arriba de la mitad.

Tomamos asiento. Coloqué las palomitas en nuestro centro y comí un poco.

—Están ricas —comenté mientras abría la caja de chocolate. Luis tomó una palomita. Comí dos bolitas de chocolate—. ¿Quieres?

Miró la caja deseoso, pero su timidez le ordenó que negara.

—¿Por qué eres así conmigo? —No pude tolerarlo más—. ¿Hay algo en mí que te moleste?

Negó apenado.

—¿Es por qué soy mujer?... —Debía averiguarlo porque era inaudito que un hombre a sus veintitrés años de edad, se comportara de esa manera con tanta firmeza. No quería cometer la inconsciencia de pensar que tenía problemas en la cabeza porque apenas empezaba a conocerlo.

Tardó varios segundos para negarlo.

—Entonces, ¿por qué no puedes relajarte cuando estoy a tu lado?

Mi miraba temeroso a los ojos. Noté cuando movió sus labios, reuniendo el valor para decirme, pero desistió dejando caer su mirada.

Decidí no presionarlo, no sin antes mirarlo decepcionada, porque supuse que terminaría arruinándole la noche.

—Tengo una idea. —Vacié la caja de chocolate sobre las palomitas—. Así las compartiremos sin problemas.

Me concentré en la pantalla. Sentí cuando introdujo su mano y extrajo palomitas junto a bolitas de chocolate.

## Comenzó la película.

La primera escena inició con la cámara enfocada en el rostro de una chica de largo cabello castaño. Lentamente, fue alejándose mientras se inclinaba hacia la derecha, revelando que ella iba en el asiento del pasajero de una camioneta en la carretera mientras descansaba la cabeza sobre la ventanilla.

En su rostro percibí cansancio y algo de nervios.

Narraba como hace diez meses conoció por *Internet* a quien describió como diferente; la escuchaba, le demostraba preocuparse por ella. Le hizo sentir por primera vez que cualquier sueño era alcanzable. Que a pesar de no haber presencia física, el lazo emocional era tan único, que juró era quien el destino había encargado para que compartiera los mejores momentos de la vida.

Sin embargo, contó que dos meses atrás ella publicó en la red social una fotografía donde posaba con un amigo. Esa noche recibió la llamada de su novio donde, no solo conoció la magnitud de sus regaños, le demostró inseguridades que la terminaron afligiendo. Tan ofendida se sintió, que ni le tomaba las llamadas. Hasta que un día lo hizo y él se disculpó, pero nunca volvió a ser igual. Desde que la sentía fría, le regresaban sus inseguridades.

Como la relación iba cuesta abajo, él decidió realizar el gran paso de viajar a su país por siete días.

Y ahí iba ella, camino al aeropuerto. Hubiera deseado sentirse tan alegre que evitar sonreír sería un reto, pero todo lo malo hasta le hizo lagrimear por gran parte del camino. Temía mucho a que él en persona no fuera como esperaba, a que discutieran en el primer momento que estuvieran a solas.

A pesar de todas las horas que habían invertido conociéndose por teléfono, no pudieron evitar tratarse como extraños en el primer día.

Luis y yo nos manteníamos comiendo palomitas. Pasaron los minutos y ya había transcurrido varios días en la película.

Al romper el hielo, se trataron de maravilla, mejor de lo que pudieron

imaginar. La cuestión de los celos parecía enterrada. Sin embargo, en el tercer día mientras ella salió al baño, él recibió una llamada de una prima. Cuando sintió que ella regresaba, intentó cortar la llamada y, cuando ella entró en la habitación, ocultó el teléfono.

Ella se encontró extraño su gesto y le preguntó con quién hablaba. La manera en que él le explicó, como dejando saber que sus inseguras preguntas eran un fastidio, solo intensificó la recién duda nacida en ella. Le gritó que no era justo que ella haya recibido todos sus insultos por una fotografía, y cuando buscaba respuesta, la tratase de esa manera tan baja.

Cuando llevé mi mano a la bolsa de palomitas, terminé tocando la de Luis. Repentinamente, él extrajo la suya, y lo miré con ganas de decirle que eso no le apenara, que no me había molestado o me hacía sentir incómoda. Pero como no se atrevió a mirarme, no dije una palabra.

En la siguiente noche y, tras ambos embriagarse, ella no lo soportó más y comenzó a echarle en cara las veces que la insultó. Terminó desahogándole que sus inseguridades, arruinaron el amor tan puro que al principio sentía. Él se disculpó sintiéndose terrible. Le confesó que era un tonto, incapaz de controlar sus impulsos. Se abrazaron y lloraron hasta quedar dormidos.

Al siguiente día, volvieron a pelear porque ella tardó dos horas en aparecer en el hotel y él supuso que se había escapado con su supuesto amante.

Me incomodaba que ellos lloraran tanto por una situación tan absurda. Es que la evidencia estaba a sus narices. Él se encontraba en su pueblo, que le costaba a ella invitar a su amigo para que se conocieran y se percatara que no sucedía nada entre ellos. O a él, ¿era tan complicado mostrarle el historial de llamadas y que ella comprobara que en realidad sí era su prima?

Era solo que cada uno comprendiera las raíces de sus inseguridades para volver a estar bien y disfrutar de sus escasos días juntos.

Me había percatado que Luis desde que tocamos nuestras manos, no había vuelto a intentar comer palomitas.

—En serio me molesta —pensé ir a reclamarle sin importar que lo interrumpiera, pero lo que vi me dejó congelada. Noté como lágrimas descendían por su rostro mientras miraba la película.

La situación de esa pareja entristecía porque ellos en verdad se amaban. Pero a mí en lo personal me causaba más impotencia que otra cosa porque ni siquiera les cruzó por la mente sentarse de frente a dialogar sus diferencias.

Eran unos brutos. ¿Tan imposible era gritarse que nada ocurría? Que ninguno había traicionado el amor que se sentían. Definitivamente, eran jóvenes y estúpidos.

Al final se observaron una última vez de lejos en el aeropuerto. El viaje solo empeoró la relación y decidieron terminar a pesar de todo lo que sentían, bla bla bla...

La cámara cambió a una escena donde atardecía.

Un lado de la pantalla, mostraba la parte trasera de la camioneta en donde ella regresaba a su hogar. Del otro, un avión que cada vez desaparecía más en el horizonte. Cada escena se alejaba de la otra mientras la pantalla oscurecía.

## Fin de la película.

—Qué disparate. —Fue lo primero que se me vino a la mente. Observé como Luis se limpiaba la cara. Me preguntaba que tipo de persona era y que sucesos había vivido para ser tan sensible ante una historia de ficción.

—¿Estás bien?... —Me paré.

—Sí... —Le apenaba que lo haya visto.

Fuimos por las bolsas y salimos del cine. Él andaba como si la relación que se había terminado fuese la suya. Pensé que de ninguna manera él con esa timidez había pasado por esa experiencia.

Íbamos bajando por las escaleras mecánicas.

—Esa película —decía y me miró—. De verdad fue una sorpresa para mí. Nunca había visto algo similar. Seré sincera, no me gustó.

—Lo siento, debí explicarte de que trataba.

—Me gustan las historias con finales felices. Salir sonriente de la sala, no sintiendo melancolía. ¿Tan difícil fue sentarse un momento a discutir sus diferencias? Me tenía molesta la actitud de ambos.

—Hmm... A veces se ve tan simple, pero en realidad no lo es.

—En serio, solo era que se comprendieran y buscaran una salida. Tirar todo ese supuesto amor a la basura fue un desperdicio. Bueno, ¿por qué te atrae ese tipo de películas? No me digas que es porque te gusta sentirte deprimido.

—Me... me hace olvidar quien soy.

—En serio, ¿cómo así?

Llegamos al primer nivel.

—Está bien, no te preocupes.

—Hmm... —lamenté que no quiso contarme.

Salimos del centro comercial. La brisa estaba un poco agitada y algo fría. De noche era que se veía bonito el camino de las palmas con sus luces doradas.

Fuimos a unas aceras donde estaba un autobús y varios taxis. Me pasó mis bolsas y luego se quedó mirándome, de espalda a la puerta del autobús.

—Luis, un día de estos quiero que me muestres tu arte. —Tenía curiosidad por descubrir que había dentro de su cabeza.

—Está bien.

—Que para ese día, tu actitud conmigo haya mejorado.

—Lo, lo intentaré —aseguró nervioso.

El chófer salió avisando que arrancararía en menos de dos minutos. Las personas alrededor apresuraron sus pasos para entrar.

—Bueno, qué tengas una linda noche. —Le sonreí.

—Adiós, Lily.

Se giró para entrar, pero no realizó un paso. Me quedé observándolo y luego pensé que quizás se le había olvidado algo. Revisé las bolsas para asegurar que solo sostenía las mías.

Volteó a mirarme, manteniendo el contacto visual, a pesar de que evidentemente le costaba.

Intentó decirme algo por varios segundos, pero sus nervios le impedían pronunciar siquiera una palabra. Cerró sus ojos y tomó un gran suspiro para intentar relajarse un poco. Los abrió mirando directamente los míos.

—A, a, amé tu co, compañía... —Casi se murió.

Me impresionó que, por lo menos, logró pronunciarlo sin retirar su mirada. Admiré que su determinación por dejarme saber como se sintió, derrotó por unos segundos su timidez.

Sonreí y me le acerqué hasta darle un beso en la mejilla.

—Qué la próxima sea con un final feliz.

Asintió sonriendo un poco.

Se montó en el autobús. Yo en un taxi.



## Capítulo diez:

### ¿Somos estúpidos?

Me levanté a eso de las ocho de la mañana. Desayunamos bizcocho seco con chocolate caliente.

A las nueve cuando estábamos en el sofá charlando sobre lo que compré ayer mientras en la televisión pasaban un reportaje sobre un desfile de moda en Los Ángeles, comencé a recibir una videollamada de mi madre. Al contestarla emocionada, me llevé la grata sorpresa de encontrarla en el sofá, acompañada por mi hermano de un lado y mi padre del otro. Mi padre bebía café y mi hermano lucía que fue forzado porque andaba con la mirada clavada a su teléfono.

—Mi hija, y ¿cuándo es que regresas? —Mi padre añoraba las mañanas de los fines de semana donde subíamos al ático a disfrutar de sus discos de antaño mientras desayunábamos o jugábamos en la mesa de *ping pong*.

—Quién sabe. Cuando pase un día sin sonreír. —Me reí.

—Mira, Lily... —Mi madre le quitó su teléfono para mostrarme la pantalla. De fondo tenía una fotografía mía donde tenía cinco años de edad; sostenía feliz una barquilla de helado que me acababa de comprar. Como buena niña, siempre me volvía loca en esos veranos que cruzaba el vendedor.

—Aw, papi tan lindo. —Hace años tenía el hábito de solo poner fotografías mías en su teléfono y computadora.

—Cuñado, no sufras. —Reía tía—. Se la cuida muy bien.

—Y tú, Tonto —llamaba la atención de mi hermano porque en ningún momento miró la pantalla—. ¿No piensas saludarme?

—Juraba qué no querías volver a saber de mí —protestó sin mirar.

—Sabes porqué lo hice. Detesto cuando me tratas mal aún sabiendo que no soy loca.

Mi padre no se alborotó porque, despacio y entre llamadas, fui explicándole que tenía amigos y que a veces me invitaban a dar una vuelta o algo. Mi madre era quien estaba que no me halaba de una oreja porque no podía porque por nada en la vida quería que me estuviera relacionando con “muchachos de barrio”. Había pensado que con Arthur sería distinto, pero aún no se lo mencionaba porque quién sabía como tomaría que me llevaba casi diez años de edad.

—Tú sabes que cualquier sonrisa te compra. —Me recordaba mi hermano—. Todavía recuerdo tu cara de torpe cuando descubriste que te estafaron en aquel evento público.

Se refería a una vez hace años donde un señor se me acercó con la grandiosa oferta de un set completo de discos de una serie que para ese entonces era mi favorita. Al llegar a casa, descubrí que solo estaba el primer capítulo y los demás discos estaban sin contenido.

—Mi pobre hija pasó esa noche llorando. —Recordó mi madre.

—¡En ese entonces era una boba de doce! —chillé—. Ese ladrón se apoderó de mi mesada de tres meses.

—Ay si yo encontraba a ese malandro... —decía mi padre—. Ni su madre lo iba a reconocer de la tremenda paliza que le iba a propinar.

Nos reímos. Recordé que él perduró dos días rondando el pueblo en la camioneta intentando encontrarlo.

Mi hermano se puso de pie tras introducir su teléfono en el bolsillo.

—Hermana, si te vuelvo a llamar y no contestas, será la última. Nos vemos en el segundo... —Se fue.

—¿En el segundo qué, nivel? —No supe a que se refirió—. Y ¡cielos! Ni que fuera mi empleo mantenerlo al día de mi vida, solo para que reproche mis acciones.

Estuve conversando muy a gusto con mis padres por alrededor de quince minutos. Les comenté lo que había ocurrido con mis amigas, Juliana y Arya, y como las apoyaba. Mi madre me comentó que con las reuniones que asistía para intentar echar a la compañía leñadora, los pueblerinos reconocieron su

espíritu de líder y le propusieron postularse como gobernadora del estado. Ella amablemente rechazó, explicando que ese cargo no era de su interés. Solo aceptó una oficina para representar los intereses de nuestro pueblo en caso de una situación similar. La compañía leñadora todavía no había sido derrotada, pero sus maniobras fueron aplazadas hasta otoño.

Dejé el teléfono cargando sobre el sofá. Tía había terminado los últimos toques a la primera cortina que sería para la cocina. Fuimos a retirar la vieja y le ayudé a ponerla.

—¡Qué bonita! Hasta se siente más fresca la cocina.

—¡Gracias!

Conversamos sobre Juliana. Gabino había despertado, pero todavía no hablaba debido a la operación de la mandíbula y que la tenía hinchada. Cuando intentaba mover su cuerpo, le provocaba tanto dolor en la parte baja de la espalda que hasta lagrimeaba. Por eso los médicos lo mantenían sedado.

Las amistades de Juliana tenían planeado empezar el lunes una campaña en el campo universitario para ver si reunían esos diez mil dólares que se necesitaban para su tratamiento.

—¡Esa muchacha es una vergüenza! —Tía estaba que si se topaba con Arya, hasta le pegaría una chancla—. Es inaudito que trate a su hermana con ese desprecio. Eso sí, andar detrás de bichos en ese parque de vagos, eso sí no se lo quita nadie.

No me atreví a comentar sus palabras. Salió afuera a fumar un cigarrillo. Comencé a recibir una llamada, y corrí a averiguar de quien se trataba.

—¡Es Arthur! —grité contenta y lo contesté—. ¡Buenos días, ¿cómo amaneciste?!

—Bien. Escucha, decidimos ir a las dos de la tarde. No pasaremos por ti porque tenemos otro compromiso. Así que contraté a un chófer que te buscará a las una de la tarde.

—Ah bueno, Cariño. Gracias por avisarme. —Supuse que visitarían a alguna amistad que vivía por los rumbos del parque.

—Nos vemos. —Terminó la llamada.

Anoche tía y yo debatimos como me arreglaría. Acordamos que iría al salón de belleza ubicado en la plaza comercial. Ella había llamado bien temprano para establecer una cita. Quedó programada para las once de la mañana.

Eran las diez con veinte minuto.

—Lily, ya vete a duchar. Recuerda no mojarte el cabello.

Me duché y, mientras me preparaba, tía llamó un taxi. Llegué frente a la plaza comercial cinco minutos antes de la cita.

Cuando atravesaba el estacionamiento, alcancé una motocicleta que tenía una canasta en el frente. Me detuve curiosa al percatarme que el señor tenía ahí un pequeño cerdo.

—Aw, qué bonito. —Me acerqué a contemplarlo. Otros hicieron lo mismo. El señor contó que se lo ganó en una apuesta a un amigo granjero, y que se lo regalaría de cumpleaños a uno de sus nietos. El cerdito estaba tranquilo, mirando a todos lados. Me pareció tan adorable que me le acerqué para acariciarle la cabeza. Pero para mi sorpresa, tan siquiera lo toqué y volteó rápidamente molesto a intentar morderme la mano.

El señor se disculpó. Continué mi camino, con el corazón agitado del susto.

Llegué frente al salón de belleza.

Era una sala de por lo menos diez metros de largo. Las paredes estaban pintadas de blanco. La del fondo tenía un mural; coloridas flores donde prevalecían las rojas y moradas. Detrás de ellas, se ocultaba la cabeza de una mujer a quien solo se le veía la mitad del rostro; su cabello negro se curveaba como las olas del mar y terminaba en flores. Encima de ella a la derecha, se encontraba en grande el nombre del local. Se llamaba *Fuoco*.

De cada lado había cinco tocadores; sus espejos tenían luces en las orillas. Había lavabos y secadoras de pelo.

Cinco empleadas atendían a las clientas: tres maquillaban, dos arreglaban el pelo y la última se lo lavaba a una niña. Una señora barría el piso.

En el fondo, había cuatro asientos bolsas de frijol o *bean bag*. En uno estaba recostada una chica a quien no le podía ver la cara porque se la ocultaba con el libro que leía. Su portada amarilla me hizo suponer que era una novela.

Tenían música romántica latina. La mayoría conversaban animadas sobre sus familias, el día a día y productos de belleza.

—Buenos días... —saludé algo tímida porque apenas dos me miraron. Di varios pasos con el plan de ir hacia la primera que me invitara. La señora que barría se detuvo a mirarme.

—¿Eres Lily Scott, cierto?

Era alta con algo de sobrepeso, de cabello castaño, corto y rizado. Tenía

una larga frente y pocas cejas. Sus ojos eran claros color café; usaba pestañas artificiales y un poco de maquillaje. Tenía un lunar encima de sus labios del lado derecho. De edad se acercaba a los sesenta. Su sonrisa me pareció agradable.

—Así es, señora. —Mientras me le acercaba, vi que había llamado la atención de unas cuantas; las saludé algo tímida. Ella miró la hora en un reloj de pared. Recogió la basura y la depositó en un cubo. Me invitó a seguirla al último tocador del lado izquierdo.

—Hasta parece mentira que una clienta llegó a tiempo —le contó a su amiga la del tocador vecino, y ambas se rieron—. ¿Será por qué es nueva?

—Sí, pero ahorita se le mete la maña de las demás. —Rieron aún más.

Me contaron que las clientas acostumbraban a llegar casi siempre quince minutos tarde. Les presumí que las norteñas tomábamos la puntualidad con seriedad. Esa tontería hizo que me relajara, y tuvimos una amena conversación donde me preguntaron mi edad, de donde venía, a qué había ido a Carolina del Norte, sobre mi familia, entre más...

Tomé asiento. Ese se giraba completamente sobre su eje. Ella se me acercó por detrás y comenzó a tocarme el cabello mientras yo la observaba a través del espejo.

—Hmm, lo tienes reseco y algo enredado —explicó.

—Lo sé. —Sentí algo de pena—. Antes de mudarme, lo mantenía con productos de calidad porque allá se me reseca aún peor. Aquí no tengo secador y utilizo productos del supermercado. En el trabajo, en un parque y a veces en casa, lo mantengo recogido.

—Descuida, tu cabello es menos rizado que el mío, pero lo entiendo a la perfección. Haré que te quede precioso.

—Gracias.

—Tengo en mente como te lo arreglaré, pero ¿has venido solo para eso?

—Hmm, estaba pensando que quería pintarme las uñas.

—Perfecto.

—Pero, ¿crees qué me alcance el tiempo? Tengo que salir a las una de la tarde.

—Descuida. Además, alguien más me ayudará. —Se tomó la libertad de girar el asiento hasta detenerlo de frente hacia el mural—. Ves aquella chica de allá... —Me señaló a la que leía con el libro frente a su rostro. Como estaba cerca, me percaté que en realidad no era una novela. Era un libro de

texto titulado “La ciencia detrás de la unidad aritmética lógica”.

—¿Quién es ella? —Me encantó el color verde limón de sus uñas.

—Es mi hija menor. Trabaja conmigo los fines de semana. Se está comiendo ese libro porque en unos días tendrá examen.

—Ah... se nota que es muy aplicada.

—Así es. —Sonreía—. De mis cinco hijos, ella es mi mayor orgullo. Diana, ya ven —la llamó.

Ella descendió el libro de su rostro para mirarnos. Tras bostezar, lo cerró para dejarlo sobre el asiento, y se puso de pie.

Diana tenía veinte años de edad, de una estatura de ciento sesenta y cinco centímetros. Su cabello castaño era más rizado que el mío y le llegaba hasta el abdomen. Heredó los ojos de su madre, vestía unos grandes lentes circulares con la montura roja. Una larga camiseta rosado pastel con el dibujo de una gran fresa en el centro, acompañada por unos *leggings*, o pantalón ajustado, corto que le llegaba por encima de la mitad de los muslos; de pie casi parecía como si solo vistiera la camiseta. Sus tenis blancos deportivos estaban algo sucios como si los utilizara para correr por las mañanas.

En la muñeca izquierda vestía tres pulseras: la naranja representaba el Sol, la verde con azul la Tierra, la blanca la Vía Láctea. También llevaba un dije plateado de la mitad de un corazón.

Cursaba su segundo año en una universidad tecnológica, donde estudiaba ciencia y matemática avanzada. Su ambición era colaborar en el algoritmo para la inteligencia artificial y los procesadores de mecánica cuántica.

La expresión de Diana se traducían a alguien que soportaba las ganas de dormir. Antes de venir, agarró su teléfono y revisó su pantalla por varios segundos. Me encontré adorable su cubierta de un cerdito.

Su madre le explicó que haría, y llegó a mi frente.

—¿Cómo estás? —me saludó sin mirarme mucho.

—Bien, ¿y tú?

—Con sueño... —Colocó el teléfono sobre el tocador. Se sujetó el cabello para recogerlo en una cola.

—Mi hija, ¿te aprendiste lo que estudiabas?

—Un poco. La mecánica cuántica es muy compleja; siento que se me derretirá el cerebro. —Suspiró.

Diana buscó un estuche repleto con los utensilios que utilizaría. Trajo un spa para pies para llenarlo de agua. Su madre me pidió seguirla a un lavabo.

Me colocó una toalla alrededor del cuello y me pidió inclinar la cabeza hacia atrás. Abrió el grifó y comenzó a mojarme el cabello. Diana había comenzado su oficio cortándome las uñas de los pies.

—¿Se las pintará? —preguntó Diana.

—Por supuesto —contestó su madre.

—Y ¿de qué color?

—Hmm... —Estuve pensando.

—De rojo. —Se me adelantó la madre, y acepté porque ya había dialogado con tía de que combinaría con el vestido.

Mientras me lo lavaba, me masajeaba el craneo de una manera que lo hizo sentir placentero.

Cuando Diana no hablaba con su madre, tarareaba o cantaba las canciones románticas que sonaban en la radio.

Ella había introducido mis pies en el spa y luego había hecho lo demás. Su madre había terminado de lavármelo y me estaba poniendo productos que le darían mejor forma y brillo.

—Mira, Diana. —Su madre atrajo su atención; ya ella estaba en la manicura—. Mira qué bonito es el cabello de Lily.

—Sí —admitía—. Me encanta su tono otoñal.

—Gracias.

—¿Recuerdas cuándo de niña contabas que soñabas casándote con un pelirrojo?

—Ay, mamá, solo sabes desenterrar lo embarazoso —se apenó y su madre se rio.

—Aún sonrío cuando recuerdo el brillo de tus ojos cuando contabas como te sentías cuando él te sostenía de la mano. Decías que esos sueños eran un regalo del destino por portarte bien.

—Mira, ya crecí, y descubrí que no eran más que sueños tontos, originados por las series de televisión que consumíamos.

—No, tú desde que comenzaste esos estudios, te has vuelto bastante fría. Ahora todo lo tuyo es lógica.

—¿Quieres qué crea en magia, fantasmas y el mal de ojo? Esas tonterías no son más que productos del folclore. Nuestra existencia se rige ante la matemática.

—Ajá. —No iba a dejarse convencer—. Dices eso porque Lily aún no te presenta a su apuesto hermano.

—¡Eh! —Nunca se lo describí, pero la manera curiosa en que Diana me miró a la cara, me causó algo de gracia—. Él es alto, inteligente, se preocupa por quienes quiere y tiene una agradable sonrisa. Si quieres te paso su número. Estoy más que segura que se llevarán de maravilla. —Como él era programador, imaginé que una vez rompieran el hielo, no habría ser humano que los callara con todos esos intereses que compartían.

—Calma que yo tengo novio.

—Ah, lo siento —lo lamenté porque en verdad quería ayudar a motivar a mi antisocial hermano.

—Lily, no te desanimes que ellos tienen problemas —enfaticó su madre—. Él es apuesto y todo eso, pero tiene la mala maña de ser muy amigable con cualquiera, a veces hasta más que con mi hija. Eso siempre me ha dado mala espina.

—¡Mamá, ya basta! —protestó—. Así lo conocí y aprendí a querer.

A pesar de todo, no parecía muy contenta. Sucedió algo en esa relación que no se atrevía confiarle ni a su madre.

—Sabes que todavía me duele que tú toda ilusionada le regalaste la mitad de tu dije en San Valentín, y solo lo vistió un día.

—Porque a él le desagradan las joyas. —Diana estaba un poco harta del tema—. Mejor hablemos de otro asunto. Lily, ¿qué estudias?

—Hmm... no estudio.

—En serio, y ¿a qué te dedicas?

—Tengo un trabajo de medio tiempo por las noches —contesté.

—¡Ay no, niña! —le mortificó a su madre—. Inscríbete a estudiar aunque sea historia. Malgastar tus mejores años de juventud, podría llevarte a un profundo estado de depresión. Mira, mi hija de casi cuarenta años de edad, tiene tres hijos, y hasta el día de hoy vive de cheque en cheque, estresada hasta las nubes. Nunca me cansé de aconsejarla, pero ella es una cabeza dura.

—Hmm, bueno, pensaré que hacer... —Sus palabras me hicieron sentir algo inquieta e incómoda. Diana le pidió que me dejara en paz, que apenas me conocía para estar entrometiéndose. Sin embargo, no se calló hasta que Diana propuso que un día de estos me invitaría a su campo universitario.

Transcurrieron los minutos. Mientras su madre terminaba de arreglarme el cabello, ella me pintaba las uñas.

Al final, no podía despegarme del espejo, muerta de la sonrisa. Nunca antes mi cabello lució tan fabuloso; brillaba, se notaba lleno de vida. Ese



color en las uñas me quedaba de espanto.

El servicio costó cuarenta y cinco dólares, y a cada una les regalé veinte de propina. Pagué con la tarjeta de Arthur. Cuando salí ya eran las doce con veinte minutos. Me quedé cerca de la puerta esperando al taxi. En eso salió Diana.

—Gracias. —Le sonreí.

—Gracias a ti, vuelve pronto. —Sonrió un poco y continuó su camino; iba a comprar en el supermercado.

Cuando llegué al apartamento, corrí a vestirme porque temía a que se me fuera a hacer tarde. Tía me ayudó con el maquillaje. Me contó que le trajo hermosos recuerdos de cuando en sus veintes salía con mi madre.

Terminé de prepararme utilizando uno de los labiales y un poco del mejor perfume que había traído; el mismo que utilicé cuando fui al restaurante italiano.

Tía estaba deslumbrada. No se cansaba de decirme lo preciosa que lucía. Le presté mi teléfono y fuimos a la sala de estar para que me tomara varias fotografías.

—Es una pena que no podamos compartirlas con Martina. —Se me acercó para mostrármelas.

—Su perdición por paranoica. Ven, vamos a tomar afuera.

Salimos y el pasillo prácticamente se convirtió en un estudio fotográfico; me fascinaba posar con ese glamuroso bolso de Gucci. Ella me pedía mantener la sonrisa, como si las fuéramos a publicar en alguna revista.

Fui halagada por vecinas que en esos momentos entraban o salían de sus apartamentos.

—Rayos, pero este sol no da tregua. —Ya comenzaba a sudar la frente. Lamenté no haber tenido la idea de complementar mi look con gafas de sol.

Tía se había acercado a la puerta para estar bajo la sombra.

—Compraré un abanico cuando vuelva a cobrar. —Abanicaba aire hacia su cara.

—Descuida, lo compraré yo. —A la pobrecita apenas le alcanzaba el salario para la mensualidad del apartamento y los alimentos. Además, me había enterado que, porque vine a vivir con ella, la administración del edificio le iba a subir el coste del agua para la próxima mensualidad.

Vi en el teléfono que faltaban dos minutos para las una.

—Bueno, tía, deséame suerte.

—Qué la pases genial, mi preciosa sobrina. —Me despidió con un abrazo —. Qué dejes embobado a tu enamorado.

Tan solo me reí.

Cuando ya iba en el primer nivel camino a las aceras, avisté que frente a la puerta del conductor de un vehículo negro con ventanillas oscuras, esperaba el chófer; vestía un esmoquin y sombrero negro.

Tras confirmar mi identidad, me saludó amablemente y abrió la puerta trasera. Me monté. Los asientos eran de mucho mejor calidad que los taxis regulares y estaba impecable. Tenía una agradable temperatura y aroma a canela.

—Cielos, qué servicio —pensé impresionada mientras me colocaba el cinturón de seguridad. Acomodé el bolso Guxxi a mi lado y hasta pensé ponerle un cinturón de tanpreciado que era.

Al alcanzar la primera luz roja, preguntó que género musical deseaba escuchar. Le permití que pusiera a su gusto, y sintonizó una emisora de rock alternativo.

El parque de atracciones Wisney, quedaba en la región Oeste del estado; conocida por sus extensos bosques y fauna.

Disfruté del tranquilo viaje en la carretera. Al tomar la salida, entramos en una larga calle en medio de grandes árboles. Como a los cinco minutos, comenzamos a alcanzar la zona del parque.

Era impresionante. Alcanzaba a ver las diferentes montañas rusas, ruedas de la fortuna, etcétera... Lo que más llamaba a la atención, eran tres enormes castillos.

El de la izquierda, tenía un diseño minimalista y algo cuadrado. Era azul, con líneas azul oscuro que de noche brillaban del color que los administradores desearan.

El central era el más grande. Me impresionaba su diseño clásico de cuentos de hadas.

El último lucía sacado de un libro infantil. Las coloridas paredes tenían diseño de suspiro de pastel en los bordes. En los balcones había figuras de personajes de dibujos animados. En la azotea central había una gran estrella amarilla.

Le cruzamos a los extensos y repletos estacionamientos de ambos lados de la calle. Las personas salían y continuaban el camino por las aceras. La mayoría eran familias y grupos de amigos. Muchos niños correteaban como

si no soportaran las ganas de llegar.

Dentro del estacionamiento y, por pocos segundos, avisté algo que me dejó boquiabierto. Se trataba de un alto y hermoso caballo blanco. Me pareció curioso que al lado tenía un adorable poni de su mismo color. Varias personas les tomaban fotografías como si fueran celebridades.

El chófer me explicó que en el fondo de ese estacionamiento, se encontraba un establo porque muchos de esa región acostumbraban a ir en ellos. Tanto así que se convirtió en tradición que el primer sábado de cada mes, se juntaran como si fuera un desfile. La administración de Wisney no tardó en ver una manera de sacarle provecho, y lo convirtió en una atracción oficial. Tan popular que atraía personas de todos los rincones del mundo.

Como la calle se había congestionado, llegamos casi al minuto a la entrada. El chófer continuó hacia una acera exclusiva para que los taxistas desmontaran o recogieran pasajeros.

Al estar repleta, esperamos por un espacio para estacionarnos porque el chófer insistió que su etiqueta le prohibía desmontar pasajeros en medio de la calle.

Las puertas de entrada estaban a unos cincuenta metros de donde me encontraba. Había varias filas:

La general era tan larga que llegaba hasta las aceras. Estaba mal organizada porque a los padres les costaba mantener tranquilos a sus niños.

La segunda era más calmada. Tenía una longitud máxima de veinte metros. Fue obvio que era la vip porque muchos vestían evidentemente mejor. Hasta los niños eran más disciplinados.

La última era para la tercera edad y discapacitados. Observé a unos cuantos en sillas de ruedas.

Me acerqué a la ventanilla para inspeccionar la multitud en búsqueda de Arthur. Lo encontré a veinte metros hacia la derecha. Vestía zapatos marrones y pantalón jean color crema, acompañados por una camisa polo blanca; en su cuello tenía enganchada sus gafas de sol. También vestía un reloj dorado.

Al principio cuando lo avisté, miraba hacia la calle, pero se había volteado hacia la multitud que venía de las aceras, como a esperar a que yo saliera de entre ellos. Sostenía su teléfono. A veces miraba la pantalla por varios segundos. Me encontré raro verlo sin su familia.

—Qué bonita tarde, señorita. —Se removió el cinturón e intentó

desmontarse para abrirme la puerta, pero repentinamente le pedí que me esperara un poco. Encontrar a Arthur esperando por mí en medio de ese sitio tan lleno de vida, me hizo sentir algo nerviosa.

—Yo te aviso cuando...

Semanas atrás y, durante años, una situación similar solo era concebible en sueños.

En mi niñez creí que la fuerza de voluntad era el combustible para todo lo alcanzable. Convertirme en una persona que enorgullezca a mis padres y compartir la vida con la pareja ideal, pensé que desearlos con firmeza los haría realidad.

En la adolescencia, nunca creí estar más equivocada.

Cuando la vida me golpeó y todo se derrumbó, me encerré en la idea de que el destino no era mío para manejarlo. Que solo era una pequeña pieza de su tablero, y me tocaba vivir sin protestar el rol que se me fue otorgado.

Me inundaron las inseguridades. No quería ver a nadie, y nadie sabía que existía. Las paredes de mi habitación me brindaron confort. Observar el mundo a través de un pedazo de cristal, me mantuvo lejos de perder la cabeza.

Mi cumpleaños número veintiuno, marcó el principio del declive de mi conformidad porque no solo me sentí más sola que nunca, desde entonces, cada emoción positiva en mí fue fingida porque me atemorizaba aceptar mi infelicidad, mucho más preocupar a mis seres queridos.

No importaba a donde fuera a acomodarme, siempre terminaba sintiendo que me asfixiaba. El cielo amanecía cada vez más gris. Las redes sociales eran un desfile de increíbles y perfectas vidas.

El día más importante fue cuando reuní a mi familia. Siempre supe que la sinceridad costaba montañas de agallas, pero romper la barrera que te permite alcanzarla, oh cielos, no creo que haya vivido otro día donde lloré más.

Y con mucho esfuerzo, logré escapar. Llegué a donde empecé a aprender a sentirme genuinamente feliz.

El cielo siempre me recibía con una radiante bienvenida. Había empezado a querer a muchas personas. Incluso mi empleo me gustaba porque a pesar de ser un pequeño rol, contribuía al bienestar de los empleados que diseñaban juguetes que terminaban en las manos de niños alrededor del mundo.

Si se hubiese detenido ahí, nunca hubiera presentado una queja porque estaba más que agradecida. Sin embargo, la vida dijo “todavía hay más”, y

me presentó la sorpresa de que también encontraría a quien podría abrirle mi corazón.

Veinte segundos después, le avisé al chófer que me sentía preparada, y salió a abrirme la puerta.

Arthur estaba de espalda hacia mi dirección; se había distraído con un niño que lloraba porque cuando se cayó, se causó un rasponazo en una rodilla. Cuando llegué a su espalda, antes de que fuera a llamar su atención, él se giró como si me hubiera sentido.

Me ponía tan nerviosa el pensar que me había arreglado para él y estaba a punto de enfrentar que tipo de reacción obtendría. Si me halagaba, me iba a sentir en las nubes por el resto de la tarde, pero si le daba igual, me iba a sentir decepcionada.

—Bu, buenas tardes, Arthur... —Mis nervios no me permitieron ni intentar abrazarlo.

—Así qué ya habías llegado. —Se quedó mirándome a la cara, hasta que creí que notó lo nerviosa que lucía.

—Hace poquito.

Me miró de arriba a abajo y los nervios me congelaron. A pesar de todo, no demostró una reacción en particular. Si lo analizaba a fondo, lucía como si algo ajeno a mí le incomodara.

—¿Esperaste por mucho?... —le pregunté.

—Vamos a la fila, Lily —suspiró y se colocó sus gafas—. Este bullicio me hace sentir desorientado.

Los niños y niñas gritaban de la emoción; muchos como locos. Correteaban por todas partes. Incluso varios cruzaron entre nosotros.

—¿Dónde está tu familia? —Caminaba a su lado.

—Mi sobrino necesitaba ir al baño.

—Ah, bueno.

Fui a mi bolso para extraer su tarjeta de débito.

—Gracias... —Intenté pasársela.

—Debiste regresármela en el trabajo. —No le agradó, pero la tomó.

—Arthur... ¿qué sucedió en esa reunión? —Recordé lo estresado que estaba el viernes.

—¿De qué hablas?

—Ya sabes, la originada por los juguetes defectuosos. —Nos colocamos en la cola de la fila vip.

—¿Por qué preguntas? Ese no es tu asunto.

—Ay, no seas así. Solo tengo curiosidad.

Me contó que salió de ahí estresado porque intentaron culparlo. Pues resultaba que alguien de su departamento, cometió la torpeza de no atender una llamada de las fábricas en China. Cuando volvieron a llamar, fue atendida por un nuevo empleado que no supo dar las direcciones correctas.

Debido a los descuidos de su jefe Bartolomé Monroe, Arthur estuvo atareado atendiendo negocios en Europa, y por eso no le dio mayor importancia a esos cargamentos que nunca antes habían presentado problemas.

Los ejecutivos de la tienda estuvieron enfadados porque esos juguetes eran muy esperados por su clientela. Incluso habían logrado récord de preventas.

La empresa no solo se disculpó, los compensó con el doble de ganancias en juguetes vendidos por tres meses.

Bartolomé asistió a la reunión y, como un cobarde, no asumió sus responsabilidades. Solo miraba mal a Arthur, esperando a que él dijera algo incongruente para escupirle en la cara su primer error en años de excelente desempeño.

Arthur hasta me confesó que salió temblando de esa reunión porque sintió que sería su fin. Ni recordaba la noche de ese día de tanto que bebió encerrado en su apartamento.

De milagro sobrevivió sin un golpe a su carrera.

—¿Es tu jefe incapaz de comprender el estrés que sufres? —Me apenaba ser la única que reconocía su esfuerzo.

—Ese desquiciado siempre ha sufrido de falta de empatía.

Siguió contando que Bartolomé gozaba de un talento extraordinario para los negocios. Era severo; de firmes decisiones y capaz de exprimir desempeño hasta del empleado más holgazán.

No fue hasta que conoció a Lindsay, que las debilidades florecieron en él. Andar de puntitas detrás de ella, se había convertido en su prioridad.

Cuando le pregunté cómo se conocieron, contó que ella fue contratada hace dos años tras graduarse de diseño gráfico e industrial. Fueron presentados en una fiesta de empleados y seis meses después se casaron.

Arthur presentó las boletas y, tras colocarnos una pulsera electrónica roja que nos entregaron, entramos al parque.

Al frente había un precioso jardín donde estaba formada la palabra “bienvenidos” con coloridas flores.

Existían tres caminos:

El izquierdo representaba el futuro; dedicado a franquicias nacidas desde la época de películas creadas en computadoras. En la entrada, había casillas de ambos lados donde empleados entregaban gafas de realidad aumentada. Con ellas, eras capaz de visualizar personajes, elementos, objetos y edificaciones, integrados a la realidad como si en verdad existieran.

El camino derecho era el colorido; decorado con arcos que iban de un color a otro y se expandían hasta donde alcanzaba la vista. Se veía la montaña rusa más cercana. Vi en función una atracción donde un gran gusano sobre rieles iba a gran velocidad realizando vueltas y entrando en túneles. También vi las sillas voladoras y otras atracciones...

El camino central era el más normal y elegante. Comenzaba con un paseo por el jardín donde te encontrabas estatuas que contaban la historia de Wisney. Había árboles podados con las siluetas de personajes clásicos, que recordaba haber conocido de niña en las películas animadas.

Aunque los castillos de los lados eran ingeniosos, el central se llevaba la medalla por ser más impresionante. Me atraía mucho su diseño. Había aprendido que muchas de sus habitaciones y salas, recreaban las de las películas.

A nuestro frente se había acumulado una indecisa multitud. Familias dialogaban sobre cual camino escoger. Los niños eran hipnotizados por las atracciones del colorido. Los adultos eran invadidos por la nostalgia del central. A los adolescentes les interesaban descubrir que encontrarían una vez vistieran las gafas de realidad aumentada.

Me preguntaba qué camino escogeríamos. Si en mí estaba, escogería el central para estar más tranquila, disfrutar su compañía y recordar mi infancia. Sin embargo, si hubiera venido con mis amigos, hace rato estuviera en el colorido, loca por disfrutar de cada atracción.

Arthur se detuvo, avisando que ahí esperaríamos a su familia. Luego se distrajo con su teléfono. Al acercármele con la intención de husmear, descubrí que leía un artículo sobre la tienda de juguetes. El titular informaba que le desembolsaron la mitad del precio a los clientes en disculpa por el inesperado aplazo.

Cuando iba a aconsejarle que por lo menos esa tarde olvidara el trabajo,

alguien que corría del otro lado y por detrás de mí, colisionó un poco conmigo y, si no me hubiera sostenido de Arthur, me hubiera caído.

Era alguien vestido con un disfraz de un gato blanco, que continuó su camino de la misma manera, casi chocando con otras personas. Dos segundos después, cruzó otro por mi lado. Ese estaba vestido con un disfraz de un puma.

Me molestó mucho que no tuvo la gentileza de por lo menos gritar una disculpa. Ellos corrieron al camino colorido, como si se les hubiera hecho tarde llegar al acto donde debían trabajar.

—¡Qué grosero! —gruñí con ganas de agarrar algo y pegárselo en la cabeza.

—¿Qué trato fue ese? —Arthur se sintió indignado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Mi corazón se había agitado—. Gracias a que me aferré de ti.

—¿Quieres realizar una queja? —sugirió ir a la casilla de atención al cliente.

—No, descuida. Como no pasó del susto, hagamos como si no hubiera ocurrido. —No permitiría que eso me arruinara la tarde.

Casi dos minutos después, avistamos que de entre la multitud por el camino colorido, salió una mujer que venía hacia nosotros sosteniendo de la mano a un inquieto niño, que forcejeaba por regresar a las atracciones. Era la familia de Arthur.

Su hermana tenía veintiocho años de edad y una estatura de ciento setenta centímetros. Su lacio pelo negro, le llegaba por debajo del pecho. Vestía una elegante blusa blanca de lunares, pantalón negro un poco ancho de los muslos para abajo y de tela lisa. Tenía un bolso blanco. Vestía un reloj con correa de cuero de cocodrilo y su anillo de matrimonio. En su antebrazo izquierdo, tenía un tatuaje mediano de una pluma. En su tobillo derecho, tenía una media luna, acompañada por pequeñas estrellas que iban alrededor formando una pulsera.

Su hijo era de seis años de edad. Su corte de cabello lucía refrescante; solo tenía por encima y lo llevaba peinado hacia un lado. A diferencia de su madre y tío, tenía los ojos azules. Vestía una camiseta roja con el estampado de caricaturas. Un pantalón jean y tenis deportivos que combinaban rojo con negro.

Ella lucía ajetreada por el comportamiento de su hijo, pero cuando



alcanzaron nuestro frente, me miró con una sonrisa.

—¡Hola, Lily! —me saludó con besos y abrazo—. Es un gusto al fin conocerte.

—El gusto es mío. —Me puse un poco nerviosa porque como sabía mi nombre, imaginé que interrogó a su hermano—. ¿Cómo te llamas?

—Morgan Fay.

Llamó la atención de su hijo para que me saludara, pero como él estaba molesto, actuó como si no le importara.

—Se parece mucho a su tío. —Me reí un poco.

—Te cuento que se parecen tanto. —Reía Morgan—. Que siempre que salimos, hay quienes imaginan es hijo suyo y no mío.

—Yo hubiera pensado igual. —Reí y luego me agaché frente a él para saludarlo con un abrazo. Él, tímidamente, se me acercó sin mirarme mucho y me abrazó—. ¿Cómo te llamas?

—Owain... —contestó y lo solté. Al pobrecito incluso se le habían aguado los ojos porque veía a otros niños correr libres como locos hacia las atracciones—. ¡Vamos, mamá! Yo me quiero montar en el gusanillo —chilló casi al borde de llorar.

—Ya te había dicho qué iremos más tarde a esos. No me hagas enojar tan temprano —le regañó.

—Pero... —Se le acercó a su tío. Arthur guardó el teléfono para prestarle caso.

—¿Ya olvidaste el videojuego? —le preguntó.

—No, pero...

—Escucha a tu madre, más tarde iremos.

Owain no tuvo más remedio que secarse las lágrimas y obedecer.

Morgan me contó que él estuvo toda la mañana saltando feliz porque moría por jugar una nueva atracción de un videojuego de realidad aumentada. Como se encontraba en el castillo futurista, decidimos tomar el camino izquierdo.

Cuando hicimos la pequeña fila vip, a cada uno nos entregaron gafas de realidad aumentada.

Eran de grandes lentes transparentes y montura negra. Sus varillas eran anchas porque ahí estaba la batería y otros componentes.

La señorita nos pidió vestirlas para testarlas, y nos guió a una plataforma circular sobre el suelo. Cuando me las coloqué, me sorprendí al visualizar el

logotipo de Wisney flotar sobre la plataforma.

Se veía con una calidad impecable. Me incliné a su alrededor para apreciarlo de diferentes ángulos; era como si en verdad estuviera ahí. Owain fue a tocarlo y su mano lo traspasó.

A todos nos funcionaron a la perfección. Realizamos el primer paso dentro del camino y enseguida aparecieron muchas cosas.

—¡Oh santo cielo! —Me detuve totalmente asombrada. Lo que veía era de otro mundo.

El cielo parecía sacado de una fantasía. Vi un arcoíris doble más ancho y visible que los naturales. Sobre nubes a la altura de un poste de luz, había chozas muy bonitas con ventanas circulares y tejado azul, que parecían una comunidad de enanos. Puentes de madera las conectaban. En el centro estaba la nube mayor, donde vi atracciones y puestos de comida. Detrás de las chozas, estaba la nube más alta. En esa dormía un gran dragón verde que cuando exhalaba, botaba fuego por la nariz.

Bien alejado detrás de los castillos, se alcanzaba a ver una docena de dragones, volar en todas las direcciones.

—¿Crees que se acerquen? —le preguntó Morgan atemorizada a su hermano.

—Aunque lo hagan, no son físicos. —Arthur no se dejaba impresionar.

—Si sucede, solo quítate las gafas —le aconsejé.

—Guau, qué bonitas. —Owain iba feliz tocando unas flores virtuales al lado del camino que se movían como si fueran conscientes. Al pasarles la mano, se convertían en humo colorido, y a los pocos segundos regresaban a la normalidad.

Más adelante había un grupo de personas rodeando una mariposa de alas rojas del tamaño de un perro adulto. Expulsaba chispas y flotaba a un metro y medio de altura.

Morgan, Owain y yo, atravesamos curiosos la multitud.

—Mira mamá, qué bonita. —Se le acercó hasta tocarle un ala y, para sorpresa de todos, la mariposa comenzó a revolotear a su alrededor mientras expulsaba aún más chispas.

—¿Se habrá molestado? —Me reí. Owain lució un poco asustado. Cuando Morgan decidió sujetarlo para irnos, la mariposa se detuvo y comenzó a brillar tanto, que no éramos capaces de verla. Muchos se preguntaban qué ocurría. Brillaba tanto, que me dieron ganas de quitarme las

gafas.

En menos de ocho segundos, su luz disminuyó revelando que se había transformado en una hada.

Era del tamaño de una mano, de pelo castaño y ojos verdes. Vestía un vestido rojo y en su mano derecha sostenía una varita.

—¡Bienvenidos a Wisney! —saludó contenta—. Si necesitan la asistencia de una ingeniosa hada como yo, solo levanten la mano.

Varios lo hicieron, incluyendo Owain.

—¡Magnífico! —Levantó la varita y, de un destello, se multiplicó en una docena. La de Owain se le acercó y continuamos.

—¿Me regalarías dinero si te lo pido? —le preguntó Owain y nosotras miramos curiosas.

—Mi oficio es darte direcciones y explicarte las atracciones. —Se rió media nerviosa. Me impresionaba lo inteligente y natural que actuaba. La tecnológica del parque era increíble.

La hada nos contó que desde que el dragón dormilón ocupó el empleo de guardián, ningún ogro se atrevió a volver a robarle a los enanos. Owain asustado, le preguntó qué si corríamos el riesgo de ser espantados por ogros. Ella explicó que solo aparecían en ciertas noches o en eventos celebrados en Halloween o el día de los muertos.

Cualquier curiosidad que Owain encontró, le preguntó al hada.

Transcurrieron los minutos. Disfrutamos de muchas atracciones interesantes. Después de tanto caminar, llegamos a una zona de kioscos de comida que conectaba con los tres caminos. Por esa razón, estaba repleta de personas.

Owain enseguida comenzó a saltar demandando helado con galletas de chocolate. Estuvimos inspeccionando y encontramos un kiosco no tan abarrotado. En el frente tenía mesas de esas pequeñas, altas y redondas con solo dos sillas.

Esperamos nuestro turno en la agitada fila. Owain quería comprar un tazón inmenso que traía hasta frutas, solo porque regalaban un juguete, pero Morgan no se lo permitió. Solo le concedió comprar barquillas, y eso pedimos todos. Morgan de fresa y chocolate con nueces, Arthur menta con chocolate, y el mío de vainilla con coco.

Morgan y Owain fueron a compartir una mesa. Arthur y yo nos fuimos a sentar en una media alejada de ellos porque era la única desocupada. Nos

habíamos quitado las gafas porque en esa zona no funcionaban. A esa hora, disfrutábamos de una agradable sombra porque el cielo se había nublado.

El bullicio en el parque no tenía fin. Por lo menos era más moderado que en el festival de primavera porque en ese cada quien tenía su música a todo volumen y los vehículos no paraban de sonar sus bocinazos. En Wisney las únicas canciones que se escuchaban, sonaban a lo lejos y provenían del camino colorido, como si se tratase de un acto infantil.

Yo lamía mi helado; el de coco estaba exquisito. La mermelada de piña me obligaba a detenerme a apreciar su sabor. Los dos palitos de chocolate no sobrevivieron ni un minuto en mis manos.

Arthur comía el suyo con una cucharita.

Mientras disfrutaba la barquilla, notaba como en medio de nuestra conversación, había algo más en su mirada. No era como la vez en el restaurante. Era eso de cuando me llevó a mi apartamento e intentó besarme.

Me incomodaba un poco porque simplemente era incapaz de mantener sus ojos apartados de mis labios por mucho tiempo.

—¿Ya lo ves? —preguntó de la nada cuando ya teníamos casi un minuto sin compartir una palabra.

—¿Ver qué? —Miré un poco para los lados creyendo que se refería a alguien cometiendo una locura o que vestía extravagante. Después pensé un poco nerviosa que quizás quería confrontar eso que sentía.

—Lo hermosa que luces cuando le pones un poco de esfuerzo.

—Gra, gracias... —Se me agitó el corazón.

Sus palabras me hicieron sentir tan feliz que no lagrimeé de milagro. Transcurrió un minuto donde no pude borrar la sonrisa. Le agradecí por confiar en mí y permitirme comprar el bolso y demás cosas.

—¿Te agradó mi familia?

—Hmm, sí. Me cae bien tu hermana y Owain es una ternura.

Decidí mirar atrás para revisar como iban. Owain estaba de espalda hacia nosotros. Morgan tenía su teléfono en la oreja mientras disfrutaba su barquilla. Se percató que la miraba y me sonrió. Hice lo mismo y regresé a mirar a Arthur.

—Entonces, ¿te gustó como me arreglé el cabello? —Ya que él había roto el hielo, intenté pescar halagos.

—Me agrada que a pesar de todo, hayamos decidido intentarlo. Ya varias veces ha sido obvio, pero aún no te lo he dicho, genuinamente me atraes

mucho. El otro día cuando te recordaba, me pregunté el porqué tenía rato sin salir con alguien. Me respondí que cuando no trabajaba, no tenía fuerza ni paciencia para enredarme en esas ideas. Pero mirándote hoy de frente me percaté que dentro de mí, deseo algo que con palabras no admitiría.

—Aw... —Sonreía—. Cuando vine a Carolina del Norte, solo quería escapar de mi ordinaria vida en casa de mis padres. Deseaba vivir emociones, pero me costaba confesar que buscaba esto porque lo creí demasiado. El día en que me invitaste a salir, me pellizqué varias veces porque en verdad no creía tanta dicha. Gracias por confiarme tu corazón, te prometo que lo voy a atesorar.

—Hmm... Promesas... —Lució un poco inquietado—. Si hay algo que jamás quisiera volver a escuchar, son promesas.

—Y ¿eso por qué?... —me angustió un poco.

No me respondió. No supe que decirle al respecto, y mejor me concentré en comerme el helado.

—¡Qué rico estuvo! —Lo terminé; me comí hasta el cono—. ¿Sabe rico el de chocolate? —A él todavía le quedaba casi la mitad. Incluso se le estaba derritiendo y cayendo un poco sobre la mesa.

—Párate, Lily. —Vi que se levantó tras haber mantenido su mirada concentrada detrás de mí. Cuando miré, vi que su familia ya venía hacia nosotros.

Sin vacilar, arrojó su helado a la basura.

Continuamos paseando por la zona de kioscos. Más adelante, Morgan nos detuvo porque avistó una de esas cabinas cerradas donde se tomaban fotografías en grupo.

Había una fila de por lo menos treinta personas. Al lado estaba un empleado en un pequeño escritorio; era quien imprimía el rollo de fotografías.

Cada grupo tenía treinta segundos para tomarse cinco fotografías.

—Después de las emociones, solo quedan los recuerdos. —Morgan estaba animada.

—¡Vamos! —dije contenta.

Arthur se quejó que para algo teníamos cámaras en los teléfonos, pero ambas le insistimos que no era lo mismo.

Esperamos nuestro turno. Al entrar, aprecié lo pequeña que era. Tenía un banco. De frente tenía una gran pantalla, a sus lados había luces alargadas,

que lentamente cambiaban de color; de rosado a morado y luego blanco. En la pared del banco, había decoraciones con luces de neones de siluetas de cabezas de personajes. Compartían los colores de las otras luces.

Como estaba estrecho, tuve que sentarme un poco sobre el regazo de Arthur, y Owain sobre su madre.

La pantalla comenzó a marcar treinta segundos. En una esquina decía que tomaría la primera fotografía a los veinticinco segundos y de ahí cada cinco. En el centro estaba en grande un *emoji* con la emoción o monería que debíamos realizar.

—Ni loco. —Arthur intentó escapar al encontrárselo ridículo, pero Morgan lo sostuvo firmemente con su brazo.

El primer *emoji* nos pedía que sacáramos la lengua. Cuando llegó el segundo indicado, se tomó la fotografía y apareció en una esquina de la pantalla.

Arthur negó participar en la loquera. Solo mantenía su evidente incomodes. Morgan y yo nos moríamos tanto de la risa, que no pudimos prestar caso a las últimas dos.

Salimos. El empleado imprimió un rollo para cada una. Lo introduje en mi bolso y salimos de esa zona.

—Vamos ya por el videojuego de Owain —exigió Arthur y luego miró su reloj—. Ya son las tres y cuarenta.

—Guau. —Me sorprendí—. Estas horas corren como si hubiera oferta en el supermercado.

—Así son cuando disfrutas —lamentó Morgan.

—¡Entremos al castillo! —Owain moría de ganas por jugar.

Nos fuimos directo al castillo futurista.

Al entrar nos topamos con un gran salón de suelo y paredes oscuras. Las escaleras de ambos lados llevaban al mismo lugar en el segundo nivel. Sus pasamanos eran lumínicos y los peldaños brillaban cuando los pisabas.

La multitud era considerable; muchos subían o bajaban las escaleras.

En las paredes se formaban figuras geométricas complejas de distintos colores. Tan alucinantes, que muchos las admiraban como zombis.

En una zona de pantallas, unas chicas charlaban como si realizaran una videollamada con una versión virtual de un famoso actor. En otra un hombre que seleccionaba objetos, creó una inmensa lata de soda en realidad aumentada que dejó boquiabiertos a unos niños.

Una mujer cerca de él, trabajaba en una escultura de un ratón antropomórfico creado en realidad aumentada.

En el centro estaba un vehículo deportivo futurista de realidad aumentada. Era impresionante; carecía de llantas y flotaba a medio metro de altura. Era blanco. Su parabrisas era una sola pieza de cristal oscuro que se expandía hasta la parte trasera. Sus luces eran redondas, pero con un diseño de muchas líneas. Wisney lo exhibía para promocionar una película que saldría en unas semanas. Como buena amante de vehículos deportivos, creé un recordatorio en el teléfono para ir a disfrutarla en el cine.

Para muchos lo más divertido era el suelo. Cuando pisabas, se creaba una onda lumínica alrededor de tu pie que se expandía en todas las direcciones. Mientras más presión ejercías, más poderosa era. Unos cuantos competían por crear la más grande.

Ese efecto volvió loco a Owain, quien estuvo pisando y saltando mucho. Cuando tuvo la idea de salir corriendo, fue retenido por Morgan.

La hada nos informó que el videojuego se encontraba en el segundo nivel.

Al llegar, me sorprendió la impactante fila general. Tan larga que se curveaba y entraba en un salón dedicado a acomodarla.

Sonreí aliviada cuando encontré solo veinte personas en la vip. Aun así, esperamos treinta desesperantes minutos.

Un empleado nos acompañó a un pasillo de estudios. Entramos a uno amplio donde todo estaba pintado de verde. Había columnas y cercas de hormigón de distintas alturas.

El videojuego se titulaba “Enigmas”. Era de combates basado en una época donde existían criaturas místicas y conjuros mágicos.

El objetivo era sobrevivir una oleada de enemigos por diez minutos.

El empleado nos tomó los bolsos para guardarlos en un casillero. Luego activó unos cuadros informativos que se hicieron visibles flotando a nuestro frente. Detallaban habilidades y armamentos.

—¿Cuáles clases desean escoger? —Deslizaba su dedo sobre ellas para resaltar las mejores cualidades.

—¡Yo quiero ser el héroe! —gritó contento Owain—. Demando la mejor espada y lanzar fuego por las manos.

—Cómo deseas. —El empleado le aplicó la mejor clase guerrera. Luego le pidió esperarnos donde había una equis azul marcada en el suelo.

Llegó el turno de Morgan. Su cara de desinterés, relataba que solo

participaba para complacer a su hijo.

—Una que no requiera mucha actividad física, por favor.

—Si es así, te recomiendo ser hechicera. Al empezar la partida, verás la lista de conjuros frente a ti en una esquina.

—Suena bien. —Se fue a acompañar a su hijo, quien estaba posando, calentando sus ataques con su espada invisible.

Llegó el turno de Arthur.

—¿Existe una donde físicamente no me involucre?

—O sea, ¿no quieres participar en el juego? —Se rio un poco.

—No. Digo donde no vaya corriendo abanicando armas y creyéndome el más valiente.

—Hmm... —El empleado estuvo rebuscando entre las clases—. Creo que encontré una buena. ¿Quieres ser médico? Tu rol sería restaurar los puntos de vida de tus compañeros. Y llevarás una daga por si te acorralan.

—Me da igual. —Se fue a la equis.

—En serio... —El empleado me miró incrédulo—. Es raro que escojan esa. Típicamente, todos quieren correr y lanzar poderes.

—La fila de treinta minutos lo dejó malhumorado —opiné. Luego estuve pensando que hubiera deseado ser hechicera, pero no iba a copiarle a Morgan—. Quiero una con flechas. Ya sabes, atacar lo más lejos posible.

Temía a que como eran de realidad aumentada, se iban a ver muy reales. Y además, hace tiempo acostumbraba a jugar un videojuego de soldados con mi hermano. Siempre subíamos a las montañas a campear con nuestros rifles francotiradores. A veces esperábamos hasta diez minutos sin actividad, escondidos entre árboles.

El empleado me acompañó a la equis.

—¿Qué dificultad desean? —Se colocó frente a nosotros y abrió un panel con la lista de dificultades.

—Hmm... —pensaba Arthur—. Obviamente la...

—¡La más difícil! —Saltó Owain—. Quiero demostrarle a mi mamá mi potencial. Que sepa que siempre podré protegerla. —Reía.

—¿Están seguros? Esa es muy ajetreada. La formación de sus clases no garantiza un buen desempeño.

—Joder... —Suspiró Arthur—. Ya qué importa. —Aceptó porque lo único que importaba era complacer a Owain. Morgan se le acercó y casi lo haló de una oreja.



—¡Ey, hermano! Cero palabrotas frente a Owain. Que si las repite cerca de su padre, tendré que soportar sus regaños.

Como escogimos una dificultad descabellada, el empleado agregó a nuestro equipo una asistente virtual, conocida como uno de los personajes más poderosos de esa saga.

Se llamaba Elly, y comenzó a aparecer de entre un potente rayo lumínico. En su historia era una chica de dieciséis años de edad. Su cabello negro le llegaba hasta la altura del cuello y tenía ojos azules. Debido a su potencial, fue tratada como un arma casi toda su vida. Creció viviendo en un campamento militar, donde le prohibían relacionarse con pueblerinos o tan siquiera caminar por el pueblo. No fue hasta que el ejército reclutó a unos chicos y salieron en una misión, que comenzó a sentirse viva y a desarrollar sentimientos que ni sabía que existían.

Nació con “Codigic Natural”: una misteriosa naturaleza que le otorgaba una gran armonía con la “Energía Natural”, que era el combustible para los “Codigic”; nombre de los poderes. Elly era capaz de manipular elementos como la tierra, el fuego y el agua.

Lucía tan real que Morgan cuestionó si Wisney había mezclado empleados virtuales entre la multitud.

El empleado nos deseó buena suerte y salió del estudio.

Y de pronto el cielo se hizo azul, apareció el Sol y nubes llegaron de todas las direcciones. El suelo compartió terreno de grama y tierra. Las columnas y cercas de hormigón, se transformaron en escombros de una antigua fortaleza rocosa. Las paredes revelaron que nos encontrábamos en medio de un bosque.

El viento comenzó a soplar; en realidad se habían activado varios abanicos. El sonido de la naturaleza nos envolvió. Fue tan deslumbrante, como si realmente estuviéramos ahí.

Las únicas cosas que dejaban en claro que era falso, era que si te removías las gafas, Elly, los pajaritos y mariposas, desaparecían. Y que si te acercabas a las paredes, equis rojas aparecían parpadeando, indicando el peligro de colisión.

—Casi se siente como un sueño. —Estaba boquiabierta, procesando mi entorno. Detrás de unas paredes de la fortaleza, Owain avistó varios conejos. Sostuvo la mano de su madre para ir a corretearlos.

Me acerqué a Arthur.

—¿Se siente mucha paz, cierto? —le pregunté al verlo observar el cielo. Él agradecía esos segundos de calma en tan caótico parque.

—Si fuera real, hace rato estuviera descansando sobre la grama. —Se fue a sentar sobre unos escombros de la fortaleza.

—Por lo menos ayer, ¿tuviste tiempo para descansar?

—No. Mi familia llegó temprano.

—Debiste avisarle a Morgan que no era el mejor de los fines de semana.

—Casi se lo dije cuando me llamó el viernes, pero luego recordé que cada vez es más raro que los vea.

El número cien apareció flotando y comenzó la cuenta regresiva que daría inicio a la oleada de enemigos. Elly enseguida se alertó.

—¿Este lugar?... —Miró a su alrededor—. Hace tiempo que no venía aquí. —Lució desinteresada.

—¿Los enemigos son aterradores? —le pregunté. Aún se sentía raro hablar con seres virtuales.

—¿Qué? ¿Tienes miedo? Ustedes en verdad están locos. —Saltó a una de las paredes y siguió hasta subirse a la más alta.

—¿Por qué escalaste todo eso? —le pregunté.

—Obviamente para dejarles todo a ustedes. Ni piensen que gastaré energía defendiendo a unos desconocidos buenos para nada. —Se sentó con las piernas cruzadas. Yo me le acerqué a Arthur.

—¿Cuántos minutos piensas que sobreviviremos?

—Menos de uno. —Suspiró.

Ya faltaban sesenta segundos.

—¡Oigan! —Nos gritaba Elly—. Ya siento que los enemigos se acercan. Digan “activar armamento”, para que aparezcan las armas de sus clases.

—¡Por qué mejor no bajas y me enseñas a utilizarlas! —le refunfuñé.

—¿Uh? ¿En qué parte de mi contrato se especificaba que mi deber era explicarte? Lo que hice hace poco fue un favor.

—¡No seas tan vaga! —No podía creer que hayan programado a una asistente obstinada, pero supuse que intentaron recrearla tal y como era en su historia.

Morgan y Owain regresaron.

—Así qué solo debo gritar esas palabras... —Sonreía Owain y sostuvo sus manos hacia adelante—. ¡Activar armamento!

De un destello, una gran espada apareció en sus manos. Su empuñadura

era rojiza con diseño metálico de aves fénix. La hoja era ancha y tan larga como la estatura de Owain. Si fuera real, sus bracitos no hubieran podido ni moverla del suelo.

Él comenzó a abanicarla. Producía un sonido de presión que nos hacía creer que, no solo cortaría en dos a los enemigos, mandaría a volar a los demás.

—¡Ay, las bolas de fuego! —Ese niño sonreía de oreja a oreja. Sostuvo la espada con la mano izquierda y abrió su derecha hacia adelante. Una esfera llameante fue formándose y creciendo. Cuando él gritó “¡ataca!”, Salió disparada. Colisionó contra un árbol, incendiándolo instantáneamente. Owain comenzó a saltar de la alegría—. ¡Eso fue estupendo! ¡Este es el mejor juego del mundo!

Su hada volaba orgullosa alrededor de su cabeza.

—Eres un loquito. —Reía—. Solo ten cuidado de no incendiar a tus compañeros.

—Por supuesto. —Owain se le acercó a su mamá—. ¡Tu turno!

—Ah... Bueno... activar armamento.

Una corona negra que emanaba humo morado, apareció flotando sobre su cabeza.

—¡Mamá, utiliza tu magia en mí! Vuélveme súper poderoso.

—Hmm, dame un segundo... —Leía la lista de conjuros que solo era visible para ella—. Bueno, creo que encontré algo que te ayudará. Hmm... *Magicae Clypues* —pronunció. Owain fue envuelto por un escudo mágico, capaz de protegerlo por treinta segundos.

—¡Increíble! Ahora soy invencible. —Reía. Se fue a practicar con su espada.

Algo que llamó nuestra atención, a excepción de la de Owain, fue que Elly comenzó a reírse.

—Ay no, qué tontos son. Ella solo tiene cien puntos de Energía Natural, y acaba de desperdiciar treinta en algo que no existirá cuando lleguen los enemigos. Qué burrada.

A Morgan le cayeron mal sus burlas.

—¡Cómo si me importara! —le gruñó y luego se nos acercó—. Al menos, vamos a demostrarle un poco de esfuerzo para que no salga de aquí con un berrinche.

—Entiendo. —Se paró Arthur—. Si perdemos antes de que se sienta

satisfecho, llorará tanto que quizás nos haga repetir la fila. Hmm, qué pereza... activar armamento.

En su muslo derecho, le apareció amarrada una vaina con su daga. Al mirar sobre su cabeza, me llamó la atención ver que tenía trescientos puntos de vida, en vez de los típicos cien.

—¿Por qué tienes tanto? —le pregunté antes de pensar que obviamente era porque era médico.

—Según un texto. —Leía algo invisible para nosotras—. La manera en que sanaré, será transfiriendo mis propios puntos. Por eso me asignaron esa cantidad.

Morgan se le acercó e intentó extraer la daga, pero no pudo sujetarla.

—¿Cómo vas a eliminarlos con esa cosa tan pequeña? —le reclamó.

—Es tan pequeña como mi entusiasmo. —Bostezó—. Descuida, convertiré esta zona en un consultorio. Visítenme si necesitan restablecer puntos de vida.

Como médico, tenía la habilidad de crear una burbuja mágica de tres metros de diámetro donde sus efectos de sanación se intensificaban. La creó y se volvió a sentar con los brazos cruzados.

—Estamos feos para la foto. —Reía porque Morgan lo miraba con una mala cara; ella hubiera deseado que él fuera con Owain a batallar como locos. Vi que solo faltaban treinta segundos para que los enemigos llegaran—. Activar armamento.

En mi espalda apareció flotando una aljaba con docenas de flechas. Sostuve el arco desde que apareció frente a mí. Era blanco con diseños de líneas y círculos verdes que brillaban con elegancia.

Owain se nos acercó corriendo mientras miraba hacia Elly.

—¿Y ella por qué no viene? —Intentó subirse en una pared, pero no pudo alcanzar el borde—. Oye, Elly —le gritaba—. Ven, muéstrame tu grandioso poder.

Ella tan solo lo miró sin atreverse a mover un músculo.

—Mejor olvídala —le aconsejé.

—No te preocupes por ella. —La hada voló por su cara para atraer su atención—. Yo seré tu asistente.

—¿Ah? —La miró incrédulo—. ¿Cómo lucharás con ese pequeño cuerpo? ¿Los atacarás con cosquillas y pellizcos?

—Ya verás. —Sonrió. Comenzó a emanar luz por todo su cuerpo y se

hizo tan potente que miramos a otro lado. Cuando disminuyó, nos sorprendimos al descubrir que se había transformado en un intimidante león blanco.

—¡Guau! —gritó Owain—. ¡Qué genial!

El león rugió. Corrió hacia adelante para esperar a los enemigos y Owain lo persiguió. Su escudo mágico desapareció.

—¿En serio? —dijo Arthur y miré hacia ellos. Él observaba como su hermana temblaba.

—Ay no, yo no soporto esta tecnología. —Se había asustado con el león.

—¿Alguien sabe qué serán los enemigos? —les pregunté.

—Solo espero que no sean asquerosos —rogó Morgan—. Porque ahí sí es verdad que me quito las gafas y salgo corriendo.

Cuando el conteo llegó a cero, se desató un horrendo bullicio en la zona Norte donde Owain se encontraba. De entre los árboles, salieron docenas de enemigos.

Eran minotauros: bestias de la mitología griega compuestas por una cabeza de toro y cuerpo de hombre. Medían dos metros y medio, con extremidades musculosas, ojos rojos y pecho velludo. A algunos la barba le llegaba hasta la cintura. Sus cuernos eran gruesos y alargados. Vestían atuendos oscuros con el estandarte de su nación; era rojo con un círculo dorado dentro de un triángulo. De armas utilizaban grandes hachas y machetes.

Morgan y yo gritamos atemorizadas y nos acercamos a Arthur. El león comenzó la batalla. Los eliminaba mordiéndolos por el cuello y ocasionando daño con sus garras.

Owain abanicó su espada y, los siete minotauros que iban a atacarlo, salieron volando; el más cercano fue cortado en dos. Luego él creó una esfera llameante y quemó a un grupo de tres.

Algunos intentaron entrarle a machetazos, pero él, o era defendido por el león o los bloqueaba con la espada.

—¿No te avergüenza? —Morgan le reclamaba a Arthur—. Mira que valiente es tu sobrino y tú aquí de brazos cruzados.

Ni caso le hizo. A Owain se le escapó uno que no dudó en venir corriendo hacia nosotros. Morgan lanzó un grito. Yo levanté el arco y extraje una flecha. Al apuntarlo, descubrí que al lado de la mira virtual, estaban las palabras: fuego, electricidad, veneno y viento. Otro texto indicaba que antes

de lanzarla, gritara el elemento que deseaba utilizar. Grité “fuego” y se la lancé. Cuando lo impactó en el pecho, se incendió por completo y cayó muerto.

—¡Cielos! Cómo que me está gustando... —Me alejé de ellos y fui a defender la zona Noroeste. Las flechas eran infinitas. La asistencia artificial mejoraba mucho mi puntería.

Transcurrieron tres minutos. Owain había perdido cincuenta puntos de vida. Yo treinta porque varios minotauros me sorprendieron arrojándome rocas.

Los mantuvimos al margen. Incluso empezaban a temerle a Owain porque él no les tenía ni una pizca de compasión.

A la distancia, comenzamos a percibir pesadas pisadas acercándose.

—¿Qué será?... —Fallé una flecha. Ese minotauro se acercó tanto con su amenazante hacha, que regresé corriendo hacia Arthur mientras era perseguida. Morgan se había alertado.

—¡*Moriatur!* —gritó y mi perseguidor cayó muerto. Entré en la burbuja mágica de Arthur y le pedí que me sanara.

—Sujeta mi mano —me aseguró que así se restauraría más rápido, y me le acerqué hasta sujetarlo. Morgan había dado varios pasos hacia adelante mientras miraba como su hijo batallaba.

—Me comeré el miedo. —Continuó con prisa para irlo a asistir con sus conjuros.

Mientras Arthur me curaba, observábamos como a los demás se les complicaba la batalla. Morgan eliminaba con su “¡*moriatur!*”, Pero lentamente porque solo podía utilizarlo cada diez segundos. Owain y el león, no podían descansar ni un segundo de tantos enemigos.

Arthur extrajo su daga y se quedó observándola pensativo.

—Esta cosa tan pequeña... —Suspiró y la volvió a guardar.

—No es el tamaño lo importante —le decía—. Sino, como la utilices.

—Lo sé, Lily. Simplemente, no me interesa. —Me soltó—. Ya estás sana, vete a seguir divirtiéndote.

—Hmm... —Me quedé mirándolo—. ¿Hay algo que te interese aparte del empleo y atragantarte de alcohol?...

—Bueno... —Alcanzó mi mano para motivarme a acercarme más. Luego colocó sus manos sobre mi cintura—. ¿Hace falta que me moleste?

—Hmm... no.

—No sabes las ganas que tengo de demostrarte como me haces sentir...

—En serio... Si querías un lugar íntimo. —Reía—. Me invitaste al equivocado.

—Ajá, cada vez que te invité al apartamento, me rechazaste.

—No tan íntimo, Cariño. —Le apreté la nariz.

Un repentino, estruendoso y grave gruñido aceleró mis latidos. Cuando miramos, descubrimos que un gigante ogro había llegado destrozando los árboles.

Era de cinco metros de estatura, calvo con inexistentes cejas, diminutos ojos y una voluminosa nariz que le colgaba por debajo de la boca. Su cuerpo gris estaba repleto de cicatrices. Vestía un trapo negro como pantalón que le llegaba hasta la mitad de los muslos.

Cuando gruñía, revelaba sus chuecos dientes amarillos. Hacía imaginar que su mal aliento hasta desmayaría.

Sostenía un inmenso mazo. Para abrirse paso hacia Owain, golpeó a varios minotauros sin piedad alguna.

Owain le abanicó la espada. La presión que antes había cortado en dos a los minotauros, apenas hizo retroceder unos centímetros al ogro. Morgan estaba paralizada del miedo. El león intentó morderle un muslo, pero sus colmillos apenas lograron atravesar un poco esa gruesa piel. El ogro de un gruñido, lo sujetó y arrojó violentamente contra una pared de la fortaleza.

—Santo cielo. —Fui acercándome mientras preparaba una flecha.

Morgan reunió valor y pronunció su conjuro “moriatur”, pero no tuvo efecto. Un minotauro aprovechó y la golpeó con su machete, restándole veinte puntos de vida. El grito de Morgan llamó la atención de Owain. Cuando vio al león regresar, le ordenó que se concentrara en defenderla.

Le lancé una flecha eléctrica al ogro y se le clavó en el estómago. Lo paralizó los segundos necesarios para que Owain creara una buena esfera llameante.

—¡Muere, bestia fea! —Se la arrojó. El ogro fue envuelto en llamas. Gemía y se movía como desquiciado. Incluso eliminó varios minotauros.

Al principio juramos que seríamos victoriosos, pero las llamas fueron extinguiéndose, revelando que solo sufrió heridas superficiales.

—¡Rayos! —Le lancé una de viento y apenas logré hacerlo caer sentado—. ¿Cómo rayos lo derrotaremos?

Me mortificaba lo resistente que era. Le lancé una de veneno, pero no

presentó ni una clase de efecto.

Las llamas lo dejaron enfurecido. Con su mazo, golpeó a Owain tan fuerte, que lo dejó apenas con cinco puntos de vida.

Owain de un grito, comenzó a correr hacia nosotros.

—¡Tío, sáname! —chillaba. Arthur se paró para sujetarlo con ambas manos desde que llegara.

—¿Alguien ya formuló un plan?... —pregunté mientras le lanzaba una flecha detrás de otra. Al menos, era capaz de retenerlo en el mismo lugar mientras pensábamos que hacer.

Morgan, quien estaba siendo acorralada por minotauros, les lanzó un poderoso conjuro que los dejó congelados. Aprovechó y corrió hacia nosotros.

—Ya no tengo Energía Natural. —Llegó quitándose las gafas—. Me harté de este bendito juego.

—Mamá, no te rindas. —Se inquietó Owain—. Aún sigo vivo, aún puedo demostrarte de que estoy hecho. —Se le aguaron los ojos. Su vida ya se había restaurado casi a la mitad.

—Hmm... —Se las volvió a poner. Se dijo a sí misma que solo eran unos minutos, que simplemente lo tolerara.

El león ya era incapaz de retener a los minotauros. El ogro aprendió a tolerar el dolor de las flechas eléctricas, y empezó a caminar hacia nosotros. Otros dos salieron del bosque.

—No relajés. —Casi perdí el aliento. Corrí hacia el consultorio de Arthur para estar con ellos—. Ya sí es verdad que llegó nuestro fin.

—¡Ve, sigue lanzando flechas! —me exigió Owain. El proceso de sanación lo tenía impacientado.

Decidí seguir atacando. Morgan ya ni a mirar se atrevía. El león era golpeado por uno de los nuevos ogros.

—¡Rápido, tío! No quiero perder. —Casi lagrimeaba.

Ágilmente, quemé a tres minotauros que estaban a cinco segundos de atacarnos. A pesar de mi esfuerzo, reconocía que teníamos veinte segundos para ser rodeados y aniquilados. Owain tenía el sesenta por ciento de su vida restaurada. La impotencia le hizo llorar chillando un poco.

—¡Owain, no llores por un juego! —le reprochaba Morgan—. Quien te manda a seleccionar la peor dificultad cuando nunca lo habías intentado.

—¡No, no! —Se soltó de su tío y enseguida sujetó su espada con ambas



manos—. ¡No perderé frente a ti, mamá!

Él no solo se parecía en el físico a Arthur, había heredado la voluntad de luchar contra cualquier adversidad para lograr sus metas. Incluso si la oportunidad de triunfar era tan distante como una estrella fugaz.

Aunque yo era consciente de la poca esperanza, decidí esforzarme hasta el último instante para demostrarle que me había inspirado.

Los minotauros rindieron respeto al ogro, abriéndole paso hacia nosotros mientras alzaba su mazo.

Antes de que Owain se precipitara hacia él, vimos que la tierra frente al ogro comenzó a agitarse. Rápidamente, creció una gruesa y rocosa raíz que corrió a traspasarlo por el corazón. Continuó creciendo, elevando el cadáver hacia el cielo.

Otras raíces de menor grosor, crecieron y eliminaron a todos los minotauros. Owain y yo, estábamos boquiabiertos, incrédulos ante lo acontecido. Y de un salto, Elly cayó a nuestro frente de espalda hacia nosotros.

—¿No les avergüenza ser inútiles?

No nos sentimos ofendidos, al contrario, muy agradecidos. Incluso Morgan suspiró aliviada porque ya creía que un berrinche de Owain era inevitable.

Un *golem*: criatura humanoide formada de tierra con una cabeza pequeña y manos gigantes, se formó con el doble de tamaño de los ogros. Los atrapó y apretó hasta destrozar sus cuerpos.

Elly hizo que se formara un muro de fuego, que rodeó toda la zona desde el inicio del bosque. Eso evitó que los minotauros entraran.

—¡Increíble! —Owain se le acercó contento—. Gracias por venir a rescatarnos. —Le sonreía mientras se limpiaba las lágrimas.

—Hmm... —Elly lo miró—. Vine porque recordé que mi contrato penaliza la insatisfacción del cliente.

Explicó que si Owain salía con un berrinche, el empleado revisaría que ella estuvo haciendo. Si la veía sentada, podría restarle libertades, tales como pensar por ella misma.

—¡Ajá! —Morgan llamó su atención—. Si mi hijo sale con una lágrima en su rostro, te enterarás de lo que puedo ser capaz —le amenazó.

—¡Ay, buena loca! —Elly la miró mal—. No hagas eso. Hmm, ya pelearé. Salgamos de esto sin perjudicar a nadie.

El león volvió a transformarse en la hada y voló a la cabeza de Owain.

—Me quedé sin fuerzas. —Recuperaba el aliento.

—Ahora transfórmate en un dragón para que botes fuego —le aconsejó Owain.

—¿Qué no me escuchaste? Además, solo puedo transformarme en mamíferos. —Incluso le costaba mantenerse volando.

—Ya van seis minutos en la partida. —Arthur veía su reloj. Ese contaba hasta los segundos.

—Eso significa... —recordaba Elly. En ese momento, comenzó a sonar una música dramática de tambores. El cielo se hizo rojo y las nubes se precipitaron tras tornarse negras.

—¿Qué ocurre?! —Estaba deslumbrada. Mientras más miraba el cielo, más creía que se estaba retorciendo.

—Hmm... se acerca el jefe. —Suspiró Elly—. La razón por la que detesto este nivel.

—¿Es muy poderoso? —le preguntó Owain.

—Es un cocodrilo gigante. Algo ridículo de este juego porque ni siquiera existió en mi mundo. Tiene una formidable defensa y sus ataques matan con facilidad. Su gran debilidad es su velocidad.

Elly nos estuvo analizando.

—¿Qué tanto miras? —le pregunté.

—Solo tú y el niño pueden asistirme en la batalla.

Escuchábamos algo enorme acercarse mientras destruía todo a su paso. Elly nos pidió acercarnos para formular una estrategia.

Como Owain poseía la suprema clase guerrera, tenía una habilidad tan poderosa que, de Elly bajarle la mitad de los puntos de vida, acabaría con el cocodrilo. Elly me ordenó atacarlo a los ojos con flechas eléctricas. El objetivo no era impactarlo, sino, distraerlo.

El inmenso e intimidante cocodrilo llegó, deteniéndose ante el muro de fuego. Era oscuro de ojos rojizos. Estaba repleto de espinas y su cola era doble.

Abrió su inmensa mandíbula. Esferas amarillas se formaron en ella y luego se precipitaron hacia nosotros. Elly hizo que rocas volaran hacia ellas para hacerlas estallar a mitad de camino.

—¡Niño, ya es hora! —le gritó.

—¡Sí! —Owain levantó ambas manos hacia el cielo. Su habilidad

consistía en formar una increíble esfera llameante. Necesitaba soportar tres minutos con los brazos extendidos sin ser atacado, o se iba a deshacer.

—Vamos, Pelirroja. —Elly comenzó a correr.

—¡Mi nombre es Lily! —La perseguía. Me aconsejó utilizar las paredes de la fortaleza como escudo. Nos detuvimos cerca de una y enseguida preparé una flecha.

Elly observaba el comportamiento del cocodrilo. Él lucía furioso con ganas de entrar a comernos, pero le temía demasiado al fuego.

—Qué tontería... —Luego me miró. Lucía extraña, como si de un momento a otro, recordó sucesos que preferiría haber dejado en el pasado. Miró al cielo—. Es cierto, te moriste... —Desconocía a que venían sus palabras, pero no solo se había entristecido, actuaba ausente—. Sin embargo, estoy aquí. ¿Debido a tu esencia o mi camino?... Me mortifica no comprender. ¿Quién es *Leen*? ¿Quién permitió que la estrella entrara en irrelevancia?

—Hmm, ¿error de sistema?... —No entendía su comportamiento.

¿Cómo una estrella sería capaz de entrar en irrelevancia? Era la segunda vez que escuchaba esa palabra en una oración incongruente.

El cocodrilo lanzó esferas, y Elly volvió en sí. Las hizo estallar como antes.

—Nunca te relajes cuando un cocodrilo ande cerca —me aconsejaba Elly—. Su estrategia es lucir dócil como si su mente estuviera en las nubes, pero es solo esperando el momento adecuado para sorprenderte y ejercer daño en ti. También tienen el truco de comprarte brindándote falso soporte.

—Entiendo. —Recordé que en un documental, vi que se hacían pasar por rocas o troncos, para que vayas a pisarlos.

Ella creó dos *golems* que fueron golpeando al cocodrilo. Él los destrozó con sus colas.

—Rayos. —Elly continuó creándolos mientras se concentraba en destruir esferas.

Lo enfrentaba sin cesar, incluso creó una ola de fuego que lo golpeó en la cabeza. Cuando yo le lanzaba flechas hacia el ojo, cerraba su párpado. Debido a su gruesa piel, era su único punto débil.

Transcurrieron los tres minutos y ambas miramos hacia atrás. Owain había creado una inmensa y potente esfera llameante, semejante a un Sol.

—Guau. —Me dejó boquiabierta.

—¡Lánzala ahora! —le gritó Elly.

—¡Ahh! —Owain corrió con ambos brazos hacia arriba y, de un grito, la arrojó en dirección del cocodrilo. Elly y yo nos ocultamos detrás de una pared.

La esfera impactó al cocodrilo, creando un gran estruendo e iluminando totalmente el mundo.

¡Triunfamos! Owain saltó súper alegre. Arthur se paró dejando escapar un “al fin”. Elly fue a recordarle a Morgan que no se atreviera a hablar mal de ella.

Salimos del castillo futurista. Como premio, Owain recibió una figura de Elly, de esas de gran cabeza y pequeño cuerpo. A él la felicidad lo consumía.

Arthur y Morgan habían guardado sus gafas; estaban hartos de la realidad aumentada. Al poco tiempo hice lo mismo.

Owain dijo que quería orinar y, como Arthur deseaba ir al baño, ambos se fueron. Morgan y yo, fuimos a esperarlos en un banco.

El parque continuaba lleno de vida. Frente a nosotras estaba la atracción de las tazas locas.

—Ay, Lily —llamó mi atención y noté que lucía angustiada—. No sé que hacer con mi hermano.

—¿Cómo así? ¿qué le sucede?

—Ese trabajo me lo está volviendo loco.

—¿Tú crees?... Bueno, lo tiene obsesionado. Ni el estrés es motivación para irse temprano.

—Lo ves. Tan mal está que no se percata de las desiciones que toma. Está cometiendo una y mil locuras. Te digo que terminará loco.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué no ha cometido una estupidez frente a ti?

—Hmm... —Estuve recordando—. Ah, sabes, un día que estuvimos en una mansión, se atrevió a conducir borracho. Me ofrecí a llevarlo porque creímos que terminaría accidentado.

—Ay no, Lily. —Se sorprendió—. Me preocupa mucho. A este ritmo, qué sentido tendrá haber luchado tanto si terminará arruinado.

La miraba preocupada sin saber que decirle. Me hizo sentir mal que yo, compartiendo tanto con él, nunca se me cruzó por la mente que tanto afán podría afectarle la salud.

—Suerte que te tiene a ti, que te ha conocido. —Me sonrió.

—Gracias. —Sonreí un poco apenada—. ¿Realmente piensas que soy una persona adecuada para él?

—Qué pregunta es esa. —Le cayó mal.

—Te la realicé porque en realidad, apenas lo conozco. No sé nada de sus pasadas relaciones y porqué fracasaron. ¿Arthur alguna vez se ha enamorado?

—Sí... Hace años cuando empezaba la universidad, conoció con quien tuvo una relación de tres años.

—¿Por qué esa relación no funcionó?

—Ella un día le propuso tener una relación abierta. Él negó sintiéndose ofendido, pero eso no la detuvo. Cada vez que salía de fiesta, se acostaba con el primero que le atrajera.

—Qué horrible.

—Él estaba tan enamorado que había hasta comprado un anillo para proponerle matrimonio. Suerte que antes de ella volverse promiscua, nunca encontró la oportunidad de proponérselo. Cuando terminaron, no estuvo con alguien, al menos no más de una noche, hasta que terminó la universidad. La última relación que le conocí fue hace dos años.

—Ya veo...

—Lily, hemos compartido poco, pero creo que ya comprendí el porqué te eligió. Por favor, apóyalo. Él pasa por una tormenta donde necesita de alguien a su lado. Demuéstrale que no eres como las demás, que lucharás para permanecer juntos. No aceptes bajo ninguna circunstancia que nadie, pero absolutamente nadie, crea que tiene el poder de separarlos. Que ya seas tú, quien lo haga sentar cabeza. Imagínate una sobrinita con tus genes, me volvería loca.

Nos reímos.

—Muchas gracias por aceptarme, Morgan. —Hasta creí que iba a lagrimear—. Significa mucho para mí.

—Aw, ven aquí, cuñada. —Me abrazó—. Cuando regresen, me llevaré a Owain para que tengan su espacio.

—Gracias.

Cuando regresaron, Morgan sujetó a su hijo y se fueron a disfrutar de las atracciones del camino colorido.

Estuve un poco nerviosa al lado de Arthur. Caminábamos tranquilos, disfrutando del ambiente. Motivada por otras parejas, llevé mi mano hacia él hasta tocar la suya. Se percató de mi intención y me la sujetó. Al poco rato

nuestros dedos estaban entrelazados. Sentía la calor de su palma y firmeza de su pulso. El corazón se me iba a derretir. Al mirarlo, fue imposible no sonreírle, pero lo que logró sonrojarme, fue que me la regresó. Conocí que tenía una agradable sonrisa.

—¿A dónde quieres ir?... —le pregunté. Nos dirigíamos hacia el centro del parque donde estaban los kioscos de comida.

—No me interesa nada de este parque —fue sincero—. No hoy, que estás aquí conmigo.

Tenía sentido porque me sentía igual.

Transcurrieron unos minutos donde charlamos sobre cualquier tontería que nos cruzó por el frente. Fuimos al camino central porque creímos que encontraríamos algo de paz. Tomamos asiento en un banco donde atrás tenía hermosos arreglos florales. Ahí intentó besarme varias veces, pero en cada intento lo detenía porque encontraba o veía niños pasar. Y que me vieran me causaba mucha pena.

En un intento, creí que ya ocurriría y cerré mis ojos, pero me quedé esperando. Me contó que avistó a unas niñas detrás de un arbusto, murmurando emocionadas, esperando a que algo ocurriera.

Me sujetó, motivándome a seguirlo porque le llegó una idea.

Me puse nerviosa cuando vi que me llevó a la fila de la cabina donde más temprano nos tomamos las fotografías en grupo.

—¿En serio, Arthur? ¿No crees que sea inapropiado?... —le susurré.

—Peores son las monerías y cursilerías realizadas ahí. —No estaba dispuesto a soportarse las ganas un minuto más.

Llegó nuestro turno. Cerró la puerta y nos sentamos.

Me sujetó y se me acercó hasta comenzar a besarme. A los siete segundos, descendió a mi cuello en donde estuvo dándome varios besos mientras me acariciaba. Le avisé que se nos acababa el tiempo y regresó a donde yo quería, a mis labios.

Al salir, me sentía en las nubes.

Creí que las miradas estaban sobre nosotros y sabían a la perfección que cometimos. Nos acercamos al empleado y, tras imprimir el rollo de las cinco fotografías, quedó boquiabierto mirándolas. Al mirarme, casi dijo algo, pero prefirió guardar silencio. Yo sentía mucha pena. Las tomé y enseguida las guardé en el bolso. Salimos de la escena.

—¿Viste la cara del empleado?...

—Descuida, no creo que vaya a denunciarnos.

Estuvimos paseando por alrededor de media hora. Incluso fui capaz de convencerlo a ir a las tazas locas. Deseábamos una segunda ronda en la cabina, pero no quería que nos metieramos en problemas. Morgan llamó indicando que venían de regreso porque tenían hambre.

Al regresar, estuvo conversando con su hermano sobre el almuerzo. Decidieron ir a un kiosco de comida china. Arthur me pidió quedarme para que resguardara ese banco que estaba desocupado en una zona media tranquila. Cuando se iban, Owain persiguió a su madre y ella le exigió que los esperara conmigo porque el área del kiosco era caótica.

Cuando él venía medio molesto hacia el banco donde estaba sentada, pensé preguntarle sonriendo si se divirtió mucho en el camino colorido. Sin embargo, dejó escapar unas palabras que me produjeron un escalofrío.

—Por qué me dejaron con la recoge basura... —Se sentó mirando hacia el suelo.

—¿Cómo cielos supo eso?!... —pensé asustada. No me atreví a mirarlo o mover un músculo—. ¿Cómo? Si solo el odioso ejecutivo amigo de Arthur y Lindsay Monroe, me han llamado así. Solo lo veo posible si Arthur les haya contado, pero dudo que él utilizara ese sobrenombre. Y con solo explicarles a que me dedico, sería mucha coincidencia que un niño saltara con el mismo. Y ¿qué tal Morgan? Ay no, cómo rayos tengo la consciencia de culparla de verme como menos, cuando hace poco me aceptó como cuñada.

Hasta me sentía aturdida. Llegaron los demás y compartimos el banco para almorzar. Compraron arroz, ensalada con pollo frito y jugo de naranja.

—¿Qué te ocurre, Lily? ¿No te gusta el arroz? —Morgan había notado lo extraña que actuaba.

—Ah, no. Lo que ocurre es que la carne pica un poco. —Sonreí un poquito para no levantar sospechas. Luego pensé—. Arthur conoce a Lindsay, pero... sé por certeza que esta mañana no estaban donde ella porque vive del otro lado del estado.

—¿Todo bien? —Hasta Arthur se preocupaba—. Si quieres voy y te compro de otra clase.

—Hmm, descuida.

Me concentré en comer para dejar de llamar la atención. Terminamos. Fuimos al camino central y entramos en un jardín donde la mayoría de las flores eran rosadas y blancas. Observábamos estatuas doradas de los primeros

personajes de Wisney; esos que sus caricaturas eran a blanco y negro.

El teléfono de Morgan comenzó a sonar y nos detuvimos. Cuando vio la pantalla, se alejó de nosotros para contestar.

Regresó y se le acercó a su hijo.

—Owain... ven. —Lo sujetó—. Recordé que hay una atracción que quiero visitar.

—¿Cuál, mamá? Yo quiero estar con mi tío.

—Ya sabes, la del martillo, vamos que quiero jugar.

—¡Ay, no quiero! —refunfuñó e incluso forcejeó para soltarse.

—¡No seas malcriado! Vamos. —Lo haló.

—¿Qué sucede? —Arthur no entendía su comportamiento.

—Nada, solo iremos a divertirnos un rato más. —Le sonrió. Algo que noté fue que, después de la llamada, en ningún momento volvió a mirarme. Se llevó a su hijo casi arrastrándolo. Arthur se quedó observándolos mientras se alejaban.

—¿No crees que esto es extraño? —le pregunté.

—¿Por qué lo crees?

—Hmm... una pregunta, Arthur. —Me costó mucho, pero me armé de valor—. ¿En algún momento le mencionaste a que me dedico?

—No.

—Santo cielo. —Se me agitó el corazón—. Arthur, necesito decirte algo importante sobre Lindsay...

—¿Qué sucede?

Le iba a contar que sospechaba que nos haría algo como me había prometido. Sin embargo, quedé congelada tras identificar a la persona que llegó a su espalda. Se trataba de nada más y nada menos, que su jefe, Bartolomé Monroe.

—Arthur Diesel, qué sorpresa encontrarlo por aquí.

Al escuchar esa voz, Arthur se impresionó muchísimo. Se volteó y tras comprobar que no alucinaba, le ofreció un apretón de manos.

—Señor Monroe, ¿cómo le va?

Su gesto fue ignorado. Bartolomé lo miraba como si lo hubiera encontrado robando. Yo estaba que me comían los nervios.

Me miró y luego regresó sus ojos a la cara de Arthur.

—¿Así qué por esta cualquiera, la empresa pagó la humillación de tus errores?



—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡¿Me quieres ver la cara? Sabes que siempre fuiste un empleado eficaz! Todo comenzó a cambiar desde que ella entra todas las noches a tu oficina — le gritó. Algunas personas miraron, otras se quedaron a curiosear.

Si ese error ocurrió, fue porque él le dejó sus obligaciones para pasársela llorando y embriagándose en su mansión. Pero como era un desquiciado, nunca iba a reconocerlo.

Arthur no creyó la situación en la que se encontraba. Quien lo provocaba, era alguien que con una decisión, era capaz de arruinar el futuro de su carrera.

—Señor, se equivoca. Ella solo entra a cumplir sus obligaciones. —El saber el daño que podría recibir, desmoronó la seguridad en su tono.

Lo que Arthur no tenía claro, era que a su jefe poco le importaba con quien se juntara. Solo estaba cumpliéndole un capricho a su esposa.

—Es inaudito que por una aventura, se haya puesto en riesgo una relación de negocios de tantos años.

—¡Qué yo no tengo nada que ver con ella! —Se alteró.

Siendo honesta, el saber que Morgan se prestó a ese juego y, hacerme creer otra cosa en la conversación que tuvimos, me hizo sentir tan mal que se me aguaron los ojos.

Solo porque Lindsay se encaprichó, Arthur y yo sufríamos una situación tan indignante que absolutamente no merecíamos.

—Arthur... —Me le acerqué hasta sostener su mano para hacerle entender que estábamos juntos en esa situación. También pensé que, Lindsay siendo como era, no iba a perderselo. Miré hacia un lado y luego hacia el otro. La encontré a varios metros ocultándose detrás de unos arbustos. Vestía gafas oscuras. Cuando notó que la había avistado, levantó una mano y me saludó sonriendo.

Bartolomé observó nuestras manos unidas.

—Atrévete a negarlo ahora. Por lo que veo, amarás tu nueva posición como presidente de mantenimiento...

—¡Qué demonios! —Arthur me soltó y se alejó.

—Él solo juega contigo. —Dejé caer varias lágrimas.

—¡No se meta! —me gruñó Bartolomé. Lo miré molesta.

—¡Poco hombre! Que se deja manipular de su esposa. Por razón ella lo... —Iba a desahogarme, pero Arthur corrió hacia mí para detenerme, cubriéndome la boca con una mano.

—Lily, cállate —me susurraba—. Déjame esto a mí.

Estábamos en un lugar tan bonito, siendo víctimas del espectáculo montado por Lindsay y su marioneta de marido.

Imaginé todo lo ocurrido para llegar a ese punto. Morgan y Lindsay se conocieron en la universidad. Al Lindsay graduarse, Morgan la recomendó ante Arthur y la contrataron. Cuando Lindsay salió de mi apartamento, llamó a Morgan. Formularon su plan. Y Morgan vino para separarlo de quien ella creía era poca cosa para él. Lo que me dolió fue como ella me trató, su hipocresía.

Eso hizo que se me calentara la sangre.

—¡Arthur! —le exigía su jefe—. Esta cualquiera que llegó de la nada hace dos semanas a recoger basura, o la posición por la que tanto te arrastraste para conseguir. ¡Escoge!

—¡Él no tiene porqué prestarse ante su amenaza! —No lo soporté más y le grité—. Si le hace daño, toda Carolina del Norte sabrá la clase de esposa que tienes.

—¡Ya verás, maldita! —Se molestó tanto que intentó acercármeme quien sabe para qué, pero Arthur lo detuvo.

—¡Lily, te dije que te callaras! —me regañó Arthur.

—Pero no nos merecemos esto. —Lagrimeaba. Bartolomé comenzó a forcejearle para intentar alcanzarme. Estábamos llamando demasiado la atención. Vi cuando una mujer que lucía preocupada, llevó su teléfono a la oreja para llamar a seguridad.

—¡Maldición! —Intentaba detener a su jefe—. Ya señor, no haga esta situación peor.

—Entonces, ¿cambiarás la armonía de nuestros negocios por esta cosa que acaba de ofenderme a mí y a mi esposa? —Se detuvo a enfrentarlo con su molesta mirada.

Arthur se llevó una mano a la cara; el enojo tan grande que se tragaba, lo hacía sentir mal. Intentó relajarse, ser racional. Pensó bien que iba a decir.

—Ella es, como ya sabemos, una cualquiera; una mujer sin educación ni aspiraciones que seguro no pasará de empleos mediocres. No sé que les hizo creer que la tomaría en serio. Solo buscaba disfrutarla por un fin de semana para tirarla a un lado, como suelo hacer con otras. —Se volteó hacia mí y extrajo su billetera. Me pasó varios billetes de cien dólares—. Para qué te largues de mi vista.

—¿Eh?... —Simplemente, fui incapaz de medir el nivel tan alto de ofendida que ese gesto me hizo sentir. Miraba atónita ese dinero en mis temblorosas manos. Jamás imaginé que llegaría tan lejos, que barrería conmigo enfrente de tantas personas, incluyendo a Lindsay.

—Ya lo escuchó —me hablaba Bartolomé—. Váyase a su mugriento edificio repleto de gentuza.

—La gentuza son ustedes... —Dejé caer los dólares y me fui con prisa sin mirar atrás mientras lloraba. Algunos intentaron consolarme, preguntándome el porqué me trataron así, pero proseguí sin siquiera mirarlos al rostro.

No tenía rumbo. Me sentía muy aturdida, deseaba desaparecer, dejar de ser el centro de atención de todos los lugares a los que iba.

Busqué el teléfono con ganas de llamar a mi hermano. Pero desistí al reconocer que solo lo terminaría inquietando.

Alrededor de tres minutos cuando sentía que no podía tolerarlo más, alguien me alcanzó por detrás y me detuvo sosteniéndome por un antebrazo. Al mirar, me percaté que era Arthur.

—Perdona el daño que te causé para librarme de esos malnacidos.

Se sintió tan apenado al verme llorar, que hasta me abrazó.

—Lo siento mucho, Lily.

—No. —Reuní fuerzas y me despegué de él empujándolo—. Ahora no quiero saber que lo sientes, ni tampoco tu lástima.

—Entiéndelo, por favor. Debía proteger mi carrera. Imagínate si mi reputación se hubiera arruinado por unos chismes.

—Y que la mía se joda eso a nadie le importa, ¿cierto?

—No compares. Tú no perteneces a un círculo social importante.

—No soy nadie, por eso pueden barrer conmigo cuantas veces quieran.

—Ya bájale a esa actitud, por favor.

—¿Cómo que le baje a mi actitud?! ¿Ya se te olvidó que hace poco me tiraste unos dólares a la cara? ¿para qué eran? ¿para pagar por mis servicios?

—¡Ya cállate, Lily! —Se alteró—. No hubiera terminado así si me hubieras escuchado y mantenido la boca cerrada.

—Perdóname por no quedarme de brazos cruzados mientras me escupían insultos.

—Rayos... En serio le diste a Lindsay lo que quería. No puedes negar que tienes la cabeza hueca.

—¿Ah?... —Escuchar eso, fue la gota que derramó el vaso—. ¡Aléjate de

mí! —le gruñí con firmeza—. Pensé que hoy sería el día más especial, pero todos se encargaron de hacerme entender que solo soy una intrusa. Al menos te agradezco que me hayas demostrado temprano lo poco que vales, para que este sentimiento que empezaba a crecer en mí, muera antes de que me haga sufrir.

—Lily... no tomemos decisiones con la cabeza caliente. Lo que ocurrió tiene solución.

—¡No, aléjate de mí! —Lo empujé—. Enamórate, cástate y ten tu familia con tu empleo. ¡No me sigas!

Le di la espalda y continué entre la multitud. Cuando me había alejado varios metros, le escuché llamar mi nombre. Al voltear, lo vi venir y comencé a correr.

Corrí y corrí, deseando desaparecer, de no darle otra oportunidad de intentar comprarme con su racionalidad, o volverme a restregar lo mucho que amaba su empleo.

Al entrar en un camino en medio de partes traseras de kioscos que creí desolado, colisioné de frente contra una niña que sostenía un cono con una montaña de helado de chocolate. Tan brusco fue, que caí encima de ella.

Aparentaba de siete años de edad. Su largo cabello castaño estaba decorado con florecitas blancas y moradas. Vestía un precioso vestido morado pastel con decoraciones de flores y piedras preciosas. Su look estaba complementado por una lujosa tiara.

Se ensuciaron nuestros vestidos. Me asustó el creer que le había hecho daño, y enseguida me le quité de encima, quedándome sentada sobre el suelo.

Ella se quejó de dolor y desde que volvió en sí, revisó el estado de su vestido.

—¡Mi vestido de princesa! —Lanzó un preocupante grito. Intentó salvar su look, removiéndose los trozos de cono, pero cada vez se embarraba más el helado—. ¡Ah, está arruinado! —Volvió a gritar.

Me miró enfurecida con sus ojos azules aguados. Bajé mi mirada, sintiéndome apenada. Ni siquiera tenía fuerzas de suspirar una disculpa de tan agotada que estaba.

—¡Me la pagarás! —Se precipitó hacia mí hasta sujetarme del cuello con ambas manos—. ¡Te voy a matar por arruinarme la tarde!

A pesar de que ejercía presión, no era suficiente para hacerme daño. Yo estaba tan mal, que permití que hiciera conmigo lo que quisiera.

—¿Por qué lloras?! —Me agitaba la cabeza, percatándose que su esfuerzo era inútil—. Soy yo quien debería. Ya no podré asistir al evento de princesas. ¡Haré qué pa!... —se calló de repente y observé que miraba boquiabierta a alguien que había llegado a mi espalda.

—¡A, a, abuelo!... —gritó temerosa y me soltó. Volteé un poco para ver de quien se trataba.

Era un señor alto que vestía un esmoquin gris con corbata morada y zapatos negros. En su mano derecha, sujetaba dos globos rojos con forma de corazón. Al reconocerlo, quedé boquiabierta de la impresión.

—¡Ma, Ma, Ma, Mario Smith!... —Era el aclamado productor de cine que conocí en el avión.

—¿Hmm? —Me observó detenidamente—. ¿Eres Lily Scott?...

Le asentí con la cabeza. Al principio no pude creer que alguien tan importante me recordara. Luego recordé que apenas había transcurrido dos semanas desde que nos conocimos, pero como yo había vivido un sin número de emociones, parecía que había pasado mucho más tiempo.

—¿Qué te sucedió? ¿por qué venías corriendo de esa manera?

Sentí tanta pena, que estuve indispuesta a responder. A su nieta le molestó que tenía toda la atención y me echó hacia un lado. Se levantó y corrió a aferrarse de él.

—Ella me chocó a propósito —mintió—. Tenemos que hacer que pague por arruinar mi look.

—Fanny, no culpes a la señorita. Yo muy bien te avisé que exageraste con el helado.

—¡Abuelo!... No me hagas esto. ¿Qué voy a hacer? No quiero que el público me vea así, no quiero que se rían de mí.

—Que te lo pierdas un día, no cambiará nada. Regresemos a casa.

Me contó que Fanny tenía desde los tres años de edad, participando en un evento donde se presentaba y modelaba su atuendo.

—Lily... —El señor Smith me ofreció una mano para ayudarme a ponerme de pie. La tomé y me levanté—. Te pido disculpa por el comportamiento de mi nieta. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Lo pensé mientras observaba el sucio de chocolate en mi vestido. Hasta al bolso Gucci le había salpicado.

—Por favor, serías tan amable de sacarme de este lugar. —Lagrimé un poco—. Hay personas aquí que no quiero volver a ver.

—¿Dices de quienes huías? —me preguntó Fanny.

—Sí.

—Descuida, Lily. —El señor Smith extrajo su teléfono.

—Gracias.

Le avisó a su chófer que esperaba en los estacionamientos, que fuera a la acera en la entrada del parque. Llamó a otro que estaba en su casa para que viniera a recogerlos a ellos.

En nuestro camino de salida, la mayoría no nos quitaba los ojos de encima. Quienes reconocían a Mario Smith, extraían sus teléfonos para tomar fotografías. Un indeseable incluso obstaculizó el camino con tal de tomarse una junto a su ídolo.

Fanny les gritaba “¡no más fotografías!”, Y muchas veces se cubrió el rostro con las manos. Fue una situación bastante incómoda. En ningún momento levanté mi mirada.

Salimos del parque y nos paramos frente a una camioneta negra estacionada en la acera para recoger o desmontar pasajeros. El señor Smith abrió la puerta trasera, invitándome a montarme.

—Gracias. —Me monté y luego me quedé mirándolos—. En verdad lo aprecio mucho.

—¡Esto no es gratis! —refunfuñaba Fanny—. Algún día tendrás que darme la cara y pagar por la vergüenza que me has hecho pasar.

—No le hagas caso —me aconsejó el señor Smith—. El chófer te llevará a tu hogar. Mira... —Me pasó uno de los globos—. No termines este hermoso día sin una sonrisa. No les dé el placer de haberte derrotado a quienes solo quisieron hacerte daño.

—Es difícil... —Otra vez se me aguaron los ojos. Él comprendió que solo deseaba escapar y cerró la puerta tras despedirse. Le dije mi dirección al chófer y arrancó.

En el camino no pude evitar sentirme peor. No era que estaba molesta con Arthur, sino, decepcionada. De que le valió hacerme creer en él, cuando no fue capaz de darme mi lugar ante personas que solo por puro detesto, buscaban hacerme daño. Entendía la importancia de su carrera, pero ¿qué no había algo más? ¿ganar dinero y escalar en el ámbito laboral, era lo único valioso? Además, no comprendía como toleraba a su desquiciado jefe. Una cosa era que no le faltara el respeto, que no se rebajara a su nivel. Otra soportar su falta de empatía y encima seguir bajo sus pies, obedeciendo como

un perro todas sus ordenes.

Al final cuando envejezca y esté sentado en su dichosa silla en la cima de esa empresa, ¿habrá valido la pena el haberse tragado tantas humillaciones? ¿habrá valido la pena el haber perdido a quienes genuina y desinteresadamente iban a quererlo?

Si era que alguna vez llegó a sentir por lo menos cariño por mí. Porque alguien que quería, no llegaba a tratar de esa manera bajo ninguna circunstancia.

Perdóname señor Smith, ese día no me sentí capaz de volver a sonreír.

## **Capítulo once:**

### **Campeonato**

Era sábado seis de abril; seis días después de la tarde en el parque de atracciones de Wisney.

Cuando llegué ese día al apartamento, lo primero que hice fue cambiarme para tirar el vestido en la basura. Tras derramar quien sabe cuantas lágrimas, rompí las fotografías que nos tomamos en grupo. Iba a romper las de nuestros besos, pero no tuve las agallas.

Me desahogué con tía cuando llegó de visitar a Juliana. Para levantarme los ánimos, me invitó a cenar parrilla coreana.

El lunes cuando llegué al empleo, me encerré en el armario con Luis para hablarle seriamente. Le pedí con el corazón en la mano, que por favor intercambiara su segundo piso con el quinto mío. No quería tener ni la esperanza de cruzarme con Arthur. Por suerte, accedió sin realizar preguntas.

El martes me enteré que Arthur viajó por cuestiones de trabajo a Europa. Regresó el viernes y, para mi sorpresa, alrededor de las siete de la noche, me llamó al teléfono, pero no contesté.

Fui al hospital varias veces a visitar a Juliana y Gabino. Él iba recuperándose. Hablaba mejor y comía un poco, pero no podía levantarse de la cama. Las amistades universitarias de Juliana, hicieron campaña toda la semana y lograron recolectar tres mil dólares de los diez mil necesarios para su tratamiento.



Eran las tres de la tarde. Estaba llegando a la arena donde se llevaría a cabo la final del campeonato de equipos. Los chicos habían comenzado a competir desde ayer en la mañana, pero no había podido asistir hasta ese momento.

Vestía mis tenis blancos, pantalón jean y una camiseta negra con el logotipo de Darkasfuk a la altura del pecho.

Había una gran algarabía. Hasta en el aire se sentía la emoción. Vendedores de souvenirs, aprovechaban la cantidad de personas que visitaban de otros estados. Reporteros de un canal de televisión, entrevistaban a quienes se les acercaran.

Realicé la fila y entré tras entregar mi boleta. La arena también era utilizada para un sin número de eventos: partidos de baloncesto, voleibol, conciertos, presentaciones, charlas, etcétera...

Mientras iba entre la multitud en el pasillo hacia los asientos, avisté a Samuel y Percy esperándome. Desde que Percy me reconoció, sonrió contento.

—Mi amiga Lily. —Corrió hacia mí hasta abrazarme.

El martes le conté a Ethan mi mala experiencia en Wisney. Era al único que le tenía confianza para esos temas, pero al terminar de contarle, me aconsejó que considerara a los demás, que todos serían capaces de escucharme para brindarme apoyo. Le di permiso de hacerlo él y, el miércoles en la noche tras regresar del empleo, me sorprendieron esperándome en el apartamento. Hasta Arya estuvo ahí, aunque no compartió una palabra al respecto. Kevin estaba que si se encontraba con Arthur, él y Rosario le harían pagar por todas las lágrimas que derramé. Desde entonces, Percy se volvió incluso más cariñoso conmigo. Me llamaba al teléfono cada vez que podía para preguntarme como iba mi día.

El jueves Eris apareció en nuestro territorio con camisetas de su pandilla, exigiendo que debíamos vestirlas para el campeonato. Arya rechazó rotundamente; ni siendo el último día de la humanidad, se humillaría de esa manera. A Percy, Samuel y Ethan les costó mucho, pero aceptaron tras dialogar que si no superaban las disputas del pasado, jamás avanzarían a un estado donde no haya más burlas y abusos en el parque.

Percy me llevaba de la mano a nuestros asientos donde Ethan nos esperaba.

Me impresionó lo profesional que lucía la arena. Era más grande que la

mitad de un campo de fútbol americano, o alrededor de setenta metros. Había piscinas vacías, rampas, barras, pasamanos metálicos, rectángulos de concreto, escalones y más... Una de las rampas, era tan alta que creí peligroso que alguien se lanzara desde ella.

Era de techo cerrado y arriba en el centro, había pantallas gigantes para cada dirección. Mostraban a los comentaristas, quienes animaban a los espectadores para que tomaran asiento porque dentro de poco sería la apertura.

Llegamos a nuestra línea de asientos; la octava de dieciséis en la sección de abajo. A la derecha de Ethan, había tres asientos reservados para los integrantes de Darkasfuk que no participarían.

Me senté en medio de Ethan y Percy.

—Guau, qué bullicio. —Me impresionaba el desorden del público porque gritaban como desquiciados. Ethan me explicó que la loquera mayormente era porque el presentador de enfrentamientos era un legendario del deporte.

Muchos vestían las camisetas de las pandillas que apoyaban. Casi el setenta por ciento de los espectadores, llegaron de otros estados.

Como nuestra pandilla había ganado todos los enfrentamientos del viernes, se encontraba del lado ganador de la tabla de posiciones.

En la final de equipos, iban a enfrentarse las ocho pandillas finalistas. Cuatro del lado ganador de la tabla. Las demás del lado perdedor porque perdieron un enfrentamiento y, si perdían otro, estarían fuera del campeonato.

**La tabla de posiciones estaba organizada de la siguiente manera:**

## **Primera ronda:**

### **Lado ganador:**

**W.A = Smashers contra los Topos.**

**W.B = Darkasfuk contra los Vengadores.**

### **Lado perdedor:**

L.A = Anger contra Caostotal.

L.B = Caraspáldas contra Primeagles.

El famoso patinador salió a la plataforma de presentación e, instantáneamente, le llovieron ovaciones; la mayoría saltó y gritó al ver a su ídolo.

Él se acercaba a los cincuenta años de edad. Era alto, delgado, de ojos azules. Su cabello castaño estaba mezclado con canas. Era conocido como “el Halcón”. El pionero que, gracias a su gran destreza en su juventud, atrajo la atención de corporaciones quienes se animaron a celebrar los primeros campeonatos profesionales. Crearon docenas de videojuegos y hasta una línea de ropa a su nombre. Inspiró a que muchos encontraran el valor de soñar con ser patinadores.

—Arya tiene un póster suyo —recordé verlo en su antigua habitación.

—Lo admira tanto... —me comentaba Ethan—. Que ha visto incontables veces los campeonatos donde triunfó.

Me contó sobre un lluvioso fin de semana donde fueron a la casa de Kevin a disfrutar un maratón.

El Halcón agradeció el cariño del público y avisó que dentro de unos minutos, iniciarían los enfrentamientos. El primero sería Smashers contra los Topos.

Vimos llegando a los tres integrantes de Darkasfuk. El chico que siempre vestía la capucha de su abrigo, venía al frente. A su espalda, la chica del peinado extravagante que, para esa ocasión, se había teñido el cabello del mismo color de Eris.

Ambos nos saludaron con choques de puños.

El último era el gordito que amaba vestir gruesas cadenas. Vestía una nueva con un gran dije plateado de una patineta; sus piedras preciosas brillaban con elegancia.

Nos saludó con una ligera sonrisa y apretón de manos.

Tomaron asiento. Nos preparamos para disfrutar el primer enfrentamiento.

A la plataforma, salieron los cinco integrantes de los Topos. Cuatro chicos y una chica. Vestían ropa colorida donde predominaban el marrón y azul celeste.

Cada uno utilizó lo mejor que pudo sus tres minutos. En sus trucos se les notó el talento. La chica se enfocó en los escalones y pasamanos. Fue impresionante ver como su patineta botaba chispas. Solo uno estuvo algo flojo y hasta se cayó cuando intentó una de las barras. Al final, lograron acumular ciento dieciocho puntos.

Cuando los chicos de Smashers llegaron a la plataforma, el público enloqueció. Yo toda sorprendida le pregunté a Ethan si era que uno de ellos era cantante o algo, porque las chicas chillaban demasiado. Me explicó que eran súper famosos y seguidos en las redes sociales. Habían alcanzado el estilo de vida donde poseían mansiones y automóviles deportivos.

También me dijo que eran los preferidos para llevarse el campeonato.

Cada integrante exprimió al máximo su turno. Me impresionaron sus trucos, y fluidez cuando fueron de un lugar a otro. Casi pareció una danza. Lograron la victoria contra los Topos con ciento veintitrés puntos.

—¿Vieron la superioridad de sus trucos?... —pregunté impresionada con la destreza de Smashers.

—Es que ellos son dioses en el deporte —dijo Ethan.

—En lo que va de año, no han perdido un campeonato —agregó Percy.

—Y podemos decir que ellos llenaron la arena —aseguró Samuel que la mayoría de las chicas vinieron con esperanzas de acercárseles y tomarse fotografías.

Regresó el Halcón y el público volvió a enloquecer. Le gritaban lo mucho que lo amaban y admiraban. Él hasta nervioso estaba. Explicó que Smashers pasaría a la segunda ronda del lado ganador. Los Topos fueron enviados al lado perdedor donde esperarían a quien iba a ganar de entre Anger y Caostotal.

Mientras Ethan me comentaba sobre Smashers, vi cuando el gordito de Darkasfuk, tocó su hombro para llamar su atención. Ethan me dio una expresión de “¿qué querrá ese loco?”.

Medio antipático, volteó a mirarlo. El gordito le pidió que le acercara su cabeza y, tras bajarse un poco el cuello de su camisa, le mostró que había logrado entrar en la arena una botella plástica de dos litros de soda de uva.

Se tenía prohibido introducir alimentos de todo tipo. Solo era permitido comprar a los vendedores autorizados que iban por los pasillos vendiendo golosinas o comida rápida.

—¡Pero tú tienes que estar loco! —Se asustó Ethan. Miró a los lados para averiguar si alguien ajeno a nosotros se había percatado.

—Baja la voz, estúpido. —La chica se incomodó—. No grites si quieres que compartamos con ustedes.

—Ay, es que ustedes si no cometen algo ilegal, no se sienten bien. Nosotros no necesitamos ser echados —Ethan negó ser complice.

—Cobarde. —Lo miraba mal el chico de la capucha—. Por eso odié la idea de juntar nuestras pandillas. Ustedes nunca serán más que un grupo de niños.

—¿Van a querer o no?... —El gordito ya tenía la botella entre las piernas. La chica nos sonrió al mostrarnos que dentro de su blusa traía un paquete de vasos plásticos. El encapuchado, nos mostró un paquete de galletas saladas.

—Hmm... —Ethan se quedó pensando.

—¡Yo quiero un vaso! —Saltó Samuel. El chico a su lado, miró medio extraño, y los de Darkasfuk ocultaron las cosas de un segundo a otro.

—Sé más prudente. —Percy se asustó tanto que casi lo haló de una oreja.

El gordito mientras sonreía, sirvió el primer vaso y se lo intentó pasar a Ethan.

—Hmm... —Se quedó mirándolo por unos segundos antes de sujetarlo—. Si nos echan, culparemos a Kevin. —Bebió un poco.

Con cuidado, compartimos la merienda. Cuando no bebíamos, ocultábamos los vasos detrás de nuestros zapatos o entre las piernas. Al gordito le causaba gracia nuestros nervios. La chica nos contó que no había un campeonato donde ellos no introdujeran comida ilegal.

Nos emocionamos cuando regresó el Halcón, animando a que comenzaría el segundo encuentro que tanto esperábamos. Nuestra pandilla Darkasfuk contra los Vengadores.

—Uy, qué nervios. —Percy estaba emocionado.

—Nunca habíamos llegado tan lejos. —Sonreía Samuel.

—Todo gracias a Eris y Anastasia —comentó la chica orgullosa.

—¡Todo gracias a Arya, Rosario y Kevin! —enfaticó Ethan con mala cara. Cuando ella iba a refunfuñarle, el gordito la detuvo, exigiendo comportamiento de ambos.

Primero les tocó a los Vengadores. Esa pandilla estaba compuesta por tres chicas y dos chicos. Vestían principalmente de blanco y morado.

Fueron talentosos. Solo dos de las chicas se cayeron y un chico estuvo algo flojo. Al final reunieron ciento quince puntos.

Llegó el debut de nuestra pandilla en la plataforma. Fuimos quienes recibimos la más fría bienvenida. Es que, como nunca habíamos llegado tan lejos en un campeonato nacional, éramos prácticamente desconocidos.

Sin embargo, los comentaristas recalcaron nuestro esfuerzo. Contaron que ayer fuimos quienes enviaron al lado perdedor a Caostotal. Eso logró que muchos reconocieran nuestro potencial.

Rosario sería el primero en participar, seguido por Anastasia porque Kevin y Eris estuvieron en acuerdo a que sería buena estrategia si Arya iba después. Eso la motivaría a esforzarse para hacer más puntos que Anastasia. Kevin y Eris iban de último.

Cuando Rosario descendió por la rampa a gran velocidad para comenzar sus tres minutos de trucos, nosotros nos paramos a animarlo gritándole que diera lo mejor. En eso, comencé a sentir al teléfono vibrarme en el bolsillo. Cuando vi su pantalla, mi corazón se aceleró al identificar quien llamaba.

—Arthur... —Colgué y lo guardé.

Continuamos animando a Rosario. Le fue genial. Quizás un poco lento en el segundo minuto y tuvo tres intentos fallidos en un rectángulo de concreto.

Llegó el turno de Anastasia. Le fue mejor que a Rosario. Similar a la chica de los Topos, cuando derrapaba sobre los pasamanos, su patineta botaba chispas. Ella tuvo dos intentos fallidos.

Llegó el turno de Arya. Ahí fue cuando nosotros nos animamos aún más a gritar su nombre y hacerle entender nuestro apoyo aunque ni siquiera sabía en que dirección nos encontrábamos.

Ella demostraba un talento superior a Anastasia. En el primer minuto, tuvo una velocidad impresionante. Se acercaba a los bordes de las piscinas, y salía al aire a realizar varias vueltas antes de regresar.

Mi teléfono volvió a vibrar.

—Uh, ese Arthur... —Lo saqué y pensé—. ¿Debería contestar?... Es que sé lo que busca y en verdad no quiero escucharlo. Me arruinaría un día tanpreciado.

A pesar de todo, su insistencia me hizo contestar en el minuto tres de Arya. Me senté y cubrí la otra oreja para intentar escucharlo.

—Hola... —saludé sin ganas.

—¡Lily! —Apenas podía escucharlo. Imaginé que le sorprendió el bullicio de mi lado—. Gracias por responder. Quería decirte desde hace días unas...

—Mira, no quiero escuchar cualquier cosa que tengas que decirme.

—¿Qué?... No logro entenderte con todo ese ruido.

En ese instante, escuché cuando el bullicio se intensificó.

—¡Adiós! —Le cerré la llamada tras escuchar que un comentarista dijo que Arya se había caído. Me paré preocupada y la vi levantándose del suelo. En sus últimos diez segundos intentó su nuevo truco que nunca aprendió a dominar del todo.

Se sintió tan mal que se fue sin levantar la mirada. Los chicos se preocuparon mucho.

—Pobrecita Arya... —Se apenó Percy.

—Descuida. A pesar de su caída, lo hizo fenomenal —aseguró Ethan.

—Es que si perdemos, ella se lo tomará personal. —Temía Percy.

—No lloren, que Eris lo hará perfecto —agregó la chica.

Llegó el turno de Kevin. Hizo trucos geniales sin tomar riesgo a cometer algo espectacular que le arriesgara caerse. Durante el último minuto su velocidad fue promedio.

Llegó Eris. Entró levantando las manos como en gesto de “llegó el más



capo”. Su velocidad en los últimos dos minutos fue increíble; a nivel de Smashers. Realizaba un truco detrás de otro como si fuese una danza que dominara a la perfección. No tuvo intentos fallidos, sonreía como si fuese lo que más disfrutara en la vida.

Regresó el Halcón para avisar quien sería el ganador. Mirábamos casi con la respiración detenida, la pantalla donde aparecerían los puntos.

—Por favor... —rogaba Percy con el corazón en la mano.

—¡Nosotros podemos! —gritó Samuel esperanzado.

—Por favor, que no perdamos —rogaba porque sabía que Arya iba a sentirse horrible.

Cuando salieron y vimos que tuvimos tres puntos más que los Vengadores, gritamos y saltamos de la alegría. Nos abrazamos. Percy lagrimeó y a Ethan se le aguaron los ojos. Era un sueño que habíamos llegado tan lejos.

Muchos comentaban sobre nuestra destreza. Los comentaristas nos alagaron. Se sintió de maravilla observar como el público reaccionó.

—Si tan solo Juliana hubiera estado aquí... —Me causó ilusión haberla visto emocionada por su hermana.

—Nunca lo ha hecho, ni siquiera en los campeonatos locales —me dijo Ethan.

—¿Arya la ha invitado?

—No, pero si alguien te importa, ¿no deberías brindarle apoyo sin que te lo mencione? Eso siempre me ha caído mal de nuestras familias. Solo ven esto como una perdida de tiempo.

—Y más con nosotros —agregaba Samuel—. Que no hacemos dinero alguno.

Ethan volteó a ver a los de Darkasfuk.

—¿A ustedes cómo los tratan?

La chica explicó que a ellos no les importa, que viven a su manera. La excepción era el padre de Eris que, como de joven fue patinador, comprendía su pasión.

El gordito contó que vivía solo con su madre. Su padre lo abandonó pocos meses después de nacido y, solo sabía que vivía, porque siempre llegaba la obligatoria manutención.

Transcurrieron los minutos. Los del lado perdedor, tuvieron enfrentamientos emocionantes.

El Halcón salió para explicar la tabla de posiciones de la segunda ronda.

**Lado de ganador:**

W.A = Smasher contra Darkasfuk.

**Lado de perdedor:**

L.A = los Topos contra Anger.

L.B = los Vengadores contra Caraspáldas.

Esa ronda inició por el lado perdedor. Anger derrotó a los Topos en un enfrentamiento emocional donde ambas pandillas entregaron su mejor desempeño.

Los Vengadores lograron ganarle por un punto a los Caraspáldas, quienes se fueron de la arena llorando. Recibieron el cariño del público porque todos reconocían lo mucho que se esforzaron.

Inició un receso de diez minutos antes de nuestro enfrentamiento contra Smashers.

En eso, Percy se paró porque reconoció a alguien caminando por un pasillo. Era una chica de estatura promedio, largo cabello castaño y ojos oscuros. Vestía una gorra azul oficial de los organizadores del campeonato. Sostenía una canasta donde llevaba lo que vendía.

—¡Ey, Williana! —Percy la llamaba contento con una mano arriba para atraer su atención.

Tras recibir dinero de un comprador, miró en nuestra dirección y sonrió al reconocerlo.

—¿Quién es? —le pregunté a Percy y me explicó mientras ella se nos acercaba.

Williana era una universitaria de diecinueve años de edad que, en los campeonatos nacionales y locales, vendía las arepas de su abuela. Nunca fue patinadora, pero sí su grupo de amigas. Una vez fueron a su casa a celebrar su cumpleaños con otros patinadores, y quedaron encantados con el platillo tradicional venezolano. Esa semana fue tanto que conversaron sobre eso, que ella se hizo famosa. Cinco años después, ya era parte de la cultura de Carolina del Norte, que ella apareciera vendiéndolas en los campeonatos.

Por cierto, era carera. Solo a quienes pertenecían a su círculo social, vendía a un precio considerado.

Llegó a nuestro frente y colocó la canasta sobre el suelo.

—¿Cómo está mi trapito favorito? —saludó a Percy con un abrazo.

—¡Ay, te he dicho qué no me llames así! —Sintió mucha pena y ella se rio a carcajadas.

Nació en el *Internet* llamarle “trapo” a chicos con la tendencia de vestirse como chicas. Aunque Percy se vestía como un niño ordinario, su cabello le hacía lucir afeminado.

Williana nos saludó con un apretón de manos.

—Es inaudito lo que han hecho... —Nos observaba impresionada de vernos al lado de Darkasfuk—. Pero nos enorgullece lo lejos que han llegado.

Extrajo su teléfono y nos pidió acercarnos para tomar una fotografía. La compartió en su red social con el texto: “hoy se hará historia”.

—¿Cómo van las ventas? —le preguntó Ethan, quien extraía su billetera para comprarle.

—Pues... ¡De maravilla! —Fue a su bolsillo y extrajo un sorprendente rollo de billetes—. ¡He hecho muchos dólares! —Reía mientras nos lo mostraba. Mínimo había hecho cuatrocientos.

—Guau, pero qué abusadora eres, los estás matando —dijo Ethan y nos reímos. Una arepa que no costaría ni cinco dólares, las estaba vendiendo a veinticinco. Nadie se quejaba de su supuesta estafa porque la receta de la abuela era única. O ese era el cuento que siempre decía.

—Ay, es que esos libros de matemática son carísimos. —No soportaba la risa.

A Percy le regaló una. A nosotros nos la vendió a dos dólares y a los chicos de Darkasfuk a cuatro. Se despidió para seguir trabajando. Percy luego me contó que ella era una de las personas que compartía las mejores imágenes divertidas en las redes sociales. Y que fue quien lo animó a participar en el campeonato local donde terminó siendo reclutado por Darklins.

Transcurrió el tiempo de receso. Nuestros chicos salieron para realizar sus trucos en la segunda ronda.

Entregaron todo su potencial porque se enfrentaban con los mejores. Rosario estuvo un poco lento en el tercer minuto porque los trucos que había realizado le costaron mucha energía.

No se supo si era por nervios, pero Anastasia tan pronto comenzó, se cayó sentada. Estuvimos preocupados, pero por suerte después de eso, su desempeño fue espectacular.

Arya, molesta y apenada por haberse caído en la primera ronda, tomó un estilo conservador donde se concentró en ir a gran velocidad en las rampas para dar vueltas en el aire. Dejó a muchos boquiabiertos.

Kevin, tras ver como Eris se había lucido y, ante la amenaza de perder, se esforzó y tuvo la mejor ronda de su vida. Patinó tan bien que inspiró a muchos. Lo más impresionante fue que derrapó la patineta por un rectángulo de concreto y, justo cuando lo terminó, saltó y cayó en el siguiente pasamanos.

Eris tuvo una ronda perfecta, donde a gran velocidad, volvió a presumir el porqué era el mejor del parque.

Logramos acumular ciento veintitrés puntos.

Llegó el turno de Smashers. Mientras participaba el primero, de nombre Miutukin, mi teléfono comenzó a vibrar.

—¡Uf, qué fastidio! —Al extraerlo, lo miré por unos segundos. Tomé un suspiro profundo y contesté.

—No me cuelgues, Lily. Permíteme...

—Tú mínimo tienes que estar borracho —le regañé.

—¿Cuál crees es mi motivo para estar bebiendo?

—Es que ni me importa. —Fui sincera—. Estuviste toda la semana en Europa, pero desde allá sí que no te dignaste a llamar. Solo ahora que ese alcohol te hace perder el juicio y tu severo amor hacia tu empleo.

—Por favor, no me trates así...

—Es que no quiero saber de ti, y mucho menos de tu versión borracha.

—Joder...

—¡No me llames! —Colgué y apagué el teléfono. Los chicos se preocuparon, pero les pedí que por favor no gastáramos una palabra en él.

Durante la participación de Smashers, estuvimos serios mientras los demás gritaban como locos con cada truco que lograban. Ni uno se cayó. Solo tuvieron un intento fallido en una rampa.

Nos miramos preocupados tras tomar asiento.

El Halcón salió y presentó la puntuación en la pantalla. Smashers nos derrotó con un punto de más.

—¡Ay, rayos! —A Ethan le dolió tanto, que aplastó su vaso vacío.

—No puede ser... —se apenó Percy.

—Solo porque Anastasia se cayó —lamentó la chica de Darkasfuk.

—¡Es qué esos le tienen alergia a perder! —refunfuñaba el encapuchado

—. Odian relajarse, siempre participan como si sus vidas dependieran de la victoria.

El gordito y Samuel se compartieron otro vaso de soda para calmar la ansiedad.

—Todavía hay esperanzas —me mortificó imaginar como Arya y los demás se sentían. Le pregunté a Ethan si había forma de verlos, y me reveló que solo a quienes llegaban a la gran final, le permitían visitas por unos minutos.

En la tercera ronda se enfrentaron Anger contra los Vengadores. Anger obtuvo la victoria con dos puntos de más. En la cuarta ronda, los enfrentamos y de milagro les ganamos. Gracias a que uno de ellos, no solo se cayó, los nervios le hicieron fallar varias veces.

El Halcón felicitó a las pandillas que habían participado. Anunció que la gran final, Smashers contra Darkasfuk, se llevaría a cabo en veinte minutos.

Ethan enseguida me pidió ponerme de pie para ir a visitar a los chicos. La chica de Darkasfuk nos acompañó.

Fuimos a una zona subterránea donde había un pasillo de puertas. Al tocar la número ocho, Rosario la abrió y entramos en ese salón recreativo. Las paredes estaban decoradas con pósteres de patinadores. Había luces de neones rojas y naranjas. Un equipo musical que reproducía Heavy Metal y una fuente de soda.

Rosario se fue a continuar regando unas plantas. Anastasia extraía una bebida energética de un refrigerador. Arya estaba cerca de una mesa repleta de cajas de golosinas y chocolates, inspeccionando de cuál clase comería. Kevin y Eris estaban sentados en un sofá, discutiendo cómo derrotaríamos a Smashers.

Anastasia se sentía mal por haberse caído. Estuvo alejada, bebiendo sin atreverse a mirarnos. Intentaba relajarse, pero no podía. Le dolía demasiado el saber que perdimos ese enfrentamiento por su culpa.

Su amiga se le acercó para brindarle apoyo emocional y ayudarle a recuperar su compostura porque la necesitábamos.

Arya se decidió por una barra de chocolate con nueces.

—¡Yo quiero! —Ethan corrió hacia la mesa y agarró una. Rosario se le acercó a Kevin para prestar atención a lo que ellos conversaban.

—El asunto es que la presión aumentará. —Por más vueltas que Eris le daba al asunto, no encontró solución para derrotarlos.

—¿Cómo así? —Me les acerqué.

—Verás, Pelirroja. —Me miró—. La gran final se celebra diferente a los otros enfrentamientos. En vez de una pandilla completa por turno, irá participando un integrante de una y luego de la otra.

—¿O sea?...

—Que nuestra estrategia no servirá de mucho —me contestaba Kevin mientras recibía una barra de chocolate de Ethan—. Como es nuestra primera vez en la gran final, no contamos con esa clase de experiencia.

—Exacto. —Eris se paró a buscar una bebida—. Desconocemos como eso afectará nuestra mentalidad. —Mejor decidió acercarse a la mesa y se llevó una paleta roja a la boca. Arya enseguida se le alejó porque no lo soportaba.

Anastasia, gracias al consuelo de su amiga, se animó un poco. Se acercó a la mesa.

—Lo siento chicos... —Estaba sollozante—. No sé que me pasó.

—¡Qué bueno que lo admites! —Arya la miraba mal—. Después de la humillación que he sufrido al jugar con su asqueado nombre, vienes tú como una principiante a arruinarlo todo.

Anastasia ni se atrevió a enfrentarla.

—Arya, por favor, compórtate —le exigió Kevin—. Vamos a agruparnos...

Formulamos una nueva estrategia. Como Anastasia ya no tenía la misma confianza, decidimos que saldría primero. Seguida por Arya y luego Rosario.

Eris enfatizó que solo se concentraran en los trucos que más conocían. Admitió que ganar era casi imposible, pero que al menos demostráramos ser amenazantes; hacer que ellos sudaran hasta la última gota si en verdad deseaban el primer lugar.

Ethan, la chica y yo, nos fuimos tras desearles buena suerte. Al regresar a los asientos, Ethan reveló que se había llenado los bolsillos de golosinas y chocolates. Los compartió con todos.

—¿Estaban muy nerviosos los chicos? —Percy disfrutaba de una paleta con forma de corazón.

—No tanto. —Yo de una sabor a piña.

Antes de que el Halcón entrara en la plataforma, sonó una composición dramática de trompetas para dar inicio a la gran final.

—Señoras y señores... —Animaba por el micrófono—. Esta tarde hemos

reído y hemos llorado. Muchos han vivido sus sueños en esta arena y entregado todo su ser. Pero ha llegado el momento decisivo. En pocos minutos, conoceremos a la pandilla que será coronada como la campeona de la Costa Este.

El público gritaba con emoción.

Nuestra pandilla y Smashers fueron bienvenidas en la plataforma. Antes de iniciar el enfrentamiento, el Halcón les pidió que, como gesto amistoso, se dieran la mano para promover el buen espíritu competitivo.

Anastasia fue la primera en competir. Antes de lanzarse por la rampa, cerró sus ojos y tomó un suspiro profundo. Fue a gran velocidad, realizando varias vueltas en el aire. Se acercó a los pasamanos para derrapar sobre ellos. Su desempeño estaba siendo deslumbrante, pero en el tercer minuto, estuvo indecisa sobre a donde ir y eso le restó velocidad.

Los comentaristas revelaron que logró acumular veinticuatro puntos. El público celebró.

—¡¡Lo hiciste fenomenal, Anastasia!! —la chica gritó a todo pulmón.

—Ya ven que con nosotros no se juega. —El encapuchado se sentía orgulloso.

—Me motivó a invitarla a comer mariscos. —El gordito hasta lagrimeó.

Anastasia sonrió al ver todo el cariño que recibió, y regresó a la plataforma.

Llegó el turno del integrante de Smashers llamado Miutukin. Lucía serio como si tuviera todo bajo control. Se movía como un robot; minuciosamente había calculado con cuales trucos obtendría el mejor resultado. Por suerte en una rampa, se distrajo un poco y canceló las vueltas en el aire que planeaba realizar.

Acumuló veinticuatro puntos. Estábamos empatados.

Llegó Arya. Se lanzó por la rampa y estuvo realizando vueltas en el aire. Luego fue a los escalones y pasamanos. En el segundo minuto, intentó saltar sobre un rectángulo de concreto y perdió el equilibrio. Gastó tres segundos corriendo detrás de su patineta. Al alcanzarla, retomó su ritmo. A nosotros casi se nos bajó la presión cuando creímos que en el tercer minuto se caería.

Terminó acumulando veintitrés puntos. A pesar de hacerlo bien y la emoción del público, lució decepcionada. Agarró su patineta y regresó a la plataforma sin mirar a nadie.

Cuando el integrante de Smashers llamado Lefen se acercó a la rampa, las

chicas chillaron como si él fuera un cantante de pop. Ethan me contó que era el más seguido en las redes sociales. Era apuesto y su cabello estaba teñido de blanco. Similar a Kevin, escribía con sinceridad sin importar a quienes ofendiera.

Lefen sonreía con confianza. Sus trucos fueron rápidos y elegantes. Como todo un profesional, acumuló veinticinco puntos.

A nosotros nos dolió porque esos dos puntos que nos llevaban ya podría significar nuestra perdición.

Cuando llegó el turno de Rosario, nos animamos a gritarle que diera lo mejor de él.

Rosario tuvo una participación increíble. Demostró su gran experiencia en los pasamanos y rectángulos de concreto. Al ir a gran velocidad en la rampa, realizó el salto más elevado de la tarde. Eso enloqueció al público y comentaristas.

Nosotros saltamos de alegría al ver que acumuló veinticinco puntos.

—¡Me siento orgulloso de ti! —gritó Ethan, agradecido de regresarnos la esperanza.

—Se lució. —No podía dejar de sonreír alegre.

—Sírreme otro vaso, qué hay que celebrar. —Samuel se le acercó al gordito en búsqueda de soda.

Al Rosario regresar a la plataforma, fue abrazado por Kevin, Eris y Anastasia.

Llegó el turno del chico de Smashers llamado Zerocaja, conocido como el más consistente. Era un chico medio gordito que le gustaba vestir bufandas.

De su pandilla, era el menos rápido. Se concentró en los rectángulos de concreto y barras. Nosotros estábamos hasta deseando que se cayera o algo, pero tuvo un turno perfecto.

Acumuló veinticinco puntos. Aún nos ganaban por dos.

Llegó el turno de Kevin.

Descendió por la rampa y se fue a gran velocidad por los bordes de las piscinas. Dio varias vueltas alrededor de ellas y, de un salto, cayó sobre un pasamanos para luego descender por escalones. Su participación fue inspiradora. Demostró que en cada segundo entregó todo su ser. Al final, terminó tan agotado, que se sentó unos segundos a recuperar el aliento, mientras el público gritaba y aplaudía de la impresión.

Acumuló veinticinco puntos.



—Lo estamos haciendo de maravilla, pero... —hablaba Ethan—. Aún estamos detrás de ellos.

—¡Solo son dos puntos, pero parece inalcanzable! —La chica estaba nerviosa.

El integrante de Smashers llamado Mango, llegó a la rampa. Era de largo cabello y barba. Vestía pantalón corto azul y una camiseta con la bandera del país.

Su estilo era agresivo. Iba a gran velocidad por las barras y pasamanos, sin darle importancia a que si se caía, tendría un aparatoso accidente. Fue a las piscinas y, cuando derrapó en sus bordes, el público gritó emocionado.

Él tenía una gran cantidad de fanáticos porque, aparte de ser patinador, se dedicaba a hacer transmisiones en vivo jugando videojuegos.

Lamentablemente, Mango tuvo una participación fenomenal. Acumuló veinticinco puntos.

—Hasta aquí llegamos... —Se sentó Ethan.

Eris tuvo un turno increíble. Hizo veinticinco puntos, pero desafortunadamente y, como el público esperaba, el último chico de Smashers llamado Pipiendí, también hizo veinticinco.

Fuimos derrotados.

—¡No! —gritó dolido el encapuchado—. Teníamos la victoria tan cerca, pero esos malnacidos no se cansan de ganar. No se aburren de llevarse todos los campeonatos.

—Mis amigos lo hicieron muy bien. Fue emocionante. —Percy lagrimeaba un poco.

—Aunque perdimos, llegar aquí fue un sueño hecho realidad —reconoció Samuel.

—Vamos a demostrarles... —les decía—. Que a pesar de perder, nos enorgullece su gran desempeño.

En el primer minuto, ellos se sintieron horrible. Los chicos de Smashers, fueron a saludarlos por el gran enfrentamiento que tuvieron. Les aseguraron que del año, habían sido la pandilla que más los habían impresionado y llevado al límite.

Kevin, Eris y Rosario estuvieron contentos y satisfechos. Al fin sus nombres estaban en boca de todos, y en especial, de personas importantes de la industria. Anastasia estuvo desanimada y Arya se sentía tan mal que no quería dar la cara. No ignoró a los chicos de Smashers para no quedar como

mala deportista ante su ídolo.

Ethan entró en la red social y se enteró que el campeonato estaba en la lista de tendencias. Miles hablaban maravillas sobre nosotros.

—La desgracia está en que participamos con otro nombre —le mortificaba que Darkasfuk se llevara toda la gloria.

La red social de Darkasfuk estaba consiguiendo docenas de seguidores por minuto.

En la ceremonia de los trofeos, las ocho pandillas fueron invitadas a la plataforma. El Halcón fue desde la última, colocándole una medalla en el cuello a cada participante.

Al llegar a Anger, la que quedó en tercer lugar, tras colocarles las medallas, les pasó el trofeo de bronce. Era una especie de rampa que en la cima tenía una patineta.

Al llegar nuestro turno, los chicos se alinearon para recibir sus medallas. El Halcón les ofrecía un apretón de manos, los felicitaba y luego se las colocaba.

Anastasia, Rosario y Kevin, no soportaron sonreírle, contentos de tenerlo de frente y haberle demostrado su potencial.

Cuando llegó el turno de Arya, ella no lo pudo resistir un segundo más y comenzó a lagrimear. Era la primera vez que su ídolo conocía que existía y no pudo demostrarle que era capaz de llevarse el primer lugar.

Él, no solo le ofreció un apretón de manos, la abrazó. Estuvo un rato con ella donde la consolaba asegurándole que su actuación fue estupenda. Que ella logró inspirarlo y hacerle recordar sus mejores momentos de juventud. Que no se lo tomara a pecho, que apenas tenía diecisiete años de edad y, si continuaba así de talentosa, podría tener un futuro incluso más brillante que él.

Tras colocarle la medalla, el Halcón pidió al público una ronda de aplausos para ella. Arya al ver como todos reaccionaron, sonrió y se limpió las lágrimas.

El Halcón continuó a entregarle la medalla a Eris y luego buscó el trofeo de plata. Les pidió agruparse para que se tomaran una fotografía junto a él.

Nosotros estábamos felices de verlos alcanzar sus sueños. Aunque no fue el primer lugar, lograron algo increíble, que nunca había sido alcanzado por patinadores de nuestro parque.

A Smashers le sonaron las trompetas y del techo cayó confeti. El público

enloqueció. Celebraron a gritos su victoria.

Fue un campeonato donde viví grandes emociones en compañía de personas que quería mucho.

Salimos a las siete de la noche de la arena. Para celebrar, Eris nos invitó a un restaurante de un amigo. Nos acompañó una docena de chicos y chicas del parque. Ordenamos pizza. Eris puso Heavy Metal. Teníamos un gran escándalo; incluso dos niños correteaban y saltaban de una mesa a otra. Su amigo tuvo que cerrar el restaurante por esa noche.

A la media hora, Arya haló a Ethan para pedirle que se fueran a casa. Él negó porque se divertía mucho, pero cuando Arya se molestó y decidió irse sola, se fue detrás de ella.

Me senté frente a Anastasia y descubrí que fuera del parque, no era tan odiosa como creía. Nuestra charla nos llevó a recordar nuestra infancia porque ambas compartíamos que nacimos en el Norte de nuestros países.

A las nueve de la noche, cada quien se fue a su hogar.

En el taxi, encendí el teléfono y vi dos llamadas perdidas de Arthur y Cristian.

Cristian durante la semana me llamó casi todos los días. Fue cariñoso y, como siempre, lograba hacerme reír. Solo que no lo había visto porque andaba muy ocupado con algo de su empleo que no se atrevía a revelarme porque según él, sería una sorpresa.

Al siguiente día a las dos de la tarde, llegué al hospital para pasar un rato con Juliana.

Me invitó a saludar a Gabino. A pesar de su condición, reía y hacía chistes. Me recordó que aún no olvidaba los quinientos dólares que les presté cuando Arya se enfermó.

Salí con el bebé y me senté en los asientos de ese pasillo.

Lo cargaba frente a mí para intentar hacerle gracia, pero él solo me miraba a la cara con una gran curiosidad y su boca abierta.

—Por favor, no vayas a vomitarme encima. —Me reí un poco.

Casi al minuto, vi a alguien entrar al pasillo caminando despacio como si no supiera a donde debía ir. Me sorprendió reconocer que era Arya. Vestía una blusa morada, pantalón corto blanco y unas zapatillas negras. Se había peinado removiéndose todo el pelo del rostro.

—Aw... —Me alegró verla así; siempre daba un aumento en ternura cuando no vestía solo de negro.

Se acercaba lentamente, temerosa y tímida por haber ido a donde antes ni se atrevía. Vi que en sus manos sostenía un sobre blanco.

Me observó un poco y, cuando miró hacia la puerta de la habitación, vimos que comenzó a abrirse. Juliana salió. Cuando ella vio a Arya, se quedó paralizada.

—Hermana... —Juliana se le acercó y, a pesar de tener ganas de abrazarla, solo se detuvo a su frente. Arya, temerosa, no se atrevía a abrir la boca.

Cuando reunió el valor, la miró a la cara.

—No... no sé que hacer con esto. —Levantó el sobre y se lo pasó.

—¿Qué es?

—Es un cheque de diez mil dólares.

Juliana se impresionó. Procesó lo que escuchó por varios segundos.

—Esto es importante, no te lo voy a negar... Sin embargo, lo que más necesito en estos momentos es a mi her...

—Ni lo menciones. —La interrumpió.

Le dolió a Juliana. Le costó reunir el valor para su próxima pregunta.

—¿Dónde cometí el error para que llegáramos a esto?

—Hmm... —Mientras más la miraba al rostro, más recordaba como se sentía. Cerró sus ojos y, cuando los abrió, dos lágrimas salieron de ellos—. ¿Por qué con él?...

—¿Qué es lo que está tan mal con él? Reconozco que no es el más lindo, educado o listo. Es más, es bastante torpe, nunca deja de cometer estupideces. Pero fue quien me mostró el valor de ser yo misma, de sonreír sin temor a que dirán los demás. Me enseñó tantas cosas que me hicieron crecer como persona. El día en que descubrí que lo amaba, incluso lloré porque lo sentí en mí que creció naturalmente. No fue ni por su cara, buen cuerpo o sonrisa, fue porque creí que junta a él, envejecería orgullosa de mis desiciones.

Arya tardó varios segundos en responderle.

—Cuando éramos pequeñas y te veía realizar toda clase de esfuerzos por mí, lo único que deseaba era que llegara el día en que tu vida sea grandiosa. Que te casaras con un apuesto adinerado con mansión para que nunca volvieras a sufrir necesidades. Sé que suena infantil porque cuando lo deseé, apenas tenía cinco años de edad. Pero negué modificarlo porque nunca iba a aceptar un final donde obtuvieras menos. Cuando te fui a arruinar la boda, solo quería evitar que te amarraras a una vida de sufrimientos.

—Arya... es cierto que siempre hemos sufrido necesidades, pero el único día en que mi vida dejó de ser grandiosa, fue cuando me diste la espalda. Solo quiero agarrarte y no dejarte ir nunca más, de la misma manera en que te sostuve cuando nos quedamos solas.

No lo soportó un segundo más y abrazó a su hermana.

Arya levantó sus brazos y, abrazó por primera vez en quien sabe cuanto tiempo, a su hermana con firmeza.

—Ya no somos solo tú y yo... —lagrimeaba.

—Así es, nuestra familia creció.

Compartí varias horas con ellos. Juliana le reveló que se enteró que estaría compitiendo en la arena, y que ella y Gabino disfrutaron mucho de los enfrentamientos por televisión. Gabino estaba orgulloso de ella y hasta le pidió el honor de ser su fanático número uno.

Arya lucía genuinamente feliz.

En el camino hacia mi hogar, estuve pensativa sobre todo lo ocurrido en esas tres semanas en Carolina del Norte. Estuve feliz de que tuve el valor de cambiar mi vida, aventurarme a donde no conocía y ser en verdad, la persona que siempre quería llegar a ser. Todos esos años de temor y soledad, en verdad los había dejado atrás.

Atardecía. Al entrar en mi habitación, estuve rebuscando entre todas mis cosas. Había hecho un desorden. Solo el globo de corazón que flotaba contra el techo, se había salvado de todo lo que tiré en búsqueda de esa tarjeta de contacto.

Al encontrarla, marqué el número en ella.

—Buenas tardes, ¿quién eres y con quien deseas hablar? —contestó un señor que creí ser el mayordomo.

—Mi nombre es Lily Scott... ¿Serías tan amable de comunicarme con el señor Mario Smith?...

La dicha ya me tocó al mudarme a un lugar donde encontré personas maravillosas. ¿Será qué volverá a tocarme?...



Escrito por Leen iO

# Sí

Fui quien la envió para que te guiara. Sabía desde el principio qué ocurriría contigo. Sin embargo, no era mentira. Del otro lado en verdad te esperaba ella y ahí sigue estando. La vamos a alcanzar, dentro de ti sabes que lo lograremos.

Perdóname por engañarte, estrella.

Leen iO



¡Muchas gracias por leer esta historia! Espero que la hayas disfrutado tanto como yo al escribirla. Quiero que sepas que valoro mucho la oportunidad que le diste.

Hay algo que quiero pedirte. **Ve a la tienda de Amazon**, o donde lo adquiriste, **y por favor escribe una reseña**. Quisiera saber como te hizo sentir.

[Amazon España](#)

[Amazon México](#)

[Amazon.com](#)

Compártelo con tus amigos y en tus redes sociales. Ayúdame a que pueda lograr mis sueños porque hay historias que en verdad quisiera contar. Y si me va bien, todos ganamos porque seré capaz de seguir publicando.

En agradecimiento por la reseña, con gusto contestaré hasta tres preguntas en mi Instagram o Twitter por mensaje privado. Sobre algo ocurrido en este volumen. Por ejemplo, si quieres que te expanda sobre algo, te diga algún detalle o que me inspiró a escribir esa escena.

## **¡No sé de cuál enamorarme! Será una trilogía.**

**¿Quieres enterarte cuando publique el Volumen 2? Sígueme en mis redes sociales:**

**Instagram:** [Leenio.art](https://www.instagram.com/Leenio.art)

**Twitter:** [io\\_leen](https://twitter.com/io_leen)

**Email:** [leenioart@gmail.com](mailto:leenioart@gmail.com)

**ISBN:** 9781097187423

Disfruté música de *Beach House*, *Cigarettes After Sex*, *Last Dinosaurs*, *Snowmine*, *Fleece*, *Bedroom*, entre otras... Deseo siempre recordar esas medianoches de verano en las que salía al balcón a escuchar esas canciones mientras leía esta historia. Esa sensación tan agradable, que me hacía querer convertirme en viento e irme a las montañas.

Escrito y editado por Leen iO en el año 2019 en el estado de Rhode Island, Estados Unidos de América. Fotografías de la modelo por Cookie Studio/Adobe Stock.

[Mis otros libros en Amazon](#)

Gracias a mi amigo Wyll Caelum por el apoyo desde el principio hasta el final. El personaje de Williana fue un regalo para él.